

Pere M. Rossell

LA RAZA

CLÁSICOS DE HISTORIA 499

PERE M. ROSSELL

LA RAZA

Traducción de José Javier Martínez

M. Rosell i Vilar

La Raça

Llibreria Catalonia

Barcelona 1930

<https://ddd.uab.cat/record/60157>

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
-------------------	---

PRIMERA PARTE EL IMPERIALISMO

I. La constitución de las naciones.....	6
1. Las colectividades homogéneas.....	6
2. Los agrupamientos artificiales.....	6
3. La conquista.....	7
4. La consolidación de la conquista.....	9
5. Las justificaciones de la conquista.....	12
6. Los resultados.....	15
II. Búsqueda de una base constitutiva.....	17
1. La inquietud de los pueblos.....	17
2. Área geográfica y fronteras.....	17
3. La religión.....	18
4. La lengua.....	19
5. La historia.....	21
6. La voluntad.....	22
7. La raza.....	24
8. La pluralidad de caracteres.....	25
9. La base científica.....	26
III. Causas que han impedido dar con la base constitutiva.....	28
1. El inconsciente.....	28
2. El racionalismo.....	28
3. El romanticismo.....	32
4. Servidumbre de la inteligencia.....	34
5. El pacifismo.....	38
6. Las ciencias.....	39

SEGUNDA PARTE RACIOLOGÍA

I. El concepto.....	42
1. Qué es la raciología.....	42
2. Las clasificaciones.....	42
3. Las definiciones.....	44
4. Un método ineficaz.....	45
5. El carácter fundamental.....	46
6. Los caracteres secundarios.....	51
II. La génesis.....	55
1. Herencia y variación.....	55
2. La especie.....	59
3. Teleología y mecanicismo.....	61
4. La conquista de la Tierra.....	63

III. La conservación.....	65
1. La consolidación de las razas.....	65
2. Acción defensiva de las razas.....	66
3. Los mecanismos hereditarios conservadores.....	68
4. La constancia de la mentalidad.....	71
IV. La adulteración.....	73
1. Las modificaciones secundarias biológicas.....	73
2. El cruzamiento y el mestizaje.....	75
3. Alteraciones mentales procedentes del exterior.....	77
4. La mentalidad de los mestizos.....	80
5. La adulteración en las razas vencedoras y vencidas.....	85
V. La regeneración.....	86
1. El medio ambiente.....	86
2. La herencia.....	89
VI. La mejora.....	91
1. La finalidad.....	91
2. La exaltación.....	92
3. Apoiesis y estímulos.....	94
4. Herencia y mendelismo.....	96
5. El progreso en masa.....	99
VII. La reconstitución.....	101
1. El método.....	101
2. El ejemplo.....	103
3. El sincronismo.....	103
4. La cultura.....	104
5. La raza.....	105
6. La formación de la raza.....	107
7. La alteración racial y la discontinuidad de la cultura.....	110
8. Las limitaciones extensivas de la raza.....	116

TERCERA PARTE INTERPRETACIÓN DE LA POLÍTICA

I. Las colectividades desracializadas.....	118
1. Aplicaciones del principio racial.....	118
2. La señal.....	118
3. Roma.....	119
4. América.....	126
II. La depuración racial.....	127
1. Inconsciencia racial.....	127
2. Depuraciones de primer grado.....	128
3. Las depuraciones de segundo grado.....	129
4. Las depuraciones complejas.....	133
III. La conciencia raciológica.....	146
1. Genealogía de la política.....	146
2. El conocimiento.....	146
3. La inteligencia.....	147
4. La mentalidad.....	148
5. El sentimiento.....	149
6. Conclusión.....	153

INTRODUCCIÓN

El examen de los valores universales muestra las deficiencias de su generalización, o la imposibilidad de aplicarlos totalmente. La raza puede constituir un valor indefectible para relacionar la totalidad de causas, y aplicarla a todos los asuntos humanos.

Una demostración de la universalidad del principio racial se contiene en la primera parte de este libro, en la que se establece la raza como el elemento básico de constitución de las naciones.

La raza ha sido hasta ahora un concepto impreciso, y resulta necesario fijar la noción de raza. La segunda parte del libro se dedica a esclarecer el concepto de la única manera sólidamente factible: convertir la raza en ciencia. La ciencia de las razas (*raciología*¹) estudia el carácter fundamental, sus orígenes, conservación, adulteración, regeneración, mejora y reconstitución de las mismas.

A partir de los enunciados que componen la *raciología* se podría pensar que esta ciencia se ocupa tan sólo de la parte corporal de los agrupamientos humanos. No es así. Las razas poseen una mentalidad particular, y ellas son las únicas forjadoras de cultura. Sin raza no hay cultura, y donde la población es mestiza, la ausencia cultural es absoluta.

Tomar las razas como elemento constitutivo de las naciones no deja de ser una hipótesis. Si la raza posee posibilidades reales, si toda la fenomenología humana se origina por la raza, habrá que demostrar su presencia tanto en los hechos pretéritos como en los actuales.

El tema de la tercera y última parte de esta obra consiste en mostrar que la raza informa la política. Siendo la cultura la finalidad de las razas, la política no puede menos de estarle subordinada. Pero, ¿qué ocurrirá con las poblaciones *desracializadas*? Carecerán de cultura, y por eso su política, incapaz de crearla, no sobrepasará la fase imperialista.

Hasta ahora se consideraba la política como motivada por ideales abstractos o por conveniencias inmediatas. La aplicación del principio racial a la política enseña, y el hecho se observa con claridad en los procesos de gran envergadura, que las ideas a las que se han atribuido los cambios políticos han sido sólo accidentes, y que la causa transcendental es siempre la raza.

El principio racial puede predecir la política del futuro, puesto que cualquier manifestación humana está supeditada al conocimiento. Con la raza, el conocimiento alcanza la última etapa evolutiva, y es ella exclusivamente la autora del progreso, mientras que las colectividades *desracializadas* o mestizas, al destruir la evolución cognitiva normal, no pueden, como las razas, contribuir a la cultura ni alcanzar una política humanizada.

Cualquier cosa valiosa se origina y mantiene por la raza. Por tanto, debe aplicarse universalmente el principio racial.

1 El autor usó todos los derivados de la palabra *raça* y acuñó abundantes expresiones nuevas: *raciología*, *raciòlogic*, *desraçades*, *raçada*, *ben raçat*, *racejament*, *raçejada*, *raçejar*, *super-raçat*, *desvetllaments racials*, *desraçament*, *depuracions raciològiques*... No siempre es coherente en su uso, y en esta apresurada traducción algunas se han castellanizado y otras se han resuelto con perífrasis.—Nota del traductor.

PRIMERA PARTE

EL IMPERIALISMO

I.

La constitución de las naciones

1.

Las colectividades homogéneas

El mundo está repartido en colectividades más o menos homogéneas: hombres blancos, negros, amarillos... Las poblaciones de piel blanca ofrecen también diversidad de poblaciones, y cualquiera constata la diferencia que hay entre un escandinavo y un siciliano, el primero de piel rosada, la del otro morena. Entre los pueblos de piel morena todavía se advierten diferencias, puesto que un piamontés no es igual a un toscano, a pesar de su vecindad. En fin, en una misma comarca natural se observan diferencias entre una aldea y otra. La humanidad presenta una homogeneidad decreciente, que va desde la especie hasta el individuo, pasando por colectividades de distinto tamaño.

Si la observación se realiza en sentido contrario, y en lugar de buscar diferencias se desea reunir caracteres comunes, se constatará que entre dos aldeas existen fuertes analogías, que se mantienen por toda la comarca, pasan a otra comarca, se extienden por distintas regiones, hasta que se encuentran con colectividades completamente diferentes. Esta colectividad con caracteres comunes, la más extensa en homogeneidad, que habita en comarcas y regiones más o menos dilatadas, limitada por otras colectividades también homogéneas, es la raza.

Las razas humanas no son en absoluto, como determinadas razas animales, un producto de la voluntad; son una creación de la naturaleza.

2.

Los agrupamientos artificiales

Los agrupamientos políticos no se han constituido en función de la naturaleza de las colectividades homogéneas, sino de una manera arbitraria. Dejando a un lado la desigualdad de su superficie (Bélgica-Estados Unidos), sorprende el hecho de que un mismo estado pueda ser común a gentes tan diversas, y que una sola constitución englobe diferentes razas, religiones, costumbres, lenguas, etc. Las naciones² causan una impresión de desorden.

Francia, que es un Estado compuesto, presenta diferencias considerables entre sus habitantes: alsacianos, loreneses, del Franco Condado, saboyanos, provenzales, languedocianos, catalanes, gascones, vascos, del Poitou, bretones, normandos, flamencos, secuaneses, borgoñones y auverneses. El estado compuesto es el que predomina en la geografía actual. El tipo de estado más sencillo es, precisamente, el natural, aquel en el que la colectividad homogénea está organizada políticamente, como Portugal y Suecia. La forma federal de algunos estados se presenta como una transición entre el agrupamiento artificial complejo y el agrupamiento natural. En la práctica, una federación no es sinónimo de una asociación en la que sus miembros conservan su independencia. Es probable que Sajonia si quisiese separarse de Alemania, o Ginebra de Suiza, no pudiesen llevarlo a cabo. La guerra de secesión de los Estados Unidos demuestra que, de hecho, con la federación se pierde la independencia.

2 Según el concepto usual en Europa.

Parece que las naciones deberían constituirse por poblaciones que poseyeran en común uno o más caracteres importantes, y no que los estados se compongan con pueblos diversos. Si la mayoría de los estados son compuestos, y no han atendido a sus elementos etnológicos, es indudable que para los políticos han tenido más importancia para constituirlos otros factores. La historia enseña cómo se han formado los estados y los motivos por los que un mismo gobierno rige diferentes razas.

3.

La conquista

Considérese cualquier época de la historia, y el mapa político del mundo mostrará que la conquista es el factor principal en la creación de las naciones. Los imperios del antiguo oriente, Grecia, Roma, el Sacro Imperio, Francia, Rusia, Inglaterra, Alemania y las naciones surgidas del Tratado de Versalles, son producto de la conquista. También son efecto de la conquista la desaparición de pueblos, razas y tribus.

El hecho de que la conquista subsista universalmente a través del tiempo, prueba que sus raíces se hunden en las profundidades instintivas del hombre, hasta confundirse con su parte de naturaleza zoológica. Los mamíferos carnívoros y omnívoros de una misma especie, antes de morirse de hambre se devoran entre ellos. Éste es, quizás, el origen de la antropofagia. El hombre del paleolítico inferior, cuando no podía capturar animales, en último extremo emprendía la caza del hombre. La manifestación de estas antiguas edades del canibalismo, de la conquista extrema, todavía no han desaparecido, pues son muchas las tribus antropófagas existentes hoy en día.

El descubrimiento de la domesticación y de la agricultura, que aseguró cierta cantidad de alimentos y fueron las primeras formas de reglamentación del trabajo, a la larga transformó la antropofagia en esclavitud, puesto que el trabajo que produce un hombre, por rudimentario que sea, proporciona al cabo del tiempo una cantidad de alimentos superior al que representa la carne del cuerpo de un esclavo.

Más adelante, la conquista se tradujo, además de los restantes desastres de la guerra, en la cesión forzosa de casi todo su trabajo por parte del vencido, con un pequeño margen de libertad. Las colonias y los protectorados son la prueba.

Para una raza vencedora, el saqueo y la indemnización de guerra resultan, a fin de cuentas, una ganancia no muy grande. Se obtiene el máximo de los beneficios del país vencido anexionándolo al propio estado, concediendo a los conquistados una libertad precaria, y así percibir la mayoría de los frutos, como sucedía en los pueblos dominados por el Imperio romano. En otros casos el país vencido conserva nominalmente su independencia, pero lo gobiernan hombres de la raza vencedora, como la Galia tras el triunfo de los francos.

Los estados modernos son todavía más exigentes con los vencidos. Tras la anexión, como en los imperios antiguos, se procura destruir la mentalidad particular de la raza vencida, y se procura sustituirla por la del vencedor, intentando que desaparezca hasta el recuerdo de la propia historia. Los turcos, dice Novicow³ escogían a los muchachos más vigorosos y bellos de los países vencidos y los convertían a la religión mahometana; adultos, se les destinaba al cuerpo de genízaros y a la administración. Durante los siglos XVI y XVII los grandes visires fueron cristianos renegados. Estos hijos de los vencidos contribuyeron poderosamente a hacer de Turquía un imperio formidable, mientras sus compatriotas cristianos soportaban el yugo.

Por lo general, se sustituye la mentalidad de los vencidos con la del vencedor por medio de la escuela. En pocas generaciones la lengua de los vencidos desciende a la condición de dialecto, y queda reducida al uso doméstico y al de la gente de oficios primitivos. El niño que va a la escuela no encuentra extraño, y menos sus padres, el castigo por usar la lengua que habla en su casa. En la conciencia del muchacho se crea un sentimiento de su inferioridad, de la de su raza, y de las cosas de su pueblo. Si este muchacho tiene talento y ambición de ocupar un puesto distinguido en la

3 Jacques Novicow: *Les luttes entre les sociétés humaines et leurs phases successives* (1893), pág. 137.

sociedad, tiene que aceptar la cultura impuesta, la única que tiene a su alcance. De un modo casi imperceptible e inconsciente, los vencidos son absorbidos. El medio social de la raza vencida, creado por la raza conquistadora, se caracteriza por la franca colaboración de los vencidos y por el olvido de su propia personalidad. Obtenido este grado de inconsciencia, la fidelidad al vencedor es perfecta en todo tipo de colectividades vencidas, tanto las bárbaras como las más civilizadas. El Senegal y Argelia, Gascuña y Bretaña, han demostrado su fidelidad a Francia, y en estos súbditos la pérdida de memoria racial es también general, tanto en el pobre diablo argelino, como en el campesino provenzal, como en el filósofo del Languedoc o el científico bretón.

Con la pérdida de la conciencia racial de los pueblos anexionados, y con la sola existencia de la cultura de la raza hegemónica o conquistadora, ha concluido la unificación del estado. La conquista ha llevado su victoria hasta lo más oculto del entendimiento y de la conciencia. Así, las razas conquistadoras asimilistas.

Frente a la conquista de tipo asimilista está la de tipo circunstancial. Inglaterra representa esta última modalidad. Las conquistas inglesas parecen motivadas sólo por el dominio político, pero no para infundir su propia alma en las poblaciones conquistadas. Inglaterra ha obtenido de la conquista beneficios mayores que los imperios asimilistas. Su táctica es sencilla: en todo lo que no afectaba a la economía, los pueblos sometidos tenían entera libertad para regirse. Gracias a este principio, Inglaterra ha podido conservar el más dilatado imperio que nunca haya existido, y lo que parece absurdo, ha obtenido una gran fidelidad, hecho que no ha ocurrido nunca en los imperios asimilistas mientras los conquistados han conservado algo de su lengua, religión, derecho, costumbres, es decir, algo que revela las diferencias entre vencidos y vencedores. Emerson, en su *Inglaterra y el carácter inglés*, libro escrito en el primer tercio del siglo pasado, constataba que en la India subsistían las mismas demarcaciones, con sus reyes y dignatarios, sus religiones y sus códigos; en el Canadá regían las antiguas leyes francesas; en las islas Mauricio, el código de Napoleón; en las Indias Occidentales, los edictos de las cortes españolas; en la isla de Man, las leyes escandinavas; en el Cabo de Buena Esperanza, las de la antigua Holanda; y en las islas Jónicas, las *Pandectas* de Justiniano. La táctica de no lastimar la psicología del colonial, es la que todavía mantiene el Imperio Británico.

Las relaciones entre vencedores y conquistados difieren según la raza a la que pertenece el vencido. El trato suele ser mejor cuanto más semejante es la raza conquistada. La conducta de Inglaterra en Escocia y en Irlanda, en Australia y en Egipto, ha sido muy distinta. La simpatía racial se manifiesta mejor en las modificaciones institucionales o en los casos de separación. El régimen autonómico de Irlanda ha supuesto una guerra más larga que si el condado del Ulster, región poblada de ingleses, no se hubiese resistido a la anexión a la nueva república. En los dominios de raza nórdica o inglesa, la independencia o cuasi independencia se ha llevado a cabo cordialmente. En el siglo XVII⁴ y simultáneamente, Portugal y Cataluña se separan de España. La raza portuguesa se diferencia menos de la española que la raza catalana, y por eso España hace todo lo posible por retener en su poder a los catalanes, mientras que Portugal, con poco esfuerzo, recuperaba la independencia. Noruega ha podido separarse de Suecia, sin verter sangre, porque entre ambos pueblos apenas hay diferencias raciales.

Los dos tipos de conquista, el asimilista y el circunstancial, acaban en dos resultados opuestos; el tipo asimilista tiende a destruir las razas; el tipo circunstancial conduce a los pueblos a la independencia.

Sin embargo se ha de reconocer que la conquista se ha hecho más civilizada. Hay considerable diferencia entre ser devorado por el vencedor, o continuar viviendo cediendo el trabajo en todo o en parte, o incluso convertirse en un colaborador del conquistador, e ilusoriamente en un ciudadano semejante a los de la raza hegemónica. A pesar de los progresos realizados, la política no se ha desnaturalizado de su origen zoológico, puesto que se mantiene en torno a la conquista. La política de conquista es el trasunto del imperialismo.

4 Hay una errata evidente en el original: XVIII por XVII.—Nota del traductor.

4.

La consolidación de la conquista

La finalidad de la conquista es aumentar y asegurar la potencia de la propia raza en detrimento de las razas vencidas. Que la conquista sea una expedición de pillaje como la de Mahmud de Gazni en 1002 a la India, la de Napoleón a Italia, la de las potencias europeas a China en la primera década de este siglo, el régimen de capitulaciones existente en Constantinopla antes de la guerra mundial, la intervención aduanera de Inglaterra en China, el tratado de comercio unilateral, la explotación de colonias, el arancel a favor de los intereses de la raza hegemónica en los estados compuestos, o la destrucción de valores espirituales, todos los efectos de la conquista de traducen en un aumento de la población y de la riqueza de la raza vencedora, y por la disminución de propiedades de todo tipo en las razas vencidas.

El beneficio obtenido en las primeras conquistas conducía a la repetición de las mismas y más tarde a la idea de consolidar los ventajas adquiridas. En las civilizaciones rudimentarias el espíritu imperialista probablemente decaería como consecuencia de la victoria, al haber logrado en la *razzia* acompañada de canibalismo, plena satisfacción zoológica. Más adelante, el espíritu imperialista unido al sentimiento de previsión que significa el trabajo, estaba suficientemente desarrollado para disfrutar de la posesión de esclavos. Pero siendo sencillos los artefactos bélicos, existía el riesgo de que la raza vencedora cayera de repente en la condición de vencida. La existencia de este peligro habría contribuido a hacer duradera la conquista, exterminando a los vencidos hasta que su número reducido no amenazase venganza. Una alimentación más nutritiva y el uso exclusivo del ejercicio de las armas constituiría un poderoso estimulante para insistir en su dominio, y además la contemplación de sus esclavos sugería la suerte que les aguardaba si no sabían conservar los resultados de la victoria.

El espíritu imperialista no estaba presente en el mismo grado en todos los miembros de la raza vencedora, sino que era proporcional a los beneficios que producía la conquista a cada uno de los individuos que participaban de ella. Así, las élites de la tribu serían los más interesados en mantener el espíritu imperialista, por la parte que les correspondía. La multitud, la gente corriente de la raza conquistadora, ya sea por la pequeñez del botín percibido en la conquista, ya sea por emparejarse con esclavas, como aun sucede entre los *peuls* o *foulahs* del África occidental⁵, al finalizar las hostilidades, estos soldados rasos perderían el espíritu imperialista, y se confundirían a la larga con el pueblo vencido. Los jefes de tribu o clanes constituirían los primeros elementos formales de consolidación de la conquista. Con diferentes nombres, con distintas modalidades de poder, estas élites, nobles, aristócratas, perduran hasta la edad moderna. La aristocracia representa el espíritu eficazmente imperialista de toda una larga etapa que concluye con las dinastías.

Los reyes y emperadores, tanto en Grecia y Roma como en Bizancio, son unos aristócratas de categoría superior, como lo son también las antiguas repúblicas y los senadores romanos. Cada jerarquía, por el hecho de existir, genera intereses particulares, que cuando se acentúan mucho van contra del propio poder que la ha generado. La aristocracia toma dos formas: una que permanece sin cambios, y otra que desarrollándose se desnaturaliza. Mientras algunos aristócratas convertidos en reyes permanecerán en la clase aristocrática, otros pondrán la realeza por encima de la aristocracia, o si se prefiere, la función monárquica creará sus propios intereses. La monarquía típica, prolongación de la aristocracia, sería la merovingia, que se caracteriza por el reparto de las tierras de reino entre los hijos. Cada uno de los reyes conservará, naturalmente, el espíritu imperialista, pero los beneficios que obtendrán por su actuación personal quedarán anulados o empequeñecidos en la siguiente generación. Las monarquías que a la larga subsistirán, las que formarán los grandes estados modernos, serán las monarquías hereditarias, las que supeditan su existencia a la función imperialista íntegra, cuyo heredero case con princesas que lleven por dote tierras que se unan a las del reino, o que proporcionen alianzas poderosas que equivalen, con poco o mucho esfuerzo, a la

5 R. Vernau: «Mission de Mr. Gironcourt en Afrique Occ.» *L'Anthropologie*, 1916, pág. 404.

incorporación de nuevos pueblos a la corona. Las monarquías que han disfrutado de una sucesión masculina durante muchas generaciones y en casi todas han podido anexionar pueblos a la nación sin perderlos a la muerte del soberano, constituyen las verdaderas dinastías. Las monarquías de tipo merovingio, las que carecen de heredero, han sido absorbidas por las otras, por las dinastías, y a su desaparición ha seguido, generalmente, la del estado en el que reinaban.

Al afirmarse la dinastía, y frente a un poder superior y de naturaleza diferenciada, la aristocracia decae, y con ella el espíritu imperialista. Pero este paso de la aristocracia a la dinastía no se hizo, sin embargo, de forma gratuita. Bainville⁶ observa en Francia han tenido lugar al menos seis restauraciones: Luis IX, Juan el Bueno, Carlos VII, Enrique IV, Luis XIV y Luis XVIII. Excepto la última, las demás fueron el resultado de la lucha entre el imperialismo aristócrata que se extinguía, y el imperialismo dinástico que se imponía. Los reyes utilizaban al pueblo para someter a la nobleza, y encontraban una poderosa ayuda principalmente en los países en los que la aristocracia era de raza diferente de la del pueblo, como en Francia, por ejemplo. La fuerza de la dinastía, esto es, sus victorias, determinan la concentración de la aristocracia en la capital de la monarquía o en la residencia real. La Corte equivale a la rendición sin condiciones de la nobleza. En Francia, durante el reinado de Luis XIV, la aristocracia quedará desposeída de su jurisdicción, «sometida a los intendentes y otros funcionarios nombrados directamente por la Corte»; los nobles sólo podrán recuperar el prestigio perdido en cierto modo, estableciéndose en el palacio real. Además, «el rey lo quiere, y es necesario hacer acto de presencia en sus salones para obtener sus gracias, o de otro modo el rey dirá, a la primera solicitud: ¿Quién es éste? No lo conozco.» «A sus ojos, la ausencia no tiene excusa alguna, ni siquiera por una conversión, un motivo de penitencia: puesto que ha preferido a Dios, es una deserción. Los ministros escriben a los intendentes para saber si los gentilhombres de sus provincias prefieren permanecer en sus casas, y si rehúsan ir a presentarse ante el rey.»⁷

En los países en los que la aristocracia y el pueblo son de la misma raza, las cosas han sucedido de otro modo. En Inglaterra, salvo pequeños núcleos de población del País de Gales y de las Highlands de Escocia, pertenecientes al tipo mediterráneo, la nobleza vivió en armonía con el pueblo, y pudo así oponerse al imperialismo interno de la monarquía. La aristocracia inglesa, en lugar de eximirse de los tributos como en Francia, los pagaba en proporción a su riqueza, y en lugar de abandonar el condado, permanece en él, y mantuvo siempre a raya a la monarquía.

La monarquía, si en sus efectos externos no hace cortesana a la aristocracia en algunos países, y en otros absorbe todas sus funciones de gobierno, en los dos casos acaba por desposeer a la aristocracia de su función imperialista, que pasa por entero a la monarquía. Ésta, una vez vencidas las resistencias interiores, o habiendo pactado con ellas, tiene las manos libres para actuar en el exterior, con una libertad que no será controlada por ningún otro poder. En adelante, monarquía absoluta e imperialismo están íntimamente unidos. Luis XIV pudo decir: «el Estado soy yo», y Luis XV lo repetirá claramente en una respuesta al Parlamento de Paría: «Sólo en mi persona —dice el rey— reside la autoridad soberana. Sólo a mí pertenece el poder legislativo, sin dependencia ni participación. El orden público emana de mí: soy el guardián supremo. Mi pueblo se hace uno conmigo; los derechos e intereses de la nación, de los que se pretende hacer un cuerpo separado del monarca, están inevitablemente unidos con los míos, y a mi disposición.»

La dinastía no tendrá otro objetivo que no sea imperialista en esencia; toda su acción se dirige a la consolidación y engrandecimiento del reino. La agresión declarada o inesperada, los argumentos para rectificar fronteras, religiones, heredades e ideas, esto es, cualquier motivo será bueno para lograr la anexión de nuevos países. La acción imperialista de las dinastías fue tan activa, que los 373 estados independientes que había en Europa a finales del siglo XVIII, quedaron reducidos a 25 antes de la guerra europea. El mapa geográfico europeo es obra de unas cuantas dinastías: Capetos, Romanov, Habsburgo, Hohenzollern y Saboya. Las dinastías no reparan en los

6 Bainville: *Histoire de deux peuples. La France et l'Empire Allemand*, pág. 41.

7 H. Taine: *Les origines de la France contemporaine. L'Ancien regime*, pág. 57.

medios con tal de engrandecer sus Estados. Estados que hoy parecen normales, como si hubiesen existido desde siempre, tienen un origen trágico por las anexiones de la mayoría de los pueblos que los componen. La unión de la Francia del Mediodía a la Francia del Norte, confiesa Renan⁸, fue el resultado del exterminio y el terror continuo durante más de un siglo. ¿Por qué, comenta Renan, el Languedoc se unió a la Francia del Norte, unión que no estaba indicada ni por la lengua, ni por la raza, ni por la historia, ni por el carácter? Porque los reyes de París, se responde él mismo, durante todo el siglo XIII, ejercieron en el citado país una acción persistente y victoriosa. Y la Provenza, ¿por qué es francesa? Lo es, continúa Renan, por las malas artes de Luis XI y de su compadre Palamedes de Forbín.⁹

La persistente característica de buscar el engrandecimiento no falta nunca en las dinastías, y es común a todas ellas y a través de los siglos. Renan explica que el imperio franco, «bajo los merovingios o los carolingios, es una construcción artificial en el que la unidad radica únicamente en la fuerza del conquistador. El tratado de Verdún, que rompe esta unidad, fractura el imperio franco en tres porciones, una de las cuales, la de Carlos o carolingia, apenas responde a lo que entendemos por Francia, de modo que toda Flandes y Cataluña forman parte de ella, mientras que hacia el este tiene por límites el Saona y las Cevenas. La política de los Capeto redondea esta fracción, y en ochocientos años construye Francia tal como la entendemos.»¹⁰ En cambio, las naciones no dinásticas han desaparecido. La fuerza de la dinastía es tan poderosa que Renan ha podido afirmar que dinastía y nación son equivalentes. Johanet, que profundiza en estas ideas, cita un ejemplo que considera concluyente. «La formación de España en el siglo XV resulta de un matrimonio, y si en la Península los destinos de Cataluña están ligados con los de Castilla, mientras que los de Portugal se separan, se debe a que en Lisboa existe la casa de Braganza, lo que falta en Barcelona o en Valencia, ya que la dinastía catalana se extinguió en el mismo siglo XV.» Y después: «De haber una dinastía en Barcelona como en Lisboa, Europa contaría indudablemente con un Estado más: el Estado catalán.»¹¹

La dinastía crea también sus intereses particulares, que muchas veces se dirigen a la finalidad imperialista. Las guerras civiles son un ejemplo interno, y en las relaciones exteriores se puede citar el caso de Eduardo III de Inglaterra, que al reclamar la herencia de los Capeto provoca la llamada guerra de los Cien años, del mismo modo que el matrimonio de Maximiliano de Austria con María de Borgoña, a finales del siglo XV, dio lugar a guerras que, según Bayle, duraron más de doscientos años.

La época industrial marca una nueva etapa imperialista. El capitalismo ha creado intereses superiores a los de la monarquía, intereses que reclaman la dirección imperialista. Y de igual modo que hubo reyes que no fueron más que aristócratas, las dinastías desde mediados del siglo pasado, no fueron más que la imagen de su propia sombra, desde el momento en el que el espíritu imperialista pasó a vincularse al capitalismo. La nobleza, al ceder la función de gobierno al

8 Renan: *Discours et conférences*, pág. 285. [La cita corresponde a [¿Qué es una Nación?](#)—Nota del traductor.]

9 Renan: *La réforme intellectuelle et morale*, pág. 9.

10 Íd., íd., pág. 8.

11 Johanet: *Le Principe des Nationalités*, París 1918, páginas 325 y 383.

[La cita completa: «L'Espagne est encore plus éloquente. Sa formation, au XV^e siècle, résulte d'un mariage et si, dans la péninsule, les destins de la Catalogne sont enchaînés à ceux de la Castille, tandis que ceux du Portugal s'en écartent, la raison doit en être cherchée dans l'existence à Lisbonne, de la maison de Bragança, équivalent qui manque à Barcelone ou à Valence, dont la dynastie arabe fut expulsée au XIII^e siècle.» Y anteriormente, la otra cita, completada, dice: «A la limite, ce procédé aboutit à multiplier autour de l'Empire des Etats quelconques, pourvu qu'ils soient faibles et petits. En Flandre et en Ukraine, n'est-ce pas la tactique allemande? Elle n'a rien d'inédit. Au XVII^e siècle, Richelieu, Mazarin n'en employaient pas d'autres: pour mieux lutter contre l'Espagne, ils fomentaient des révoltes méthodiques en Catalogne et en Portugal. S'il y avait eu à Barcelone une dynastie comme à Lisbonne, l'Europe compterait sans doute un Etat de plus, l'Etat catalan.» Cito por la nueva edición *refondue et augmentée* de París 1923. René Johanet (1884-1972) fue un ensayista francés próximo a la *Action Française* de Maurras, aunque también se relacionó con [Georges Sorel](#). Propuso el neologismo *nacionalitarisme*, que ha acabado, con cambio de sentido) aplicándose a las naciones oprimidas.—Nota del traductor.]

imperialismo dinástico, pasó a ser sierva de la monarquía. Al pasar el imperialismo de la monarquía al capitalismo, el proceso fue similar: los reyes se convirtieron en cortesanos de los financieros, y así como en los conflictos que se producían entre los aristócratas y los intendentes o delegados reales, el rey se ponía del lado de estos últimos, en el actual imperialismo muchos reyes son meros delegados del capitalismo, y cuando se presenta un conflicto entre los intereses del capitalismo financiero y los de la nación, los reyes influirán en los ministros para satisfacer los designios del imperialismo financiero y defenderán, como sus antiguos delegados o intendentes, no sólo los intereses superiores, los del imperialismo reinante, sino también su fortuna particular a la vez que su magistratura.

El imperialismo financiero no precisa de la aristocracia ni de la monarquía; los Estados Unidos constituyen una prueba elocuente. El espíritu imperialista es tan firme que no requiere una dinastía. En Francia, la monarquía no es necesaria, puesto que la tercera República ha sabido crear el segundo imperio colonial del mundo. Entre los príncipes de las finanzas, los plutócratas, se repiten las cuestiones de los pleitos dinásticos, esto es, los intereses personales se anteponen a los de la finalidad imperialista. Y así como hubo innumerables guerras causadas por intereses particulares de las monarquías, en el mundo capitalista estas luchas no faltan tampoco. Fueron, indudablemente, el origen inmediato de la guerra europea.

Habiendo cambiado el actual imperialismo a las personas, ha cambiado de métodos, sin perder por eso su propia esencia. Las antiguas expediciones de pillaje se han transformado en luchas por la posesión de terrenos petrolíferos, de minas de hierro o carbón, de explotaciones de caucho, etc. Por diferentes que sean los métodos que se emplean, el imperialismo continúa siendo el mismo: esto es, la explotación de un gran número de razas, en favor de unas pocas.

5.

Las justificaciones de la conquista.

Los hechos, por sí mismos, no bastan para satisfacer al entendimiento: la inteligencia quiere explicarlos. El sentimiento de esta determinación engendra sus justificaciones, las cuales están representadas, en la formación de las naciones, por la conquista.

Todos los argumentos utilizados para justificar la conquista, proceden de la naturaleza zoológica, parcial, del hombre, como si la humanidad, incapaz de crear ideas reguladoras de las acciones, tuviese que estar dirigida y sometida por los resultados de la lucha del fuerte contra el débil. Esta tesis ya la expuso el sofista Calicles:

«En la mayor parte de las cosas la naturaleza y la ley se oponen entre sí; de donde resulta, que si uno se deja llevar de la vergüenza y no se atreve a decir lo que piensa, se ve obligado a contradecirse. Tú has percibido esta sutil distinción, y la haces servir para tender lazos en la discusión. Si alguno habla de lo que pertenece a la ley, tú le interrogas sobre lo que se refiere a la naturaleza; y si habla de lo que está en el orden de la naturaleza, tú le interrogas sobre lo que está en el orden de la ley. Es lo que acabas de hacer con motivo de la injusticia sufrida y cometida. Pólux hablaba de lo que es más feo en este género, consultando la naturaleza. Tú, por el contrario, te agarraste a la ley. Según la naturaleza, todo aquello que es más malo es igualmente más feo. Sufrir, por tanto, una injusticia, es más feo que hacerla; pero según la ley es más feo cometerla. Y en efecto, sucumbir bajo la injusticia de otro no es hecho propio de un hombre, sino de un vil esclavo, para quien es más ventajoso morir que vivir, cuando, sufriendo injusticias y afrentas, no está en disposición de defenderse a sí mismo, ni a las personas por las que tenga interés. Respecto a las leyes, como son obra de los más débiles y del mayor número, a lo que yo pienso, no han tenido al formarlas en cuenta más que a sí mismos y a sus intereses, y no aprueban ni condenan nada sino con esta única mira. *Para atemorizar a los fuertes, que podrían hacerse más e impedir a los otros que llegaran a serlo, dicen que es cosa fea e injusta tener alguna ventaja sobre los demás, y que trabajar por llegar a ser más poderoso es hacerse culpable de injusticia. Porque siendo los más*

más débiles, creo que se tienen por muy dichosos, si todos están por un rasero. Por esta razón es injusto y feo, en el orden de la ley, tratar de hacerse superior a los demás, y se ha dado a esto el nombre de injusticia. Pero la naturaleza demuestra, a mi juicio, que es justo que el que vale más tenga más que otro que vale menos, y el más fuerte más que el más débil. Ella hacer ver en mil ocasiones que esto es lo que sucede, tanto respecto de los animales como de los hombres mismos, entre los cuales vemos Estados y Naciones enteras, donde la regla de lo justo es que el más fuerte mande al más débil y que posea más. ¿Con qué derecho Jerjes hizo la guerra a la Grecia, y su padre a los escitas? Y lo mismo sucede con muchísimos ejemplos, que podrían citarse. En esta clase de empresas se obra, yo creo, conforme a la naturaleza, y se sigue la ley de la naturaleza; aunque quizá no se consulte la ley que los hombres han establecido. Nosotros escogemos, cuando son jóvenes, los mejores y más fuertes; los formamos y los domesticamos como a leoncillos, valiéndonos de discursos llenos de encanto y fascinación, para hacerles entender, que es preciso atenerse a la igualdad, y que en esto consiste lo bello y lo justo. Pero yo me figuro que si apareciese un hombre, dotado de grandes cualidades, que, sacudiendo y rompiendo todas estas trabas, encontrase el medio de desembarazarse de ellas; que, echando por tierra vuestros escritos, vuestras fascinaciones, vuestros encantamientos y vuestras leyes, contrarios todos a la naturaleza, aspirase a elevarse por cima de todos, convirtiéndose de vuestro esclavo en vuestro dueño; entonces se vería brillar la justicia, tal como la ha instituido la naturaleza.»¹²

El instinto zoológico es en el fondo una cobardía. Ante una fuerza idéntica, el sentimiento zoológico se inhibe. El tigre no ataca al león, ni este al elefante, pero la fiera se exalta ante el antílope indefenso. Si todas las razas se encontrasen en igualdad de condiciones, las empresas imperialistas serían difíciles, y por lo tanto, poco frecuentes. La desigualdad de fuerza entre los pueblos allana el camino para la formación de los grandes Estados.

La diferencia de fuerzas es, ciertamente, una ley natural, igual respecto a los individuos que respecto a las razas. En la vida individual el periodo de fortaleza tiene casi la misma duración que el de debilidad. En las razas suele durar menos, de tal modo que en la mayoría de ellas la inactividad es la regla. Pero si en el periodo de fortaleza la sugestión imperialista ayuda a exaltarla, la acción todavía es más enérgica. El conde Gobineau contribuyó a que la raza germánica se exaltase. A mediados del siglo pasado, Gobineau publicó un libro, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, que encontró en Alemania una cordial acogida. Gobineau defendía la tesis de que la civilización se debía exclusivamente a la raza dolicocefala y rubia, de la que los germánicos creían ser sus mejores representantes. La obra de Gobineau hizo escuela, y por otra parte, al encontrarse Alemania muy activa, la exaltación racial no hizo más que avivar el fuego. Nietzsche, que compartía esencialmente la doctrina de Gobineau, decía que la raza dolicocefala y rubia es una raza de conquistadores y amos, dotada de una extraordinaria fuerza de voluntad y deseo de dominación, y de una potente organización guerrera, que acabará por imponerse a las razas débiles y pacifistas. La pretendida superioridad integral de la raza germánica adquiere con Nietzsche y otros escritores categoría dogmática. Todo lo que hay de bueno en el mundo, lo ha hecho ella; las demás razas han de ser servidoras de la creadora de la civilización. No hay degeneraciones posibles en la raza dolicocefala y rubia, mientras que el resto son mezclas e incapacidades. El resultado de esta exaltación racial fue la gran ofensiva pangermanista, de palabra primero, con hechos después. El sentimiento imperialista estaba tan presente, que la mayoría de los alemanes repetían las palabras del ministro de la guerra, general Schellendorf: «anexionaremos Dinamarca, Holanda, Bélgica, Suiza, Livonia, Trieste, Venecia y el norte de Francia, del Somme al Loira.»

El activismo de las razas no es perpetuo. Algunas de las más florecientes en la actualidad, siglos atrás valían poco; otras por el contrario, tienen el legítimo orgullo de haber dado buenas obras a la humanidad. Estos hechos, que son evidentes, contrastan con la actitud de determinados autores que creen en la inmutabilidad de las características raciales. Ch. Woodruff opina que las

12 Platón: *Gorgias*. [Copio la traducción de Patricio de Azcárate, tomo V de la *Obras completas de Platón*, Madrid 1871. He repuesto en cursiva las frases suprimidas por Rossell.—Nota del traductor.]

razas que aun no han participado en la civilización, quedarán inactivas para siempre. La civilización, dice este autor¹³, se ha desarrollado antes de que muchos pueblos radicados en un medio ambiente óptimo, hayan tenido tiempo para que su cerebro adquiriera un volumen suficiente. Al no practicarse la selección, el encéfalo no ha aumentado, y tras alcanzar un nivel bastante alto, estos pueblos no han hecho ningún otro progreso. Es lo que ha sucedido con los chinos, peruanos y mexicanos. Ch. Woodruff concluye que las razas inferiores que no han participado en el desarrollo de la civilización están excluidas para siempre, y sólo podrán ocupar en lo sucesivo lugares secundarios.

Ch. Woodruff es un biólogo. La biología practicada en los pueblos de tipo nórdico, principalmente en Estados Unidos y en Inglaterra, sostiene la eterna desigualdad de razas, sin considerar que a las razas de tipo nórdico también les llegará el largo período de decrepitud. Tan convencida está la biología nórdica de estas ideas, que Galton ya definía la eugenesia diciendo que era la ciencia que se ocupaba de todas las influencias susceptibles de conferir a las razas mejor dotadas, un número mayor de probabilidades de prevalecer por encima de las razas peores.

Los historiadores no han disentido de este modo de pensar de los biólogos. Renan cree en una predestinación de las razas. La naturaleza, dice Renan¹⁴, ha hecho una raza de obreros: la raza china; una raza de descargadores: la raza negra; una raza de amos y soldados: la raza europea. Pero más humano que los biólogos aludidos, el filósofo bretón piensa que la superioridad de la raza europea ha de utilizarse para regenerar las razas inferiores o bastardas, puesto que este destino está en el orden providencial de la humanidad.

Con la desigualdad que no se acompaña de la idea del respeto, con el fuerte que no debe ayudar al débil, con la inexistencia de cualquier obligación moral o humanitaria, la idea de conquista nace por sí sola, y entonces la guerra, la destrucción y la servidumbre pasan a la categoría de hechos sencillamente naturales. A propósito de la conquista de Inglaterra, dice Carlyle¹⁵: «Antes de la llegada de los celtas, los bisontes y los lobos ocupaban Gran Bretaña. Los celtas cazaban bisontes y lobos. Tenían derecho porque tenían más fuerza, y así hicieron más productiva la tierra. Cuando llegaron los sajones, dominaron a los galos. Tenían derecho, por la misma razón, puesto que eran más fuertes.»

Para los pensadores imperialistas, la conquista es un derecho, una obligación, y no sólo eso, sino que la civilización le debe numerosos beneficios. Los hijos de la Gran Bretaña, continuará diciendo Carlyle, habitan donde los dioses han sancionado sus esfuerzos proclamando que tienen derecho a habitarla; el blanco, al hacer fecundas las tierras, tiene derecho a poseerlas y a obligar a las pobres bestias humanas a trabajar. Renan está conforme con la conquista de los pueblos que no sean de raza blanca; en cambio, la conquista entre los pueblos de raza blanca la encuentra reprobable. La conquista, para Renan, tendría importantes finalidades políticas, de orden interno y de orden exterior. Por la primera se impide la desviación anti-imperialista de la política, puesto que si no se realiza ninguna acción exterior, los partidos de izquierda tienden a predominar. «Una nación que no coloniza, dice Renan¹⁶, va directa al socialismo.» En segundo lugar, si la raza no ejerce la función para la que está predestinada, sus facultades se reducen, y por ello Renan piensa que la colonización por la raza blanca es una necesidad de primer orden. Ya en el terreno de las concesiones y reconocimientos, Renan atribuirá a la conquista el origen del orden social en su parte más firme, esto es, la propiedad. Los comunistas se equivocan, dice Renan¹⁷, considerando el

13 *American Journal of Insanity*, t. LVIII, 1901. [El autor citado es el coronel Charles Edward Woodruff (1860-1915). No era biólogo, sino médico militar, y su artículo tiene el expresivo título *An anthropological study of the small brain of civilized man and its evolution*. Otras obras suyas: *Effect of Tropical Light on White Men*, *Expansion of Races*, y *Medical Ethnology*.—Nota del traductor.]

14 Renan: *La réforme intellectuelle et morale*, pág. 93.

15 Cita de T. Simar: *Etude critique sur la formation de la doctrine des races*, Bruselas 1922, pág. 84.

16 Renan: *La réforme intellectuelle et morale*, pág. 92.

17 *Id. id.*, pág. 94.

trabajo como origen de la propiedad; el origen de la propiedad es la conquista, por la que el conquistador se asegura los frutos del trabajo.

Los escritores que tratan de justificar la conquista advierten que el mundo está naturalmente dividido entre conquistadores y conquistados, y así continuará. Las naciones, órganos de las colectividades organizadas, existen para conquistar o para ser conquistadas. Una nación que no conquista será conquistada, y lo será porque la nación que no practica el imperialismo es un organismo abortado. Una nación sólo es digna de este nombre cuando representa el arranque de un imperio. Johanet va aun más lejos; para él la nación no ha existido casi nunca. La historia nos muestra, dice Johanet¹⁸, que la nación de los teóricos, pura, aislada, independiente, nunca existió, y que en cambio es el imperio lo que ha existido. El florecimiento de las nacionalidades contemporáneas, sigue diciendo Johanet, no es sino un aspecto de los métodos nuevos inaugurados en el siglo XVI por el imperialismo eterno; el hecho *nacionalitario* moderno sólo existe en función del imperialismo.

La doctrina imperialista se filtra por todas partes, incluso entre sus víctimas, y lo que es peor, en hombres conscientes de su personalidad nacional. Es el caso de Prat de la Riba. «El imperialismo es el período triunfal de un nacionalismo, del nacionalismo de un gran pueblo. Ésta es la verdadera sustancia del imperialismo... El imperialismo es, por tanto, un aspecto del nacionalismo, una etapa de la acción nacionalista: la etapa que sigue a la de plenitud de vida interior, cuando la acumulación de la fuerza interna de la nacionalidad, irradia, desborda, anega y fecunda las llanuras que la rodean.»¹⁹

Con las ideas imperialistas sólo se repetirá una y otra vez la continua tragedia de los pueblos, una guerra que sucede a otra guerra; todas las actividades humanas dirigidas a rendirse al más valiente de todos, poniendo el instinto zoológico por encima de las características humanizadas. Al constatar que la doctrina imperialista está tan arraigada, tanto entre los escritores de los estados imperialistas como en los de aquellos países que no han podido todavía constituirse en un organismo político, parece que la humanidad ha de permanecer siempre bajo la terrible sentencia de Fichte: entre los Estados no hay ni ley ni derecho; sólo existe la ley y el derecho del más fuerte.

6.

Los resultados.

Las razas se han reducido mucho como consecuencia de la política imperialista. Es posible que el número de razas desaparecidas no se conozca jamás. Es complicado que los prehistoriadores lleguen a catalogar todas las razas paleolíticas relacionadas con las razas actuales, esto es, averiguar la destrucción racial que obró aquel imperialismo primitivo. Desde el cuaternario antiguo hasta la edad moderna no ha disminuido la destrucción de razas. América es un buen ejemplo. Holmes²⁰ reconoce en la América precolombina veintidós regiones etnográficas. Cada una de ellas equivaldría, por lo menos, a una raza, pero un inventario exhaustivo nos proporcionaría, seguramente, un número muy superior. En otros continentes, Oceanía y África, el número de razas extinguidas es también considerable. Las razas que sobrevivieron a la conquista, todas muy reducidas numéricamente, viven acantonadas en tierras abruptas e improductivas, se les impide relacionarse con otras razas, y se les niega libertad para desarrollarse. Otras razas que viven en contacto con los conquistadores o colonizadores son víctimas de enfermedades traídas por los europeos, viruela y principalmente sífilis, alcoholizadas y disueltas por un mestizaje absorbente.

El régimen capitalista, sucesor del imperialismo dinástico, ha originado en las razas conquistadas complicaciones de tal naturaleza, que en el futuro serán causa de profundas alteraciones. La nación característica de este tipo es Estados Unidos. Ocupada en gran parte por razas de tipo nórdico, se encuentran representadas como islotes las demás razas de la tierra. Los

18 Johanet: *Le Principe des Nationalités*, pág. 309.

19 E. Prat de la Riba: *La Nacionalitat Catalana*, págs. 129 y 134.

20 William Henry Holmes, *Handbook of Aborigine American Antiquities*, vol I. Washington 1919.

pocos indígenas que escaparon de la caza al hombre, han conseguido formar en total una población de 860.000 almas, en lugar del millón y medio que se supone existía antes del descubrimiento. La población aborigen actual está formada por varias razas que oponen una gran resistencia a dejarse absorber por otras razas. La población negra, toda ella descendiente de esclavos, constituyen un grupo muy importante. Los chinos y japoneses, como las anteriores razas, también forman grupos aislados. Los núcleos de razas blancas no se comportan de otra manera que las razas de color. Los judíos, los italianos, los neerlandeses, los eslavos y otros, viven asimismo acantonados, y evitan las relaciones sexuales con cualquier otra raza.

En Europa, la fiebre capitalista ha provocado también considerables desplazamientos de población, especialmente en Francia, donde los polacos forman actualmente, desde el final de la guerra, numerosos grupos en el norte, mientras que los italianos, ya sean obrero o propietarios, ocupan grandes extensiones en el valle del Garona, y los argelinos y los españoles constituyen en todo el sur una buena parte de los peones disponibles. Estas inclusiones de razas exóticas, cuando son un pequeño número de sujetos, a la larga acaban siendo absorbidos, como los holandeses fundadores de Nueva York, que se mantuvieron puros hasta fines del último tercio del siglo pasado. Pero cuando el grupo es considerable, se opone a la mezcla con la raza dominante, y se convierte en un cuerpo extraño dentro del organismo social. Europa oriental, en su totalidad, es un ejemplo de estas incrustaciones, al igual que la población dolicocefala del País de Gales, procedente de una emigración paleolítica.

Los elementos extraños a una raza determinada no se unen a ella. Cuando aquellos están rodeados por ésta, la raza ha de soportar un peso muerto. Todavía es peor cuando la emigración se practica de forma diseminada, y conforme entran, se incorporan a la raza casándose. Entonces la raza se impregna más o menos de las propiedades de la raza con la que se ha mezclado, y la propia se desnaturaliza de ese modo. Las razas han de conservarse puras, es decir, han de mantener íntegras sus propiedades, ya que ellas son las únicas fuentes de cultura.

Toda destrucción o alteración racial constituye un atentado a la cultura. La muerte o la imposibilidad de fructificar las diferentes culturas, el reducirlas a su mínima expresión, el que sólo se mantengan fuertes media docena de razas, todo ello ha sido una consecuencia lógica del imperialismo. Por la guerra o por la conquista, las culturas, fruto e las razas, desaparecen: la cultura etrusca fue destruida por Roma; la egipcia, por Grecia, Roma y Arabia; la americana, por los españoles. Los incendios de las bibliotecas de Lovaina por los alemanes en 1914, y de Bagdad en 1917 por Faik bey, representan las últimas manifestaciones de las ininterrumpidas devastaciones que son la tarea esencial del imperialismo. A la destrucción de culturas hay que agregar las incontables culturas que no han fructificado a causa de la opresión de las razas, especialmente aquellas que, formando parte de Estados compuestos, son esclavas de la cultura de la raza hegemónica.

Instinto zoológico y humanización son dos fuerzas opuestas. El instinto no tiene otro límite que el reposo exigido por la satisfacción; ninguna ley moral excita ni guía la acción. Por ello, una política que obedezca a este instinto primario sólo puede consagrar la fuerza como derecho. La humanización se constituye por el conjunto de valores morales elaborados por la misma historia de las razas, puesto que son las razas las creadoras de todos los valores humanos. Las razas deben su existencia precisamente a la diferenciación. Sin ellas no existiría ningún valor humano y la humanidad habría permanecido en su estado primitivo, bajo el dominio absoluto del instinto zoológico. La historia de la civilización no es, al fin y al cabo, otra cosa que la lucha de los valores raciales para reducir al instinto zoológico a la nada.

Imperialismo e instinto zoológico se confunden: son dos palabras que expresan la misma cualidad y tienen una sola historia y un solo pensamiento. Esto quiere decir que el imperialismo ha sido vencido en muchas de las facultades humanas, pero en otras se encuentra en situación pésima. Pero en la política, y esto es evidente, el imperialismo es el que informa y domina, y constituye todavía un ideal vigoroso. ¿Cómo podrá la política actuar humanamente, sin antes derribar el

imperialismo? De las actuales naciones, ¿cuál se considera definitivamente formada? El imperialismo no puede establecer límites, porque ninguna de las naciones —y los hechos lo demuestran— se percibe con un perímetro perfecto. Y por el contrario, ¿quién garantiza la permanencia de los límites actuales de las naciones? Los pangermanistas de antes de la guerra amenazaban a Suiza, que nunca tuvo veleidades imperialistas, con hacerla desaparecer. El catecismo fascista mantiene que Italia ha de anexionarse Córcega, Malta, el cantón del Tesino, una parte del de los Grisones, Niza, Dalmacia, Mónaco y San Marino. La acción imperialista de Estados Unidos causa inquietud en las repúblicas vecinas. La *Enmienda Platt* confiere a Estados Unidos un poder discrecional para intervenir en Cuba; en 1926 Panamá se vio obligado a firmar un tratado por el que se ha poner al servicio de Estados Unidos en caso de guerra; en 1914 la República Dominicana fue ocupada militarmente, como lo fue Haití en 1915. Los Estados Unidos intervienen en la política interior de Honduras, Nicaragua, Panamá y Haití como si fuesen protectorados. Bajo el régimen imperialista, sus fronteras continuarán siendo las marcas de los antiguos germanos.

Basta con observar cuántas veces ciertas regiones han cambiado de manos para constatar lo absurdo del imperialismo. Será suficiente citar un par de ejemplos entre cientos posibles: Saboya ha estado ocupada o anexionada por Francia seis veces en menos de trescientos años; Menorca, en un siglo, estuvo dominada por españoles, franceses e ingleses. La estabilidad de las naciones es algo demasiado importante para que dependa del instinto zoológico.

II.

Búsqueda de una base constitutiva.

1.

La inquietud de los pueblos.

La historia política de las naciones es poco edificante. Puede uno preguntarse si en el futuro las conquistas seguirán siendo determinantes, y el mundo permanecerá dividido entre triunfadores y sometidos.

Una de las causas principales de la inquietud de los pueblos, la inseguridad de su independencia o el deseo de poseerla, radica en no haberse constituido las naciones en función de un carácter que por su naturaleza tenga una positiva superioridad humana, y no zoológica, respecto a cualquier otro carácter que se pudiera alegar.

El carácter común formativo de las naciones es y ha sido, como hemos visto, la conquista. Por muy pequeño que sea en el hombre el sentimiento de justicia y de dignidad, se convendrá que el fundamento de las naciones no es apropiado. Es preciso examinar entre los diversos elementos o caracteres que componen las naciones, cuáles de ellos reúnen mejores cualidades para sustituir definitivamente al de la vergonzosa conquista, o en caso negativo señalar una base constitutiva definitiva.

2.

Área geográfica y fronteras.

Un mapa político muestra la diversa superficie de las naciones. En unas conviven diferentes pueblos como resultado de conquistas; en otras, sólo una parte de la raza; y son escasas aquellas en que su área geográfica se corresponde con los límites raciales. Un pedazo de tierra, grande o pequeño, no tiene por sí solo ninguna importancia para servir de base constitutiva de un agrupamiento político. La tierra obtiene su valor por la gente que la habita, y ésta es la que establece los límites, por lo que la figura y superficie territorial no pueden constituir una base determinante de las naciones.

Los políticos han prestado mucha atención a las fronteras. Casi todos están de acuerdo en que las naciones han de quedar delimitadas por accidentes del terreno, lo que llaman fronteras naturales, representadas por las costas, los ríos y las montañas. No se sabe la extensión que ha de tener la costa, la anchura y longitud de los ríos, y la altura de las montañas, para ser consideradas fronteras, y por consiguiente una isla, media cuenca hidrográfica, o un valle, podrían formar una nación. Es evidente que cuando los políticos se refieren a fronteras naturales, no aluden a todos los límites que con tanta abundancia ofrece la Tierra, sino a los hitos establecidos por la potencia guerrera de cada nación, los cuales, para estar bien dispuestos, han de recaer en aquellos accidentes del terreno. La frontera de Austria, la franco-germánica de 1871 o de 1918, como cualquier otra, expresan la eficacia militar. Malta, que es una prolongación de Sicilia, pertenece a Inglaterra; Córcega, que lo es de la Toscana, es francesa.

Una ojeada a un archipiélago muestra que, a pesar de las fronteras naturales de cada isla, sus habitantes suelen ser de la misma raza, y que cuando una isla se encuentra próxima al continente, sus habitantes, por regla general, son idénticos a los continentales. Una división de las naciones por los ríos importantes puede ser arbitraria. Si el Rhin, para muchos franceses constituye la frontera entre Alemania y Francia, no tienen en cambio ningún valor de limitación el Ródano o el Sena. Es cierto que en ocasiones existen diferencias entre los habitantes de cada margen del río. El Rhin, de Basilea a Holanda, atraviesa un territorio de braquicéfalos, el índice de los cuales es más elevado a la izquierda que a la derecha del río.²¹ Pero en la cuenca del Sena y en la del Po se halla la misma gente. Semejante a los ríos es lo que ocurre con las montañas. Se acepta que los Alpes o los Pirineos forman un límite natural. La observación constata que en muchas zonas de estas cordilleras, los habitantes son semejantes en una y otra vertiente. Las cordilleras que se citan como ejemplo son las fronteras divisorias entre dos Estados, pero nunca se considera que las cordilleras del interior de un Estado, tanto o más importantes que las limítrofes, podrían ser también una frontera. Resulta complicado establecer la división territorial en las llanuras extensas. La frontera letona-rusa o la polaca-ucraniana, podría estar cincuenta kilómetros más acá, o cien más allá. Las planicies de la Europa oriental están pobladas por gente diversa, y es esta diversidad y no la naturaleza del terreno, la que ha de fijar las fronteras.

Al establecer una frontera, los políticos se olvidan del pueblo que habita aquel lugar, y sólo tienen presente su valor estratégico. Esta consideración militar tiene tanta fuerza, que algunas naciones le deben su existencia. La nación belga es el resultado del antagonismo imperialista franco-británico y del valor estratégico de Anvers. Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia, y las ampliaciones de Rumanía, son una creación estratégica de los vencedores de la guerra europea. Irlanda no es totalmente libre por razones inglesas de orden naval. La verdadera frontera no ha de depender ni de la extensión del territorio, ni de los accidentes que presenta, ni de la estrategia. Donde una raza se encuentra con otra raza, allí debe estar la frontera.

3.

La religión.

Hay menos religiones que razas y Estados. En consecuencia, buen número de razas profesan la misma religión. Una religión no existe de forma arbitraria, sino que cada una se refiere a un grupo de razas afines o tipos raciales. En Europa, el catolicismo es general entre las razas de tipo mediterráneo; el protestantismo entre el tipo nórdico; los cismáticos se encuentran en las razas de Europa oriental.

La religión ha sido a la vez arma defensiva y ofensiva, motivo de opresión y señal de resurgimiento. La raza hebrea no ha desaparecido a causa indudablemente de la religión. La destrucción de la cultura americana y el saqueo de sus tesoros se realizó con la excusa de cristianizar a los indios; los Países Bajos no han olvidado los procedimientos de *catolización*

21 M. Huck: *Estudi antropológic de les poblacions de les riberes del Rin*. L'Anthropologie, 1918, pág. 502.

empleados por los españoles de tiempos de Felipe II. El desarrollo de la cultura de las razas de tipo nórdico se debe al protestantismo.

Durante muchos siglos el imperialismo se sirvió de la religión para actuar con más fuerza. Las cruzadas, la invasión musulmana, son hechos de este orden. La religión también ha servido para depurar las razas. La Inquisición y las dragonadas francesas lo ejemplifican en Europa. Es natural la alianza entre la religión y el imperialismo, puesto que aquella es esencialmente imperialista. Pero esta alianza se rompe cuando el imperialismo pasa de ser dinástico a ser capitalista. Y en consecuencia, el poder político de la religión disminuye, porque con el cambio, la religión pierde su brazo derecho, que era la monarquía. Las religiones europeas, que antes se encontraban en un nivel igual o superior al de la política, hoy han quedado bajo ella, pasando de lo público a lo privado. Gracias a este cambio de condición ha sido posible la convivencia de diferentes religiones en un mismo Estado. En Yugoslavia los serbios son en su mayor parte ortodoxos; los croatas y eslovenos, católicos; y en Bosnia existen gran número de musulmanes, sin que esta diversidad impida unir a todos los yugoslavos por la independencia del país, de igual modo que en Irlanda se hermanan católicos y protestantes por su común libertad. En Armenia el sentimiento nacional reúne a sus hijos, a pesar de ser uno de los países que contienen más religiones: católicos, ortodoxos, gregorianos y protestantes de diversas sectas. La guerra europea, que comprendía entre los beligerantes representantes de todas las religiones más importantes, no influyeron en nada durante las hostilidades.

Una religión activa es un imperialismo en marcha, capaz de aplastar a todo el que se oponga a su desarrollo. En cambio, si es pasiva, no tiene consistencia para cohesionar a todos los habitantes de un país. El imperialismo religioso no respeta las razas. En el período del imperialismo dinástico, las razas que renacieron crearon una nueva religión. Separada del imperialismo político, la religión ha perdido la condición de ideal colectivo.

Una nación no puede forjarse con hierro frío, como tampoco constituida por un elemento rechazado por algunos hermanos, y todavía menos por un carácter que si bien podría ser propio de un grupo de naciones, no lo sería para todas.

4.

La lengua.

Con las lenguas sucede lo contrario que con las religiones: son más numerosas que los Estados. Durante mucho tiempo, no se condicionaba la lengua usada, y por la circunstancia de haber vivido durante milenios en libertad creadora, cualquier mínima diversidad étnica originaba diferencias lingüísticas. En la Rusia asiática, las lenguas son tan numerosas como los valles. Entre las tribus que componen los 120.000 salvajes de la isla de Formosa, refugiados en la zona montañosa, se hablan idiomas muy diferentes.²² G. Le Bon afirma que en la India se hablan doscientas lenguas y unos trescientos dialectos.

La prueba de que un pueblo ha sufrido por mucho tiempo una conquista asimilista, está en el tamaño del área geográfica en la que se habla la misma lengua; de manera que cuanto más extensión ocupa una lengua, más eficaz ha sido la conquista. No obstante, la conquista no suele eliminar por completo el lenguaje anterior. Roma impuso el latín, pero los pueblos conquistados no fueron capaces de asimilarlo de manera absoluta. El gran número de idiomas derivados del latín prueba que una cierta parte de idioma anterior, si no materialmente, en parte, resistió a la lengua impuesta por el vencedor.

El conquistador utiliza su lengua como instrumento de sujeción. Casi todos los pueblos del Asia Anterior, tras la conquista musulmana, adoptaron la lengua árabe o la turca. El conquistador, por lo general, suele imponer por completo su lengua al vencido, sólo cuando mediante cruzamientos altera la pureza de la raza indígena; sin mestizaje, la sustitución del idioma es un

22 W. Müller: *Los salvajes de Formosa*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, 1910, pág. 228.

proceso largo y difícil. La mayoría de las colectividades indígenas americanas han perdido su lengua propia porque sólo excepcionalmente perduran grupos con pureza racial. También se pierde la lengua cuando el grupo se encuentra diseminado entre una raza más poderosa, como las inclusiones de los judíos por todo el mundo, o arrinconada en pequeño número, como algunas tribus americanas. Mr. John Huig Van Reusselaer, en su libro *The Social Ladler*, explica que las viejas familias holandesas, cuyos antepasados fundaron Nueva York, y que durante dos siglos constituían su aristocracia, conservaron durante siete u ocho generaciones la lengua del país de origen, usándola en la intimidad y en el culto religioso, pero la lengua holandesa hace sesenta años fue absorbida de forma absoluta por el inglés.

De esta ley no escapa ni el mismo conquistador, puesto que si vive en el país conquistado y constituye un grupo poco numeroso, pierde su lengua propia, como les ocurrió a los normandos y a los francos en la Galia.

La sustitución de la lengua vernácula por la del dominador requiere un proceso secular. Incluso cuando el imperialismo es asimilista y se practica en el propio Estado, las lenguas del país tardan en desaparecer. Entre algunas poblaciones de Francia, pese a la renuncia expresa al idioma vernáculo por parte de la gente de letras y de las clases un poco instruidas, ha sido preciso que transcurriesen unos trescientos años para que la lengua oficial avanzase un centenar de kilómetros en Flandes y en Borgoña. En las Islas Británicas, al inglés le ha costado mucho imponerse. Si Irlanda ha perdido casi por completo su lengua, se debe a que la conquista fue de las más brutales, y durante muchas generaciones lo mejor de la raza se veía obligada a emigrar. En cambio, Escocia la conserva, y todavía a mediados del siglo pasado, la mayoría de los escritores, según Emerson, sólo usaban la lengua propia.

En todas partes la lengua del conquistador ha contribuido al desorden, dejando rastro de su paso. En la Península Balcánica, dice [Deniker](#)²³, se determinan entre cuatro y seis familias lingüísticas; en las Islas Británicas, dos o tres. Los azeríes del Cáucaso y de Persia hablan una lengua turca, y los negros de Estados Unidos el inglés; muchos indios de América, el español; diversas tribus húngaras, el ruso.

Primitivamente debía existir una perfecta armonía entre las ideas y la lengua. La conquista, al imponer otra lengua, produjo un mal incalculable en el espíritu, puesto que dificultó la relación entre el pensamiento y su expresión, obligando a la inteligencia con signos nuevos, cuya historia es desconocida por la propia mecánica pensante, de forma que el vencido, en vez de expresarse naturalmente, se vio obligado a hacerlo con palabras que son el resultado de procesos de conocimiento extraños por completo a su inteligencia.

Las leguas, pese a tener una vida secular, son de escasa duración. Las lenguas fenicia y asiria se han perdido. La importante cultura que contenían los idiomas egipcio y griego no pudo salvar de la muerte a estas lenguas, excepto como idiomas de área geográfica reducida y de poca o nula expresión cultural, como el frigio, el lidio, el chipriota el cretense y tantos otros desaparecidos de igual modo. La base de una nación ha de ser algo más sólido que la lengua.

De hecho, nunca la lengua ha servido como argumento para la constitución de las naciones. La pequeñez del área geográfica de las lenguas contrastaba con los sueños de grandeza imperialista. Sólo una vez, quizás, la lengua motivó una anexión: fue la generosa cesión a Francia de los tres obispados (Metz, Toul y Verdún), en los que no se hablaba alemán, realizada por los príncipes protestantes, influidos por la cultura francesa.²⁴

23 J. Deniker: *Les Races et les Peuples de la Terre*, segunda edición, París 1926, pág. 368.

24 Por el Tratado de Chambord (1552), en el marco de la lucha entre los príncipes protestantes del Imperio y el emperador Carlos V.—Nota del traductor.

5. *La historia.*

Algunos autores consideran que la razón de la existencia de las naciones, lo que las consolida y justifica, es la convivencia de los pueblos que las componen. Esta vida política en común se denomina consentimiento histórico. «La nación —dice Renan²⁵— expresa un pasado y se resume en un hecho tangible: el consentimiento, deseo claramente expresado de continuar la vida en común.»

Los partidarios del consentimiento histórico no se han preguntado si el número existente de naciones es el que realmente ha de haber, o si las actuales están definitivamente formadas. Al enfrentarnos a este problema, ha de averiguarse lo primero qué es una nación, y no darlo por supuesto; la mayoría de los defensores del consentimiento histórico pasan de largo y aceptan la denominación y la calidad de naciones, tal como son, sin que esta aceptación equivalga, sin embargo, a un reconocimiento definitivo de las fronteras.

El consentimiento histórico no resiste la crítica más superficial. Para empezar, ¿de qué momento se ha de partir? Supongamos ya ha concluido el consentimiento del Imperio Romano, el del Sacro Imperio Romano Germánico, y el musulmán. Ciñámonos a los estados actuales. ¿Cuántos años ha de alcanzar un consentimiento para resultar válido? Italia data de 1860; El Imperio alemán, de 1870; Yugoslavia, de 1918; en cambio Francia, mil años. Los estados que se han hecho por conquistas sucesivas, compuestos de conquistadores y conquistados, ¿pueden, a pesar de los siglos de sumisión de estos últimos, considerarse definitivamente constituidos? El consentimiento histórico es un argumento de burgués satisfecho, de la teoría del orden aparente que esconde un desorden espiritual, de la tranquilidad momentánea, aunque la imposición obstinada del silencio equivalga a conjurar la tempestad. Las nacionalidades que aguardan la ocasión favorable para convertirse en Estados, ¿cómo podrán constituirse si no poseen el consentimiento histórico?

La teoría del consentimiento histórico parece hecha de encargo para justificar la existencia de los Estados compuestos actuales y para legitimar las conquistas antiguas o recientes. Cuando en alguno de los pueblos que integran Estados compuestos se inicia, no ya un movimiento secesionista, sino tan sólo autonomista, el gobierno olvidándose de la teoría del consentimiento histórico, utiliza todos los medios coactivos necesarios para ahogar las aspiraciones libertadoras. Finlandia, Polonia, Irlanda y los países libres que han sido colonias, han debido soportar argumentos bien opuestos al consentimiento histórico. Es preciso pertenecer a la raza de los conquistadores, o desconocer a los pueblos sometidos, para expresarse como Mr. Le Fur. La historia nos muestra, dice este autor²⁶, que el asentimiento de las poblaciones conquistadas es prácticamente inevitable al cabo de cierto tiempo, en ocasiones muy breve... Una vez adquirido este consentimiento, continúa Mr. Le Fur, toda queda unificado, el hecho y el derecho; la voluntad del poder y la de las poblaciones; se acabó la cuestión; la anexión desde entonces constituye un hecho adquirido.

La raza vencedora de los Estados compuestos ha procedido con los pueblos anexionados como el carcelero que concede a los reclusos una libertad plena... según el reglamento. Para los pueblos vencidos, el reglamento consiste en practicar el conjunto de cosas que provocan el olvido de la propia personalidad, y logrado este estado psíquico, cuando le da igual al pueblo encontrarse enmarcado en un Estado blanco o negro, entonces se dice que el consentimiento histórico es un hecho. Amnesia no es sinónimo de conformidad. La pérdida de conciencia de la personalidad colectiva de pueblo o de nación, supone aceptar sin protesta la más baja domesticidad, e incluso el reconocimiento de la bondad del amo.

Es evidente que un contrato pierde todo valor jurídico, si una o más de las personas, individuales o colectivas, es inconsciente. Les resultaría muy difícil a los defensores del consentimiento histórico, citar ejemplos de naciones constituidas por elementos diferenciados que, con total libertad y conciencia, hubiesen convenido su esclavitud o sumisión. Ni siquiera así el

25 Renan, *Discours et conférences*, pág. 306. [La cita corresponde a [*¿Qué es una Nación?*](#)—Nota del traductor.]

26 L. Le Four, *Races, Nationalités, Etats*. París 1922, pág. 130.

convenio habría sido válido, ya que, como dice Mill²⁷, el principio de libertad no supone la libertad de renunciar a ser libre.

6.

La voluntad.

La democracia, valor novedoso en la política, nace en el tránsito del imperialismo dinástico al imperialismo capitalista. La democracia aporta la novedad del plebiscito de anexión y constitución de las naciones. El plebiscito tiene un gran prestigio en el individuo y en la colectividad, a causa de la revolución francesa y a un siglo de educación democrática. Para las muchedumbres, el ejercicio de sufragio equivale a la sustitución de un régimen de privilegios por la verdadera soberanía popular. Sin embargo, el referéndum no era desconocido antes de la revolución francesa, como manifestación colectiva de anexión. Luis XIV, tras ocupar repentinamente la Alsacia, hizo votar a los alsacianos, rodeados de bayonetas, la anexión de su país a Francia. La democracia querrá, al contrario. Que la opinión se manifieste libremente, sin coacciones, como en el plebiscito de Miza, el de la unidad italiana, y los efectuados después de la guerra europea en Allenstein, Alta Silesia, Sarre y otras regiones.

Para un espíritu educado en la democracia, no hay nada tan convincente como el resultado del plebiscito italiano precedido del manifiesto de Víctor Manuel, en el que decía a los pueblos convocados para su unión, que no quería imponer su voluntad, sino respetar la suya y que pudiesen votar libremente. El plebiscito fue un éxito de la unión. Toscana votó la anexión al Piamonte por 366.000 votos contra 15.000; Emilia, 426.000 contra 756; Nápoles 1.300.000 contra 10.000; Sicilia, 430.000 contra 700; las Marcas y Umbría, 230.000 contra 1.660; Venecia, 640.000 contra 69; y Roma, 133.000 por 1.650 contrarios.

El valor de los actos es total cuando se tiene plena conciencia de lo que se hace. No analizaremos el momento psicológico de la creación del Estado Italiano, ni la intervención de la diplomacia europea; no recordaremos que los pueblos que lo integraban estaban hartos de ser la tierra predilecta de conquista por parte de casi todos los países europeos, y por lo tanto, cualquier acción que diese la impresión de impedir nuevas invasiones tenía que ser bien recibido. Aceptemos, así, el hecho de la creación estatal italiana, realizada en condiciones óptimas.

Pero, los pueblos que mediante un referéndum entran a formar parte de un nuevo Estado, ¿no ceden a la vez su libertad? Es evidente, según la doctrina democrática, que el ciudadano puede votar hoy por la izquierda y mañana por la derecha. Nada impide, desde el punto de vista de la democracia, que la colectividad utilice el sufragio con la misma libertad que el individuo. Desde que las constituyentes del 89, afirma Mr. Lavergne²⁸, pusieron en manos del pueblo todos los poderes, era inevitable que el principio del sufragio universal sirviese de base a las relaciones exteriores de los pueblos y de sus gobiernos. La teoría de las nacionalidades, continúa Mr. Lavergne, es la teoría del sufragio universal traspuesto al orden internacional.

Y, no obstante, es evidente que ninguno de los pueblos que integran un Estado por medio de un referéndum, no se podrían separar por el mismo método. El plebiscito es un valor positivo cuando es favorable a los intereses del Estado, pero en el caso contrario no tendría ninguno. Si uno de los pueblos que componen Italia solicitase separarse, con seguridad se puede afirmar que el gobierno italiano no permitiría la votación. En Francia, en el mismo caso, y dada la mentalidad imperialista reinante, el gobierno respondería con frases semejantes a las del conde de Avenel, que en 1888 escribía²⁹ que si Niza quisiese separarse de Francia, se impediría por la guerra. Véase, si no, como responde toda Francia en la actualidad ante la petición de autonomía de los alsacianos. El imperialismo admite como buena la voluntad de adición, pero la rechaza si se pide lo contrario. Los

27 John Stuart Mill: *La libertad*, trad. Francesa, pág. 297.

28 B. Lavergne: *Le principe des nationalités*, París 1921, pág. 11.

29 *Revue des Deux Mondes*, 1888, pág. 827.

Estados sudistas de Norteamérica e Irlanda lo han comprobado. Filipinas, con muy poco éxito, lo está intentando.

Los fundamentos constituyentes de las naciones tendrían muy poca solidez si hubiesen de construirse a partir de la voluntad expresada en una única ocasión. Refiriéndose quizás a ello, Renan³⁰ escribió: «La existencia de una nación es un plebiscito diario.» La generación que vota, al hipotecar la libertad de las generaciones que la siguen, comete una usurpación, puesto que los hechos demuestran que no se puede votar contra los intereses imperialistas, o del Estado del que se forma parte; esto es, las generaciones posteriores no pueden votar la desintegración.

Los psicólogos que han estudiado a las muchedumbres y el contagio mental saben el escaso valor que tiene una manifestación de este tipo, y la prueba está en las continuas rectificaciones del cuerpo electoral en política interior. Lo que hoy parece bien, es malo mañana. La generación presente no suele estar de acuerdo con la generación pasada. El hombre, casi siempre, se deja guiar por intereses momentáneos. En 1678³¹ el Franco Condado se aviene a la anexión francesa porque los fabricantes de seda consideran que así podrán realizar mayores negocios. En 1798 se lleva a cabo un referéndum entre los renanos con total satisfacción para Francia; en 1848 hacen una revolución contra Prusia; en 1870 se hacían matar por Alemania; en 1914 luchaban igualmente contra Francia, y en 1919 se habrían separado del Imperio alemán si Inglaterra, por fastidiar a Francia, no hubiese impedido el movimiento separatista. En 1473 el Rosellón fue cedido a Francia, a lo que se opuso Perpiñán con tal resistencia, que sólo fue derrotada por la hambruna provocada por el asedio de 1475; al cabo de veinte años, el Rosellón es devuelto a España; fue preciso un nuevo asedio para que los roselloneses volviesen a reconocer a su anterior Estado. La nación constituida por medio de la voluntad, será un castillo en el aire. La voluntad varía con las circunstancias. Una nación no puede ser un tejer y destejer.

La voluntad de los pueblos, como la de los individuos, es muy variable. Por el contrario, la fijeza caracteriza a las cosas fundamentales, tanto en la naturaleza como en el entendimiento y en la historia. La encina es siempre una encina, y el gato nunca se convierte en un perro. Gracias a la fijeza de los cuerpos y a la regularidad de las funciones naturales, las ideas han encontrado donde arraigar, dejando de ser pensamientos fugaces. La inteligencia, como observa Bergson, estaría muy atrasada si la educación no la solidificase. Por otra parte, lo que subsiste a través de las generaciones es lo que viene impuesto por la existencia de la misma sociedad, independientemente de la voluntad, como por ejemplo la riqueza y la moral. Y entonces, ¿cómo basar la constitución de las naciones en algo tan movable como la voluntad?

Pero hay algo peor para los partidarios de la voluntad como base constitutiva de las naciones; no tener voluntad. Con los pueblos que se encuentran en esta triste condición ¿qué hará la democracia? No podrán constituirse como nación, porque les faltará el hecho primordial, la voluntad; tampoco podrán ser anexionados por el mismo motivo. La carencia de voluntad se corresponde con la pérdida o la falta de conciencia de su personalidad. Un ejemplo de la falta de voluntad, entre docenas que se podrían alegar, es el caso de Silesia en 1740, al ser anexionada a Prusia por Federico II. Diecisiete años después, este soberano fue atacado simultáneamente por Rusia, Francia y Austria. Los habitantes de Silesia, dice Novicow³², no hicieron ningún intento para regresar a su antigua patria, Bohemia, con la que vivían desde el siglo XII. Los casos de inconsciencia son muy abundantes en todas partes.

La voluntad carece de valor ético y legal cuando se aplica a un acto inconsciente. La prueba de que un pueblo es consciente de sí mismo radica en el amor por la libertad. Jurídicamente los actos que realiza un pueblo contra su independencia son nulos.

30 Renan, *Discours et conférences*, pág. 305. [La cita corresponde a [¿Qué es una Nación?](#)—Nota del traductor.]

31 En el original, errata evidente: 1768 por 1678.—Nota del traductor.

32 Novicow, *La lutte entre les sociétés humaines*, pág. 16.

7. *La raza.*

La palabra raza se ha usado en diferentes sentidos, ya sea para referirse a un grupo de hombres del mismo color, de una misma familia lingüística, de una extensión territorial grande o pequeña. Más adelante mostraremos cómo esta palabra tiene para nosotros un significado muy diferente de los que actualmente se le atribuyen.

La raza, a causa de la imprecisión del concepto y de sus distintos significados, tal como la entienden y la aplican los políticos, no puede servir de base constitutiva de las naciones. Hay demasiadas diferencias entre los pueblos de raza blanca para que éstos puedan formar una sola nación; son muy distintas entre sí las colectividades comprendidas dentro de las razas latina o germánica; les falta precisión a las razas americana o europea, y por tanto la confusión entre raza y Estado expresa más bien un deseo de la política actual, que hacen al hablar de la raza francesa o de la raza italiana.

Escritores y políticos del siglo pasado y de nuestro tiempo han tratado despectivamente a la raza. [Fustel de Coulanges](#) creía que la noción de raza estaba completamente ausente de sus contemporáneos³³. La idea de raza, dice Ollivier, es una idea bárbara, exclusiva, retrógrada, que no tiene nada en común con la idea amplia, sagrada, civilizadora de la patria. F. Lot, en *Les derniers carolingies*, considera la raza como un concepto metafísico pernicioso, una triste superstición, un monstruo que, inmutable, persiste a través del tiempo. C. Jullian³⁴, tras adherirse a la frase de S. Reinac: «los nombres étnicos son la peste de la antropología», dice que los latinos eran mucho más felices y más sabios al ignorar la palabra y el concepto de raza, no hablando más que del nombre: «nomen Latinum, nomen Romanum.» R. Johanet³⁵ considera que la raza históricamente representa algo demasiado impreciso, demasiado cambiante y demasiado arbitrario como para ser la base de una doctrina de la estabilidad. Finot dice que la raza es una concepción de nuestro espíritu, el resultado de un pensamiento subjetivo que refleja tanto las facultades como las debilidades de nuestro raciocinio³⁶. Políticos, historiadores, arqueólogos y juristas, educados en el racionalismo, poseen todos ellos un concepto de la raza parecido. Este concepto fue avalado por Quatrefages, una de las mayores autoridades antropológicas de su tiempo, al asegurar que «Es un absurdo cualquier reparto político basado en la etnología.»³⁷

Los escritores que se oponen al racionalismo han manifestado un criterio, si no de reconocimiento del valor de la raza, por lo menos de cierta simpatía. Comte, al exponer los elementos formativos de las naciones, propone la raza como único elemento estático. Taine afirmará que una raza es indestructible, y que cada pueblo, oprimido o no, es un instrumento especial, precioso y único en la armonía humana; que cuando calla sentimos su falta, pero su melodía se oirá tarde o temprano, porque es permanente su necesidad.³⁸

A. Comte y H. Taine son excepciones en la mentalidad del siglo pasado. En lo que llevamos de este siglo, la abundante obra de G. Le Bon, a partir de la popular *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*, aparecida en 1901, ha difundido mucho la palabra raza, aunque el concepto de raza y Estado en este autor son inseparables. El pensamiento dominante, adoctrinado en el racionalismo, se opondrá vivamente a la raza. Uno de los escritores más representativos del siglo XIX, Renan, ha escrito unas pocas palabras que muestran fielmente el pensamiento común de la gente, que con palabras o con actos podía utilizar la raza como elemento básico en la constitución de las naciones. Dice Renan: «La raza, tal como la entendemos los historiadores, es algo que se hace y se deshace. El estudio de la raza es fundamental para el sabio que se ocupa de la historia de

33 Fustel de Coulanges: *Gaule Romaine*, pág. 108.

34 *L'Anthropologie*, 1905, pág. 252.

35 R. Johanet: *Le Principe des Nationalités*, pág. 192.

36 Jean Finot: *Le préjugé des Races*, cuarta edición, París 1921, pág. 84.

37 *Bull. de la Soc. d'Anthrop.*, vol. VI, pág. 183.

38 Taine: *Hist. de la literat. Anglaise*, vol. I, págs. XXIII-XXV.

la humanidad. La raza no tiene aplicación en la política. La conciencia instintiva que ha dominado la realización del mapa de Europa no ha tenido en cuenta la raza.»³⁹

Con lo que acabamos de transcribir, la raza no ha sido bien considerada por hombres eminentes y por importantes tratadistas políticos, con la excepción de Comte y de Taine.

El rechazo casi universal de la raza proviene del desconocimiento de este elemento. Ninguno de los autores citados ha estudiado la raza. De los tres autores favorables, Comte, Taine y Le Bon, el primero sólo tiene la intuición de la virtualidad de la raza; Taine, tan explícito y fecundo, no supera a Comte, puesto que todo lo que escribe sobre la raza está contenido en los dos o tres esquemas que hemos citado; el concepto psicológico de raza de Le Bon es tan especial, que sólo le permite ver en Francia una única raza. Resulta, pues, lógico, que la raza, por falta de reflexión, o por ser una idea vaga, no pueda utilizarse como base para la constitución de las naciones.

8.

La pluralidad de caracteres

Acabamos de ver que los principales caracteres de una colectividad —área geográfica, fronteras, religión, lengua, historia, voluntad, raza...— no puede constituir cada uno de ellos la base de una nación. Si en lugar de un carácter, tomásemos dos o tres, los fundamentos serían igualmente falsos. A pesar de ello, muchos tratadistas han definido la nación por un conjunto de caracteres, con la particularidad de que en la formación de las naciones no han querido reconocer el elemento principal, la conquista, o bien lo han considerado de forma secundaria, o como una acción necesaria en procesos de lógica política.

Es conveniente saber con qué caracteres fundamentan una nación los autores que consideran que los estados no están constituidos por la conquista, o bien que, prescindiendo de los hechos, exponen los caracteres que debería reunir.

«Una nación —dice Mancini— es una sociedad natural de hombres, de unidad territorial, de origen, de costumbres, de lengua, de comunidad de vida y conciencia social.»

La definición de Littré es la siguiente: «Reunión de hombres que habitan un mismo territorio regido o no por un mismo gobierno, con intereses comunes desde hace mucho tiempo, y que pueden considerarse pertenecientes a la misma raza.»

Durkheim define así: «Grupo humano cuyos componentes, por razones étnicas o históricas, quieren vivir regidos por la mismas leyes y formar un único Estado pequeño o grande.»

Ollivier: «Una nación es la universalidad de hombres que como consecuencia de un hábito antiguo aceptado, o en virtud de su voluntad expresa, viven bajo las mismas leyes.»

Laveleye: «La nación tiene su fundamento en el amor a la libertad, en el culto de un pasado glorioso, en los intereses comunes, en la similitud de costumbres, de ideas y de todo lo que compone la vida intelectual.»

Barrés⁴⁰: «Puede compararse una nación a los *puddings* de piedra que se forman a menudo en las aguas vivas, y que reciben el nombre de conglomerados.»

Renan⁴¹: «Una nación es un alma, un principio espiritual.»

Hovelacque⁴²: «La nación es una razón social.»

Podríamos copiar tantas otras definiciones de nación, sin que ninguna de ellas aportase otros elementos diferentes a lo ya considerado. Pero con las anteriores es suficiente para advertir que todas las definiciones expresan el hecho de la nación fundamentado en el consentimiento histórico, o en la voluntad, y que en ninguno de ellos consta el factor verdadero, la conquista. Es más: casi todos los autores rehuyen explicar la naturaleza de la nación. Respecto a los escritores que creen que la nación es un acto de la voluntad, ¿cómo podrán negar las anexiones violentas de las que

39 Renan, *Discours et conférences*, pág. 296.

40 Barrés: *Escènes et doctrines du Nationalisme*, vol. I, p. 20.

41 Renan, *Discours et conférences*, pág. 306.

42 Abel Hovelacque: *Langues, Races et Nationalités*, París 1875, pág. 37.

ningún Estado compuesto está exento? Los partidarios del consentimiento histórico, casi todos repiten los conceptos contenidos en la célebre conferencia de Renan en la Sorbona: ¿Qué es una nación? Renan ha sido, quizás, el único historiador que, sin lograrlo, se ha esforzado en buscar, fuera de la acción de la conquista, los caracteres esenciales en virtud de los cuales existirían las naciones.

La esencia de una nación, dice Renan⁴³ en la citada conferencia, es que todos los individuos tienen muchas cosas en común, y que también en común «todos hayan olvidado también muchas cosas.» Subrayamos nosotros. En esta última frase se expresa subrepticamente la conquista y el pretendido consentimiento histórico. ¡Olvidar! Tiene razón el autor. Sin el olvido, ¿cómo podría mantenerse cualquier Estado compuesto? Sin el olvido, la conquista sería infructuosa, porque los pueblos anexionados se rebelarían cada poco. Para que los actuales Estados puedan subsistir, es indispensable que los pueblos sometidos olviden que disfrutaron de la independencia en tiempos pasados; que la libertad se ha convertido en servidumbre; que su bandera es proscrita; la lengua troceada; el derecho propio reemplazado por el derecho del vencedor; la historia autóctona acabada en el momento de la anexión; la mentalidad estancada. Y los centros propulsores de la inteligencia, las universidades y las escuelas, han apartado la cultura indígena y trabajan exclusivamente para la del vencedor. Es preciso olvidar; olvidar que se ha perdido una guerra, y en consecuencia se es esclavo; se han de olvidar todas las infamias, las injurias, las burlas, las humillaciones.

Pero ¿y si no se olvida? Entonces es indudable que la esencia *nacionalitaria* de Renan se evapora. El olvido sólo se puede imponer a los pueblos degradados, pero los pueblos en los que perdure aunque sólo sea una pequeña idea de su personalidad, ¿cómo será posible que olviden? La bandera del conquistador ondea siempre sobre sus cabezas; sus oídos escuchan continuamente las voces de la lengua impuesta; la legislación que les rige está especialmente hecha a medida en función de su eficacia para controlarlos. Su producción, colectiva o privada, agrícola o industrial, estará supeditada a la economía de la raza que la ha anexionado; los obreros estarán sometidos a un trabajo inestable y defectuoso; los comerciantes tendrán que doblegarse a las directrices mercantiles que convengan a los conquistadores; a los intelectuales se les exigirá trocar su mentalidad, y en lugar de creadores se convertirán en comparsas de otra cultura; los ciudadanos no podrán elaborar sus leyes, y tendrán que aceptar las dictadas por los conquistadores; el pueblo será o ignorado, o coaccionado y perseguido. Es preciso olvidar, dice Renan. No es imposible. Si la raza vencida no logra perder la memoria, porque el dolor le recuerda constantemente la enfermedad que padece, la raza vencedora, reparando las injusticias, podrá conseguir fácilmente que la raza sometida olvide. Las convivencias armónicas sociales y políticas, no pueden fundamentarse en el olvido, como pretende Renan, sino en la justicia.

Las naciones actuales no se justifican de otro modo que por la conquista. La nación idealizada, como la de Mancini, sólo se encuentra en aquellos países en los que la raza se ha organizado políticamente, es el Estado natural por excelencia. Pero en las demás clases de nación, a poco que se profundice en las causas que las han originado y se estudian los elementos de que constan, aparece la conquista.

Sabemos que la conquista es de naturaleza zoológica. Actualmente, cuando los valores humanos están tan desarrollados, resulta vergonzoso que la organización política de las colectividades sea el resultado de la conquista. Un cambio de los valores zoológicos por los humanizados en la constitución de las naciones, resulta de irrecusable necesidad.

9.

La base científica

El trabajo superior, la ciencia, no se ha aplicado a la constitución de las naciones. La ciencia, que ha orientado diversos aspectos, por no decir todos, de la vida social, no ha alcanzado apenas el

43 Renan, *Discours et conférences*, pág. 306.

fundamento de la agrupación política. El hecho de no haber intervenido científicamente en la constitución de las naciones, quizás se debe a que a éstas no les conviene una base puramente científica. Tal como están constituidas las naciones, es evidente que la ciencia, objetiva por naturaleza, no es aplicable a situaciones con implicaciones humanas, dominadas por la subconsciencia zoológica. Para que la nación sea científica, precisa que la base que la fundamenta no sea de naturaleza subjetiva. Si se encuentre este fundamento, el problema de la constitución de las naciones ya no será arbitrario, subjetivo, imprevisible, es decir, estará desposeído de aquel estado infantil en el que se encontraban las diversas manifestaciones del saber, antes de que la ciencia las disciplinase. Una buena base científica es aquello que era verdadero en el pasado, que lo es en el presente, y que podemos garantizar su perduración. Es una base fija, de estabilidad perenne, eterna, en el sentido que humanamente se puede dar a esta palabra.

Esta base científica, sólida, existe. Es la raza. La raza en tanto que concepto nuevo; no la raza al modo como la entienden los políticos, los juristas, los historiadores y los antropólogos. Por el momento, digamos que la raza se caracteriza por una cultura propia.

Las razas son universales por cuanto componen la humanidad, tanto en la porción salvaje como entre los civilizados. Las razas son eternas, puesto que constituyen la sustancia de la humanidad organizada. Las razas son las productoras de los más altos valores humanos, de las mentalidades, y ellas aseguran la continuidad y la repetición futura por los mismos mecanismos con el el pasado ha dado lugar al presente.

Ni un solo elemento humano se puede oponer a la raza; es superior a todos los demás en valor, consistencia y duración. La raza ha visto pasar las religiones, las lenguas, las civilizaciones, el nacimiento y la muerte de los mayores imperios. Cuando una religión ya no es activa, cuando una lengua sólo vive por la escritura, religión e idioma están muertos. No ocurre así con la raza: transcurre un milenio, dos, tres o más de absoluta pasividad, y de pronto reemprende su vida activa, mientras que las religiones, las lenguas y los imperios no resucitan. La raza es biológicamente inmortal. Para que desaparezca es preciso llevar a cabo la destrucción material de todos los individuos que la componen, o disolverla en minúsculas porciones en el mar que constituye otra raza.

La raza, por su naturaleza, puede ser objeto de la ciencia. Tiene unos límites, unos caracteres comunes, una fenomenología propia. La existencia de la raza es independiente de los hombres que la integran y de los que le son extraños; está por encima de la voluntad humana. La raza es al mismo tiempo instintiva y social, naturaleza, y humanidad; reúne un conjunto propio de caracteres somáticos y psíquicos, y ha sido la única creadora de cultura.

La raza, pues, es incomparablemente superior a cualquiera de los fundamentos que se podrían utilizar para la constitución de las naciones. La raza sobrepasa a todos los demás en naturalidad, duración, inmutabilidad y humanización. La raza, al haber sido ignorada, no ha podido ser objeto de ningún tipo de tratamiento para desarrollarla. Al contrario, herida por las guerras, enmudecida por los imperialismos, no ha gozado nunca de un período favorable a su evolución. Poseedora de una gran fortaleza, resistente a todas las adversidades, ha subsistido hasta hoy con las facultades necesarias para ser el fundamento de la organización de los agrupamientos políticos. La raza cultivada como una ciencia puede llegar a adquirir una fecundidad insospechada.

Pero, ¿cómo ha sido posible llegar hasta ahora, sin preocuparse de establecer el fundamento científico de la formación de las naciones? La causa radica, seguramente, en la imposibilidad de descubrir la naturaleza de la raza. Lo cierto es que la raza no ha constituido un tema de estudio. ¿Y eso, porqué? Habría que investigar cuáles han sido los motivos que han impedido considerar a la raza en la alta función que le corresponde.

III.

Causas que han impedido dar con la base constitutiva

1.

El inconsciente

Cuando se reflexiona sobre las causas que han impedido plantear el problema de la existencia de las naciones como organismos naturales, la meditación conduce a buscar estos motivos en las fuentes del conocimiento. Entonces se comprueba que el inconsciente ha tenido y tiene una parte enorme, quizás total, en la marcha de la humanidad.

En el curso de la historia se observan dos hechos constantes: el hombre piensa con las ideas elaboradas por la humanidad, o busca las ideas en la naturaleza. Y así tenemos dos modos de pensar: el racionalismo y el empirismo. En ocasiones, a causa de una mixtificación involuntaria, el individuo mezcla los dos tipos de ideas, de forma desproporcionada. El hombre, hasta alcanzar una cierta edad, no se pregunta si ha de pensar a lo racionalista o a lo empirista, sino que en su juventud, por tendencia o por educación, se sitúa en uno u otro campo. Los efectos que producirá en la política el pensar de uno u otro modo, se desconocerán hasta que el círculo del proceso se cierre o esté a punto de acabar.

El racionalismo ha durado más de dos mil años. El empirismo es un proceso que virtualmente comienza. Los griegos de la época de Pitágoras no podían suponer que las matemáticas originasen el imperialismo financiero y la democracia contemporánea. Los fundadores de las ciencias naturales estaban lejos de comprender que los estudios biológicos podrían determinar una original constitución de las naciones. Y el político racionalista o empirista tampoco es consciente de estar enrolado en uno u otro bando.

Hasta que los hechos se producen, no se tiene conciencia del valor de las ideas. La conciencia requiere historia y dolor. La vida, cuando se vive, no es consciente de sus efectos históricos. La inconsciencia no es exclusiva del sistema orgánico vegetativo, sino que abarca casi totalmente a la inteligencia. La acción del inconsciente es admirable en los procesos grandes y duraderos.

El problema de la constitución de las naciones no ha sido planteado porque el inconsciente gobierna el intelecto. Es evidente que no se puede rechazar algo desconocido. La raza, tal como la entendemos nosotros, ha sido una entidad inexistente para el intelecto, y por tanto no podía tener enemigos. La vida abunda en hechos que impiden la aparición de otros hechos. La actividad del entendimiento, como si una causa expresa lo guiase, ha impedido que se pudiese plantear el problema de la constitución de las naciones. El inconsciente, por definición, no puede tomar partido por una u otra finalidad; puede actuar en uno u otro sentido. Y eso es lo que se constata. Por diversas causas el inconsciente ha determinado que las ideas en general fuesen racionalistas, impidiendo plantearse el problema de la constitución de las naciones. Por otras causas, una pequeña parte de la mente de algunos hombres, una minoría, ha resultado ser empirista, y por esta razón el inconsciente también ha contribuido a descubrir el sólido fundamento constitutivo de las naciones.

2.

El racionalismo

El racionalismo como teoría del conocimiento, que defiende la existencia de verdades necesarias, eternas, universales y absolutas, comprende el largo período que va de los griegos a nuestros días. El racionalismo⁴⁴, como sistema filosófico, desdeña las verdades empíricas, y como moral proclama la igualdad entre todos los hombres. La obcecación racionalista respecto al empirismo, y la igualdad establecida con categoría de dogma, es la causa del desconocimiento del fundamento sólido por el que se forman las naciones. El procedimiento racionalista, que lleva a este

44 Vid. L. Rougier, *Les paralogismes du Rationalisme*, París 1920.

desconocimiento, se ha desarrollado con rigurosa lógica. En este procedimiento están sumidas todas las ideas de la política, de la civilización. Hay que revisar este procedimiento, aunque sea brevemente.

Es un hecho incontrovertible que las creaciones humanas han precedido a las ciencias empíricas. Las matemáticas fueron las primeras de todas las ciencias. Se caracteriza, como el racionalismo, por la abstracción. Las matemáticas y el racionalismo tienen la misma naturaleza; son el resultado de la inteligencia, de la razón pura. Están tan unidas, que si el entendimiento crea las matemáticas, el racionalismo se sirve de ellas para demostrar la verdad de sus ideas. El valor absoluto de las matemáticas confiere al espíritu la sensación de de certeza, necesaria para que el entendimiento avance con verdaderas garantías. Los conceptos basados en las matemáticas son para el racionalista lo que la revelación o la autoridad es para la escolástica, o el hecho experimental para el empirismo. Racionalismo y matemáticas, desde Pitágoras hasta la ideología contemporánea, pasando por Sócrates, Platón, Aristóteles, estoicos, neoplatónicos, edad media y cartesianismo, van siempre unidos. El racionalismo usa las matemáticas en todas las actividades de la inteligencia: en teología, filosofía, moral, derecho, política, ciencias. San Agustín se servirá de los números para demostrar la existencia de Dios. Señaló que si adicionando emparejados los términos consecutivos de una misma serie, se obtenía $0+0+0+\dots$, el hecho de la suma de tantos ceros igual a un número finito, ofrecía una demostración matemática de la creación del mundo a partir de la nada. La estructura de la *Ética* de Spinoza es geométrica. Descartes la establecerá como base del razonamiento en el *Discurso del método*. Jean Terrasson considera que las matemáticas son la única base firme del conocimiento humano, y la mejor preparación para juzgar las obras del espíritu.

Los filósofos Fontenelle, Voltaire, Condillac, Diderot, Rousseau y Dalember estudiaron y aplicaron las matemáticas. Leibniz considera a las matemáticas como verdades necesarias, añadiendo que estas verdades, tal como se encuentran en las matemáticas puras y particularmente en la aritmética y la geometría, poseen unos principios cuya demostración no depende de los ejemplos y del testimonio de los sentidos. Condorcet propone a la Convención introducir el cálculo de probabilidades en los tribunales de justicia, cálculo que «permitirá adoptar una opinión y hacerla fundamento de nuestros razonamientos sin vulnerar los derechos de la razón.» Mme. de Stael, al hablarnos de los *salones* de la revolución francesa, acepta plenamente el propósito de Condorcet y se pregunta: «¿Por qué no ha de ser posible confeccionar tablas que contengan la solución de todas las cuestiones políticas, mediante el conocimiento de la estadística y de los hechos positivos que se recojan en cada país? Se diría: para administrar tal población es preciso exigir tal sacrificio de la libertad individual, y por lo tanto tales leyes y tales gobiernos convienen a tal imperio. Pero con tal riqueza y con tal extensión del país, es preciso tal grado de fuerza en el poder ejecutivo, y en consecuencia tal autoridad o tal tiranía es conveniente... Y así todo estará basado en el cálculo de probabilidades, lo que supone un resultado moralmente infalible.»⁴⁵

Los fisiócratas están convencidos de que las verdades económicas se pueden demostrar matemáticamente, de forma absoluta y universal. Todas las verdades se fundamentan en las matemáticas, y estas ciencias se cultivan y avanzan mucho, de manera que a principios del siglo XIX su perfeccionamiento era tal, que «se cree poder analizar todos los fenómenos físicos, luz, electricidad, sonido, calor, cristalización, elasticidad, cohesión y otros efectos de las fuerzas moleculares.»⁴⁶

En el siglo XVIII Francia fue el país en el que el racionalismo se manifestó con más intensidad, y por medio de su lengua, que parece diseñada expresamente para la mentalidad racionalista, influirá en todo el mundo y en toda disciplina. La filosofía, el derecho y la política, la pedagogía y la literatura, todo lo que se piensa y actúa en el siglo XVIII, todo es racionalista. Los principios filosóficos del racionalismo, al considerar al hombre, le arrebatan todo tipo de atributos, excepto la propiedad fundamental, la de estar dotado de razón, puesto que la razón es una y entera

45 G. Sorel: *Les illusions du progrès*, París 1921, páginas 162-164.

46 Taine: *Les origines...*, pág. 222.

en cada hombre, y por consiguiente los hombres tienen la misma naturaleza. Esta creencia, dice Rougier, es corriente en los siglos XVII y XVIII, tanto entre los teólogos como entre los enciclopedistas, cartesianos y sensualistas. El hombre no es tal o tal hombre, sino que es sencillamente un hombre. Un filósofo, dice Mably, tiene que estar convencido de que los hombres son iguales entre sí, o, como afirma [Bossuet](#), que nunca se puede afirmar, hablando con propiedad y precisión, que un hombre es más hombre que otro hombre.

La igualdad entre los hombres no se refiere en particular a los de un mismo país, ni a los de una época determinada. Todos los hombres del mundo son iguales; entre los del pasado y los del presente no hay ninguna diferencia. Condorcet, al refutar a [Montesquieu](#), que establecía leyes diferentes según el país y el clima en que iban a regir, exclama: «Una buena ley ha de ser buena para todos, como una proposición verdadera es verdadera para todos.» Dupont de Nemours creía que no se necesitaban más que unas leyes únicas para los hombres de todos los climas y todos los países. Mably no concibe que la justicia tenga ideales variables, ni que los pueblos tengan diversas e irreconciliables maneras de ser felices, y con ello cree obtener la aprobación de Platón puesto que está convencido de que una buena política ha de tender a establecer ideales de justicia en sí misma, y leyes racionales que conduzcan al equilibrio social⁴⁷. Y cuando adviertan la realidad de las diferencias que separan a los pueblos, la dejarán de lado como si fuese un mal pensamiento. Rousseau, al ocuparse de la desigualdad entre los hombres, aconsejará hacer caso omiso de los hechos. Ante la razón omnipotente, los hechos son meros tropiezos, y por lo tanto se debe prescindir de ellos. El tiempo y el espacio, para los pensadores racionalistas, son inexistentes. David Hume asegura que para conocer a los griegos o a los romanos, es suficiente con estudiar a los ingleses o los franceses actuales. Uno de los juristas más destacados, Pudendorf, señala que toda persona razonable debe convencerse de la posibilidad de reducir la ciencia de las costumbres a un sistema tan bien ajustado como la geografía o la mecánica, y por tanto basado en principios veraces. Los preceptos de la ideología dominante, dice Taine, y los hábitos del espíritu clásico, construyen la política siguiendo el ejemplo de las matemáticas.

Toda la política es una pura abstracción. La razón, afirma Descartes, es naturalmente idéntica en todos los hombres. El inconsciente sobre el principio de la igualdad, construye la política que eclosiona brutalmente en la revolución francesa. Y puesto que es indudable que la democracia ha salido de los principios de la revolución francesa, Taine⁴⁸, remontando el curso de las ideas, encuentra que los antepasados de Saint-Just y de Robespierre son Boileau, Descartes, Lemaitre de Sacy, Corneille, Racine, Flechier y otros. Pero Taine, con estos nombres, sólo se refiere a los padres inmediatos de la revolución, que sólo han repetido lo que se encuentra en [La república](#) y [Las leyes](#) de Platón. El Estado ideal, imaginado por la razón pura, anterior a los hombres que la componen, independiente de la realidad, a la cual han de someterse todos los pueblos, no es obra de los pensadores franceses, sino del primitivo racionalismo, del filósofo racionalista por excelencia: Platón.

Las diferencias aparentes y reales que se presentan entre los hombres maduros, y que son negadas por los filósofos racionalistas, con mayor motivo se consideran inexistentes en el niño que acaba de nacer. Todos los hombres nacen igual, dice Helvetius. El cerebro del niño es una *tabula rasa*, y será, según los racionalistas, aquello que se grabe en su inteligencia. El valor de los hombres depende de la instrucción que reciban. Los hombres malvados, afirma [Rousseau](#), no lo son al nacer ni al crecer; la culpa recae por completo en la sociedad. El ideal del pedagogo consiste en fortalecer la bondad natural del niño, e inculcar en su *tabula rasa* las verdades evidentes, los principios racionalistas. Condorcet, al trazar el plan de instrucción secundaria, señala que tendrá por objeto formar hombres razonables, libres de todas las cadenas, de la autoridad y costumbres de los antiguos, de modo que pueda defenderse de todos los prejuicios con la única fuerza de la razón. Helvetius añadirá que el espíritu, el genio y la virtud, son productos de la instrucción.

47 D. Mornet: *La pensée française au XVIII^e siècle*, págs. 55-114.

48 Taine: *Correspondence*, vol. II, pág. 268.

La literatura clásica, completamente abstracta, está presidida por un espíritu genérico, común, que excluye de forma absoluta las particularidades de los hombres y de las cosas, en el espacio y en el tiempo. El hombre es para el clasicismo lo que el punto en la geometría. Los personajes hablan y discurren con idéntico estilo, tanto si son nobles o plebeyos; disfrutan de la misma mentalidad los cultivados y los bárbaros, los contemporáneos y los más antiguos. Voltaire habla de los personajes bíblicos como si fuesen contemporáneos. En el teatro, Corneille y Racine hacen discurrir a los suyos como lo hacen sus espectadores, aunque el tema sea griego o romano, y les hacen vestir con ropajes versallescos. «Hasta 1760—dice Mornet— ninguna de las grandes piezas es obra del *sentimiento*: son obras *razonadas* y razonables. Las *Cartas persas* oponen la razón de un persa a las incoherencias de un parisino; el *Espíritu de las Leyes* busca la razón de las leyes; las *Cartas inglesas* no son en absoluto un viaje pintoresco o sentimental, sino el estudio de la razón inglesa.»⁴⁹ Los conceptos son expresados sin tecnicismos; al lenguaje se le han eliminado casi por completo los adjetivos, con lo que el discurso es un conjunto de generalidades, de abstracciones, construido con rigor matemático. La pureza del léxico, el estilo, la elocuencia, se imponen en la sociedad culta dieciochesca. Una palabra disonante es motivo para ser expulsado de un salón, mientras que la conversación elegante abre todas las puertas. Los sabios que no se dedican a la literatura, consideran, no obstante, que han de contribuir a la perfección del lenguaje. El matemático D'alambert, dice Taine⁵⁰, publica pequeños tratados de elocuencia; el naturalista Buffon pronuncia un discurso sobre el estilo; el jurista Montesquieu compone un ensayo sobre el gusto; el psicólogo Condillac redacta un volumen sobre el arte de escribir.

Una filosofía tan homogénea, tan universal, tan antigua y tan convencida de que la inteligencia es capaz de descubrir verdades superiores a las de la experiencia, no podía detenerse en particularidades; el hábito clasicista, la lógica dominante, los mismos principios filosóficos lo impedían. Si resultaba de mal gusto adjetivar un árbol, si no se soportaba conversar en un registro diferente al de las generalidades, ¿cómo sería posible advertir la existencia de agrupaciones naturales humanas, susceptibles de componer una nación?

Si todos los hombres son iguales, dice Vattel, sería absurdo no admitir que todas las naciones son también iguales. Así es como piensan los intelectuales. Educados en las matemáticas, ven a los hombres como simples ceros tras el uno genérico. El hecho de que la idea *nacionalitaria* no apareciese en el siglo XVIII no puede ser más natural. La nación es un hecho, y los racionalistas no pierden el tiempo examinando hechos. Ningún filósofo, ningún político se digna analizar el hecho *nacionalitario*; para los pensadores de aquel siglo, los hechos no son necesarios; la razón es suficiente para resolver cualquier problema. Además, si algún filósofo hubiese intentado valorar la constitución de las naciones, habría deducido generalizaciones en las que el tiempo y el espacio y los hombres, como en las verdades matemáticas, son constantes. Si ese filósofo, en lugar de ser racionalista, estuviese influido por el empirismo, su examen de las diversas agrupaciones naturales humanas le habrían llevado, en virtud del predominio racionalista, a confundir las diferencias, lo que le imposibilitaría descubrir la raza al estar inmerso en un océano de abstracciones del que no podría salir, porque al fundamentarse su empirismo en las ciencias naturales, ésta negaría su existencia.

Los hombres de la revolución francesa no podían tener, y no tuvieron, ningún concepto de la nación. Para ellos la nación era sinónimo de división política, originada por diversos accidentes, y existente como una manifestación retrógrada. Siendo todos los hombres iguales, lo ideal habría sido un único gobierno en toda la humanidad. La doctrina racionalista y revolucionaria, al llevarse a cabo, cristaliza en la suma de votos, de *razones completas*, esto es, en la manifestación mayoritaria de unos hombres declarados libres. Igualdad de entendimiento, igualdad de derechos. Los principios revolucionarios se encaminaron a la conquista del mundo. En este medio ambiente, dominando una

49 D. Mornet: *La pensée française au XVIII^e siècle*, pág. 38.

50 Taine: *L'ancien régime*, pág. 324.

lógica semejante, con la neta educación racionalista, ¿cómo podría advertirse la existencia de mentalidades diversas, de culturas distintas?

Surge un valor nuevo en la política, valor que es también una creación humana, como el racionalismo y las matemáticas: la voluntad de los ciudadanos. Doctrinalmente, la voluntad es la única soberana. Sólo ella puede hacer y deshacer naciones. En la práctica, sin embargo, se establece todos los impedimentos necesario para mantener el imperialismo.

La filosofía racionalista está presente todavía en la educación, en la moral, en el derecho y en la política contemporáneas. Los siglos XIX y XX han ratificado los principios de la revolución, y respecto a la constitución de las naciones no se ha avanzado ni un solo paso. El plebiscito, más o menos formal, continúa siendo la forma voluntaria de agregarse a determinados Estados, tal como se practica en algunas localidades tras la guerra europea, por orden de las naciones imperialistas triunfantes.

La incapacidad racionalista, aunque inconsciente, ante el problema de la constitución de las naciones, no puede ser más evidente.

3.

El romanticismo

En el siglo XVIII el racionalismo lo había dicho todo. Muchos pensadores franceses tuvieron la intuición, sin embargo, de que se agotaba en parte el racionalismo. Pero la reacción contra el racionalismo no vino de Francia, lo que habría sido extraño siendo la nación centralista y clasicista por excelencia. La renovación espiritual vino de fuera, de Inglaterra y de Alemania. El pensamiento, en Inglaterra, al resolverse el conflicto entre la aristocracia y la dinastía de forma distinta a la de Francia, tomaba una dirección diferente. Compárese, si no, a Shakespeare con Corneille; a [Bacon](#) y [Locke](#) con Descartes y Malebranche. En Alemania los hombres se deleitaban sumergiéndose en la naturaleza, y este contacto les impermeabilizaba hasta cierto punto respecto al racionalismo, confiriéndole unos sentimientos nuevos. Este sentimiento nuevo, que nace rechazando el racionalismo, es el romanticismo. La reacción contra el racionalismo se practica filosóficamente. La reacción fue emotiva e inconsciente, y se produjo donde la política situaba al hombre en el interior de una colectividad natural erigida en organismo político. Y esa era en el siglo XVIII la constitución política de los diferentes Estados alemanes.

Con el romanticismo, transformando la emoción en razón, se inicia una nueva forma de pensar. Las ideas no se buscan en la mente, sino en la naturaleza y en el alma de las cosas. En el mundo intelectual comienza a cansar el hecho de razonar con razonamientos de la razón pura. El momento psicológico que engendra el romanticismo se puede comparar con el joven que desde la adolescencia idealiza su amor impersonal, lo analiza en sus mil facetas, y lo sintetiza de cien maneras, y sin embargo es incapaz de satisfacer el sentimiento que lo ha determinado. El romántico, llevado más por el instinto que por la razón, busca en la naturaleza ideas llenas de vida, conceptos en los que se halle representado y confundido, como en un panteísmo; hechos, en fin, con los cuales pueda satisfacer sus necesidades intelectuales. El punto de partida del romanticismo es, por tanto, opuesto al del racionalismo.

El romanticismo fue acogido en los círculos intelectuales y en la alta sociedad clasicista como algo que eliminaría la rigidez impuesta por los discursos matematizados, y daría libertad a los sentimientos durante tanto tiempo reprimidos. A pesar de que los intelectos se sienten atraídos por el romanticismo, éste en la senda de la razón avanza con dificultad, porque se le oponía el hábito de la mecánica pensante racionalista, y porque nada le nutría. El romanticismo, como sistema filosófico, apenas duró un siglo. En cambio, el racionalismo, con sus más de veinte siglos, había soldado firmemente razón y matemáticas, y éstas, tan fuertes, lo defendían de todos los ataques. Las ciencias naturales, que habían de vivificar al romanticismo, aun no habían nacido. A pesar de ello, el romanticismo fue el arranque del empirismo, el tácito anhelo de las cosas que muestra el entendimiento, y por tanto se le puede considerar como el fundador de las ciencias naturales, las

ciencias que se basan en la observación y en la experimentación, acciones repudiadas por los partidarios del conocimiento apriorístico.

La influencia del romanticismo en los intelectuales del siglo XVIII fue bien patente. A mediados de ese siglo la mayoría de los pensadores, aunque no consideren fundamentales las ciencias físico-químicas y naturales, al menos tienen curiosidad por ellas. Los sabios abandonan las matemáticas, como los vivientes un terreno estéril. Diderot considera que las matemáticas están agotadas, «y prevé una gran revolución en las ciencias.»⁵¹ La geometría, constata Duclos, ha devenido en mera erudición, y comienza a estar pasada de moda. El intelecto desea nuevas orientaciones. La mayoría de los intelectuales se enamoran de las ciencias físico-naturales. Pero el tono medio de la sociedad sigue siendo clasicista. Por eso muchos miembros de la Academia de Ciencias de París se avergüenzan de serlo, porque su valía como intelectuales les podría perjudicar en la alta sociedad clasicista que frecuentan. Sin embargo, a pesar de la opinión desfavorable que merece a los filósofos racionalistas y a la sociedad en general también racionalista, las ciencias concluirán por atraer imperiosamente a los intelectuales en su mayoría. Voltaire dedica muchas horas a la ciencia. Escribió *Elementos de la filosofía de Newton*, *Ensayo sobre la naturaleza del fuego*, y *Memoria sobre la medida de las fuerzas motrices*.⁵² El caso de Buffon es muy elocuente. Primero se dedicó a las matemáticas, después a la poesía, luego a los experimentos físicos, y finalmente se consagra a la historia natural. Pero los pensadores, que se hacen naturalistas, no dejan de regirse por el racionalismo. Hasta 1740, dice Mornet, se es razonador; entre 1740 y 1760 las ciencias experimentales triunfan. A partir de 1762 las almas sensibles se enternecen y se exaltan⁵³. Cuando un siglo después Comte consideraba que estos naturalistas o biólogos «estarían naturalmente menos entregados a las aberraciones dispersivas, y muy dispuestos a un régimen verdaderamente filosófico..., si una servil imitación no hiciese que en sus trabajos ordinarios aparezcan conceptos y hábitos esencialmente propios de los estudios inorgánicos. No obstante, el inevitable antagonismo, hasta aquí muy subalterno, contribuye con utilidad a contener aunque débilmente, la deplorable tendencia científica que resulta de sus antecesores geómetras.»⁵⁴

El romanticismo, en lugar de oponerse al racionalismo, como si se diese cuenta de su impotencia ante la mentalidad dominante, se inserta en la vieja filosofía, y provoca las contradicciones que se observan en gran parte de los autores prerrevolucionarios, el más representativo de los cuales es [Rousseau](#). Este proceso de mixtura racionalista y romántica, continúa patentemente en Louis Blanc, Pierre Leroux y George Sand, y llega hasta nuestros días. El profesor Serra-Hunter ha insistido repetidamente en que la ideología actual es como una representación de la filosofía de los siglos XVII y XVIII, que si bien no se ocupa de las mismas cuestiones, usa una sistematización fundamentalmente idéntica.

Cuando el romanticismo filosófico muere, aparece simultáneamente el positivismo. Parece que las bases de las ciencias ya están dispuestas, pero un examen profundo muestra que los principios científicos poseen aun carácter racionalista, «que el geómetra hablará de líneas absolutamente rectas, de planos perfectos, de cubos irreprochables; el físico, de cuerpos absolutamente rígidos, o absolutamente elásticos, o de gases perfectos; y el químico de cuerpos absolutamente puros.»⁵⁵ Después, al comprobar las definiciones fundamentales racionalistas, frente a las realidades, los sabios convendrán en que no existe la línea recta absoluta, ni el plano perfecto, ni el cuerpo rígido o elástico en absoluto, ni el gas perfecto, ni los cuerpos absolutamente puros. Hay, pues, una dualidad entre la razón pura y y los hechos tal como los presenta la naturaleza. Pero en lugar de ajustar el pensamiento a los hechos, aquel se esfuerza en busca de un encaje racionalista. «El progreso de las ciencias matemáticas —dice Lenoir⁵⁶—, la teoría de la energía y de

51 D. Mornet: *La pensée française au XVIII^e siècle*, pág. 39.

52 Ferd. Brunetière: *Etudes sur le XVIII^e siècle*, pág. 94.

53 D. Mornet: *La pensée française au XVIII^e siècle*, pág. 214.

54 A. Comte: *Cours de philosophie positive*, vol. VI, pág. 382.

55 Hélène Metzger: *Les concepts scientifiques*, París 1926, pág. 170.

56 *La Philosophie devant la vie*, Revue de Métaphisique et de Morale. Abril-mayo 1927.

Maxwell, la físico-química, la síntesis química de Berthelot, la evolución no finalista de [Darwin](#), imponen en el segundo tercio del siglo pasado, el esfuerzo para subordinar el romanticismo a un ideal científico y racional.»

Las creaciones humanas o la pura actividad racionalista sólo sirven para ellas mismas. Al querer referirse a otras cosas, cosas de diferente naturaleza e historia, las aplicaciones racionalistas no se adaptan a ellas. Mientras se pretenda situar los principios de las ciencias físico-químicas-naturales en el marco del racionalismo, estas ciencias mostrarán una discordancia entre sus fundamentos y sus resultados. Las ciencias han avanzado empujando y apartando al racionalismo. Si, a pesar de las ideas abstractas los hechos han acabado por imponerse, con el tiempo el progreso del empirismo determinará el cultivo provechoso de las ciencias, y alejará a los sabios de las abstracciones y de los valores absolutos; la experiencia sustituirá a la lógica, el razonamiento será posterior a la observación, y mientras los hechos, que para el racionalismo carecían de significado, lo serán todos para las ciencias que han de desarrollarse. Sin el romanticismo difícilmente existirían las ciencias tal como las conocemos; sin las ciencias resulta imposible formular una teoría sobre la constitución de las naciones que tenga un fundamento natural.

Se comprueba por tanto, cómo respecto a las dos formas fundamentales de pensar, el racionalismo y el empirismo, e inconscientemente, el primero ha impedido plantear el problema, mientras que el empirismo, profundizando en la naturaleza de las cosas, he hecho posible el descubrimiento de la raza.

4.

Servidumbre de la inteligencia

La existencia de cualquier agrupación social sólo es posible mediante un orden establecido. Este orden, que permite la existencia de una filosofía, de una religión, de una política, es el que coacciona a los escritores, para así mantener la inmutabilidad del régimen. Cuando se produce un cambio de valores, se ha iniciado o ha atraído a los vigilantes del orden, que protegen dicho cambio.

La clase superior de la sociedad siempre ha tenido en sus manos el orden y la riqueza. Las actividades externas a la producción económica, y entre ellas el arte, la filosofía y la ciencia, lujos superfluos, se han supeditado a la riqueza acumulada y a las normas que placen a la autoridad. Por eso, como señala Maurras, la literatura y todas las producciones espirituales siempre han sido conservadoras⁵⁷, por lo menos —agregamos nosotros— hasta el inicio del imperialismo económico.

En el siglo XVIII los escritores franceses parece que son enteramente libres, y no es así. Los escritores continúan al servicio del poder efectivo, que es la Corte. En cada salón aristocrático hay por lo menos un escritor de adorno. Los escritores prestigiosos viven a expensas de la nobleza. A Voltaire, subraya Taine⁵⁸, se le encuentra en casa de Mme. du Chatelet, y según Brunetière estaba pensionado por la Corte y por la casa de Orleans⁵⁹. Rousseau es huésped de Madame d'Epainay y de Mme. de Luxembourg, y además «le protege el príncipe de Ligne.»⁶⁰ Barthelemy se hospeda en casa de la duquesa de Choiseul; Thomas, Marmenthol y Gibbon, en la de Mme. Necker; los enciclopedistas en la del barón de Hobbach, en la de Mme. Geofriu, o en la de Mlle. Espinasse. El brillo de los salones contrasta con la mísera condición de muchos escritores. «¿Quién de nosotros —dice Brunetière— no se siente todavía humillado al leer la dedicatoria de *Cinna* al financiero Mantaunon, o todavía más al contemplar a La Fontaine yendo de palacio en palacio, a los de Bouillon Herwart o al de Mme. de La Sallière, en pos de un plato en la mesa y de protección?» «A d'Alembert —dice el mismo autor— no se le suele ver por Versalles, pero no cuesta mucho descubrirle, a poco que se busque, sus relaciones provechosas por todos lados. Y no hablo de

57 Maurras: *L'Avenir de l'Intelligence*, París 1918.

58 Taine: *L'ancien régime*, pág. 130.

59 Ferd. Brunetière: *Etudes sur le XVIII^e siècle*, pág. 41.

60 Pierre Gaxotte: *La Revolution française*, pág. 72.

Helvetius, muy conocido, y casi cortesano, ni de Bouffon, personaje semioficial.»⁶¹ Las damas presiden los salones, afirma Taine⁶², y son ellas las que han promovido *Los Elogios* de Fontenelle, *El filósofo ignorante y el príncipe de acción* de Voltaire, la *Carta a Mme de Beaumont* y *El vicario saboyano* de Rousseau, el *Tratado del hombre y las épocas de la naturaleza* de Buffon, los *Diálogos sobre el trigo* de Galiani, las *Consideraciones* de d'Alembert, *La lengua y los cálculos* y *La lógica* de Condillac, y más tarde la *Exposición del sistema del mundo* de Laplace, y los *Discursos generales* de Bichet y de Cuvier. «La marquesa de Pompadour impulsó la publicación de la *Enciclopedia*. A pesar de la repugnancia que el rey sentía por Voltaire, ella le mantuvo su pensión y su cargo en la Cámara. No pudiendo sentar a su mesa a la gente de letras, la marquesa los envía a casa de su vecino, el médico real du Quesnay, donde ella puede conversar con Diderot, d'Alembert, Duclós, Helvetius, Turgot, Buffon y Marmentel.»⁶³

Las damas querían instruirse y algunas colaboran en cuestiones científicas, como Mme. du Chatelet con Voltaire, y concursan a la Academies de Ciencias⁶⁴. Muchas siguen los cursos de Nollet, Reamur y Buffon. Por ellas se escribieron manuales, resúmenes y lecciones. Y no sólo las aristócratas, sino también las pequeñas burguesas. La que llegaría a ser Mme. Roland, con veinte años posee grandes conocimientos, a pesar de ser hija de un modesto grabador, y ya adulta participa en un concurso de la Academia de Besançon⁶⁵. El interés por la ciencia experimental es similar al de la filosófica. Mme. de Frenilly, pese a ser muy devota, se relaciona con Rousseau, del que todos saben que está condenado por la Sorbona y por el arzobispo de París. Se tratan con plena libertad las cuestiones más trascendentales en las casas de la marquesa de Castellane, de madame de la Briche, de la mariscal de Luxemburgo, de la condesa de Segur, de la duquesa de Grammont, de la duquesa d'Euville, y en todos los salones burgueses que tienen la fortuna de estar al nivel de los palacios aristocráticos.⁶⁶

Buena parte de los escritores dieciochescos parecen atrevidos y no lo son: sólo sirven los platos picantes que la sociedad demanda. Si una sociedad clasicista admite escritos que se ocupan de las ciencias, es que desde la suntuosa residencia de Mme. de Pompadour al menor salón, las damas se interesan por el curioso juego que representan las primitivas experiencias de física y química. Si la literatura es licenciosa, refleja sencillamente las costumbres. En el palacio de la mariscal de Richelieu, Beaumarchais lee su libro *Las bodas de Fígaro*, antes de expurgarlo, mucho más obsceno y crudo que en su redacción actual, y entre el auditorio, dice Taine⁶⁷, hay dos obispos y dos arzobispos, que aseguran al autor que la obra no contiene una palabra contraria a las buenas costumbres. La alta sociedad está moralmente degradada. Taine pudo afirmar con razón que cuanto más licencioso e irreligioso era un libro, más éxito tenía.⁶⁸

La rancia nobleza asentía y alentaba la difusión y propaganda de las ideas revolucionarias; ni siquiera tomaba la precaución de evitar que trascendiesen al pueblo. Al ser preguntado un viajero que volvía a Francia tras varios años de ausencia, por los cambios que observaba, respondió: Sólo esto, que lo que se dice en los salones se repite en las calles. Lo que se repetía por las calle era la doctrina de Rousseau, el *Discurso sobre la desigualdad*, y el *Contrato social*.⁶⁹

Los escritores de aquellos tiempos pudieron decir lo que quisieron, porque la clase de la que dependían se convirtió en glosadora y admiradora de la obra de aquellos. «Los cortesanos, los servidores de la moda, festejaban a Marmontel, a d'Alembert, a Raynal... Se prefería un elogio de

61 Ferd. Brunetière: *Etudes sur le XVIII^e siècle*, págs. 200 y 203.

62 Taine: *L'ancien régime*, págs. 333-336.

63 Pierre de Nolhac: *Madame de Pompadour et la Politique*, págs. 37 y 62.

64 C. Broche: *Les aventures scientifiques de Me du Chatelet*, *Revue des Deux Mondes*, 1 diciembre 1927.

65 *Mémoires particulières de M^e Roland*, París 1929, pág. 198.

66 D. Mornet: *La pensée française au XVIII^e siècle*, págs. 88, 92 y 193.

67 Taine: *L'ancien régime*, pág. 197.

68 Id. id., pág. 379.

69 Id. id., pág. 413.

d'Alembert o de Diderot al más señalado favor de un príncipe⁷⁰. Entre el escritor y la clase que le mantiene ha existido, por regla general, un perfecto entendimiento. Que el admirado sea el mecenas o el escritor, es indiferente; lo importante es el acuerdo. Algunos autores modernos han condenado a Voltaire por la declaración que firma antes de partir a Prusia, en la que se compromete a que mientras permanezca en la corte de Federico II, no escribirá contra Francia, ni contra sus reyes, y que se comportará con corrección. Este rey prusiano no exageraba cuando decía que siempre encontraría filósofos que justificasen sus acciones. Lo que sobresale en la historia de los escritores es que nunca han sido libres, ni cuando se han presentado humildes, ni cuando les han aplaudido, puesto que en cualquier época si la clase dominante hubiera sabido escribir, habrían producido exactamente sus mismas obras.

El siglo XVIII, en lo referente a la condición del intelectual, no constituye una excepción. Todos los siglos han sido iguales. Los intelectuales griegos y romanos no conocieron ni practicaron la libertad tal como nosotros la conocemos y la han disfrutado los siglos XIX y XX⁷¹. En 1158, los más afamados valores intelectuales de su tiempo, los cuatro profesores de la universidad de Bolonia, Bulgarus, Gozia, Jacobus y Hugo, proclamaban que la voluntad del César (el emperador Barbarroja) era el derecho, y la ley lo que placía al emperador⁷². Los legisladores que sucedieron a los doctores de Bolonia no hicieron otra cosa que reforzar al usufructuario del poder, ya sea el señor feudal, los burgueses de una ciudad libre, o el monarca. Los monarcas de la Edad Media, algunos de los cuales no sabían escribir, confiaban a un profesional el oficio de cronista. Los trovadores eran como vendedores ambulantes que, de castillo en castillo, ofrecían sus productos, elaborados al gusto del comprador. «El mayor defecto de esta literatura (la de los trovadores) —dice Nicolau d'Olwer— es que fue una literatura de clase, casi de casta, en lo que constituía el nervio de su originalidad, el vasallaje de amor y los ideales de cortesía y medida. Aunque muchos de sus cultivadores fuera de nacimiento humilde, la poesía trovadoresca se dirige siempre a los círculos elegantes, y nunca al pueblo.»⁷³ El imperialismo aristocrático mantenía a los literatos y a los artistas a condición de que trabajaran por un ideal común; podían hacer prosa o verso, pintar o esculpir, satirizar o filosofar, pero de modo fiel a las ideas y a las cosas que representaban sus señores, exactamente igual que como procedían los filósofos griegos respecto a los dioses de su ciudad, y los doctores de la Iglesia en teología. Dante en *La divina comedia* refleja los sentimientos religiosos de su época. *El príncipe* de Maquiavelo es un tratado de las ideas políticas que saturaban el medio ambiente en el que vivía el autor.

Si algún filósofo quería trabajar libremente, tenía que vivir en la pobreza, como Spinoza. Y aun así, debía procurar no desviarse del pensamiento general, tanto durante el imperialismo aristocrático como en el dinástico. Hogueras, cárceles y exilio no han desdeñado a los pensadores. Queda, sin embargo, un recurso: no publicar. Es lo que hizo Leonardo da Vinci⁷⁴. Escribir lo que se piensa, e imprimirlo en desacuerdo con el régimen, fue algo desconocido hasta el imperialismo económico.

El imperialismo financiero fue engendrado por el inconsciente racial y por la fuerza de la riqueza. La raza y la riqueza no prosperan sin libertad. El escritor resultaba indispensable para el nuevo imperialismo, como la Corte lo había sido en el imperialismo dinástico. Una serie de circunstancias, entre ellas la de que el pueblo soportaba los efectos del imperialismo con mucha crudeza, determinaron en el último tercio del siglo XVIII, en Francia, un estado propicio para el despertar de la burguesía, y fatal para el imperialismo dinástico. Por otro lado, surgían las grandes industrias, la ciencia comenzaba a ser aplicada, y las relaciones comerciales con el Nuevo Mundo se incrementaban, incentivando los apetitos mercantiles y el afán de riqueza, cuya posesión permitía alzarse y abandonar la categoría inferior a la que el imperialismo había sometido a las clases

70 Id. íd., pág. 391.

71 Fustel de Coulanges: *La Cité Antique*. Libro III, cap. XVIII. Véase también *Histoire des Inst. politiques*.

72 Taine: *L'ancien régime*, pág. 391.

73 L. Nicolau d'Olwer: en *Revista de Catalunya*, núm. 44.

74 Péladan: *La philosophie de Leonard de Vinci*, París 1910.

industriales y mercantiles. El maridaje de la clase popular, raza de vencidos, con la burguesía, hombres selectos de la misma raza vencida, era inevitable. Y el escritor actuó de intermediario en esta unión. Fue el que lanzó el grito de libertad, al que respondió perfectamente el pueblo, la raza conquistada. Pese a la apariencia libre del escritor en este momento, su servidumbre no variaba: había cambiado de imperialismo.

De la reunión de las dos libertades, la económica y la del pueblo, surgió la democracia. El liberalismo aumentó la riqueza pública y con ella la independencia de los individuos. Todas las clases sociales, excepto la intelectual, se han beneficiado del imperialismo que actualmente rige. Que se compare la condición económica o de bienestar del obrero industrial, de la burguesía y de los agricultores con la de un siglo o cincuenta años atrás, y se constatará el progreso realizado. El trato a los intelectuales ha sido bien diferente. Cincuenta años atrás, su sueldo era aproximadamente cinco veces superior al suelo mínimo, y Marx, en *El Capital*, consideraba este coeficiente justo. Pero en vez de conservarse, el coeficiente ha bajado a 1,5 o 2. Si se toma a un profesor de estudios superiores como representante de la clase intelectual, se observará que además de exigírsele un conjunto de conocimientos más extensos y profundos que los de su colega de hace medio siglo, se le obliga a causa del sueldo misérrimo que percibe, a desempeñar un par de ocupaciones más. Por eso los profesores, para vivir modestamente, han de tener cátedras acumuladas, desempeñar la dirección técnica de servicios en los ayuntamientos u otras corporaciones públicas, emplearse en empresas privadas, editoriales u otras, ejercer particularmente la profesión cuando los servicios de ésta son venales, porque si no lo son, en ocasiones hay que aceptar oficios extraños e incluso humillantes. Esta servidumbre, que parece un castigo, se opone plenamente a la naturaleza del intelectual que requiere, con el problema económico resuelto, disponer del ocio necesario para poder crear. No se olvide que toda libertad procede del progreso, y que frenar éste equivale a alargar la vida del imperialismo.

El factor económico, como en los anteriores imperialismos, todavía domina actualmente. En realidad, sólo son libres los intelectuales que disfrutan de rentas propias. Pero el intelectual que no dispone de medios de vida, y que se quiere dedicar a las ciencias, el sabio que necesita un laboratorio y valiosos instrumentos, ha de incorporarse al profesorado oficial. El Estado, al igual que las instituciones creadas por el imperialismo, sólo concederá amplia libertad en aquellas cuestiones que no puedan afectar directamente las esencias del imperialismo financiero bajo el que vivimos. Los sabios podrán investigar en física, química y todas las ciencias, pero a condición de tener cuidado con las conclusiones de sus trabajos. El profesor de letras que explique un sistema filosófico contrario a la razón de ser del Estado o del régimen capitalista, no tardaría mucho en ser expulsado del claustro. Fichte hubo de abandonar la cátedra de Jena por profesar la pureza del idealismo práctico. A Kant se le rehusó el permiso para escribir sobre religión. En los Estados Unidos todavía hay centros oficiales en los que se prohíbe la enseñanza del darwinismo. El progreso de las ciencias y del pensamiento se ha de decantar por aquellas vías que no alteren la doctrina del Estado. Los profesores lo saben, y no necesitan que se les recuerde, porque educados ellos mismos en los principios racionalistas, viven en una atmósfera racionalista, y sus convicciones y conveniencias concuerdan con las del Estado. La inmensa mayoría de los profesores sirven sin hipocresía al régimen imperialista. Entre ellos y el Estado, la igualdad de miras es perfecta. El servilismo inconsciente al Estado llega hasta a devaluar el universalismo de las ciencias. Comte⁷⁵ ya notaba en su tiempo que los profesores ingleses se obstinaban en no enseñar la geometría analítica y las formas y notaciones puramente infinitesimales porque no eran creaciones indígenas. El profesorado oficial por regla general tiende a rechazar, y es constatable, las ideas y los hechos que no son nacionales, y a exagerar el valor de los hechos y de las ideas del país propio.

A estas alturas, el imperialismo económico, independientemente del Estado, tiene empleados en empresas privadas un número de intelectuales superior al de los que sirven al Estado, y con igual o mayor capacidad, a causa de estar mejor retribuidos. Este desplazamiento provocará un profundo

75 Comte: *Cours de philosophie positive*, vol. VI, pág. 231.

sufriendo al Estado. Los intelectuales al servicio de las empresas privadas, igual que los profesores de los Estados marcadamente imperialistas, tienden naturalmente a acentuar el particularismo beneficioso para la entidad a la que sirven, y del mismo modo que los profesores oficiales ingleses anteponían la ciencia indígena a la universal, los intelectuales servidores de las empresas privadas ponen el interés de la empresa a la que sirven, por delante de la creación de riqueza. De momento, el desplazamiento de capacitados hacia las empresas privadas, y la primacía de los intereses de dichas empresas sobre la riqueza pública, constituyen un perjuicio para el pueblo, pero a la larga estos factores contribuirán a acelerar la evolución del imperialismo económico, y por consiguiente su misma desaparición.

Los intelectuales que permanecen fuera del profesorado oficial y de instituciones similares, no pueden llevar a cabo investigaciones por su alto coste, por lo que se encuentran en buena situación para ejercitar la crítica, lo que resulta muy beneficioso ya que ayuda a iluminar las cuestiones, y en ocasiones extraer consecuencias importantes de los descubrimientos realizados por los sabios oficiales, no advertidas por éstos a causa de su entendimiento no liberado. Los intelectuales emancipados se encuentran en una situación más ventajosa que los servidores del imperialismo económico en cuanto a agilidad mental, y no pueden tardar mucho en ver claro el problema de la constitución de las naciones, que, en el fondo, es un problema de libertad.

El intelecto, que siempre ha estado al servicio de todos los imperialismos, es en este último, el financiero, cuando comienza a emanciparse. Cada imperialismo ha muerto por su propia acción; y al imperialismo financiero le ocurrirá lo mismo. Resulta paradójico que los mismos que han propugnado un imperialismo sean también los que le ayudan a morir. ¿No fueron los aristócratas del siglo XVIII la causa del derrumbe de la dinastía? Los que enterrarán el imperialismo financiero serán los mismos que lo instituyeron, el pueblo, expresión de una raza inconsciente, y el escritor, el inconsciente de la inteligencia, cuando se hayan fortalecido con la propia naturaleza libertadora.

5.

El pacifismo

La mayor inconsciencia no es la individual, que hemos representado con el escritor, aunque sea el que menos lo parece; la mayor inconsciencia se encuentra en aquellos movimientos colectivos que se mueven más por el sentimiento que por la razón. Entre los más universales y persistentes de estos movimientos colectivos se encuentra el pacifismo, y pese a que parece ser consciente, no cuesta mucho demostrar la imposibilidad de sus objetivos, y que en cambio, como todas las manifestaciones de la naturaleza humana, excepto el instinto zoológico, puede ayudarnos respecto a la fundamentación constitucional de las naciones.

Hubo épocas en las que toda Europa ansió vehementemente la paz, y nunca dejó de existir, más o menos atenuado, incluso entre significados imperialistas, para los que el imperialismo era la razón de su existencia. Sin embargo, todos los buenos deseos y todas las instituciones creadas para ello ha fracasado. No hay que buscar la causa de este fracaso en la falta de voluntad de los pacifistas, sino en el hecho de que la naturaleza de las naciones se opone a la paz. La paz es imposible, considerando el actual modo de ser de las naciones, y sería lo mismo que pretender que el león prohíje una oveja. Las naciones son, por su origen y por su evolución, hijas del imperialismo, de naturaleza guerrera, y por tanto toda acción contra la guerra es completamente ineficaz, hasta que cambie la esencia de las naciones y el imperialismo desaparezca.

Para llevar a cabo determinadas aspiraciones son necesarios medios, instrumentos. Y el deseo no es suficiente para hacer la paz. Los griegos deseaban volar; carentes del oportuno aparato, los vuelos no se han realizado hasta nuestros días.

La postura de los pacifistas es falsa. Y sin embargo, su objetivo es bueno. El pacifismo no es una idea exclusiva de una religión determinada, de una filosofía, de una política o de una época, y no supone falta de atributos viriles. Precisamente con frecuencia los líderes del pacifismo se han reclutado entre los poderosos de la Tierra: recuérdese el importante papel que desempeñó el zar de

Rusia en La Haya⁷⁶. La situación equívoca de los pacifistas ha sido la causa principal de su fracaso. En el Congreso de Viena, las ocho potencias firmantes declaraban que «la mejor garantía de paz es la firme voluntad de cada potencia de respetar los derechos de sus vecinos, y la resolución de hacer causa común contra la potencia que, faltando a este principio, sobrepase los límites prescritos dentro del sistema universalmente sancionado.» La Santa Alianza, dice Bainville⁷⁷, con sus Congresos periódicos para el arreglo de las cuestiones europeas, realizó el esfuerzo más serio que se haya visto en los tiempos modernos, para garantizar la paz en Europa. La Sociedad de Naciones constituye una repetición agrandada del Congreso de Viena. Estos dos formidables intentos de pacificación no han alcanzado su objetivo. La historia y los últimos acontecimientos lo demuestran. La Sociedad de Naciones tendrá el mismo fin que la Santa Alianza: morirá y las guerras continuarán, puesto que la guerra es al imperialismo lo que el calor al sol, un efecto natural.

El valor del pacifismo radica en la colaboración que proporcionó a la causa de la formación natural de las naciones, en el hecho de que mantiene en diferentes sectores de la humanidad la idea de la posibilidad de la paz, de modo que cuando se establezca, este efecto no parecerá a los ojos de los que lo disfruten una novedad sin precedentes, sino como el cumplimiento de un deseo por el que hombres de todas las épocas se han esforzado mucho. Como la paz no puede existir sin la trasmutación constitucional de las naciones, los pacifistas habrán trabajado inconscientemente para hacer viable el cambio, y en lugar de haber actuado por una finalidad determinada, lo habrán hecho en favor de la causa, por lo que uno de sus efectos será, precisamente, la paz.

6.

Las ciencias

En la actualidad las ciencias proporcionan, si no suficientes materiales, al menos los indispensables y posiblemente más certeros para plantearse el problema de la constitución de las naciones. La ciencia experimental, el empirismo, se caracteriza por su objetividad, pero al sabio le es difícil actuar objetivamente. Una preocupación le impulsa a investigar; una idea guía sus investigaciones, y en ellas fundamenta sus propósitos. Entre la ciencia empírica y el criterio del sabio existe un dualismo. Los hechos científicos permanecen allá donde están y tal como son. La mentalidad del sabio se ha formado en función de dos factores, la herencia y la educación. Las ideas tradicionales ofrecen una resistencia poderosa a la destrucción, dice G. le Bon. La mecánica del pensar es otro elemento conservador de primer orden. Por regla general los sabios operan con viejas ideas, en sus investigaciones y en sus conclusiones. Debido a este antagonismo el problema *nacionalitario* no se ha planteado, aunque podía haberse hecho hace tiempo.

A pesar del dominio de la ciencia experimental desde hace un siglo, todavía predomina la mentalidad racionalista en tal grado, que se diría que los sabios sólo aprovechan los hechos cuando encajan con su manera de pensar. Es cierto que ya es eso un progreso, porque al menos para pensar no se descartan los hechos, como en tiempos de Rousseau. Sin embargo, del predominio del pensamiento racional resulta el estancamiento de diversas ciencias.

La antropología, por ejemplo, hace años que se detuvo. La causa de esta esterilidad resulta del dogmatismo de ciertos principios, que, como ángeles guardianes, impiden que la mente busque los materiales que la vivificarían en otros campos diferentes de los previamente delimitados. Inconscientemente, el antropólogo tratará de encajar los hechos en los rangos preestablecidos, y toda realidad que no encaje será rechazada. Con un criterio tan rígido es imposible descubrir otra cosa que lo que se tiene ante los ojos, y así se comprende que el verdadero concepto de raza no se haya desvelado. Se diría que al antropólogo no le interesan aquellas particularidades susceptibles de romper clasificaciones y principios establecidos, y que toda su actividad se complace en rellenar

76 Las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907 fueron promovidas, junto con otros, por Nicolás II, y buscaban regular y moderar el ejercicio de la guerra, y establecer sistemas de arbitraje internacional.—Nota del traductor.

77 Bainville, *Histoire de deux peuples*, pág. 244.

con menudencias las generalidades, como un esclavo romano. Las líneas generales de la antropología son sustancialmente racionalistas.

La mentalidad racionalista está tan poderosamente inculcada que hasta cuando surge llena de vigor una nueva manifestación reflejo de la naturaleza, su vida es corta, o se mixtifica. Es el caso de la psicología. Esta ciencia, en lugar de tomar por sujeto de estudio las colectividades naturales, se ha centrado en el individuo, el hombre genérico. La llamada psicología colectiva es una cosa amorfa, y las que se consideran étnicas, como la de Fouillée⁷⁸, establecen los límites raciales en las fronteras políticas, y describen un tipo imaginario con el que se pretende resumir el espíritu de un provenzal, de un bretón, de un vasco, y el de todos los diversos elementos étnicos que constituyen el Estado francés o cualquier otro Estado compuesto.

El romanticismo nos ha proporcionado —es lo mejor que nos ha legado—, la posibilidad de penetrar en la intimidad de las cosas naturales, explorando sus profundidades. Uno de los intentos más serios ha sido el de la escuela histórica de Savigny. Pero, ¿cómo llegar a los orígenes de las costumbres, base del derecho, según dicha escuela, sin tener en cuenta la naturaleza particular de la colectividad que los ha creado? Si la psicología se hubiera vuelto, libre del entendimiento racionalista, hacia las colectividades naturales, orgánicas y no políticas, habría llegado a investigar no sólo las profundidades históricas, sino todavía más allá. Con el concurso de la psicología, la escuela de Savigny no se habría detenido al alcanzar la invasión romana, falta de materiales, y podría buscar hasta encontrar el origen de los primitivos elementos jurídicos. Frente a los aciertos de Savigny, que si se hubieran desarrollado se habría planteado el problema de la constitución de las naciones, apenas contemplar la pobreza intelectual en este sentido de todo el siglo pasado y del presente. No se ha ido más allá de la revolución francesa. Los historiadores, o se han limitado a la narración de hechos, o no han salido de la pura lógica racionalista.

Pero donde se muestra la penuria de la materia es entre los juristas. Uno de los principales maestros del derecho internacional público del último siglo, dice Laverne⁷⁹, el célebre profesor de Heildelberg, Bluntschli (1808-81), en su *Tratado de Derecho público general* y en *Derecho internacional codificado*, escritos entre 1870 y 1880, sólo dedica un cuarto de página a este principio (el de nacionalidad), que lógicamente es la base esencial de toda teoría relativa a la formación de los Estados. Ochenta años después de la revolución francesa, esta incompreensión no se explica. Los juristas posteriores a Bluntschli muestran la misma incompreensión. Unos años después, De Marten, el conocido profesor de la universidad de Petrogrado, en su *Tratado de Derecho internacional*, observa el mismo silencio respecto a la teoría de las nacionalidades. La expresión «principio de nacionalidades» puede que no aparezca ni una vez a lo largo del Tratado. Un estudiante de derecho en 1880, continúa diciendo Laverne, podía doctorarse en cualquier facultad europea, excepto en Italia, sin tener la más vaga idea del nuevo principio. Actualmente la situación apenas ha cambiado.

La abstención de los juristas respecto a esta importante cuestión, tiene, sin embargo, justificación. ¿Qué van a decir de un problema que no es jurídico? El derecho es posterior a la implantación de los hechos básicos. La constitución de las naciones es un asunto de las ciencias naturales. Y quizás lo han intuido los juristas, ya que en caso contrario no se comprende el silencio general de los profesores de derecho internacional respecto a la génesis u fundamentos de las naciones.

Los profesores de derecho se han eliminado a ellos mismos de la materia que nos ocupa, pero es la producción en general es casi nula. Al acabar la guerra europea, se publicaron algunas obras sobre el principio de las nacionalidades, que sólo sirvieron para comprobar la pobreza de ideas respecto a los fundamentos de las naciones. Todos los libros que se ocupan de la constitución de las naciones tienen algo en común: partir del consentimiento histórico o de la voluntad.

78 A. Fouillée: *Esq. Psychol. Des peuples européens*. Es un libro de este tipo.

79 B. Laverne: *Le principe del nationalités*, pág. 10.

Con anterioridad al desarrollo de las ciencias, no era posible establecer que la raza es el fundamento definitivo de las naciones, y eso aunque la inteligencia lo hubiera considerado necesario. Era preciso que determinado elemento activo animase el factor constituyente del problema. Para sentir la necesidad de tratar esta cuestión, era imprescindible padecer, sin resignarse, el régimen imperialista en la forma concreta *nacionalitaria*. En este estado psíquico, el entendimiento, hijo del dolor, se interesa por otro dolor afín y busca liberarse. Es el proceso que va de lo inconsciente a lo consciente.

SEGUNDA PARTE

RACIOLOGÍA

I.

El concepto

1.

Qué es la raciología

La ciencia que se ocupa de las razas se denomina comúnmente etnología o etnografía. Estas palabras no tienen el mismo significado en todos los países, debido, quizás a que algunos autores consideran sinónimos raza y pueblo. La expresión «razas», dice Topinard, es una licencia utilizada por el etnólogo, pero es una realidad para el antropólogo, el cual la toma como sinónimo de las divisiones naturales del grupo humano, independientemente de la época en que se han constituido⁸⁰. La etnología es, para nosotros, la ciencia general de los pueblos, según su etimología. [Deniker](#)⁸¹ define la etnología como la ciencia de las unidades somáticas. En el vocabulario biológico falta la palabra expresa que signifique estudio o ciencia de las razas. En otro ocasión indicamos la conveniencia de adoptar una nueva palabra, «raciología», en lo que volvemos insistir ahora.

Raciología es el estudio de las razas, ocupándose de los caracteres básicos y secundarios de las mismas, de su origen, conservación, adulteración, regeneración, mejora y reconstitución.

La costumbre exige formar los neologismos con raíces griegas, pero la palabra raza no se encuentra en la lengua griega ni en la latina. La palabra griega que se le parece más es «filos», pero si se la tomase como raíz se produciría una confusión en la que ha caído Em. Schmidt al acuñar para el estudio de los caracteres somáticos «filografía» y «filología», pues estas palabras expresan al mismo tiempo conceptos referidos al lenguaje y a la antropología. Es por esta razón por la que al formar «raciología» hemos debido romper con costumbre, sin haber sido los primeros en este sentido. Hace muchos años que los franceses crearon «burocracia», palabra que carece de raíz griega.

2.

Las clasificaciones

La palabra raza no es muy antigua. Topinard la encuentra escrita por primera vez en 1606, pero su uso en las ciencias data de 1750, año en el que Buffon la introduce en zoología.

Desde siempre se han observado las diferencias entre los grupos que componen la especie humana. A medida que su conocimiento ha aumentado, ha ido aumentando la constatación de grupos humanos. Linneo (1707-1778) describía cuatro razas; Deniker (1926), cuarenta y una. El descubrimiento de nuevos sujetos y grupos es común en botánica y en zoología.

El carácter primordial que ha servido a los autores para establecer las divisiones en la especie humana fue al principio el color de la piel. Esta es la clasificación de Linneo basada en grupos correspondientes a cuatro pelajes: americano, asiático, africano y europeo; la de Blumenbach, en cinco razas: etiópica o negra, malaya u oscura, mongólica o amarilla, americana o roja, y caucásica o blanca. Las clasificaciones de Cuvier, Geoffroy Saint-Hilaire, Huxley, Quatrefagues y otras, se basan también en el color de la piel. Más adelante, el carácter primordial pasa a ser el tipo del pelo

⁸⁰ P. Topinard: *L'Antropologie*, pág. 9.

⁸¹ J. Deniker; *Les Races et les Peuples de la Terre*, pág. 367.

([Haekel](#), Deniker), o siguiendo la gran división de Retzius, basada en el tipo cefálico: dolicocefalo o braquicefalo, división que Brocca ampliará y establecerá un número mayor de índices. Cada una de las clasificaciones basadas en el color de la piel, en el tipo cefálico o en la forma del pelo, va acompañada de múltiples caracteres secundarios: talla, color de los ojos, forma de la nariz, de las orejas, de la mandíbula, etc.

Los caracteres morfológicos son útiles para diferenciar grupos humanos de distinto color, cabello y forma de la cabeza, pero estos caracteres son comunes a colectividades que evidentemente componen razas diversas. Pero estos caracteres no resultan útiles cuando se han de aplicar a colectividades afines. En el grupo de color blanco, si se toma, por ejemplo, un holandés rubio y un sueco, resulta que ambos poseen en común el color de la piel y de los ojos, la forma del cabello, el índice cefálico, la talla y otros caracteres somáticos; lo mismo ocurre entre un siciliano y un portugués, y en otras muchas colectividades. La morfología no distingue las diferencias esenciales que separan la colectividad sueca de la holandesa, y la siciliana de la portuguesa.

La métrica es aún más inferior que la morfología. Sergi⁸², como tantos otros antropólogos, ha tenido que reconocerlo. Y no obstante, se han establecido, dice Papillault⁸³ midiendo lo que resultaba fácil de medir, pero en realidad la clasificación de los tipos aún está por hacer.

Las dificultades inherentes a la clasificación de las razas, como ha demostrado Mendes Correa⁸⁴, resultan casi insuperables; este autor propone una selección o simplificación de los métodos. Pero debe observarse que con los elementos somáticos conocidos, todo lo más se logrará una mayor comodidad, pero no un avance. Es probable que, aunque se practique un cuidadoso trabajo de anatomía comparada, como propone E. Fisher, no se obtendría una clara distinción entre las colectividades naturales. Es cierto que las investigaciones de Koganei, Adachi, Nakano y Loth han probado de un modo satisfactorio que la disposición de los músculos en las razas de color no es idéntica a la de las razas blancas⁸⁵. Las variaciones musculares, sin embargo, se supeditan a las primitivas clasificaciones cromáticas. El método morfológico parece haberse agotado. Sergi⁸⁶, al comprenderlo así, señala que la verdadera clasificación de las razas ha de fundarse en la jerarquía somática o filogenética, suponiendo que cuanto más antiguos sean los caracteres, más relevantes han de ser.

La investigación de las diferencias raciales ha tomado, afortunadamente, otras direcciones. Se ha utilizado una especie de aplicación del fenómeno de Bordet⁸⁷ para la diagnosis racial. Bruck, de Java, fue el primero en constatar diferencias entre los sueros de los indígenas y los blancos. Otros investigadores, Nutall, Wassermann, Neisser, Verzeal, Weszczky se han ocupado con mayor o menor éxito de la cuestión. L. Hirschfeld y Mme. H. Hirschfeld⁸⁸ publicaron una Memoria con los resultados obtenidos en soldados de distintas nacionalidades en Macedonia, durante la guerra europea. La aplicación del método serológico al conocimiento de las razas se basa en el siguiente principio: la transfusión de sangre de un animal a otro animal de distinta especie determina la formación de anticuerpos, los cuales tienen el poder de aglutinar o hemolizar la sangre de los individuos pertenecientes a la especie que ha proporcionado el suero para la transfusión. La propiedad antigénica de la sangre es común a todas las especies, pero no en todas las razas de una misma especie. Así, los conejos tienen la misma propiedad antigénica, a pesar de sus diferencias raciales, pero los perros y los toros poseen anticuerpos diferentes, según la raza a la que pertenezcan. Las propiedades aglutinantes han sido denominadas A y B por Dungern y Hirschfeld.

82 G. Sergi: *Sul valore delle misure in biologie e specialmente in craniometria*, At. Della Soc. Italiana prog. Delle Scienza. 1909.

83 *Revue d'Anthropologie*, 1918, pág. 30.

84 *Os problem. da an. etnol.*, Rev. Fac. Letras da Porto, 1922.

85 Vallois: *La sig. des var. muscul. dans les races hum.* *Revue d'Anthropologie*, 1925, núm. 1.

86 *Scientia*, 1910.

87 El médico belga Jules Bordet (1870-1961), del Instituto Pasteur. El fenómeno de Bordet-Danysz se refiere a la inmunología y al comportamiento de los anticuerpos.—Nota del traductor.

88 *Essai d'aplic. des méthodes serolog. aux probl. des races*. *L'Anthropologie*, 1918, pág. 504.

Los índices de una raza no están influidos por las condiciones del medio. Propovicin⁸⁹ ha demostrado que los judíos que llevan más de cuatrocientos años en los Balcanes, tienen sangre diferente de la de los otros pueblos balcánicos, y que los turcos de Macedonia tienen más B que los griegos del Asia Menor. Por otra parte, Verzear y Weszeczky indican que los húngaros, los alemanes y los zíngaros de la llanura de Hungría, tras haber vivido durante siglos en las mismas condiciones geográficas, mantienen la identidad serológica, cada una con las razas con las que están emparentadas, es decir con los turcos, los alemanes de Heidelberg y los indios.

La serología racial, como todas las disciplinas nóveles, no llega a satisfacer los deseos de obtener una taxonomía perfecta, pero es indudable que la distinción racial será más fecunda con los métodos bioquímicos que con los morfológicos. Está claro que la mayoría de las cifras que dan Hirschfeld y Mme. Hirschfeld no tienen para nosotros casi ningún valor. Franceses, italianos, ingleses, etc., examinados por regiones darían índices muy diferentes, puesto que no es posible que un inglés de Sussex sea igual a uno de Devon; un francés de Flandes, a un saboyano; un piamontés a un napolitano. La serología racial, según los trabajos de Popovicin y de Verzear-Weszeczky señala como posible certeza el carácter inmutable de las razas, cosa que sería muy importante.

Se ha de reconocer el esfuerzo de los hombres de ciencia para intentar precisar, mediante clasificaciones cada vez más cuidadosas, los diversos grupos naturales. Las clasificaciones que han permitido denunciar un mayor número de razas, no suponen un límite definitivo. Otras aportaciones a la ciencia antropológica, métodos nuevos que se apliquen, podrían poner al descubierto la raza verdadera, esto es, la colectividad natural irreductible.

3.

Las definiciones

La noción de raza, como categoría inferior a la especie, ha sido definida muy distintamente por los naturalistas y los antropólogos. Sin embargo hay algo común a muchas de las obras que tratan de las razas, y es la carencia de una definición. Este hecho es sintomático de las dificultades que comporta definir la cosa que, en realidad, los tratadistas no saben bien qué es. Las definiciones existentes padecen, por lo general, de la confusión de lo definido con las categorías taxonómicas inmediatas.

Quatrefages ha definido la raza en los siguientes términos: conjunto de individuos semejantes, pertenecientes a una misma especie, habiendo recibido y transmitido, por medio de la generación sexual, los caracteres de una variedad primitiva. A esta definición, Topinard aducía un comentario acertado: ¿cómo se distinguirá la variedad primitiva de la especie?⁹⁰ La raza es una sucesión de individuos, dice Geoffroy Saint-Hilaire, derivados unos de los otros y diferentes por caracteres acaecidos de forma constante. Estos caracteres constantes, ¿cuáles son? Al tratar de las clasificaciones ya hemos visto que los caracteres distintivos comprenden grupos muy extensos de individuos, entre los cuales se encuentran, precisamente, las razas verdaderas. Sergi, ante la imposibilidad, quizás, de concretar la raza, extiende este grupo a la especie y a la variedad, diciendo que «los grupos humanos denominados razas, variedades o especies, están formados por caracteres propios y por caracteres comunes, los cuales son inmutables e indiferentes a la acción del medio exterior.»⁹¹ Una de las coincidencias de los antropólogos ha sido considerar la raza exenta de cualquier particularidad extraña a la zoología. M. Boule, en su definición de raza (1922) recalca esta diferenciación. Dice así: «Ha de entenderse por raza la continuidad de un tipo específico basado en la afinidad de sangre, y representa un grupo esencialmente natural, pudiendo no tener —y no lo tienen generalmente— nada en común con el pueblo, la nacionalidad, la lengua, las costumbres, propias de los grupos puramente artificiales, no antropológicos y que no interesan más que a la historia que los ha producido.»

89 *Rech. Serol. Sur les races de Roumanie*. Revue d'Anthropologie, 1925.

90 Topinard, *L'Anthropologie*, pág. 199.

91 *Comunicación al Congreso de Lieja*. Revue d'Anthropologie, 1921, pág. 345.

La antropología, a pesar de haber descubierto un buen número de caracteres, y aumentado considerablemente el número de grupos, no ha sido capaz de mostrar la colectividad natural irreductible, que es la raza verdadera. Las definiciones antropológicas se revisten de caracteres desconocidos hace un siglo, y a pesar de haberse esforzado en eliminar de la definición todo aquello relativo a la política, permanece su esencia entre tinieblas. Haddon reconoce que no hay ninguna definición satisfactoria⁹². Las definiciones actuales, compuestas exclusivamente de caracteres somáticos, no proporcionan más claridad al concepto que la definición de Fichte, de hace cien años. Una raza, decía Fichte, es el conjunto de hombres que viven en común, a través del tiempo, perpetuándose entre ellos, sin adulteración.

Desde el comienzo de los estudios antropológicos hasta ahora, se busca con esfuerzo una definición de raza, y ésta no se encuentra. Es evidente que existe alguna causa que impide el deseo unánime de averiguar qué es una raza. No basta con reconocer las dificultades para definirla, ni confesar, como Papillault y Ranke, la ignorancia de la ciencia. Es necesario vencer el obstáculo, no tener que decir más, como Ranke, «en el estado actual de los conocimientos todos los intentos de dividir la humanidad en grupos, razas o variedades, cada una de los cuales tenga unas propiedades corporales que no se encuentren en las demás, sólo pueden tener un valor provisional; nadie tiene clara esta cuestión, porque todavía es imposible verla con claridad.»⁹³ Si las herramientas de que nos servimos no obedecen nuestros deseos, tras haberlas probado de muchos modos, habrá que sustituirlas por los instrumentos adecuados a la finalidad que se persigue. El problema de la velocidad, a pesar de haber criado caballos más ligeros que nunca antes, no acababa de satisfacer a la sociedad. La mecánica produjo, finalmente, el motor inanimado que se ansiaba. Puesto que los métodos antropológicos han sido incapaces de descubrir la colectividad homogénea natural e irreductible, la verdadera raza, es preciso buscar en otras direcciones las herramientas necesarias para comenzar la nueva faena.

4.

Un método ineficaz

Los zoólogos, al clasificar los grupos, tuvieron en cuenta los caracteres morfológicos más relevantes que poseen los animales, y el carácter superior o más general fue el que se usó para diferenciarlos. Fue relativamente sencillo establecer las ramificaciones, las clases, órdenes y géneros, por las marcadas diferencias que presentaban los caracteres en los que se basaba la clasificación. Al llegar a las especies, los caracteres distintivos son más tenues, y todavía más en las razas.

Los antropólogos han empleado el método de los zoólogos para la clasificación de los hombres, esto es, sólo han tenido en cuenta los caracteres morfológicos. En la humanidad existen grupos fácilmente diferenciables por sus caracteres morfológicos; con éstos son con los que los antropólogos han establecido sus clasificaciones. Pero, más allá de las clasificaciones establecidas por los antropólogos, se observan grupos naturales que, carentes de caracteres morfológicos diferenciados o poco distinguibles, no han podido determinarse.

Suponiendo que los hombres estuviesen por clasificar y, sin juicios previos, se intentase diferenciar sus grupos, el carácter más universal y relevante que debería constatarse sería el conocimiento. El conocimiento se presenta en los hombres condicionado por dos factores, cantidad y calidad. Respecto al primero, constatamos que el salvaje es menos inteligente que el hombre blanco. La calidad se manifiesta en todas las colectividades: entre los salvajes, por la forma de los útiles que fabrican y por la arquitectura e sus cabañas; entre los civilizados, por sus aptitudes y el modo de interpretar las cuestiones.

Pero, se dirá, el conocimiento no es un carácter físico, y la antropología, para determinar los grupos humanos, usa solamente los caracteres morfológicos, mientras que las funciones nerviosas

92 A. C. Haddon: *Races of man and their distribution*. Londres, 1910.

93 Werner Sombart: *Les Juifs et la vie économique*, traducción francesa, pág. 377.

pertenecen a la fisiología o a la psicología. La antropología no excluye a la fisiología, y podría servir para un nuevo método de clasificación.

El método erróneo de los antropólogos es la causa de que, con un siglo de existencia, esta ciencia sea incapaz para determinar las razas naturales, al eliminar de la clasificación el conocimiento evolucionado que caracteriza a todos los grupos humanos y les separa con claridad de la animalidad.

5.

El carácter fundamental

El conocimiento humano no es homogéneo, sino variado. En la variación del entendimiento radica la diferenciación entre los grupos humanos. Y llamamos mentalidad a esta manifestación particular del intelecto.

De todos los caracteres que presenta el hombre no hay ninguna que le sea tan propio como la muy desarrollada inteligencia. Análogamente, ninguno de los caracteres que ofrecen los grupos humanos es tan destacado, sólido y constante como la mentalidad. Una buena clasificación será aquella que se ajuste a la realizada por la naturaleza. El color de la piel o el índice cefálico son asimismo hechos naturales, pero las clasificaciones que los tomen para su taxonomía como caracteres fundamentales, crean a la vez una confusión, puesto que la diversidad de grupos entre los de un mismo color de piel es muy grande, y un determinado índice cefálico es común a colores de piel diferentes. Lo mismo se podría decir de los demás caracteres diferenciales que los antropólogos han tomado como fundamento de sus clasificaciones. La mentalidad, en cambio, predomina sobre la variedad de los caracteres morfológicos, caracteres que, por regla general, entre las gentes de la misma mentalidad no suelen ser en absoluto diferentes. Los límites de una mentalidad se encuentran allá donde choquen con otra mentalidad. No hay en el mundo dos mentalidades iguales, y por tanto no es posible que se confundan. El valor universal y variado de la mentalidad es lo que obliga a tomarla como el carácter fundamental que determina los diferentes grupos humanos, a los que llamaremos *razas*.

La mentalidad es cualitativa; la inteligencia se manifiesta cuantitativamente. La inteligencia puede ser débil en el salvaje, muy desarrollada en el hombre civilizado. La cantidad, por tanto, no afecta al carácter fundamental establecido. La naturaleza muestra que el factor cuantitativo es indiferente a la producción. El hombre prehistórico de La Quina y el de la Chapelle-aux-Saints⁹⁴ tenían la misma capacidad craneal que la de los indios actuales de Argentina⁹⁵, que la de los griegos y daneses⁹⁶. Lo que determina el progreso humano es la estructura del cerebro, el modo especial con el que está organizada la masa cerebral; y según esté, su producción será de una u otra manera. En los vertebrados, la piel produce escamas, plumas, pelo, lana, púas, conchas, garras, etc., y en cada tipo, ¡cuánta variedad!: hay miles de plumajes diferentes. La constitución histológica de la piel es esencialmente la misma en todas las especies, y sin embargo la producción epidérmica no puede ser más variada. Con el cerebro ocurre algo parecido: la sustancia nerviosa de los hombres no se diferencia, pero su producción funcional es múltiple y diversa. Cada grupo, o mejor, cada raza, como una especie zoológica, se caracteriza por su producción intelectual particular, al igual que el erizo por sus púas y la oveja por su lana.

La universalidad de este carácter fundamental es indudable, puesto que se encuentra en todos los estados de civilización, hasta en los más rudimentarios. Las tribus salvajes, que son razas rudimentarias, poseen una mentalidad tanto más diferenciada entre ellas cuanto más puro se conserva su capital biológico. Los bárbaros de Asia, comparados con los de África, presentan diversas mentalidades, cada una de las cuales representa una raza. Entre los pueblos civilizados, no ya entre los distanciados geográficamente sino entre los vecinos, se puede constatar que la

94 H. Martin: *L'homme fossile de La Quina*. Arch. de Morphologie général et expér., 1923, XV.

95 C. Jakob: *Rev. del Mus. de la Plata*, 1904.

96 J. Beddoc: *La capacité crannienne*. L'Anthropologie, 1903, pág. 267.

mentalidad de un piamontés no es la de un veneciano, que la de un valón difiere de la de un flamenco, y que la de un bávaro no es igual a la del sajón.

La mentalidad existía antes de que los pueblos alcanzasen las últimas etapas de la civilización actual, al igual que en las épocas prehistóricas. La antigüedad y la persistencia de la mentalidad se manifiesta claramente al estudiar u observar una raza determinada. Respecto a la raza judía, W. Sombart⁹⁷ encuentra la misma psicología en los judíos actuales y en los de la lejana antigüedad. Los caracteres psíquicos esenciales que Schulten⁹⁸ describe en los íberos, son igualmente aplicables hoy en día.⁹⁹ Emerson¹⁰⁰, al referirse a los colonizadores del Missouri y de Illinois, afirma que ha encontrado mucha semejanza entre los *hoosiers*, *suckers* y *badgers* de los bosques americanos, y los germanos descritos por Tácito en *Las costumbres de los germánicos*. Las diferencias en la fabricación prehistórica de objetos de bronce y cobre, las distintas formas de la cerámica y de las herramientas de piedra, corresponden a tipos mentales diferentes, lo que demuestra que las mentalidades existen desde la antigüedad.

Los múltiples aspectos que pueden revestir las actividades de una raza, la filosofía, la ciencia, el arte, la literatura, la economía, la vida social, todas y cada una de las manifestaciones humanas, están presididas por una idea básica, que es la *mentalidad*. Una manera especial de cultivar la tierra supone igualmente una literatura determinada. Dentro de una misma raza, la unidad mental abarca todas las disciplinas, y está presente en cada una de sus obras. La sinfonía pastoral de Beethoven está inmersa en los lienzos de Rubens¹⁰¹. La naturaleza de un pícaro español armoniza con la de un místico, inquisidor, torero y conquistador de la misma raza. San Isidro, el santo al que mientras dormía los ángeles le labraban la tierra, patrón de la capital de España, representa perfectamente el ideario de los españoles, como los santos Abdón y Senén, patronos de los campesinos catalanes, cada uno de los cuales hacía cuatro jornales diarios¹⁰², muestran la mentalidad catalana.

Una vez establecida la mentalidad, es inalterable. El progreso aportará nuevos conocimientos, nuevos elementos en el capital del saber humano. En cualquier cosa o conocimiento en los que interviene la mentalidad, lo hará de forma distinta a la mentalidad que ha dado a conocer la novedad: se apropiará de lo nuevo en sí mismo, sin acompañarlo de nada más. Cada mentalidad ha interpretado los fenómenos científicos según su particular manera de pensar. En la pintura, entre una y otra escuela, o si se prefiere, entre una y otra mentalidad, las obras producidas son bien diferentes. Desde que una raza ha cantado una canción, o ha realizado un experimento de filología, todas las canciones posteriores, todos los experimentos, las pinturas, la filosofía, las ciencias, todo conserva el ritmo original, que no es exclusivo del sujeto que lo inicia, puesto que este mismo ritmo lo poseen todos los individuos de la raza, los de ahora y los de antes. Cualquier desviación que aparezca irá a parar a una calle sin salida. Una raza, como un clima, sólo permite la existencia de biología particulares: las que se le oponen desaparecen antes o después. La producción que sobrevive es la rítmica, la racial, la de la propia mentalidad.

La mentalidad, incluso en los países civilizados, no está siempre activa; tiene, al contrario, períodos de reposo muy largos. Pero esto no constituye un obstáculo para considerar a la mentalidad como el carácter fundamental de la clasificación de las razas. Tan diferenciadora puede ser la cualidad positiva como la negativa. Las causas determinantes de la actividad o del silencio mental

97 Werner Sombart: *Les juifs et la vie économique*, traducción francesa, caps. III-XIII.

98 A. Schulten: *Hispania*. Barcelona 1920.

99 En la obra citada, Schulten se contenta con enumerar las tan conocidas características y costumbres de los *hispanii* que se desprenden de las fuentes clásicas. Con respecto a los íberos subraya su «pequeña o mediana estatura, delgados y nervudos», su «color de la piel obscuro» y su «origen africano camita». La única comparación que hace con el presente es la siguiente: «Todavía el español actual es tan parecido al bereber como distinto de los demás pueblos sudeuropeos.»—Nota del traductor.

100 Emerson: Op. cit., pág. 36. [*English Traits*, Boston 1856.—Nota del traductor.]

101 G. Dwelshauvers: *Beethoven, música belga*. La Publicitat, 22 abril 1926.

102 Ignoro la procedencia de esta curiosa ocupación de los dos más o menos legendarios hermanos mártires que, por otra parte, eran persas o armenios, y reyes, príncipes o comerciantes. Su asociación con el campo (más bien con la meteorología) es muy tardía.—Nota del traductor.

se ignoran; sin embargo, por observaciones que no explicaremos aquí, parece que en esos países tendría mucho que ver la política. Una mentalidad activa *racializa*, esto es, recrea, y la personalidad racial se fortalece y se clarifica. Al mismo tiempo, la parte más destacada de la misma se inserta en la humanidad como una civilización.

La mentalidad pasiva no crea. Una mentalidad pasiva da la impresión de no existir. Pero si no vive activamente, sus otras funciones orgánicas han de actuar para no morir. Entonces puede haber razas, y las hay, que viven con una mentalidad pasiva. En éstas, si su mentalidad está apagada, en cambio funciona naturalmente la inteligencia. Hay que subrayar que la inteligencia es un carácter específico, mientras que la mentalidad es un carácter racial. La raza con mentalidad pasiva permanecerá detenida, como en un reloj, en el punto en el que se le ha acabado la cuerda, o pondrá su entendimiento al servicio de otra mentalidad. El primer caso suele ser propio de las razas que conservan su independencia política; el segundo, de las razas sometidas a un Estado compuesto asimilador. La raza independiente permanecerá, y así será en realidad letárgica. La raza sometida producirá en ciertas ocasiones el efecto opuesto. Obligada por las imposiciones de la raza conquistadora o hegemónica a desarrollar cierta actividad, y teniendo paralizada la mentalidad, sólo podrá acudir a la inteligencia. Y ésta, al no estructurarse del modo marcado por la mentalidad, ya que no funciona, se plasmará según el esquema de la mentalidad hegemónica, y la imitará lo más exactamente posible. Esto hecho, visto desde fuera, parecerá una auténtica actividad, pero la falta de la función racial, propia, le impedirá ser verdaderamente creadora; será un mero seguidismo. El hombre de una raza determinada nunca, sin excepción alguna, se asimila tan completamente a la mentalidad de otra raza, como para crear obras que puedan ser consideradas hijas legítimas de la raza que le ha devorado.

Hay otra posibilidad para las razas sometidas. Una raza vencida, aparentemente asimilada por la raza conquistadora, que ha olvidado su libertad, produce a veces individualidades tan relevantes, que forzosamente se ven obligadas a manifestarse, a pesar de que se sirvan de los medios de expresión de la raza vencedora o hegemónica. Cuando un hombre de talento de la raza sometida alcanza las cumbres intelectuales de la raza hegemónica, lo hace con los ropajes de esta raza, pero lo sustancial de su obra, disimulado por la inconsciencia, es lo de su propia mentalidad. Montaigne, Montesquieu, Comte, Renan, Taine, hijos de razas sometidas, ¿qué tienen en común con los filósofos de la raza hegemónica, la verdadera raza francesa, con Descartes, Malebranche, Voltaire, Turgot y Condorcet? No es lo esencial, sino lo superficial, lo accesorio, lo que se encuentra de francés en aquellos escritores; en el fondo de sus obras hay una base diferencial, un conocimiento racial, más o menos disfrazado por el medio social y por la educación, y que al querer manifestarse lo ha hecho con las herramientas que la raza hegemónica le ha proporcionado, y no con los de la propia raza, con los que la obra habría alcanzado la perfección. Las razas a las que pertenecían Montaigne, Montesquieu, Comte, Renan y Taine, cuando su mentalidad se active, no se manifestarán con la cultura francesa propiamente dicha, sino con la básica característica de estos hombres. Al contrario, en la Francia francesa ningún francés de otra raza ha creado una escuela perdurable. Montaigne y Montesquieu sólo han merecido el respeto que se debe a los grandes hombres, independientemente de donde procedan; la influencia de Comte no ha sido muy duradera; la de Taine, una moda efímera. En cambio, y sin discontinuidades, es la cultura francesa propiamente dicha la que pervive. Descarte es el verdadero filósofo francés, el filósofo de la raza hegemónica.

La mentalidad no está vinculada necesariamente a una lengua, a una religión, a unas costumbres y a un derecho, cuando estas modalidades sociológicas tienen un origen exótico. La mentalidad sometida a una religión exótica, a otra lengua, a otras costumbres y a otro derecho, no se modifica por eso. De hecho, lo que se altera no es la mentalidad, sino los modos sociales, puesto que aquella permanece impermeable a cualquier influencia extraña. Es ilusorio creer que, por el hecho de aceptar los dogmas de una religión impuesta, y pese a que se practique secularmente, la mentalidad esté acorde con ella. No nos referimos, por ejemplo, a la hipocresía obligada que, con la

amenaza de sanciones rigurosas, tenían que practicar los judíos algunos siglos atrás, sino al hecho universal de la interpretación íntima, particular de cada raza, de la religión a la que está adscrita. El catolicismo de un siciliano no es igual al de un bávaro; los dos, mediante una operación subconsciente y para *ir tirando*, concilian las doctrinas recibidas con su mentalidad. En aquellas religiones en las que no se ha dado una mano de hierro que extirpara las herejías —cada herejía es la expresión de una mentalidad diferente— las sectas han sido abundantes. Comte¹⁰³ señalaba que la división del cristianismo estadounidense en centenares de sectas, se debía a la ausencia de una autoridad espiritual enérgica. Sin embargo, el creador del positivismo no advertía que las autoridades espirituales tienen valor solamente dentro de una mentalidad, y que esta autoridad sólo por la fuerza puede imponerse en las demás razas.

En los Estados Unidos la religión ha sido siempre libre, y siendo este país un mosaico de razas, cada mentalidad escogía la que le parecía, para así armonizar el sentimiento religioso con la propia manera de ser. Cada una de las razas de tipo germánico, al adoptar el protestantismo, procuró asimilarlo a su propia mentalidad. La historia de la religión de estas razas muestra que cada una de ellas poseía un dios principal, como ya había observado [Tácito](#). Los suevos adoraban a Zio; los frisones a Forsete; los noruegos a Thor; los suecos a Freyr; los istevones a Wotan, y así las restantes razas. Estos dioses y estos cultos, señala Chantepie de la Saussaye, se parecían mucho entre sí. La unidad de la familia étnica, añade el autor, subsiste en la religión.¹⁰⁴

En los países en los que por diversas causas la mentalidad no ha podido proporcionar una religión propia o parecida a la que habría sido propia, y en los que no han existido doctores que cristalizaran el sentimiento religioso en fórmulas mentales de la raza, la religiosidad se muestra degradada, lo que se manifiesta en las supersticiones. Pero cuando los intelectuales actúan, surgen tentativas heterodoxas. En épocas recientes se observan en Francia y en Italia esfuerzos para acomodar intelectualmente las diferentes mentalidades a la religión impuesta. Cuando arranque los estudios de las mentalidades, y se realice la historia de cada una, y se descubran las correlaciones existentes entre la forma de una vasija cerámica del neolítico, un hacha de bronce, una arquitectura y un sistema filosófico, se constatará la inmutabilidad de las ideas fundamentales de las razas, pese a su adoración consecutiva de las pinturas mágicas de cavernas y abrigos rocosos, los dólmenes y los menhires, los dioses de los fenicios y de los griegos, las divinidades romanas y los santos del cristianismo. Libremente o por la fuerza, casi todas las razas han cambiado muchas veces de religión. Pero en lo más profundo del hombre hay algo que él mismo no puede alterar, algo a lo que no afectan los apetitos inmediatos, que tiene una vida independiente, superior a la voluntad. Esto en lo que no influye la voluntad, invulnerable a todas las religiones impuestas o aceptadas, idéntica a ella misma a través de los tiempos, de naturaleza inmutable y eterna, es la mentalidad.

Las lenguas de los pueblos civilizados tienen en su mayoría un origen imperialista, una imposición del vencedor. Las circunstancias obligadas o voluntarias que terminan por hacer desaparecer una lengua no modifican la mentalidad. Por el momento, ésta, privada de su órgano de expresión, permanece inactiva, y el silencio puede durar centenares de años. Pero en definitiva, lo que se altera o corrompe es la lengua, no la mentalidad. La prehistoria distingue diferentes culturas en muchas regiones donde ahora viven razas diferenciadas; los escritores griegos y romanos describen pueblos diferentes que hablan una misma lengua. El parentesco de las lenguas de cada grupo, dice Zaborowsky, se explica perfectamente por sucesos bien conocidos de la historia, o que resulta fáciles de reconstruir. En cada grupo hay una lengua madre como punto de partida, y su formación se debe a la evolución de la lengua común impuesta por la conquista de distintos pueblos, como el latín, o por las divisiones de un mismo pueblo, producidas por su expansión mediante migraciones o conquistas, o por las dos acciones de forma simultánea¹⁰⁵. Pero mientras

103 A. Comte: *Cours de philosophie positive*, vol. IV, pág. 94.

104 P. D. Chantepie de la Saussaye: *Manuel d'Histoire de religions*, traducción francesa. París 1921, págs. 678, 695 y 697.

105 M. S. Zaborowsky: *Les peuples Aryens*. París 1908, pág. 2.

que el latín se pierde, subsisten las mentalidades, y cada una de ellas de forma oculta pule el instrumento de comunicación de acuerdo con su naturaleza propia.

Hay razas que en un periodo relativamente breve se han visto obligadas a hablar en diversas lenguas. Los suizos del Valais son una población antropológicamente muy homogénea, esto es, son una raza pura. Es un único cementerio y en una única fosa, dice Pittard, reposan los representantes de un mismo grupo étnico, con las mismas características anatómicas, y sin embargo han hablado tres o cuatro lenguas diferentes¹⁰⁶. Los habitantes del Valais hablan francés¹⁰⁷, y su mentalidad es muy diferente de la mentalidad de muchas regiones de Francia, y se ha mantenido como tal a pesar de las diferentes etiquetas lingüísticas que ha soportado. La lengua no modifica la mentalidad; puede hacerla enmudecer de momento, pero a la larga, cuando se ha apropiado del idioma del vencedor, cuando después de muchos esfuerzos logra dominarlo, la mentalidad reemprende su funcionamiento normal. Lo que es imposible, aunque se hable la misma lengua, es la sustitución de la mentalidad, en creación o desarrollada. En cambio, el seguidismo en las funciones mentales secundarias puede ser tan completo, que llega a producir en ciertos casos, aparentemente, el efecto de una verdadera transformación.

Respecto a las costumbres y el derecho deberíamos exponer razonamientos análogos. Cuando el conquistador impone una nueva legislación, la raza vencida se encuentra en la misma situación que con la imposición de la lengua. La mentalidad viva se esfuerza continuamente por salir a la superficie, y en cuanto le es posible transforma los modismos e intenta convertirlos en algo propio. El derecho, siendo una síntesis que coordina las relaciones sociales y estando presente la mentalidad en todos los actos individuales y colectivos, forzosamente ha de ser racial. Y por más que la costumbre se apropie de determinadas formas de origen exótico, impuestas por el vencedor, la raza en situación de libertad elimina poco a poco los cuerpos extraños de su legislación, del mismo modo que un organismo expulsa de su cuerpo las sustancias inapropiadas que le han penetrado por error o por imposición.

La mentalidad es una. Cuando por circunstancias políticas las razas se dividen, y una parte permanece libre y la otra queda sometida a una hegemonía, no por ello existe una transmutación mental. No hace muchos años visitó Barcelona una representación político-intelectual de vascos y gallegos, los cuales impartieron varias conferencias. En una de ellas que tuvo lugar en el Instituto Agrícola Catalán, un gallego decía que ante los problemas jurídicos de la vida gallega no previstos o no tratados por la legislación española, al procurar considerarlos y resolverlos según el pensar y el sentir indígena, los encontraba comprendidos y resueltos satisfactoriamente en la jurisprudencia portuguesa. Vemos así, a pesar de los siglos que lleva Galicia incorporada al Estado español, la mentalidad de los gallegos continúa siendo igual a la mentalidad portuguesa, puesto que, como se sabe, «Galicia y Portugal racialmente son lo mismo.»¹⁰⁸

Ninguno de los caracteres básicos utilizados por la antropología para distinguir las razas tiene la importancia de la mentalidad. Acabamos de ver que este carácter es universal, porque no existe ningún grupo humano, excepto las poblaciones mestizas, que no posea su propia mentalidad; por tanto la mentalidad es universal y particular. También que cada mentalidad es homogénea y diferenciada de las otras mentalidades; que la falta de continuidad se debe a la falta de funcionamiento, y no por una alteración sustancial; que el pasado se une con el presente, y ambos son la garantía de su inmutabilidad futura, esto es, que la mentalidad es eterna; que ni el poder del

106 E. Pittard: *Les Races et l'Histoire*, pág. 62. [Pero pese a las coincidencias de Rossell con el destacado antropólogo suizo, existe una divergencia de fondo absoluta. Así en la obra citada, afirma Pittard: «Se debe entender por raza la continuidad del tipo físico, lo que se traduce en afinidades de sangre, y que representan un grupo esencialmente natural, que puede no tener, y generalmente *no tiene nada en común con el pueblo, la nacionalidad, la lengua, las costumbres, los cuales responden a grupos puramente artificiales, en absoluto antropológicos, y que sólo son relevantes para la historia, dentro de la cual son producidos.*» La versión española y la cursiva son mías.—Nota del traductor.]

107 Y también alemán, en el norte del cantón.—Nota del traductor.

108 A. da Costa Ferreira: *A Galiza e as provincias portuguesas do Minho e Tras-os-Montes*. 1913.

imperialismo ni el propio deseo consiguen alterar o destruir este carácter, porque está por encima de la voluntad propia o ajena; que es superior a los dos factores sociales principales, religión y lengua, los cuales son incapaces de modificar su naturaleza. Por estas razones y por otras que se expondrán a lo largo de esta obra, es por lo que ha de considerarse a la mentalidad como el carácter básico en las clasificaciones raciales.

6.

Los caracteres secundarios

No basta con que el carácter primordial de una raza sea el más relevante de todos. Es preciso, en cualquier clasificación de unos sujetos que evolucionan, que el carácter inmediato, el segundo en importancia, sea de la misma naturaleza que el carácter fundamental.

Esta jerarquía de los caracteres, y más concretamente, el carácter primordial entre los secundarios, no ha sido tenido en cuenta por los antropólogos. En las clasificaciones que actualmente prevalecen, las de Huxley, Haeckel y Deniker, basadas en la forma del cabello, se hace seguir a ésta por un carácter secundario sin relación con el carácter fundamental, como es el color de la piel. Ahora bien, la forma del cabello y el color de la piel no son necesariamente correlativas, como tampoco lo es en la clasificación de Cuvier, que considera carácter primario al color de la piel y al índice cefálico como el más importante de los secundarios. Respecto a este punto, los antropólogos citados resultan inferiores a I. Geoffroy Saint-Hilaire, el cual consideraba carácter fundamental la forma de la cara y como primero de los caracteres secundarios la forma de la mandíbula. Las formas de la cara y de la mandíbula es evidente que están relacionadas.

Nosotros afirmamos que el carácter básico racial es la mentalidad. Esta propiedad es de orden funcional y por tanto habrá que determinar como carácter inmediato, o primero de los secundarios, un carácter que le esté inmediatamente subordinado, esto es, que sea de la misma naturaleza. Este carácter secundario, también de orden funcional, se compone de la serie de propiedades corporales y psíquicas que se denominan gestos. Los gestos, por tanto, constituyen el primero de los caracteres secundarios. A los gestos siguen el perfil de la cabeza, el índice cefálico, las suturas del cráneo, la piel y la talla. Este orden morfológico se señala en términos generales, pues a veces otro carácter de menor importancia, como la ceja, puede servir en solitario para diferenciar a la mayoría de los individuos de dos razas, como la española y la catalana, la primera de ceja corta y la otra de ceja larga.

Los caracteres morfológicos mantienen una correlación entre ellos, como también con los de modalidad funcional. Un zoólogo, Baron¹⁰⁹, descubrió la supeditación formal del cuerpo en general al perfil de la cabeza. El perfil convexo del cráneo y cara del caballo comporta sus orejas estrechas y alargadas, los ojos almendrados, los ollares en forma de coma, los belfos delgados, el mentón ovalado, el cuello largo, la cruz saliente, el espinazo saliente, el costillar aplanado, el esternón prominente, las puntas de las ancas salientes, las extremidades largas, la pezuña ovalada. El perfil opuesto al anterior, esto es, el cóncavo da lugar a orejas pequeñas y gruesas, ojos redondos y saltones, ollares redondeados, belfos gruesos, mentón corto y ancho, cuello corto, cruz ancha, espinazo plano, pecho con músculos pectorales salientes, costillar redondeado, grupa partida sin que la punta de los ileones sea relevante, piernas cortas y pezuñas anchas y redondeadas. Los cráneos de perfil recto determinan que los órganos citados presenten una forma intermedia entre las dos anteriores.

En los hombres existen también correlaciones morfológicas. En los grupos humanos relativamente puros, Pittard ha encontrado una correlación entre lo ovoide del cráneo y la talla: a medida que la talla aumenta, el índice cefálico disminuye; los individuos de talla alta son más dolicocefálos que los de pequeña talla¹¹⁰. Told¹¹¹ ha establecido una relación entre la forma de los

109 P. Dechambre: *traité de Zootechnie*, vol. I.

110 E. Pittard: *L'Anthropologie*, 1904, pág. 349.

111 Told: *L'Anthropologie*, 1915, pág. 248.

arcos superciliares y el resto del cráneo. Regnault y otros muchos autores han indicado también correlaciones de armonía morfológica: la forma de teja de las uñas se corresponde con unos dedos largos y delgados, en oposición de las uñas en forma de espátula, que se relacionan con dedos cortos y gruesos. La mujer de cabeza de perfil cóncavo —añadimos nosotros— tiene pechos voluminosos y aplanados, de pezón corto y grueso; en las mujeres de perfil convexo los pechos son alargados y el pezón largo y delgado; sólo la mujer de perfil recto posee pechos esféricos y de pezón de forma y proporciones medias. Tanto en el hombre como en la mujer se pueden observar notables diferencias morfológicas relacionada con el perfil de la cabeza.

La morfología humana, independientemente de las razas, relaciona determinadas funciones de orden fisiológico y psíquico. Nosotros hemos observado que los hombres que poseen un cráneo de perfil cóncavo caminan casi rozando los lados internos del talón y la punta del pie dirigida hacia afuera; en los de perfil convexo la punta de los pies convergen y las rodillas avanzan un poco flexionadas. Los primeros arrastran los pies, los segundos los levantan mucho. Los hombres de cráneo de perfil recto caminan dirigiendo la punta de los pies hacia delante, y la marcha no es alta ni baja.

La forma de cierto órganos se corresponde con determinados estados psíquicos o pasionales. Todos saben que los labios húmedos transmiten sensualidad, que el desarrollo de la mandíbula inferior expresa una gran osadía, que una nuca ancha suele equivaler a potencia genésica, que la boca abierta indica simpleza, y los labios cerrados, decisión o reserva. Finalmente, los temperamentos se corresponden con unas constituciones somáticas determinadas.

Hay que considerar, ahora, si el entendimiento en el doble aspecto de inteligencia y mentalidad, condiciona la forma de los caracteres anatómicos. Una función determinada en la que intervengan órganos diferentes los modifica en conjunto, y con más razón si es uno solo. Los miembros de un carretero no son los de un metalúrgico ni los de un barbero. Las gruesas nalgas de un zapatero son proverbiales, como lo son las manos finas de un hombre de letras. Un estudio de más de cuatro mil cadáveres en el Instituto de Anatomía de Estrasburgo, realizado por W. Pfitzner¹¹² demuestra que los cráneos de sujetos procedentes de clases intelectuales presentan en comparación con los demás estratos sociales, un aumento de tamaño y diámetro craneal. En Inglaterra, J. Boddoo¹¹³ ha realizado 526 observaciones de capacidad craneal, de las cuales dos quintos pertenecen a las clases superiores, hombres distinguidos por su inteligencia o conocimiento, y llega a la conclusión de que las clases superiores tienen más capacidad, y que existe una relación entre la potencia intelectual y el volumen de la cabeza. En Portugal, Da Costa Ferreira¹¹⁴ ha estudiado 527 cráneos, de los que 23 pertenecían a hombres de profesiones liberales, con un índice cefálico promedio de 1629, mientras que los cráneos de los jornaleros y propietarios que utilizan casi el cerebro tienen unos índices de 1570 y 1563, respectivamente. En Francia M. A. Constantin ha observado que los oficiales de artillería, que sufren un difícil concurso de admisión, tienen una circunferencia cefálica mayor que los oficiales de Saint-Cyr. Asimismo, los jóvenes que han tenido que ejercer diariamente la inteligencia, al entrar al servicio militar, tienen una circunferencia cefálica mayor en dos centímetros que la de los reclutas procedentes de las clases inferiores que no han tenido que ejercitarse intelectualmente¹¹⁵. El fenómeno del aumento del índice cefálico parece general en los intelectuales de todo el mundo, y si estos necesitan un sombrero mayor que las otras clases sociales, eso no significa más que una modificación profunda momentánea.

Las modificaciones que afectan poderosamente al organismo son las de estructura y las de conexión. Sin duda se puede afirmar que las suturas de los huesos de la cabeza de los intelectuales no están alteradas. El aumento del índice cefálico de los intelectuales sería comparable a los efectos de cierta gimnasia funcional, que aumentase la talla y el peso de aquellos que la realizan, sin afectar

112 *Zeitschrift für Morphol.*, vol. II, núm. 3, y vol. IV, núm. 1. Stuttgart, 1901.

113 *L'Anthropologie*, 1903, pág. 267.

114 *L'Anthropologie*, 1904, pág. 597.

115 *L'Anthropologie*, 1918, pág. 269.

a las conexiones. En los animales, los efectos de un régimen alimenticio abundante son más visibles que en las personas. Pero en aquellos, ni sus caracteres morfológicos principales ni la estructura de sus tejidos se modifica. Se puede sostener que ninguna modificación esencial de la estructura del cerebro o de los huesos se producirá en los intelectuales, al menos de momento. En el cerebro, porque al no reproducirse la neurona, conserva inmutable su forma; en los huesos, porque la más ligera modificación formal exige el paso de varios lustros. Hablar es una función antigua y continua; el juego de la lengua contra la mandíbula habría de determinar la modificación consiguiente, lo cual no ha de poseer un sujeto similar al hombre que no hable. Eso es lo que descubrió A. Walkhoff¹¹⁶. En la región anterior de la mandíbula inferior se encuentran tubérculos óseos muy marcados, apreciables mediante cortes transversales, tubérculos que se observan tanto en los hombres actuales como en los del cuaternario, pero no en los simios. Las modificaciones producidas por la inteligencia, carácter primordial específico, afectan indistintamente a todos los hombres, de cualquier raza, y producen en todos ellos los mismos resultados cuantitativos.

Las razas, además de la mentalidad, tienen una fisiología particular, anterior o conjunta a aquella. Fischer, en su obra *Razas y formación de razas* (Jena 1913), se quejaba de la falta de estudios comparados estáticos y dinámicos de las razas humanas. Hay, sin embargo, algunas afirmaciones aisladas que hacen pensar que en las razas humanas sucedería algo análogo a las razas de animales domésticos. En zootecnia, se sabe que la aptitud de fabricación y disposición de grasa es diferente en muchas razas; que no todas tienen la misma potencia digestiva; que los glóbulos de grasa de la leche tienen forma diferente en algunas razas y que la producción de manteca varía considerablemente. Estas diferencias no se deben a una diversidad de estructura de los órganos productivos de tales diferencias. No se ha señalado diferencia alguna entre el riñón de un alemán y el de un francés, mientras que la composición de la orina de cada uno es diferente, según Berillon. Los órganos hematógenos son iguales en todos los hombres, pero el poder aglutinante de los sueros es diverso según las razas. La máxima eficacia de una vacuna, y principalmente de la del tifus, depende de que haya sido elaborada con microbios procedentes de la raza a la que se quiere preservar de la enfermedad. Cada raza humana, dice Lavater, tiene un olor especial que depende de su quimismo particular, independientemente de la higiene. Las razas tendrían, por consiguiente, un medio interno distinto, originado por un funcionalismo propio. Berillon piensa que la afinidad psicológica y social es el resultado de ciertas afinidades químicas¹¹⁷.

Los mecanismos internos tienen una expresión exterior. Estáticamente, el individuo no tiene como propiamente exterior más que las células de la epidermis, que van muriendo. En él todo es vida interna. El medio ambiente representa un conjunto de elementos a los que es preciso acomodarse o reaccionar. Para un individuo, los otros individuos son su medio ambiente. Las necesidades sociales implican una comunicación constante, que el individuo tiende a abreviar. El lenguaje no es el instrumento para abreviar preferido. Puede serlo, y seguramente lo es, en las tribus primitivas de algunas islas, en las que por efecto del aislamiento la población se ha mantenido pura. En estas colectividades, tan primitivamente naturales, la lengua es la verdadera expresión de los estados psíquicos. Pero en los pueblos civilizados, donde el cambio de lenguaje se ha efectuado más de una vez, el idioma impuesto por el conquistador es una herramienta exótica a la que el individuo se ve obligado a ajustar sus necesidades de relación a unos signos recibidos, y la expresión que resulta ya no se debe a procesos evolutivos propios, como en el caso del lenguaje único y primitivo. En cierto modo, la lengua es una colección de figuras medio muertas que recobran la vida por el aliento, el tono y el gesto. Es casi tan importante el modo de decir las cosas que las palabras que se utilizan. El tono gobierna la frase, y no al revés. Los buenos actores —y se ha comprobado muchas veces— consiguen que el público les aplauda cuando ellos lo desean, aunque sus frases sean anodinas, sirviéndose naturalmente de los gestos y las modulaciones. Cuando estos abreviamentos

116 *Anatomischer Anzeigen*, vol. XXIV, pág. 129.

117 E. Berillon: *L'ethno-chimie et la constitution chimique des races*, 1916.—*La psychologie de la race Allemande*, 1917.

armónicos, esta fisonomía espiritual se materializa en las distintas formas del arte, la obra funciona tanto mejor en la medida en que el artista se expresa con mayor simplicidad y más genuinamente.

La composición literaria en verso o en prosa depende del ritmo, esto es, de que las palabras están colocadas de tal modo y tan bien acomodadas al sentimiento racial, que sin necesidad de conceptuarlas, sólo ojeándolas, se percibe el tono y el gesto. El secreto del éxito de la música radica, quizás, en constituir en sí un abreviamento de la expresión, esto es, de los gestos; y la belleza de las artes plásticas, incluyendo la arquitectura, se debe en primer lugar a la correlación entre los elementos del motivo principal, y entre éste y los otros después. El rostro que se pinta o se esculpe se valora por su gesto, por su fuerza expresiva, por la cantidad de ideas que incluye y expresa. La principal cualidad artística de un edificio es la armonía entre los elementos que lo componen, en segundo lugar el entorno en el que se ha construido: clima, orientación, pueblo o ciudad, calle o plaza, tradición, finalidad del mismo, etc. La expresión personal, o la que se refiere a las diferentes actividades humanas, es cualidad, y por consiguiente mentalidad. No es la cantidad de palabras la que convence o conmueve, sino la intensidad expresiva. Del mismo modo que tampoco es la abundancia de ideas o la inteligencia poderosa lo que penetra más profundamente en el alma, sino la palabra emotiva, la idea clara y sencilla. La mayor compenetración psíquica se alcanza en el enamoramiento; y los grandes amores son parcos en palabras.

Los gestos —se ha de entender por esta palabra cualquier tipo de expresión corporal con exclusión de la palabra pero no del tono— son la expresión de la vida interior del individuo, que se manifiesta al exterior. La vida social de las razas es tan antigua como ellas mismas. Cada raza tiene, por una vida de relación nunca interrumpida, una modalidad gesticular propia, reflejo de su mentalidad.

Los órganos principales de expresión radican en la cara y en las manos. Pero los gestos no afectarán a los huesos, y menos a los de la mandíbula superior al estar privados de movimiento, y por ello poco propicios a alterarse. Las modificaciones se circunscriben a los tejidos blandos, a los órganos dorados de movilidad, órganos que son capaces de producir aquella síntesis de movimientos que denominamos fisonomía. Pero estas modificaciones no se han estructurado todavía a causa de la variedad de expresiones que con tan pocos órganos ha de producir la fisonomía. La fisonomía no es sólo reposo, sino también dinámica. Por esto resulta difícil retratar las caras muy expresivas. La plasticidad de los órganos blandos de la cara en relación con su significado fisiológico está por estudiar. La nariz es uno de los órganos más importantes de la cara. Virchow¹¹⁸ ha estudiado este órgano en tres alemanes, tres chinos dos esquimales y tres negros del Congo, sin que de este estudio comparado se pueda obtener ninguna conclusión. La fisonomía, más que plástica, es funcional. La forma de los órganos de la cara no determina modificaciones particulares de los huesos. En cambio, se puede deducir muy aproximadamente la anchura y el volumen de los tejidos blandos del hueso de una pierna basándose en las particularidades del hueso que les sirve de soporte. Pero es imposible determinar la forma concreta de los músculos correspondientes de los huesos de la cara. Un experimento de este tipo se hizo en Alemania, aplicado a la antropología criminal. Se hizo un molde de la cara de un hombre que había de ser ahorcado. Una vez ejecutado se le descarnó, y se encargó su reconstitución a dos artistas por separado. El resultado, dice H. V. Eggeling¹¹⁹, fue desconcertante.

La mentalidad es función; una función, sin embargo, que no posee bastante fuerza para modificar los órganos duros del cuerpo, ni bastante potencia para modelar hereditariamente los tejidos blandos. Lo que la mentalidad determina, lo que fija y transmite, es la expresión en general, los gestos. Los gestos de un bretón son diferentes de los gestos del bávaro, del frisón y del siciliano. Cada raza tiene una gesticulación propia.

Esta observación, científicamente hablando, es antigua. Comte señaló en una nota: «Gall ha constatado que el sistema habitual de gestos ofrece un indicio más racional y menos equívoco que el

118 Hans Virchow: *Zeitschrift für Ethnologie*, 1911, pág. 402.

119 *Arch. für Anthropol.*, 1913.

estado pasivo de la fisonomía propiamente dicha. La ley ingeniosa y muy plausible que ha propuesto sobre la dirección general de la mímica, en conformidad con la preponderancia de uno u otro órgano cerebral, me parece que constituye una acertada inspiración, que podría proporcionar una verdadera utilidad científica, si es aplicada convenientemente.»¹²⁰ Es lógico, la cara en estado pasivo es la muerte; lo que le da valor es la vida, pero la vida concreta, individualizada. En los tiempos de Comte la observación de Gall sólo podía aplicarse a un individuo, puesto que aun no existía el estudio de las razas. El mérito de Comte es haber considerado que la fisonomía, los gestos, podrían poseer «una verdadera utilidad científica».

Hace poco que el alemán O. Spengler, en su obra *La decadencia de Occidente*, ha señalado el valor que tienen los gestos en oposición a la estática del organismo. Los órganos de la membrana germinativa externa, argumenta Spengler, son los que contienen predominantemente la energía de expresión racial: no son los ojos, por su color y por su forma, sino la mirada, la expresión del rostro; la boca, por la costumbre de razonar, es la expresión de la inteligencia; de manera que no es el cráneo sino la cara con los pliegues formados por la carne la que representa la parte no vegetativa de la vida. Spengler todavía va más allá: da a los gestos una importancia mayor a todos los caracteres distintivos raciales, ya que después añade: «En realidad, la expresión racial de una cabeza humana es compatible con cualquier tipo de cráneo; lo básico no son los huesos sino la carne, la mirada, el gesto y los movimientos.»

Conviene distinguir la raza entre las generaciones actuales y las pretéritas. La certidumbre de la continuidad biológica homogénea en el pasado, sólo la puede proporcionar la mentalidad hecha obra, la inserción de este entendimiento particular en la materia y la forma. Si el elemento básico de clasificación que proponemos se acepta, supondrá necesariamente el estudio de la filiación de la productividad mental en todos los órdenes. Los estudios existentes de este tipo son parciales y de carácter histórico. Los estudios que se pueden utilizar en nuestra tesis fueron los prehistóricos, como la genealógica de las mentalidades actuales.

Los restantes caracteres secundarios, color de la piel, índice cefálico, forma del cabello, talla, etc., habrían aparecido y evolucionado antes que la mentalidad, de tal modo que es complicado descubrir correlaciones. Algunos de los caracteres somáticos, aunque no ligados con las modalidades del entendimiento, no sería extraño que se relacionasen con el sistema neervioso, especialmente a las funciones de la médula y del gran simpático. En la clasificación que proponemos, tras el primer carácter secundario, los gestos, se pueden establecer los caracteres somáticos que se prefieran, puesto que los caracteres físicos tienen asimismo su importancia; pero al haber sido tratados a fondo por los antropólogos, nos permite omitirlos.

Una vez establecida la clasificación de la raza, sólo falta concretar el concepto. Según las ideas expuestas, se la puede definir así: *La raza es el conjunto de hombres con igual mentalidad y con gestos comunes.*

II. La génesis

1.

Herencia y variación

El individuo es el resultado de dos fuerzas: cohesión formal, evolutiva, histórica; la otra fuerza se representa por la tendencia a la deformación. La primera de estas fuerzas pertenece al mecanismo hereditario; la segunda a la variación. La herencia se refiere a la especie; la variación al individuo. La herencia determina que un hombre, aunque sea diferente de otro hombre, sea inconfundiblemente un hombre. Y lo que permite distinguir un hombre de otro, es la variación.

¹²⁰ Comte, *Cours de philosophie positive*, vol. III, pág. 585, nota.

En la formación del individuo, ni no actuasen las fuerzas determinantes de la estructura como si estuviesen dirigidas por un plan preestablecido, cada sujeto, por las fuerzas contrarias deformantes, no se parecería a los otros vivientes de la especie a la que pertenece. Pero la formación del individuo obedece a mecanismos más o menos rígidos, motivados originariamente por procesos físico-químicos, que al llevarse a cabo dejan en la estructura la prueba de su funcionalismo, que se fija por su repetición.

La especie, que vive durante millares de años, ha evolucionado en medios diferentes, a los que ha tenido que adaptarse o morir. La estructura de cada una de las especies vivas, si se sabe leer, cuenta fielmente su historia. Adaptación equivale a sacrificio, ya sea el de una parte del organismo estructural, ya sea la modificación de sus funciones. La especie, frente a un nuevo medio ambiente, sin advertirlo si la novedad ha sido insignificante, o dolorosamente si el medio es ahora muy diferente, ha tenido que calibrar en primer lugar las funciones vegetativas, y las de relación y reproducción después, en función de influencias desconocidas procedentes del exterior. Cuando el organismo se ha equilibrado con el nuevo medio ambiente, esto es, cuando la adaptación es prácticamente perfecta, condición adquirida en poco o mucho tiempo, el trabajo orgánico no ha concluido: lo ha hecho el riesgo de muerte para la especie, pero las innovaciones, que generalmente son inagotables e imperceptibles. Esta acción renovadora o modificadora se denomina variaciones o mutaciones.

En los tiempos primitivos de las especies, las variaciones se corresponden con los modificadores del medio ambiente; no así posteriormente, ya que entonces las especies tienen un capital de fijaciones más reducido, y por tanto más vulnerable a los agentes exteriores. Pero se cometería un grave error de apreciación del capital de fijaciones si la medida se valorase en función del tiempo. La escala de valores orgánicos es, en cierto modo, independiente de la duración. Un viviente sometido a un medio invariable a lo largo de miles de años, o lo que es lo mismo, que sus funciones permanecieran insensibles a las excitaciones de un nuevo medio, conservaría perennemente la misma forma y estructura. Lo que da valor a las especies es facultad de asimilarse a los nuevos medios de forma positiva, produciendo como resultado de la nueva adaptación algo hasta entonces inexistente y que supone una verdadera mejoría. Las nuevas adaptaciones que se practican en perjuicio de la especie haciéndola incapaz de evolucionar, son por el contrario valores negativos. Quizás la causa de desaparición de algunas especies no es otra que la absoluta vida equilibrada, con la consiguiente falta de estímulos. El extremo opuesto, el de cambios sucesivos en un medio ambiente favorable a las transformaciones, que parece corresponder a la etapa primitiva de la vida orgánica, es lo que determinó la inmensa variedad de especies, que sin el peso muerto de la herencia, habrían de poseer una gran agilidad transformadora. Las especies consideradas superiores —no todas ellas están entre las más antiguas— son el resultado de un número mayor de transformaciones, y cuando quedan fijadas definitivamente, todavía les favorece su facultad emigratoria en caso de que el país en el que viven sufra un cambio radical que comprometa su existencia.

En las especies superiores, las mutaciones repentinas absolutas no son posibles, a causa de la fuerza hereditaria positiva. Importa precisar este concepto. El animal superior de la especie A puede transformarse en la especie B o en la X. En cambio, el ser vivo de especie inferior, como un microbio, puede variar radicalmente, ya sea porque su fuerza hereditaria se neutraliza por la influencia del medio ambiente, o porque a causa de la falta de fijeza puede combinarse con una pequeña modificación exterior, combinación capaz de originar una estructura y una morfología diferente de aquella transmitida por la herencia. Si las especies superiores no pueden transformarse radicalmente, pueden en cambio en cambio es posible que sufran variaciones repentinas en un órgano cuya presencia o ausencia no altera su valor de especie, como sucede con los gatos sin cola de la isla de Man o con los hombres de seis dedos.

En la filosofía biológica hay un error, sin duda hijo del racionalismo, consistente en creer que las mismas leyes de herencia y variación rigen a todos los vivientes. ¿Cómo la masa o las masas

protoplasmáticas se podrían haber diversificado sometidas a un mismo funcionalismo? Aunque se admita una originaria diversidad de combinaciones de las sustancias vivientes, o que la vida no sea originaria de nuestro planeta, es evidente que con individuos o masas de sustancia viva con el mínimo o sin historia hereditaria, la acción de las mismas leyes, esto es, la aplicación de mecanismos iguales, provocaría fenómenos de convergencia tan acentuados, que la diversidad de las especies no superaría la categoría genérica. Ya sea que la vida orgánica haya aparecido en la Tierra simultáneamente o en diversas épocas, a partir de las mismas sustancias y combinaciones, o, al contrario, que provenga de otro planeta, es imposible que los vivientes hayan sido gobernados por las mismas leyes. Habrían sido, eso sí, las mismas respecto a los organismos o masas de sustancia de idéntica naturaleza que vivan en el mismo medio, pero a medida que las variaciones se hayan ido produciendo por la herencia, esto es, en cada variación que se fija, el organismo al incorporar una o más modificaciones funcionales nuevas, que a su vez se hacen hereditarias, determinarían a la larga una herencia particular, un singular mecanismo funcional que reaccionaría ante los elementos del medio ambiente. La herencia y la variación no serían, por tanto, resultado de una ley general, sino que cada especie tendría su propia modalidad hereditaria y mutable.

La interpretación positiva de los hechos nos aleja un tanto de las dos grandes teorías biológicas: el neolamarkismo y el neodarwinismo. [Darwin](#), que no había conocido la obra de Lamarck, pensaba que la adaptación era insuficiente para originar la formación de una especie como pretendía aquel, sino que la causa principal de las transformaciones era la selección natural. De hecho, el lamarkismo y el darwinismo, en vez de repelerse se completaban. Weismann criticó las dos teorías, y llegó a la conclusión de que era imposible la herencia de los caracteres adquiridos. Se llamó neodarwinista a la escuela de Weismann, en oposición a los biólogos modernos seguidores de la teoría de Lamarck. Las dos teorías, si bien concordaban al principio, se separaron después en dos tesis incompatibles. Mientras que para los neolamarkistas toda modificación tiene un origen exterior, para los neodarwinistas las variaciones son independientes del medio ambiente y surgen en la intimidad de la sustancia blastógena. El mecanismo de formación de las especies se debe sencillamente a la adaptación, según el neolamarkismo. La adaptación de Lamarck no resiste una crítica severa. Spencer y otros biólogos han demostrado que con la teoría lamarkiana no se puede explicar satisfactoriamente la presencia de ciertos órganos de muchas especies, ni el interés que podían tener los animales en conservarlos. Aunque el finalismo haya sido eliminado por los neolamarkistas, permanece el hecho de la diversidad de formas de animales en medios ambientes idénticos, como así mismo el hecho de que unos animales hayan dejado que se atrofién determinados órganos, mientras que otros animales los han conservado o desarrollado.

La negación de los caracteres adquiridos por los neodarwinistas es incomprensible, considerando los principios de la vida de los organismos. ¿Cómo y de qué manera podían masas o individuos vivientes de ínfima categoría, determinar una orientación distinta en la descendencia, sin otro estímulo que el de la materia germinativa? Y en esos comienzos, ¿existía la diversidad de sustancia, somática y blastógena? Un criterio mecanicista no encuentra en la teoría neodarwinista una explicación satisfactoria. Esa es la razón por la que los seguidores del neodarwinismo son, con pocas excepciones, partidarios del finalismo.

El error común de las dos grandes escuelas no ha sido el concepto de la adaptación ni el de la actividad exclusiva de las células germinales, sino el de considerar que la herencia y la variación son iguales en todas las especies. La diversidad, la estabilidad, la transformación y la desaparición de las especies se explican fácilmente al atribuir a cada especie una modalidad hereditaria y un modo de transformarse diferentes a los de las demás especies. Con este principio, el concepto de adaptación se amplía y se matiza, y la actividad de los elementos reproductores y de los tejidos somáticos obtienen mecanismos propios, y sus resultados se presentan como el término de procesos que proceden del exterior, pero trabajadas cuidadosamente por las reacciones que han tenido lugar en el mundo celular.

Entre el individuo y la especie hay una categoría taxonómica, la raza, a la que los biólogos suelen ignorar, quizás por la dificultad de caracterizarla. La raza, considerada desde el punto de vista de la herencia y la variación, es el conjunto de individuos que han evolucionado en las mismas direcciones, los cuales por la particularización hereditaria y su propia reacción en las variaciones, se han separado del grupo inicial específico, o de otros grupos o razas de la misma especie. Una raza se fundamenta en la especie y el género. En cada especie del mismo género hay caracteres permanentes que permiten su clasificación, y otros que son transitorios. En el género «felis», un león, un tigre, una pantera, un jaguar, producen la impresión de ser unos gatos más o menos modificados. He aquí un carácter genérico permanente. La voz de los diferentes animales de este género es distinta, pero los leones cuando son pequeños maúllan como un gato, lo que desaparece hacia los dos años. Esto constituye un carácter genérico transitorio. En las razas pasa algo parecido. Sarrasin ha observado que la forma primitiva de la cabellera humana es lisa, ondulada, o ligeramente rizada; las demás clases de cabellos serían adquisiciones posteriores¹²¹. Esto es, mientras que algunas razas humanas han conservado el carácter específico de los cabellos, otras razas, por la variación y la herencia particular, han creado nuevas cabelleras.

Las razas deben su origen a una variación limitada en la especie, y las especies en el género. Las variaciones bruscas homogéneas y colectivas son originariamente extraordinarias o no se realizan del todo. Comienzan en un individuo, el más sensible a la reacción que la ha determinado, y por reproducción entre sujetos predispuestos a la misma variación, ésta se propaga a la descendencia. Si la variación brusca la causa un agente que no afecta a los animales del mismo grupo, esto es, si la variación no está predispuesta en todos o en la mayoría de los animales por haber sufrido las mismas reacciones, no pasará a la descendencia.

Lo que caracteriza a la raza es la identidad funcional, el hecho de que la mayoría de los vivientes de un grupo actúan biológicamente en común, en grados de intensidad variable. La mayoría de los zoólogos creen que las razas bovinas sin cuernos han surgido por una variación brusca. Nuestras investigaciones sobre la raza sulla de Menorca nos han llevado a la misma conclusión. ¿Cómo explicar la transmisión a la descendencia de una variación brusca tan importante, si en los animales de la misma raza no existían procesos iguales al del individuo que presenta la variación por primera vez? En cambio, esta misma variación brusca no se transmite cuando el individuo portador tiene otra historia evolutiva. En Cataluña hemos observado dos casos de este tipo. Una vaca de raza schwytz nace sin cuernos; haciéndole procrear con reproductores de la misma raza y con holandeses, ninguno de sus hijos nace sin cuernos. El otro caso era una vaca holandesa que tampoco produjo ningún ternero sin cuernos. Se desconoce la causa determinante de las variaciones bruscas.

Las variaciones lentas son más comunes que las espontáneas. Algunas variaciones lentas son visibles al comparar sujetos de épocas muy anteriores con individuos actuales. Walkhoff¹²² ha estudiado el origen y evolución de la mandíbula humana desde el terciario, y tras señalar las diferencias morfológicas concluye que las formas dentales actuales muestran un desarrollo filogenético gradual del género humano. En los animales domésticos las variaciones lentas son patentes, y en períodos de tiempo, relativamente breves. Unas cuantas décadas atrás, la vaca holandesa que daba tres mil litros de leche al año estaba bien valorada. Actualmente, vacas de esta raza dan diez mil, y algunas alcanzan los quince mil. Esta modificación funcional conlleva un cambio morfológico: su capacidad torácica ha aumentado, y las ubres más anchas han determinado una desviación de los miembros posteriores hacia fuera. Las carreras de caballos se hacían antes al trote. Desde que se llevan a cabo al galope, los pura sangres han modificado su fémur lo cual ha hecho que se reduzca su grupa; esta modificación era desconocida antes de que se usara ese tipo de marcha. Para hacerse patentes estas variaciones ha sido necesario cierto tiempo. En este orden funcional no se ha observado nunca una variación brusca; siempre han sido lentas, de acuerdo con

121 *L'Anthropologie*, 1925, pág. 467.

122 *L'Anthropologie*, 1915, pág. 250.

la acción de los agentes modificadores. Así, la variación lenta en los animales superiores estaría representada por la suma de caracteres adquiridos poco a poco, provenientes del exterior y más o menos ostensibles, al contrario que las variaciones bruscas que, precedidas por mecanismos internos particulares, debidos al juego de combinaciones y competencias hereditarias de equilibrio en el propio organismo y en el medio, que conducen fatalmente a la aparición del carácter considerado espontáneo; de tal modo que toda variación, lenta o brusca, es un carácter adquirido, con mayor o menor esfuerzo.

La noción de carácter adquirido por casualidad es inconcebible en organismos, los cuales resultan de mecanismos repetidos y en los que cada repetición, al llegar a ser rítmica y constante, representa el triunfo sobre una serie de obstáculos que se le oponían, característicos de la variación. Las repeticiones, una vez aceptadas por el organismo, o si se prefiere, incorporadas al doble equilibrio, el intraorgánico y el del organismo con el medio, y definitivamente estructuradas, dando lugar a sus estructuras definitivas, pasan a constituir parte del sistema nervioso y son de naturaleza hereditaria. Los caracteres adquiridos, verdaderas apropiaciones del exterior por el organismo, o resultantes de mecanismos triunfadores internos, son por su naturaleza propios de la especie, cuyos límites no puede sobrepasar. La adquisición de cualquier carácter incorporado a la especie, bovina, humana u otra, no las desfigura ni desnaturaliza para incorporarse a otra especie o crear una nueva. El carácter adquirido es. Sin embargo, inferior a los otros caracteres que constituyen la esencia de la especie. Siendo la especie una colección de individuos que habitan una dilatada extensión, un carácter determinado puede no ser adquirido simultáneamente por toda la especie, sino tan sólo por un grupo particular. Cada uno de los grupos diferenciables integrantes de una historia posee una historia biológica particular. Los hechos históricos son los caracteres adquiridos o las variaciones fijadas. Carácter adquirido y variación fijada son, pues, la misma cosa-

2.

La especie

En algunos grupos de animales la diferenciación específica es muy sencilla: nadie confunde un caballo con un buey, una oveja con un perro, un gato con una gallina. Los hijos de cada una de estas especies presentan asimismo caracteres inconfundibles, como señala la definición de Cuvier: la especie es un conjunto de individuos hijos de padres comunes. Si la reproducción entre un acaballo y una yegua da siempre un sujeto de la misma especie, es evidente que los padres de este sujetos pertenecían a la especie equina, y así sucesivamente, hasta el principio de la aparición de la especie. Este modo de pensar es denominado en biología como teoría *fijista* o *creacionista*.

Pero hay otro modo de pensar. Las especies actuales no han sido siempre semejantes a ellas mismas; las especies superiores descenderían de especies inferiores, y estas provendrían no ya de especies determinadas, sino de masas de sustancias protoplasmáticas. Es la teoría *transformista*. Mientras que la teoría fijista considera las especies como intransformables, la teoría contraria, en razón de la descendencia común de todos los vivientes, concibe las especies no como agrupamientos incommovibles, sino susceptibles de varias indefinidamente.

La especie existe, y no precisamente como una comodidad taxonómica como pretenden los transformistas, y tampoco lo hace en la inmutabilidad en que la quieren los creacionistas. La especie está fija en cuanto a la impermeabilidad continua con respecto a cualquier otra especie; la especie es variable respecto a su sustancia específica. Lo característico de la especie no es la morfología, sino la continuidad reproductiva. En este sentido, la especie puede haber tenido un aspecto y unos órganos muy diferentes de los actuales durante su evolución; incluso haber producido especies nuevas, que podrían ser las del mismo género.

Dejando a un lado los trabajos de la escuela de Hugo de Vries, puesto que ahora no nos interesan las especies inferiores, y también por las razones expuestas en el párrafo anterior, es conveniente recordar algunos hechos modernos que demuestran la segregación específica. El gato del Paraguay, procedente de Europa, y los conejos de Porto Santo, que tienen el mismo origen,

actualmente no se reproducen con sujetos europeos de las mismas especies. De igual modo, la cobaya europea no se reproduce con su antepasado del Brasil¹²³. La amixia o incapacidad para el cruzamiento constituye evidentemente un punto de partida para las nuevas especies. No se puede, sin embargo, asegurarlo de forma general, puesto que si bien la amixia se ha observado en las especies citadas, en otras como el resto de los animales domésticos, no se ha señalado. Una vez más vemos confirmado el principio esencial antes mencionado, según el cual, y contra la opinión dominante, habría leyes particulares de la herencia, esto es, mecanismos diferentes o reacciones con consecuencias distintas en las diferentes especies animales.

La amixia ha sido, quizás, una de las causas de la existencia de especies muy parecidas, pero incapaces de reproducirse entre ellas indefinidamente. Cada una de las especies de los géneros *felis*, *equus* y *bovis* presentan más semejanza entre ellas a diferencia de lo que ocurre entre las diversas razas de la especie canina, por ejemplo. Los caracteres morfológicos de un bull-dog, comparados con los de un galgo o con los de un pomerania, están más diferenciados que los que muestran un león y un leopardo, un caballo y una cebra, un buey y un cebú. Mientras que los perros se reproducen indistintamente pese a sus diferencias, la similitud de formas de las especies de un mismo género, si llegan a ser fecundas entre sí, producen tan sólo híbridos estériles. En las determinaciones biológicas trascendentales, la función supera a la morfología. La frontera entre las especies se debe, más que a la forma, a la fisiología. Por eso, el carácter esencial específico no es morfológico, sino reproductivo. En las razas humanas, ya hemos visto como los caracteres morfológicos eran secundarios, que el carácter básico era la función mental. La educación humana ha sido principalmente visual y estática; la forma y no la función la han cautivado. De ahí la primacía que se ha otorgado a los caracteres morfológicos.

La ignorancia del carácter primario de las especies se ha extendido al hombre por parte de los naturalistas. Con frecuencia se lee que si los hombres hubiesen sido babosas o insectos, por el hecho de ser unos de color blanco y otros de color negro, los habrían clasificado como pertenecientes a distintas especies. Son muchos los antropólogos que consideran a los hombres como un género dividido en numerosas especies. Y este error de método es común tanto entre los biólogos fijistas como entre los transformistas: los dos coinciden en atribuir a la morfología el carácter esencial. Si unos, por sus creencias religiosas, consideran a los hombres pertenecientes a la misma especie, cuando no les afectan sus obligaciones religiosas clasifican en especies diferentes a los insectos blancos y a los insectos negros, sin tener en cuenta su reproductividad. Es casi seguro que los hombres componen una sola especie. Esta afirmación, sin embargo, no se puede formular de un modo absoluto, puesto que la reproducción no se ha llevado a cabo entre todos los grupos humanos. Por ahora no se han estudiado los cruzamientos entre los australianos y los lapones, o entre los bosquimanos y los patagones. Pero la mayoría de las razas se han reproducido entre ellas, y sus hijos y sus descendientes son fecundos. La unidad específica humana se asegura cuando se considera que a pesar de los miles de años de separación absoluta entre el nuevo y el antiguo continente, al reencontrarse esta multitud de razas y cruzarse, sus mestizos fueron igualmente fecundos.

La noción de unidad de especie se relaciona con el monogenismo, puesto que resulta difícil de explicar la existencia de una especie originada en distintos puntos de la Tierra. La consideración somera del monogenismo plantea tres cuestiones. La primera, averiguar si el origen de los vivientes se debe una única sustancia, la cual por transformaciones sucesivas habría producido la diversidad de organismos. En segundo lugar, si la sustancia primitiva fue heterogénea, simultánea, o por apariciones discontinuas que dan lugar a los mecanismos diferenciales determinantes de los varios grupos de vivientes. Y finalmente, si por monogenismo se ha de entender tan sólo la aparición de la rama animal origen de la especie, o la especie en particular independientemente del parentesco de género, o grupos de la misma rama. La realidad concreta que conocemos nosotros, la especie y el género, nos sugieren la hipótesis de que la especie, masa sustancial de la misma

123 Ch. Cornevin: *Traité de Zootechnie*.—Remy Perrier: *Zoologie*.

naturaleza, repartida en individualidades semejantes, reunidas por su carácter esencial, producto de una historia común, no puede haberse constituido por fenómenos de convergencia, fáciles de adquirir, que al afectar sólo a la morfología, no habrían llegado a insertarse en la esencialidad de la especie, o lo que es lo mismo, la convergencia de grupos originariamente diversos mantendría la diferenciación de la sustancia de que se componen, imposibilitando la reproducción.

El poligenismo permanece falto de interés filosófico si se considera la aparición de los vivientes en diversos lugares de la Tierra de forma simultánea o no, pero constituidos por una sustancia de la misma naturaleza. Otra cosa es la concepción de la diversidad substancial primitiva, o diferenciada más tarde, y que por medio de biología paralelas, dos o más grupos de origen distinto acaben por componer una única especie. Es evidente que este razonamiento puede probarse por hechos llamados de variación paralela, consistentes en que funciones similares determinan morfologías parecidas: semejanza del galgo con el caballo inglés de carreras; del bulldog con el caballo belga; del cerdo de Yorkshire con diversas razas precoces de carneros y bueyes. Variaciones de este tipo consideradas a largo de miles de años, podrían acabar con una perfecta convergencia formal y reunir las especies. Pero si se tiene en cuenta la impermeabilidad específica, que la especie no admite adiciones, porque la esencialidad del carácter es la propia historia, por lo menos hasta el punto definitivamente hereditario que sirve de soporte a las variaciones recientes, otra historia, por parecida que sea, no será nunca igual a la de otra especie, y la reproducción exige intimidad, puesto que su existencia depende de continuar la masa de sustancia de la misma naturaleza, y que, por el contrario, como demuestran los híbridos, no se puede sumar perdurablemente sustancias distintas por semejantes que sean, a riesgo de perder la facultad reproductiva. En una palabra: la convergencia puede llegar a integrar el género, pero no la especie.

3.

Teleología y mecanicismo

Los animales que componen un grupo, y más todavía si pertenecen a una misma clase, presentan tales analogías de estructura, que parecen obedecer a un mismo plan anatómico. La idea de que los animales evolucionan en función de una arquitectura preconcebida, se confirma con el estudio ontogénico y se completa con la comparación funcional de algunos órganos en particular, y con las relaciones existentes entre los diversos grupos de animales, y entre éstos y las plantas. Parece que existe una coordinación presidida por una causa ordenadora en el mundo viviente. Este modo de considerar el mundo orgánico, que también puede extenderse al inorgánico, se llama *teleológica o finalista*.

La doctrina de las causas finales es tan antigua como el pensamiento, y bajo diversos aspectos, perdiendo o ganando terreno, nunca ha faltado entre gran número de filósofos o biólogos. Bergson ha señalado, con razón, que el finalismo es inmortal, que al destruirlo de un modo reaparece de otro diferente. El criterio finalista es de orden psicológico. Ante nosotros, la vida transcurre de manera finalista. Todas las acciones, todas las creaciones, todos los razonamientos humanos han sido hasta hace poco exclusivamente finalistas. «El hombre comprende más fácilmente las cosas y los fenómenos cuando los antropoformiza.»¹²⁴ La vaca existe para dar leche, el cerdo, longanizas, de igual modo que el sastre hace trajes, y el médico cura enfermedades. Todo esto resulta muy claro. Y de esta evidencia participan sin duda la mayoría de los sabios y los filósofos. El mundo orgánico se muestra como si cada viviente supiese lo que ha de hacer, y no sólo él, sino cada órgano que lo compone. Los helechos, como muchas plantas, nos lo prueban. Sus tallos están interrumpidos por botones, que en contacto con el aire producen hojas, pero que si se les entierran producen raíces. La planta o el botón germinativo parece tener el entendimiento necesario para saber que las raíces no prosperarían al aire, y que, enterrada, no necesita producir hojas.

124 Bohn: *La naissance de l'Intelligence*, cap. IV.

En el animal ocurre algo parecido. Para que la función digestiva comience es necesario que la vista acepte provisionalmente los alimentos, que el animal posea órganos prensiles y en la boca órganos que corten y masquen los alimentos mojándolos, que la saliva transforme el almidón, etc. Y no sólo ocurre esto en la digestión, sino que los fermentos se segregan en la cantidad justa, y aquel fermento que no ataca a un alimento, su presencia en el tubo digestivo resulta indiferente, de tal modo que el aparato digestivo actúa sabiendo como ha de comportarse en cada caso determinado. En la enfermedad todos o casi todos los órganos se ponen de acuerdo contra el enemigo, constituyendo las defensas orgánicas. La vida normal y patológica, en las plantas y en los animales, observada del modo usual por el pensamiento común, base de la vida social, da lugar a un criterio teleológico o finalista. La actividad orgánica dirigida a un fin determinado, de un modo tan ordenado, causa a algunos biólogos una admiración hasta poética. Cuando se reflexiona, dice Grassi¹²⁵, el modo como el erizo de mar nace de un huevo, se experimenta una sorpresa profunda; el biólogo conoce los detalles mínimos de este proceso evolutivo, sin que este conocimiento aminore en nada su admiración, ya que ante su vista se produce un milagro análogo al de un palacio que se erige ante sí espontáneamente, sin la intervención de ningún albañil, a partir de un montón de ladrillos y grava, y poco a poco apareciesen puertas, ventanas, vidrieras, celosías, balcones y muebles. El desarrollo de un embrión, dice Rignano¹²⁶, se observa de tal modo que parece *guiado*, *dirigido* por algún tipo de inteligencia oculta o *entelequia*, de igual modo que el espíritu guía la construcción de una máquina.

Para los finalistas, por tanto, la actividad orgánica, su forma y su función estarían dirigidas de cerca o de lejos por un poder superior a las facultades de los vivientes. Este poder es la fuerza o principio vital de los vitalistas; las entelequias de Driesch; la gracia de Bergson. La naturaleza de la fuerza vital se desconoce, y Driesch tampoco ha explicado qué es la entelequia. La inteligencia de Driesch, dice Bertalauffy¹²⁷, no es ni energía ni sustancia, y por consiguiente si no puede representarse este principio vital, eso indica claramente que la entelequia es sólo un concepto hipostasiado, algo abstracto considerado como real. El creador del finalismo radical, Bergson, también se cree dispensado de tratar sobre la gracia que supone existir en el orden funcional orgánico¹²⁸. Hipotéticamente, algunos autores han pretendido materializar el principio vital: la pangénesis de Darwin, Maupertius y H. de Vries; las estirpes de Galton; las gémulas de Jaeger; las micelas de Naegli; los idioblastes de Hertwig; los determinantes de Weismann, y otras partículas imaginarias de diversos autores responden a dicho objeto¹²⁹.

Si el mundo orgánico se piensa con un criterio inferido por la experimentación, desprovisto del razonamiento tradicional y común de la filosofía racionalista, los hechos se interpretan de otra manera. El brote de una fresera producirá hojas o raíces, no a causa de una actividad directora interna, sino porque los elementos atmosféricos determinarán en dicho órgano un conjunto de acciones que obligarán al brote a reaccionar y evolucionar hacia la producción de hojas. Si la ingestión de grasa no determina la secreción de fermentos o jugos que ataquen a otros principios nutritivos, es porque la grasa no excita las terminaciones nerviosas de las glándulas secretoras de los fermentos del almidón, ocurriendo al revés en las glándulas linfáticas. Las funciones muscular, nerviosa, genética, responden todas ellas a estímulos físico-químicos. Entre la función propiamente física o química y la función orgánica no existe ninguna diferencia esencial. Es éste el criterio *mecanicista*.¹³⁰

El trabajo de investigación proporciona a menudo a los mecanicistas pruebas que les confirman en su tesis, pero los finalistas reaccionan de uno u otro modo según les vienen los golpes,

125 Cita de Rignano, *Scientia*. 1-IV-1905.

126 *Scientia*, 1925, pág. 324.

127 *Scientia*, *Le problème de la vie*, I-IV, 1927.

128 Bergson: *L'Évolution créatrice*, pág. 104.

129 I. Delage: *L'Hérédité et les grands problèmes de biologie générale*.

130 Ver A. Pi Sunyer, Discurso de recepción en la Academia de Medicina, y la respuesta por R. Turró. También, las obras de F. Le Dantec, y entre ellas *De l'Homme à la Science*, y *Science et Conscience*.

y no se dan por vencidos. Y es que la teoría finalista es muy sólida. La vida, dicen los finalistas no es sólo un conjunto de fuerzas físico-químicas; en cada viviente hay, según la frase de Driesch, una armonía de composición que no se halla en el mundo inorgánico, y por encima de toda la facultad creadora, el hecho es que una sola célula origina la magnífica construcción de un animal, y que una vez acabada la tarea, la vida continúa con todos sus procesos de conservación, defensa y reproducción. A los mecanicistas, por su parte, les repugna aceptar una causa metafísica o mística directora de la actividad viviente, de la vida misma, causa que han de reducir a procesos físico-químicos, y si bien pueden explicar y determinar satisfactoriamente algunas funciones en particular, son en cambio incapaces de crear sustancias vivientes por más sencillas que sean, ni explicar la potencialidad vital de los organismos. Mientras los hechos se van acumulando los mecanicistas tienen esperanzas: antes o después, gracias al esfuerzo de los investigadores, el misterio de la vida será descubierto.

Entre los finalistas existen algunos sectores disconformes con la atribución de la fuerza vital a entidades extracientíficas. La hipótesis de Rignano, última de la serie finalista, es de este tipo. Rignano¹³¹ supone que «la función propia de la corriente o descarga nerviosa que produce la descomposición brusca de una u otra sustancia nucléica, es la misma que actuando seguidamente como corriente de carga, reproduce esta misma sustancia específica, o inversamente, que toda nueva corriente nerviosa resultado de un cierto estímulo exterior o de una cierta adaptación interna deposita esta misma sustancia específica en el núcleo en el que termina, la cual al descomponerse más tarde, reproduce la misma y única corriente que le había afectado, y constituye una cierta acumulación específica de esta corriente nerviosa.» Sustancia y fuerza nucléica serían para Rignano la causa de todos los fenómenos de generación y regeneración, esto es, fuerza vital, la entelequia, la gracia, las partículas representativas, pero de naturaleza científica.

Es cierto que en la vida hay finalismo, de igual modo que hay mecanicismo. Muchos de los actos vitales están motivados por un objetivo concreto. Tales son, por ejemplo, en la especie humana el cumplimiento de deberes sociales, y los actos de altruismo en los animales; el avestruz macho que cuida de los huevos, la hembra de cualquier especie que al dar de mamar se desnude y se priva de libertad para atender a sus crías... todos ellos constituyen actos finalistas. Al realizarlos, actúan o pretenden hacerlo los estímulos físico-químicos más diversos, a los que la motivación finalista rechaza enérgicamente, y sólo por ellos el mecanismo se explica. Junto a este finalismo concreto existe otro por lo general, que no se rige por la inteligencia, y es la perpetuación específica. El hecho de la persistencia de la especie es indudablemente una función teleológica, pero es al mismo tiempo una operación mecanicista. Los procesos físico-químicos duraderos de una especie están dirigidos por la repetición, de tal modo que para el finalista aparecen como si ocupasen un lugar secundario. Los papeles cambian por la variación. De este modo, los procesos físico-químicos son los iniciadores de la nueva creación, que si es incorporada al viviente, será conservada por el finalismo. Un grupo animal es a la vez finalista y mecanicista: finalista en cuanto a la herencia, mecanicista en cuanto a la variación. En las razas humanas, además de la condición anterior, se da un finalismo a corto plazo, caracterizado por la conducta preestablecida, y un finalismo inconsciente, originado y mantenido precisamente por mecanismos físico-químicos, y dirigidos por el finalismo hereditario.

El finalismo nos parece un mecanismo definitivamente establecido.

4.

La conquista de la Tierra

Mucho antes del descubrimiento de los sílex terciarios de Ipswich (Inglaterra), numerosos antropólogos admitían la posibilidad del hombre antes del Cuaternario. Los sílex de Ipswich parecen haberlo demostrado suficientemente. Una comisión de paleontólogos, arqueólogos y

131 *Les manifestations finalistes de la vie*. "Scientia", 1925, p. 325.

antropólogos de Francia, Bélgica e Inglaterra visitó Ipswich en 1923, y llegó a la siguiente conclusión: en la base del *crag* no alterado, se han encontrado sílex tallados, que sólo han podido ser fabricados por un hombre o prehumano, cuya existencia en la era terciaria está para nosotros, prehistoriadores, absolutamente demostrada¹³². Considerando que sobre los eolitos se habían manifestado tantas opiniones contrarias, y que predominaban las que afirmaban que dichas piedras aparentemente trabajadas, eran el resultado de la acción de diversos agentes naturales, respecto a los sílex de Ipswich, «se eliminaron todas las causas naturales conocidas: compresión, aplastamiento, rodadura, choques casuales, caídas, etc. Algunas de estas piezas de sílex parecían musterienses, pero el terreno, por su composición y por los fósiles que contenía, correspondía sin duda al plioceno.»¹³³ Estos sílex, descubierto por M. Moir, constituyen la prueba más segura de todas aquellas con las que se ha querido demostrar la existencia del hombre terciario. Cabe señalar que Mr. Boule no participa de esta tesis. Pero está en la conciencia de todos los sabios que el hombre terciario un día u otro se encontrará con pruebas de valor absoluto.¹³⁴

La humanidad desciende, por tanto, de los hombres del terciario. Lo suponemos en virtud de nuestra opinión monogenética, que comporta la unidad específica. Este modo de pensar lo avala la reproducción entre la mayoría de las razas, y el hecho de no existir amixia a pesar de los miles de años de separación de muchas de ellas.

La especie humana, antes de diversificarse en razas, vivió durante miles de generaciones en un medio ambiente uniforme, seguramente idéntico, y con métodos de reproducción concentrados que pudiesen dar como resultado su fortalecimiento específico, esa potencia hereditaria de estructura y función, que a través de los períodos geológicos y de la diversidad de razas, ha mantenido la unidad de la especie en toda la Tierra.

Las razas humanas habrían surgido muy tarde, quizás al fin del plioceno, o como mucho a principios del cuaternario antiguo. La causa de la diversificación estaría en los cambios de medio ambiente, a causa de desplazamientos forzosos para atender más fácilmente a la subsistencia. En una especie superior, como la especie humana, consideramos que no pueden darse mutaciones bruscas. Al contrario algunos autores, entre ellos Kollmann¹³⁵, opinan que las mutaciones se realizan rápidamente, en contraste con los largos períodos de fijación de las especies, y que las razas humanas, por este mecanismo, se habrían formado probablemente en los trópicos. El momento inicial de la formación de las razas se habría producido a causa de la separación de diversos grupos del núcleo originario, por la búsqueda de alimentos. Mientras el grupo separado continuase disfrutando de un medio ambiente similar al anterior, no surgiría ninguna modificación apreciable. Pero todo cambiaría a medida que las condiciones de existencia se diversificaban, y se hacían diferente a los modos de vida anteriores.

La variación radical no comenzó hasta que la inteligencia sobrepasó la somnolencia vegetativa de las primeras épocas. Ella sola o en paralelo a la formación de la mentalidad, la variación somática podía ir tejiendo la diversidad que conocemos. Pero la inteligencia, al diversificarse simultáneamente, se alejaba del conocimiento común, específico, lo que constituirá la causa principal de las variantes de la especie humana.

Estas pequeñas agrupaciones dispersas por la superficie de la Tierra, marchan inexpertas, sin otros objetivos que la nutrición y la reproducción. Avanzan a la aventura y no saben lo que es la imprevisión y el desconocimiento, ni cuáles serán las consecuencias que les traerá la necesidad imperiosa que les obligó a partir. Con cada paso que dan hacia la conquista de lo desconocido, aprenden algo nuevo, lo que supone una nueva experiencia. El número y variedad de experiencias desentumecerá poco a poco el cerebro, y serán con su repetición y su intensidad, la causa del despliegue cerebral realizado mediante mecanismos de los que no tendrán conciencia. Cuanto

132 *Rev. Anthropologique*, 1923, pág. 67.

133 L. Capitan: *Rev. Anthropologique*, 1922, pág. 126.

134 *Rev. Anthropologique*, 1926, pág. 134.

135 Corresp.—*Blatt der deutsch Gessellschaft für Anthropol.*, 1900, t. XXXI.

mayores sean las dificultades para vivir, para defender la vida y para reproducirse, y más grandes los obstáculos, mayor será el desarrollo cognoscitivo. La potencia intelectual de cada raza equivale al número y variedad de resistencias que ha tenido que vencer para vivir. Las razas no habrían buscado los inconvenientes de una vida llena de incertidumbres y peligros; no se habrían diversificado, testimonio de las duras experiencias adquiridas, si el hambre no les hubiese obligado. ¿Es que las razas querían ser así, diferenciarse del grupo primitivo homogéneo, adquirir colores diferentes, o poseer una mentalidad distinta? No tenían otro propósito que sobrevivir, y por ello habían emigrado y aprendido tantas cosas que nunca antes pensaron. Cada escalón hacia la diversificación representa la historia de un conjunto de acciones y reacciones, que determinan la aparición de un carácter, y crean a la vez una necesidad nueva que, al considerarla parecerá de naturaleza teleológica, pero que, al igual que la nutrición, en su origen se reconocerían mecanismos nada extraños al vitalismo. Las diversificaciones humanas, recubiertas por el inconsciente, evolucionaron de forma similar a la marcha de un ciego por un camino desconocido, y los choques con múltiples obstáculos fueron puntos de referencia y origen de conocimientos.

III.

La conservación

1.

La consolidación de las razas

Los seres vivos parecen estar gobernados por dos hechos decisivos: progreso y estabilización. El progreso se realiza por etapas, cada uno de los cuales, una vez concluido, permanecerá incorporado y estabilizado definitivamente. Así es como la especie, con todos los caracteres que la componen, habrá quedado fijada, y lo mismo ocurre con los caracteres raciales. La estabilización es fatal, puesto que en cierto sentido ya no es posible progresar más. Un ejemplo actual muestra que en ciertas razas precoces de ganado, la utilización de los mismos procedimientos que hace cien años proporcionaban aumentos considerables de volumen o peso, resulta ahora completamente ineficaz. Estas razas han agotado las posibilidades progresivas de precocidad, y por consiguiente se han estabilizado. Lo mismo ha ocurrido con los principales caracteres somáticos de las razas: el carácter «negro», el carácter «perfil de la cabeza» y el carácter «índice cefálico», parecen definitivamente estabilizados.

El progreso se manifiesta inicialmente en el orden funcional. La capacidad craneana de los fósiles humanos más antiguos, no es inferior a la de los hombres actuales, y es que la capacidad constituye un carácter que ha logrado la estabilidad, pero no así la función cerebral. Ésta, siempre progresando, se ha diversificado, y constituye las mentalidades. El fin del progreso, como el del movimiento, es la estabilidad. Las razas, cuando hayan realizado todos los progresos de que son capaces, lograrán también una fijeza análoga a la de la especie. El carácter primordial de las razas, la mentalidad, que ya ha logrado la estabilización, confirma la hipótesis precedente.

La existencia de las razas se debe a largos períodos de aislamiento y de repetición, sin los cuales la variación desordenada habría sido la norma de los grupos humanos.

Las razas ya debían estar consolidadas en el cuaternario, puesto que de otra manera no se explicarían los útiles diferenciados que produjeron. Los largos períodos de consolidación somática y mental se produjeron por la fuerza de las repeticiones orgánicas en un medio ambiente similar, en una condición casi ideal de falta de variaciones orgánicas internas, ni variaciones externas; esto es, que la vida durante muchos siglos habría sido similar tanto para la generación 1 como la generación *n*. La herencia, como ya se ha señalado, es repetición, y la repetición es para los organismos, comodidad y perfeccionamiento. Los mecanismos de consolidación, entonces, serían asimismo

necesarios para explicar la constancia morfológica y toda la continuidad funcional que caracteriza a las diversas agrupaciones animales y muy en particular la mentalidad de las razas humanas.

2.

Acción defensiva de las razas

Los paraísos que en el paleolítico existían en muchos lugares de la Tierra representaban auténticos períodos de reposo, en los que las adquisiciones raciales se consolidaban placenteramente. Las razas que ocupaban las zonas paradisíacas se reproducían durante muchas generaciones racialmente (unión entre individuos de la misma raza) y por consanguinidad, lo que hacía converger los efectos saludables de la identidad del medio, fijando sólidamente la potencia hereditaria y eliminando o reduciendo a la mínima expresión las mutaciones. La época paradisíaca concluyó con revoluciones geológicas o climáticas.

El hombre del cuaternario, dice Morgan, vio inundarse inmensos territorios y presencié grandes cataclismos. También fue la época de las grandes emigraciones. Los negroides de Grimaldi, las esculturas esteatopígicas del cuaternario antiguo encontradas en varios lugares de Europa, guardan una estrecha relación con determinadas poblaciones del África del sur. Y este doble hecho de semejanza morfológica y cultural sugiere una raíz común de las poblaciones referidas de Europa y de África. Los diversos grupos emigrantes poseían ya una civilización. Les favoreció, como señala Morgan¹³⁶, una larga evolución, y probablemente diferían entre ellos a causa de su hábitat diverso, y quizás también por su origen, causa de la multiplicidad de razas.

Cada una de las emigraciones daba o no lugar a modificaciones en la población en el lugar al que llegaban. Si los emigrantes eran bastante numerosos y más fuertes que los naturales de la tierra a la que habían llegado, los destruirían, como también se daría el caso contrario. Sin embargo parece segura la convivencia de razas diferentes en un mismo territorio, puesto que junto a las pruebas de la existencia de negroides, no muy lejos se detecta la presencia de otras gentes, así como culturas diferentes. La prehistoria, por ahora, no puede diagnosticar los yacimientos con precisión, así que a pesar de la apariencia de contemporaneidad que parecen mostrar ciertos artefactos, pueden separarlos varios siglos. No por ello la hipótesis de coexistencia queda excluida. Podía producirse sin mezclarse entre ellos, viviendo cada grupo racial de forma aislada desde el punto de vista generador. Un fenómeno parecido se constata a través de la historia: las colonias fenicias y griegas, las juderías, los grupos extranjeros actuales en los Estados Unidos. Estas formas separadas de convivencia constituyen una defensa de la pureza racial.

Si en la paz los hombres sirven así a la raza, en la guerra se producen los mismos efectos. La guerra supone la destrucción de los beligerantes en mayor o menor escala, y una vez hecha la paz da como resultado un aislamiento de duración variable. Entre las razas salvajes, las que se conservan con más pureza son las antropófagas. Cureau¹³⁷, al estudiar las razas pahonius, bellalis y boangis del África ecuatorial, llega a la conclusión anterior. En las poblaciones salvajes o bárbaras la esclavitud inherente del vencido conserva la pureza de la raza en los núcleos humanos importantes, pero en las poblaciones inferiores, al contrario, provoca la mezcla. El régimen de castas es la expresión de la separación de razas en estrecha convivencia territorial.

En los tiempos modernos las cosas no han cambiado mucho. Las razas, a pesar de la inconsciencia de los hombres, continúan defendiéndose. Los motivos de su defensa son varios: pocas veces, por no decir casi nunca, se evoca la pureza de raza, pero a pesar de la inconsciencia racial, las razas se defienden. Desde 1927 una ley (Johnson Act) regula la emigración a los Estados Unidos, que no puede sobrepasar los 150.000 blancos. Está prohibida la entrada a la república norteamericana a los emigrantes amarillos. El África austral no admite hindúes, ni judíos

136 M. J. De Morgan: *Los cataclismos pleistocénicos y sus consecuencias desde el punto de vista de la humanidad*, en *Revue anthropologique*, 1921, pág. 27.

137 *Revue générale des Sciences*, 30 de junio de 1901.

procedentes de Rusia. Australia, Nueva Zelanda y la Columbia Británica han cerrado la puerta a los japoneses. A su vez, Japón niega la entrada a los trabajadores chinos.

Antes de la gran guerra, con la facilidad para viajar y residir en cualquier país, Europa y casi todo el mundo parecía favorecer extraordinariamente la mezcla de razas. Pero al observar detenidamente lo que ocurría (y ocurre) respecto al matrimonio en cualquier lugar de Europa, se constata que la mayoría de los casamientos se contraen entre sujetos de la misma raza. En la vieja Europa es lo natural; pero en los países nuevos, compuestos por una gran variedad de emigrantes, ¿cómo se comportará racialmente la gente?

En los Estados Unidos, república que contiene el mayor número de razas, no se manifiesta la tendencia a la mezcla, sino que al contrario, lo que destaca es la separación de cada una de ellas. Madison Grant¹³⁸, que ha estudiado la cuestión, ofrece datos muy interesantes. Los extranjeros, dice Madison Grant, no se funden con el resto de la población; se casan entre ellos, conservan su religión y sus costumbres, y se mantienen en contacto con el extranjero. Los *Dutch* de Pensilvania se establecieron en el país hace ciento cincuenta años, y si han perdido el contacto con el antiguo continente, hablan su lengua extranjera y conservan sus costumbres. Otros emigrantes como los escandinavos del noroeste viven en colonias, mantienen sus idiomas y sus escuelas separadas, a pesar de no estar aislados por la raza¹³⁹ ni por la religión. Las colonias de campesinos franceses de Nueva Inglaterra y los judíos de Nueva York y Chicago, continúa Madison Grant, son excelentes ejemplos de la tendencia al desarrollo de colonias extranjeras en nuestro medio.

El medio rural parece favorecer la separación racial, más que las grandes ciudades. Pero el ejemplo de Nueva York, donde viven tantas razas aisladas entre ellas, prueba que la estrecha convivencia también conserva, a su manera, la pureza de la raza. Y no se trata de una separación momentánea, sino de un hecho que tiende a perpetuarse. El profesor Zaborowsky, al estudiar la vida de los Estados Unidos, constataba que de diez mil irlandeses que se habían casado últimamente en Nueva York, se unieron a irlandesas 9.441, y algo semejante ocurre entre los alemanes y los escandinavos¹⁴⁰. Neerlandeses, escandinavos, ingleses y yanquis forman parte de un mismo tipo, esto es, racialmente se hallan en condiciones de mínimas diferencias, y no obstante cada una de estas razas se mantienen separadas. Es preciso decir que entre las razas de máxima diferenciación, las de color, la separación es absoluta.

En las comarcas norteamericanas en las que determinados grupos raciales son numéricamente importantes, la defensa racial toma incluso una forma política. En 1923, Hamtramck, localidad de 60.000 habitantes, en su mayoría polacos, reclamó una administración polaca, la marcha de la policía del estado, y la exclusión del municipio de los que no fuesen polacos. En el Tribunal Federal, un juez local fue hecho callar cuando intentaba intervenir en inglés, y se le advirtió que sólo podía hablar en polaco¹⁴¹. Algo parecido ocurre en las colonias neerlandesas. J. Van Huite¹⁴² señala que Holland y Pella son centros exclusivamente neerlandese y que sus habitantes se gobiernan a sí mismos. Las colonias extranjeras establecen auténticas alianzas defensivas. El citado autor cuenta que en Paterson y en Grand Rapids, donde los neerlandeses suponen una parte pequeña de la población, dan su voto a irlandeses y polacos para que sean éstos sus gobernantes. Estas inclusiones difícilmente podrán reducirse. El tipo mediterráneo que llegó a Inglaterra a fines de la época glacial, todavía se conserva en núcleos aislados¹⁴³.

Lo que se acaba de exponer respecto a las colonias en los Estados Unidos presenta muchas analogías, o es como una repetición de los hechos, estridentes o mudos, que en casi todas las naciones europeas se conocen por el nombre de minorías nacionales, autonomistas, regionalistas o

138 Madison Grant, *Le Déclin de la Grande Race*, traducción francesa, pág. 273.

139 Madison Grant denomina *raza* a lo que nosotros llamamos *tipos*.

140 *La formación de los Estados Unidos*. *Revue anthropologique*, 1923, pág. 302.

141 Madison Grant, *Le Déclin de la Grande Race*, pág. 279.

142 *Les colonies neerlandaises aux États Unis*, *Revue anthropologique*, 1925, pág. 190.

143 J. H. Fleure: *Inst. of Great Britain*, enero-junio 1920.—Parsons (F.G.) en la misma revista.

separatistas, movimientos que al fin y al cabo son la expresión casi siempre inconsciente de una defensa racial.

El imperialismo, como hemos visto en la primera parte, intenta ahogar la voz de las razas vencidas, pero a pesar de utilizar ciertos procedimientos para prolongar el silencio y para borrar la memoria de los pueblos sometidos, no puede oponerse a las fuerzas de la naturaleza, que conspiran con fuerza en pro del mantenimiento de las razas.

El medio ambiente del litoral o del interior, del llano o de la montaña, forjan los individuos de diferente manera, tanto si son poblaciones salvajes como si lo son civilizadas. En el archipiélago de Bismarck y en las islas Salomón existen dos razas, una de gran estatura en el litoral, y otra pequeña en las regiones interiores¹⁴⁴. La llanura imprime modificaciones corporales ostensibles que afectan a algunas partes del cuerpo, de los miembros y de la marcha, de igual modo en las personas que en los animales. P. Baroux y L. Sergent¹⁴⁵ han señalado que las razas flamencas humana, equina y bovina, a causa de vivir en un país llano, tenían los músculos del muslo más desarrollados, con la consiguiente hipertrofia de del tercio inferior o posterior, la columna vertebral recta y el pie plano, caracteres que contrastan con la curvatura de la columna vertebral y la mayor flexibilidad de las extremidades en los sujetos de países montañosos. Popovicin¹⁴⁶ sostiene que las diferencias de los rumanos de Transilvania se deben a la abundancia de montañas en su región y a los hábitats de valles y llanuras. La costa, la llanura o la montaña repercute en la psiquis de sus habitantes, que por regla general son francos y abiertos los primeros, belicosos y dominadores los segundos, y conservadores y retraídos los últimos.

Las razas autóctonas de climas extremos tienen en el medio ambiente una protección eficaz contra las invasiones de gentes de climas opuestos. Resulta muy difícil prosperar en los trópicos para los europeos, principalmente para los originarios de países de más allá de los 45 grados. Y al revés, el frío es un potente eliminador de los individuos que procediendo de latitudes inferiores a los 45 grados, van a vivir a los países del norte.

3.

Los mecanismos hereditarios conservadores

La herencia es, por naturaleza, conservadora. Todos los ganaderos han podido observar que con el ganado seleccionado empleando métodos de reproducción adecuados, obtienen resultados muy próximos a sus deseos, pero en cuanto descuidan la aplicación rigurosa del método, el ganado vuelve a presentar las características medias de la raza. Lo mismo han observado los avicultores que han mejorado su gallinero por métodos genéticos: las gallinas grandes ponedoras obtenidas por el mendelismo, al cesar en la aplicación del método, vuelven a la producción media propia de la raza.

En la especie humana los resultados son todavía más relevantes, puesto que se da en los matrimonios el cuidado que los ganaderos ponen en la elección de los reproductores. Las razas de animales domésticos, hasta cierto límite, en cada generación adquieren una ventaja mayor o menor, mientras que en las razas humanas, al no aplicarse la selección, no se pasa de la medianía.

Por término medio, por cada treinta hembras el ganadero destina un solo macho. En las razas humanas monógamas, cada mujer tiene su marido. Las consecuencias que resultan son una mayor unificación de *tipos* en los animales, y una mayor variación en los humanos. Y eso sin tener en cuenta el hecho de que la consanguinidad es un método de reproducción ordinario en el ganado, método que es práctica excepcional en las razas humanas, y cuando se realiza sólo se permite consanguinidad en cuarto grado.

Cuando se une una pareja que no son parientes, cada progenitor cuenta con dos padres, cuatro abuelos y ocho bisabuelos, ascendientes que la mayoría de los biólogos consideran que pueden influir en el hijo que resulte de la pareja. Por tanto, cada hijo cuenta con una influencia inmediata de

144 R. Thurnwold: *Zeitschrift für Ethnologie*, XLII, pág. 98.

145 *L'Anthropologie*, 1907, pág. 205.

146 *Recherches sérologiques*, *Rev. anthropologique*, 1925.

28 ascendientes. El número de ascendientes en los animales domésticos es mucho menor, especialmente cuando la reproducción se ha operado entre consanguíneos. Cada uno de los 28 ascendientes que pueden influir en el hijo, estaba asimismo influenciado por otros 28 ascendientes, de modo que cada individuo de la especie humana representa una verdadera mezcla de los elementos de su raza, mientras que las razas de animales domésticos se podrían separar en unos cuantos linajes.

Por consiguiente, en la reproducción de la especie humana, practicándose en la forma ordinaria, todos los individuos tienden naturalmente a representar el promedio de la raza, sin ninguna ganancia a través de las generaciones.

No obstante, se equivocaría el que supusiese que las razas tienen una estabilidad permanente. Las razas practican movimientos ascendentes y descendentes, esto es, oscilaciones cuantitativas que para nada afectan a su cualidad o naturaleza. Estos movimientos están por debajo de la dependencia de las variaciones del medio ambiente. Uno de los factores más importantes del medio es la alimentación. Que la alimentación sea rica o pobre, se traducirá en diferentes estados de estabilización racial. El ejercicio de las funciones intelectuales, siendo un lujo, supone un estado anterior de abundancia alimenticia, y en consecuencia una mentalidad activa actual se relaciona con otra actividad pretérita, de la misma manera que el niño desnutrido representa la estabilización de la raza en una época de miseria fisiológica. Estas relaciones constituyen verdaderos casos de atavismo.

El atavismo es una cuestión completamente descuidada por los biólogos, a pesar de la enorme importancia que comporta en la fenomenología hereditaria del hombre. En pocas palabras se puede decir todo lo que se sabe del atavismo: repetir, con Darwin, que el atavismo es el hecho en virtud del cual el nieto puede parecerse a uno de sus abuelos, o con los genetistas, que es un fenómeno regresivo a partir de la tercera generación filial. Eso es todo. El atavismo, sin embargo, es un fenómeno más complejo, vasto y trascendente.

En los animales domésticos el atavismo no se da con tanta frecuencia como en las razas humanas. Aquellos en cada generación, en virtud de las mejoras que les aplica el ganadero, ganan algo, o al menos no pierden, mantenidos cuidadosamente. Pero en una raza humana, por el gran número de ascendientes que gravitan en la última generación y por las desigualdades de régimen alimenticio y de ambiente entre los individuos que la componen, los fenómenos atávicos son la regla, en lugar de constituir la excepción.

El mecanismo de los fenómenos hereditarios, a nuestro entender es el siguiente: Basándose en el principio de Fritz Müller, se podría afirmar que ontogénicamente el individuo además de repetir la filogenia, repite asimismo las generaciones de su propia especie; o según Baer (la evolución de una forma superior no se asemeja nunca a otro animal, pero sí al embrión de este último), que la herencia repite las formas —para nosotros equivalentes a mecanismos— de los ascendientes raciales. Si el principio de Fritz Müller, también denominado ley biogenética fundamental por Hackel, o el principio restrictivo de Baer, expresan una repetición abreviada del individuo respecto a sus ascendientes, y tanto más esquemática cuanto más alejados están aquellos, en cambio esta repetición o, si se prefiere, similitud de formas o mecanismos, adquiriría respecto a la ascendencia próxima o racial mayor relevancia y duración, puesto que el feto, en tanto que representación específica, no siempre es viable, pero sí lo es en cuanto que repite la fase racial. Esta viabilidad permite expulsar el feto algo antes o después, o bien en mejor o peor estado de desarrollo. De modo que si la ontogenia exige una repetición específica, esta exigencia no es necesaria cuando la evolución entra en la fase racial. De ahí el hecho de que haya tan sólo dos grandes modalidades hereditarias: la de la repetición hasta la última generación (herencia directa) y la que no repite hasta sus padres (herencia atávica).

La causa de la no repetición completa (atavismo) depende de principios de orden nutritivo. Es sabido que a un animal se le puede hacer progresar o retrotraerse desde el tipo o promedio de la raza a que pertenece. Los fenómenos de precocidad y los de alimentación insuficiente lo prueban. La precocidad abrevia el período de crecimiento; la insuficiencia alimenticia la alarga. No hay ninguna

duda de que los embriones y fetos alimentados abundantemente, abrevian su periodo de gestación; las razas precoces, comparadas con las razas ordinarias, suelen adelantar el parto un día por cada mes. Así, las vacas holandesa y Durham gestan 279 días, mientras que las no precoces lo hacen durante 288. O lo que es lo mismo: al ternero de una raza precoz le sobra tiempo para realizar todas las repeticiones, y en la misma matriz gana. Muy diferente es el caso del pollino o el ternero de una raza retrasada: su peso es menor y le falta fuerza, sobre todos si se ha alimentado poco. En un momento determinado la matriz expulsa al feto, cualquiera que sea el estado de su evolución. Si la ha completado, replicará a sus padres; en caso contrario constituirá un caso de atavismo.

La nutrición puede ser lenta, y el desarrollo del feto practicarse tan poco a poco, que el momento del parto corresponda a la primera serie de generaciones formativas de la raza, esto es, que de todas ellas y a causa de su evolución, el bebé puede replicar cualquiera de ellas. El atavismo, por tanto, no es un paso atrás, como sostienen los escasos biólogos que lo han estudiado, puesto que el atávico no ha alcanzado el fin del desarrollo, sino que se ha detenido durante su evolución.

Por más que la nutrición sea la causa principal del atavismo, existen otras cuya importancia ha de considerarse. La evolución particular de las glándulas sexuales, testículos y ovarios, no ha sido estudiada desde el punto de vista de su calidad productiva, y se ignora si el espermatozoide y los óvulos poseen el mismo valor hereditario cuando el individuo tiene dieciocho o treinta y cinco años. Es más, también se ignora la naturaleza particular de los espermatozoides de cada eyaculación. Además, el óvulo que ejerce una acción químico-tóxica es muy probable que lleve a cabo una auténtica elección del espermatozoide. Y del proceso hereditario del óvulo fecundado no se sabe nada.¹⁴⁷

A pesar de la falta de conocimiento, los hechos observados permiten afirmar que la causa nutritiva es la que predomina, y que en toda sociedad, o parte de ella, deficientemente alimentada, el atavismo será la regla. En los sectores sociales bien alimentados, el atavismo no es tampoco excepcional. Es muy probable que cuando la causa nutritiva no actúa, lo hagan otras causas diferentes de fenómenos atávicos. Una raza cualquiera considerada en conjunto, se compone de una casi totalidad de sujetos atávicos. Sin embargo, hay diferencias entre los atavismos: lo mismo pueden repetir períodos de existencia racial óptima o defectuosa. La causa de una u otra posibilidad viene determinada por la nutrición de los progenitores y del feto.

La fuerza del atavismo es tanta, que a ella se deben las variaciones y la eliminación de la materia exótica. Una variación puede ser el resultado de una nueva combinación de varios elementos raciales, o de una adquisición del medio. En cualquiera de los dos casos, la variación sólo se puede consolidar con una estrecha consanguinidad, que faltando en absoluto en la especie humana, el resultado de los progenitores que posean una variación no los reproducirá, sino que se moldeará según el tipo medio de la raza, esto es, atávicamente.

Cuando a una raza se le suman elementos exóticos, cruzamientos y mestizaje, los mestizos de segunda generación y los que les siguen, en vez de originar núcleos diferentes dentro de la raza, al contrario provocan casos de atavismo y en ocasiones muy antiguos. Darwin, mediante cruzamientos y mestizajes sucesivos, descubrió el origen común de las palomas domésticas; y lo mismo hizo el profesor Cossar Edwards, de Edimburgo, respecto a la raza primitiva de las ovejas escocesas.¹⁴⁸

En la especie humana, las eliminaciones absolutas de los elementos extraños a la raza han sido constatados en diversos países. Algunos autores¹⁴⁹ se refieren al caso de los fellahs egipcios, cuyo cráneo es exactamente igual en medidas, proporciones y capacidad a los cráneos encontrados en las tumbas predinásticas de más de seis mil años de antigüedad. Los asirios, árabes y armenios, señala el profesor Papipallault, son semejantes a los de hace dos mil años¹⁵⁰. Las regiones meridionales de Italia fueron ocupadas, entre otras invasiones, por los visigodos y los normandos;

147 M. Rossell i Vilar: *Nova interpretació de l'atavisme*. Memoria presentada a la Sociedad de Biología de Barcelona, 1924.

148 Autoreferencia.

149 Madison Grant: *Le Déclin de la Grande Race*, pág. 48.

150 G. Papipallault: *Le principe des Nationalités*, Rev. Anthropologique, 1912.

sus caracteres morfológicos de estas razas no se encuentran en dichas regiones¹⁵¹. El profesor Bertholon¹⁵², en un estudio comparativo de cráneos actuales con los de cartagineses de hace dos mil cuatrocientos años, muestra que los cráneos son invariables, esto es, que el tipo autóctono debió asimilar a los invasores fenicios, romanos, vándalos, bizantinos, árabes y turcos. En Portugal, a pesar de haber sido habitado por ligures, celtas, fenicios, hebreos, griegos, cartagineses, árabes, bereberes, moros y gitanos, Mendes Correa¹⁵³ concluye que la República portuguesa es uno de los países menos heterogéneos de Europa, desde el punto de vista somatológico. Las islas de Sicilia y Cerdeña, y también la Calabria, conservan su raza casi pura¹⁵⁴. Maddison Grant¹⁵⁵ sostiene que la comparación de los restos anatómicos de los alpinos lacustres de Suiza con los habitantes de las poblaciones actuales de la ribera de los lagos, muestra que la forma del cráneo no ha cambiado, o lo ha hecho muy poco, desde hace siete mil años. No es preciso decir que esta misma constatación se puede hacer de cualquier país apartado de las grandes vías de comunicación. Así, Retzius¹⁵⁶ afirma que la población de Suecia es una de las más puras de Europa.

4.

La constancia de la mentalidad

Una raza impura, en cuanto cesa la intervención extranjera, comienza a regresar poco a poco a su constitución normal. Excepto en los momentos de mezcla, la raza es ella misma a través del tiempo. Pero si es idéntica a sí misma en cuanto a la naturaleza, no lo es respecto a su actividad y a su modo de comportarse; de tal modo que en ocasiones, una raza puede encontrarse culturalmente pujante o inhibida, puede manifestar una conducta digna o abyecta. Pero esta raza, al encontrarse en una fase determinada, procede invariablemente según sus propias maneras: si es activa culturalmente, la cultura que produce se enlaza con la de los estados culturales anteriores; si su conducta es abyecta, su abyección no difiere de las bajezas pasadas.

La raza, con su permanencia de los caracteres morfológicos y espirituales, está bien lejos de la sencillez unilateral de una raza de animales domésticos. Una raza vacuna se caracteriza por dar cinco mil litros de leche al año. Pero a las hembras de esta raza no se les puede pedir más, puesto que cualquier otra productividad sería deficitaria. Aún más: por poco que sea bien atendida la raza lechera, conservará indefinidamente sus características.

Las razas humanas, por el conjunto de facultades que las diferencian, se comportan de manera distinta que las razas de animales domésticos. Son complejas siempre, o si se prefiere, de múltiples aptitudes, y su historia no es una sucesión invariable, como la de la vaca de los cinco mil litros de leche. Hay mecanismos hereditarios que conducen a ciertos estados, y hay acciones de orden político que originan una actividad momentánea o de un período prolongado. En cada uno de estos momentos o períodos, predominan las aptitudes A o B, y en los momentos óptimos florecen todo tipo de producciones que, por el contrario, pueden permanecer ocultas si no se producen aquellos mecanismos o situaciones políticas favorables.

Pero lo que nunca ocurre es la mutación radical de la naturaleza: los vicios y las virtudes de una raza son siempre los mismos. Es más, por fuertes que se acusen las diferencias entre los individuos de una raza dedicado a una misma actividad, un estudio cuidadoso descubrirá más elementos unitarios que separadores, de tal modo que el conjunto de la producción de una disciplina podrá relacionarse con un carácter dominante, y además expresará la continuidad con las producciones anteriores de la raza. Y esto se puede confirmar particularmente en cada raza en lo que

151 Pittard: *Les Races et...*, pág. 174.

152 *Archives d'anthrop. Criminelle*, 15 de febrero de 1912.

153 Mendes Correa: *Raça e nacionalidade*, Porto 1919.

154 G. Sergi: *Italia. Li origini*. Milán 1919.

155 Madison Grant: *Le Déclin de la Grande Race*, pág. 66.

156 *The Journal of the Royal Anthropol. Inst. of Great Britain and Ireland*, 1909, pág. 277.

respecta a la literatura, las artes plásticas, la música, la filosofía, el sentimiento religioso, las aptitudes mercantiles o cualquier otra actividad.

La mentalidad, cuando está activa, funde la función intelectual en un molde determinado, y salvo los casos de imitación o de influencias, que son condiciones extrañas a la creación, el hombre produce de acuerdo con los materiales y la arquitectura de su raza. El medio ambiente puede incitar a la producción, pero no se llevará a cabo en función de aquel, sino con la estructura, con la naturaleza de la raza. Es el caso del hombre que vive en una raza diferente a la suya. El músico Albéniz, hijo de padres españoles, nació y creció en Camprodon, y su producción es netamente española. Lo mismo se puede afirmar de Enrique Granados. Las obras de otra raza, por admirables y perfectas que sean, no llegan nunca a producir la emoción de las de la propia raza, pese a que sean inferiores a las de otras razas. He aquí un ejemplo. «El Orfeó Catalá —dice Blanca Selva, hija de padre catalán y madre lemosina, nacida, criada y educada en Francia—, tuvo la gentileza de ofrecernos al maestro Vicent d'Indry y a mí una sesión de canciones catalanas. No sé que despertaron en mí aquellas canciones. Repentinamente tuve una clara revelación de mi manera de ser: la revelación intensa de mi alma catalana. Plenamente me reencontré en aquellas canciones recias y vivaces.»¹⁵⁷ Se debe notar que lemosines y catalanes forman una misma raza.

La educación es incapaz de alterar esencialmente la mentalidad. El fenómeno es tanto más admirable cuanto más elevada es la función. Pero eso no impide que hasta en la ejecución de los oficios más humildes haya una manera distinta de practicarlos, acorde con el funcionalismo de la propia raza. Esta diferenciación ha de existir, por mucho que no dispongamos de ninguna investigación realizada. En cambio, en lo referente a las funciones superiores, se observa cómo los filósofos Balmes y Pi i Margall fueron incapaces de reducir su mentalidad al ritmo de la lengua española. Valera decía sobre Balmes que lo leía mejor traducido al francés, y Menéndez Pelayo sobre Pi y Margall, que estaba lejos de saber español, a pesar de haber olvidado su lengua. Una mentalidad, cuando hace siglos que se expresa con una lengua, está unida a ella. Al expresarse en otra lengua, o se sacrifica la mentalidad, o el pensamiento se cose como buenamente puede a la lengua extraña. Taine no aguantaba el francés de Comte. Su francés, dice Maurras¹⁵⁸, a menudo muestra el color de otro idioma, color que no se debe tan sólo al tono abstracto, común a todos los filósofos. Estos tres hombres de gran envergadura espiritual, a pesar de la educación que recibieron, contra o a espaldas de su raza, con la firme voluntad de incorporarse a la cultura española y francesa, y con plena inconsciencia, a pesar de todo ello la persistencia de su mentalidad les denunciaba y les traicionaba. Un escritor que escribe en lengua exótica, ofende por el espíritu que infunde a sus ideas, y no por carencias literarias. La lengua propia, bien o mal escrita, no repugna, y ocurre lo contrario cuando expresa una mentalidad diferente.

Hay mentalidades afines y otras que no lo son. Los procesos formativos de dos mentalidades pueden ser tan diversos, que resulten en incompreensión. Flaubert¹⁵⁹ no admiraba *La Divina Comedia*; Tolstoi no comprendía ni Shakespeare, ni Dante. En el orden colectivo, estas incompreensiones son bien conocidas. Los misioneros católicos y protestantes tienen una larga experiencia sobre ello. Uno de los casos más destacados es el de los huérfanos del cardenal Lavigerie: cuatro mil huérfanos árabes educados en la religión católica, y aislados de los indígenas, cuando se hicieron adultos en su mayoría volvieron al islamismo¹⁶⁰. En América, a pesar de la persistencia misionera de cuatro siglos, resulta, según el doctor J. C. Salas, que los indios de Venezuela, Perú, Méjico y de toda la América española no tienen nada de católicos¹⁶¹.

Los resultados negativos que se observan en el cambio de religión son paralelos a los experimentados en la instrucción y educación producto de otra mentalidad. El inglés Mr. Monier

157 *D'Ací i d'Allà*, mayo de 1926

158 Ch. Maurras: *L'Avenir de l'Intelligence*, pág. 154.

159 Antoine Albalat: *Comment on devient écrivain*. París 1925, pág. 162.

160 G. Le Bon: *Psychologie politique*, pág. 263.

161 J. C. Salas: *Civilización y barbarie*. Barcelona 1919, pág. 70.

Williams¹⁶², gran conocedor de la India, escribía respecto a los efectos de la educación europea de los indios: abandonan sus propias lengua, literatura, religión, filosofía, las reglas de sus propias castas, las costumbres consagradas por los siglos, sin que por ello devengan buenos discípulos de nuestras ciencias, honestos escépticos, o cristianos sinceros. G. Le Bon completa esta idea con las siguientes observaciones: el único resultado definitivo de la instrucción europea, tanto en el negro como en el árabe o en el indio, es alterar las cualidades hereditarias de su raza, sin darles las de los europeos. He tenido centenares de ocasiones de conversar con letrados indios, educados en escuelas anglo-indias, e incluso graduados en universidades europeas. Siempre he constatado que entre sus ideas y las nuestras, su lógica y la nuestra, sus sentimientos y los nuestros, había una distancia inmensa¹⁶³. Gobineau, un siglo antes, hacía las mismas constataciones en Persia¹⁶⁴.

Los ejemplos que se han expuesto muestran que cuando la fuerza creadora se manifiesta independientemente del medio de expresión, lo hace discurriendo por las vías de la mentalidad, y que las obras, inconscientemente e incluso contra la voluntad de sus autores, están racializadas.

En cada raza hay una mayor o menor incompreensión respecto a las demás razas, según la diversidad de sus procesos formativos.

La imposibilidad de transformar la propia mentalidad, voluntaria o involuntariamente, constituye la prueba más elocuente de la constancia e indestructibilidad de la misma.

Física y mentalmente, las razas son invariables, con la condición de que no se mezclen. Una vez desaparecidas las causas que han motivado una alteración de las razas, éstas por su propia naturaleza, vuelven a su estado de pureza. El atavismo es el principal elemento conservador de las razas.

IV. La adulteración

1.

Las modificaciones secundarias biológicas

Cualquier alteración que se produzca en el medio ambiente modifica el soma. Las modificaciones que afectarán al individuo o a la colectividad que se traslada a un nuevo país serán semejantes a la magnitud del cambio del ambiente. Pero las modificaciones tienen un límite: por muy radicales que sean, no cambian el carácter primordial morfológico, que es el perfil de la cabeza.

Bajo el efecto de un cambio de medio ambiente se pueden iniciar dos procesos opuestos: uno de adaptación y otro que lleva a la desaparición. Con el primer proceso se produce una eliminación u obturación de funciones inservibles o perjudiciales en el nuevo medio, y simultáneamente una adquisición funcional impuesta por el nuevo régimen de vida. El proceso que conduce a la desaparición puede ser rápido, como si se contraen enfermedades contagiosas, o lento, por defectos nutritivos. Es frecuente que la desaparición se produzca mediante su absorción por otra raza.

Las emigraciones a los continentes descubiertos han tenido éxito cuando se han adaptado a las zonas isotérmicas; así, los ingleses y los escandinavos se han establecido en el norte, los latinos en el sur, y los negros en el centro. No obstante, estas adaptaciones se han realizado con la pérdida de algunos factores secundarios, y con la adquisición de nuevos elementos, único modo de establecer un equilibrio entre el viviente y el medio.

La desviación de la zona isotérmica se paga cara. El hombre procedente de un país frío que se establece en el trópico de repente, se ve obligado a cambiar la fisiología de su piel. En el nuevo

162 G. Le Bon: *Psychologie politique*, pág. 247.

163 G. Le Bon: *Psychologie politique*, pág. 270.

164 Le comte de Gobineau: *Les religions et les philosophies dans l'Asie centrale*. París 1923.

clima, la piel ha de absorber más calor y por tanto la epidermis está congestionada permanentemente mientras que las capas profundas estarán casi anémicas, fisiología opuesta a la del clima frío. Otras modificaciones parciales se puede citar. Kohlbruge¹⁶⁵, al estudiar la influencia del clima tropical en los europeos rubios, constata que en Java, la piel deviene rápidamente morena, y que los miembros son más elásticos. La vida activa es en lo que más sufren los hombres del norte establecidos en países calientes. En Georgia, en las islas Bahamas y en Barbuda, la indolencia sustituye a la vitalidad, ya que el excesivo calor derrota a los hombres blancos. En Cuba los rigores del verano ejercen una influencia perniciosa en el desarrollo físico de los muchachos blancos, que no se manifiesta en los mulatos y mucho menos en los negros.¹⁶⁶

Los efectos de un clima opuesto pueden atenuarse considerablemente. Un confort adecuado ha permitido a los ingleses de la India llevar una vida suficientemente activa. Algo parecido parece suceder a los dolicocefalos rubios en Argelia. «En el sur de los Estados Unidos, mientras existió la esclavitud que permitía que el blanco de tipo nórdico no trabajara ni en el campo ni en la fábrica, éste se conservó bien. Pero tan pronto fue abolida la esclavitud, la raza nórdica comenzó a degenerar.»¹⁶⁷

Un organismo, independientemente de la raza a la que pertenezca, dispone de una cierta cantidad de su sustancia y sus funciones que puede perder ante las imposiciones del medio nuevo. Pero más allá de esa cantidad, el organismo decae.

Es muy conocida la escasa resistencia que tienen las criaturas en medio ambiente distanciados del de la raza a la que pertenecen. Los niños europeos en Egipto, India y Argelia, pese a que hayan nacido en el nuevo país, son muy propensos a las enfermedades, especialmente a las cerebrales. Por otra parte, la esterilidad de los adultos de raza nórdica en los trópicos es habitual, y si llegan a reproducirse la descendencia degenera, lo que también sucede con las razas ibéricas. En los portugueses establecidos y que se reproducen en los países tropicales africanos —dice Silvatelles¹⁶⁸— al llegar a la tercera generación padecen fenómenos anormales: braquicefalia, falta de armonía entre el cráneo y la cara, acentuación de la curvatura lumbar, crecimiento irregular, etc. Los portugueses, concluye el autor, se extinguen en la tercera o cuarta generación, a no ser que reciban sangre nueva europea.

Los cambios radicales de vida se soportan mal. Un grupo de alemanes se estableció en las islas Bismarck con el propósito de llevar un régimen de vida neolítico. El experimento fracasó. Uno de ellos, el filósofo Bettmann, murió a manos de los indígenas; otros dos no pudieron resistir la desnudez y el régimen alimenticio, y el resto se reintegró a la civilización para no morir.¹⁶⁹

Es segura la degeneración de una raza cuando varían radicalmente las condiciones de su existencia. Es el caso de la mayoría de las razas indígenas de América. Los colonizadores los han arrinconado en lugares menos fértiles, y si los han tolerado en su cercanía, les han obligado a aceptar unas condiciones inferiores a las que disfrutaban cuando eran libres. Respecto a los esquimales de la América septentrional, Miss Nadaillac¹⁷⁰ considera, por su idioma avanzado, que proceden de un pasado superior al que la colonización les ha impuesto, puesto que transportados a un mejor clima, apenas se diferencian de los civilizados.

Los colonizadores han degradado a los indígenas americanos de múltiples modos. Además de la vulneración del régimen que afecta a su libertad y al derecho de gentes, los colonizadores han envenenado a los indígenas con el alcohol, han permitido su destrucción por la viruela y, aún más, por la sífilis, enfermedad que está acabando con varias tribus mexicanas y muchas otras de América central. En Australia sucede algo parecido. «Los aborígenes han sido contaminados por la

165 *L'Anthrop.*, 1911, pág. 205.

166 G. Rouma: *Le dévelop. phisiq. de l'écol. cubain*. But. et Mémoire de la Soc. d'Anthrop. de Paris, 1921.

167 Madison Grant: *Le Déclin de la Grande Race*, pág. 69.

168 *L'Anthrop.*, 1902, pág. 241.

169 *L'Anthrop.*, 1907, pág. 248.

170 Parece ser una errata. Posiblemente alude a Jean-François-Albert du Pouget, marqués de Nadaillac (1818-1904). [Nota del traductor.]

tuberculosis y la sífilis de un modo tan devastador, que dentro de diez años no quedarán ni un solo dieri, yanntowanta, nagemi, etc.»¹⁷¹

2.

El cruzamiento y el mestizaje

Los elementos extraños que se reproducen dentro de una raza, con la consiguiente mezcla de características, causan alteraciones profundas que tardan en desaparecer por lo menos cuatro generaciones.

Las consecuencias se agravan cuando la reproducción se practica entre individuos ya mezclados: entonces el estado de desorden somático puede prolongarse indefinidamente, si los sujetos mezclados reciben nuevas aportaciones de elementos perturbadores.

Y aun no han acabado los efectos de la mezcla. Allá donde las razas se han mezclado, el atavismo puede sacar a la superficie formas abandonadas desde hace muchas generaciones.

Pero es preciso concretar primero qué es el cruzamiento, y después el mestizaje en sus distintas modalidades, teniendo en cuenta que la literatura antropológica sobre estas cuestiones es muy escasa, por lo que a menudo habrá de recurrirse a la zootecnia, que las ha estudiado a fondo.

Hay dos formas de cruzamiento: la primera, cuando la unión se realiza entre sujetos de diferente raza; la otra, cuando sólo uno de los progenitores es de pura raza, y el otro proviene de dos o más razas. Los hijos del cruzamiento se denominan mestizos.

En el primer caso, las dos razas que se mezclan pueden ser morfológicamente afines o extrañas entre sí. Cuando las diferencias somáticas son escasas, el mestizo generalmente es armónico y no se diferencia mucho de cualquiera de las dos razas. En el caso contrario el producto puede mostrar una falta de armonía. La mezcla por cruzamiento entre dos razas puras supone una lucha formidable entre las células sexuales, para imponer en el embrión su propio patrimonio hereditario. La mezcla de caracteres paternos y maternos en este primer mestizo produce el máximo de fusión. Ninguna otra forma de reproducción mezcla mejor el producto.

La segunda manera de cruzamiento, la del sujeto de pura raza con un mestizo, supone la ausencia de fusión de caracteres, y por lo general predomina la herencia del progenitor de pura raza.

He aquí, pues, los inicios de la mezcla de razas. Los mestizos que resultan se reproducen, y entonces el mestizaje (reproducción entre mestizos), se practica de diversos modos. La nomenclatura más completa sobre los mestizos es la mexicana. Las palabras, evidentemente, surgen allá donde son necesarias, y en México es indudable que el mestizaje se ha realizado en múltiples y complejas formas. Algo semejante pasó en Francia hace algunos siglos, puesto que «el francés antiguo disponía de un número considerable de expresiones para indicar el color rubio del pelo, desde el amarillo claro al amarillo más oscuro»¹⁷², expresiones que, naturalmente, corresponderían a ciertos resultados del mestizaje.

En las especies superiores el mestizaje, pese a practicarse durante cierto número de generaciones, no llega a dotar con unos caracteres homogéneos a la población. En los mestizos, la falta de armonía es la norma. En Normandía hace siglo y medio que se practica el mestizaje entre los descendientes del caballo inglés de carrera y el caballo indígenuo o normando. A pesar de que la raza normanda se puede dar por extinguida, no se han llegado a fusionar las dos razas: una morfología intercalada ha sido el resultado. Los ganaderos estaban interesados en la fusión, y no hace falta decir que el mestizaje se lleva a cabo de todos los modos posibles. Y sin embargo no se ha podido reducir la disociación de caracteres, que aparecen desunidos, y por consiguiente los caballos son inarmónicos, casi sin excepción alguna. Actualmente la población equina normanda tiende a convertirse en un tipo inglés, aunque modificado, como consecuencia de la no intervención en los mestizos de los caballos con sangre normanda.

¹⁷¹ *La Nature*, 8 de julio de 1920.

¹⁷² W. Deonna: *L'Archéologie*, pág. 245. París 1922.

En la especie humana hay un caso de mestizaje continuo, que ya dura un par de siglos. «Hacia la mitad del siglo XVIII, 37 boers (17 holandeses, 11 alemanes y 9 individuos desconocidos) se establecieron en un territorio rodeado de indígenas damaras, hotentotes y hereros. Estos europeos se unieron con mujeres hotentotes. Otros emigrantes, más tarde, se unieron a los primeros y se casaron con mestizas. La población es muy característica, pero con grandes variaciones. De 147 individuos, el 12 % son de piel blanca y ojos azules; el 9 % de piel y cabellos claros; el 27 % de piel y ojos oscuros ; el 28 % de piel y cabellos oscuros, y el 81 % de cabello y ojos oscuros. El tipo medio se aproxima más o menos al tipo europeo o al tipo hotentote. La población es sana, robusta y fecunda. Este cruzamiento no ha determinado la aparición de una nueva raza.»¹⁷³ La relación de los componentes de esta población mestiza expresa claramente la tendencia hacia la vuelta al tipo hotentote. El elemento blanco, y especialmente el característico ojo azul, está retrocediendo.

Es totalmente ilusorio pensar que las razas se pueden fundir como dos líquidos mezclables. Cada raza es inmutable, en cierto modo, y da igual si los mestizos se reproducen entre ellos o si se practica un cruzamiento de absorción, las mezclas se disocian, y antes o después se vuelve a una de las razas que han originado el mestizaje.

La raza absorbente es siempre aquella que en la mezcla tienen una mayor cantidad de sangre, y suele ser la raza autóctona.

Una raza mezclada con elementos exóticos, por más que la eliminación de caracteres de la raza extraña parezca absoluta, nunca lo es totalmente. En las razas de animales domésticos, incluso en las que la consanguinidad y el mantenimiento de la raza son los métodos ordinarios de reproducción, de vez en cuando surge algún carácter atávico, aunque no un individuo totalmente atávico, especialmente en las razas selectas.

En las razas humanas, a causa del único método de reproducción que se practica, los casos de atavismo, que hacen reaparecer sujetos o caracteres de razas extrañas, más o menos mezcladas tiempo atrás con la propia, son hechos frecuentes. Y estos atavismos igual pueden representar caracteres de razas de hace mil años, como de hace treinta mil. En la propia Cataluña, el carácter «pelirrojo» se remonta seguramente a las invasiones nórdicas. Otro carácter que también hemos observado no tan general y bastante atenuado, corresponde a la raza de las cavernas de Grimaldi, del cuaternario antiguo. Creemos que los individuos de piel acentuadamente morena, pelo abundante, ojos negros redondeados y abultados, nariz ancha, labios gruesos, manos grandes, cuerpo macizo y vestigios de esteatopigia, representan el tipo negroide de Grimaldi, que según Boule «no era un verdadero negro, aunque sí parecido al bosquimano.»¹⁷⁴ V. Guifrída¹⁷⁵ ha hallado el tipo negroide en la raza siciliana y en otras. «Vernau ha podido observar tanto en cráneos modernos como en sujetos vivientes del Piamonte, Lombardía, Emilia, Toscana y el valle del río Ródano, numerosos caracteres de aquella raza fósil.»¹⁷⁶

Si en las razas de animales domésticos, a partir de la cuarta generación, y siguiendo los métodos de reproducción adecuados, el peligro de fenómenos atávicos sólo se da por descuido, en las razas humanas, por la causa antes indicada, la presencia de atavismos extranjeros es constante, de modo que la mezcla de razas no sólo altera inmediatamente el capital biológico de la raza cruzada, sino que además, tras el largo y penoso esfuerzo de absorción, siempre queda el peligro de que en cualquier momento aparezca un extranjero en la intimidad de la familia fisiológica.

173 Eugen Fischer: *L'Anthrop.*, 1911, pág. 723.

174 *L'Anthrop.*, 1920, pág. 1920.

175 *L'Anthrop.*, 1904, pág. 564.

176 M. Boule: *Les hommes fossiles*, pág. 282.

3.

Alteraciones mentales procedentes del exterior

La mentalidad es algo vivo, y como tal sujeto a la influencia del medio ambiente. Todo lo que está vivo ha de nutrirse. Los alimentos de la mentalidad están constituidos por diversos elementos del medio ambiente, incluyendo a las mentalidades ajenas.

La mentalidad no se mantiene activa de igual modo a lo largo del tiempo. Los períodos de actividad y de pasividad dependen de muchas causas. Una mentalidad pasiva equivale a una falta de nutrición, y por consiguiente la mentalidad es improductiva. Éste es el caso de numerosas tribus aisladas en islas y montañas, en las que su producción mental repite, sin cambios, una actividad utilitaria que puede datar de muchos siglos atrás. Este enquistamiento es en sí mismo una alteración, puesto que toda mentalidad, para ser normal, debe suponer una vida más o menos activa.

La característica de la vida es la asimilación, pero asimilación química, no física. La mentalidad activa toma los alimentos del medio exterior, los cuales al combinarse y transformarse, llegan a convertirse en productos propios de la mente. Un músico, por ejemplo, reduce a sonidos los volúmenes, los colores y las sustancias, de igual modo que el pintor plasma el movimiento. Así, una mentalidad convierte en propia sustancia todo aquello por lo que siente atraída. Mentalizar un medio ambiente es una función a largo plazo y forma parte de los principales procesos inconscientes.

Pero el conocimiento, si se deja llevar por la comodidad, en lugar de seguir la penosa tarea de extraer de la propia mentalidad los materiales constructivos, busca en los resultados de otras mentalidades los elementos de que carece. Entonces está clara la alteración de la mentalidad. Un primer caso lo representa la mera copia: aquella obra que convenía a una determinada raza, queda *ipso facto* aceptada, tal como ha sido elaborada por su mentalidad creadora; es un caso muy común, puesto que se observa en todas las razas parásitas de la civilización y en las poblaciones mestizas.

Otro caso se da con lo que se denomina influencias y mixtificaciones. En las influencias los materiales de la obra son autóctonos, pero su arquitectura, ritmo o idea, pertenecen a otra mentalidad. Las mixtificaciones se caracterizan por un mosaico armonioso o desordenado. En los dos casos hay una alteración de la mentalidad, ya sea por enquistamiento o por el erróneo propósito de querer ajustar piezas que es imposible encajar, por mucho que se pruebe.

Dejando a un lado el esfuerzo de la mentalidad de alimentarse con sólo los elementos de su propio medio ambiente, otra muestra de la actividad mental es aquella que busca como alimento para la propia mentalidad una o más mentalidades diversas. Esta situación se opone totalmente a la citada anteriormente, en la que la mentalidad buscaba solamente soluciones en otras mentalidades. Este caso es diferente: la mentalidad busca en otra mentalidad sustancia para transformarla en materia propia. Un ejemplo de este trabajo de asimilación mental sería el gótico catalán.

La asimilación es una función natural. Una asimilación forzosa es inconcebible, y cuando se practica se convierte en enquistamiento. Las razas derrotadas sufren los intentos de asimilación forzosa. El vencedor impone todo lo que constituye su mentalidad: religión, lengua, derecho, costumbres, etc. La imposición —por ejemplo en el aspecto religioso— es brutal en la conquista, puesto que se exige el cambio radical de divinidades; más suave, pero no menos eficaz, es la pretensión de cambiar la mentalidad de las razas vencidas en los Estados compuestos y de la misma religión. En estos casos, la raza vencedora introduce en las vencidas las particularidades religiosas psíquicas y simbólicas que la caracterizan. En Francia, santa Juana de Arco es adorada hasta en aquellos territorios que no tenían ninguna relación con los reyes de París en tiempos de la *Doncella*. San Isidro, santo castellano, fue introducido a Cataluña durante la hegemonía castellana, sustituyendo a los santos catalanes patrones de los campesinos.

Por parte del vencido se da una resistencia voluntaria a la asimilación, durante cierto tiempo. Pero al cabo de dos, tres o más generaciones a poco que se aligeren las condiciones impuestas por el vencedor, la resistencia primitiva se convierte poco a poco en indiferencia, que acabará por convertirse en simpatía si a pesar de la hegemonía no existen diferencias de trato entre el vencedor

y el vencido. Pero para llegar a este último extremo ha sido necesario que la raza vencida acepte la lengua y las instituciones de la raza vencedora; que renuncie a todo aquello que el vencedor considere un impedimento para la asimilación. La raza vencida, en esta situación, de motu proprio intenta completar la acción de la raza vencedora, y en todos los actos de la vida la imita y se esfuerza por hacer desaparecer cualquier diferencia. La igualdad de la raza vencedora, más que la semejanza, pasa a ser el ideal de la raza vencida. Es el caso de las razas vencidas en los Estados compuestos sometidos desde hace tiempo a un régimen centralista y con la creencia sincera de sus habitantes en que se ha alcanzado la plena unificación y que ya no hay vencedores ni vencidos.

Nada más ilusorio que pensar que una mentalidad puede ser asimilada por otra mentalidad. En los casos más favorables existe una verdadera inhibición inconsciente que impide manifestar la mentalidad en aquellos aspectos prohibidos por la raza vencedora, o que la raza vencida juzga que podrían constituir una exhibición diferencial. La raza vencedora puede imponer el silencio a la raza vencida, y acostumbra hacerlo, pero lo que no puede es convertirla a su propia mentalidad. Exteriormente, y por una perfecta imitación, en algunos casos se puede tener la sensación de que todos o parte de las particularidades de la raza vencida han desaparecido. Pero esto, repetimos, es ilusorio. Sólo es necesario considerar que las obras de los escasos hombres destacados que han dado las razas vencidas y obligadas a sufrir la imposición de otra mentalidad, ya pertenezcan a razas reducidas por el imperialismo a la condición de colonias, ya sean parte de un Estado compuesto, sus obras muestran una estructura *racializada*, esto es, conforme con la propia mentalidad, y nunca con la mentalidad impuesta.

En la forma más cruda del imperialismo, por ejemplo cuando se niega a los indígenas la realización de cualquier tipo de cultura. La propia y la impuesta, la parálisis mental es absoluta. El caso del imperialismo más benigno, el de la raza sometida formando parte del mismo Estado que la raza vencedora, y en el que las razas vencidas han olvidado que el Estado es como es a consecuencia del triunfo de la raza vencedora, y que en él vencedores y vencidos pretenden que no hay ninguna diferencia de trato, hasta en estos Estados completamente unificados, la raza hegemónica impide que las razas sometidas puedan desplegarse libremente. Y la prueba está en su escasa producción.

Uno de los Estados compuesto que se considera más unificado u homogeneizado, Francia, nos servirá para ejemplificar lo que acabamos de enunciar. Basta con hacer una lista de los hombres notables que ha producido el Estado francés, y ver de qué país son. Esta lista, según se componga, podría pecar de parcial. Es preciso hacerla lo más objetiva posible. En primer lugar, hay que descartar de entre los hombres notables a los militares y políticos, porque hasta la revolución los generales, ministros y embajadores formaban una casta, y es natural que la raza vencedora saliese beneficiada. No; la lista la formarán aquellos hombres cuya producción inicial permanezca lo más alejada posible del favor de la raza hegemónica. En la búsqueda de estos hombres podría darse un trato de favor para la tesis que se defiende. Por tanto la lista la ha de elaborar un tercero completamente extraño a la cuestión que se debate.

Hemos hecho así la lista: se han tomado del *Petit Larousse* (1925) todos los hombres notables cuya nota biográfica está acompañada de un retrato. En total, 249. De este número, ¿cuántos pertenecen a la raza hegemónica? Una delimitación *grosso modo* de los países ocupados por razas de mentalidad diferente a la francesa es la línea que deja a la derecha la Lorena y Alsacia, el Franco Condado y Saboya; al sur Lionés, Delfinado, Provenza, Languedoc, Auvernia, Lemosín, Guyena, Gascuña, Bearn, Foix y Rosellón; al oeste Bretaña, Poitou, Aunis et Santonge, y Angumois; además, la isla de Córcega. La extensión de este territorio es mucho más de la mitad de todo el Estado francés, y su población 22 millones. El resto del territorio francés es el que consideramos de mentalidad propiamente francesa, y la que ejerce la hegemonía. Es evidente que esto no es rigurosamente exacto, como tampoco el hecho de que el nacimiento no siempre corresponde a la raza del país. Víctor Hugo era un mestizo bretón-lorenés, nacido en el Franco Condado. Fustel de Coulanges, nacido en París, era bretón.

Los 249 hombres notables en arte, filosofía, literatura, ciencias exactas, físicas, químicas, naturales, etc., con exclusión, como se ha dicho, de militares y políticos que sólo hayan sido políticos y militares, se reparten en 166 para la raza hegemónica y 83 para las razas de mentalidad dominada; o sea que a la primera le corresponde 9 notables por cada millón de habitantes, y a las razas sometidas tan sólo 3,7. Redondeando, se puede afirmar que la raza hegemónica tiene tres veces más de grandes hombres que las razas vencidas.

He aquí la lista de los 83 notables hijos de razas de mentalidad dominada:

Bretaña, 6: Broussais, Chateaubriand, Lammenais, Le Sage, Renan, y Villiers de l'Isle Adam. Poitou, 0.

Aunis et Saintonge, 1: Reamur.

Angoumois: 0.

Lorena, 4: Barrés, H. Poincaré, Verlaine y Thomas.

Alsacia, 2: Adam y Doré.

Franco Condado, 7: Cuvier, Fourier, Gérôme, Hugo, Nordier, Pasteur y Taine.

Saboya, 1: Bertholet.

Delfinado, 5: Augier, Berlioz, Condillac, Stendal y Vaucanson.

Lionés, 8: Ampère, Bernard, Coysevox, Delhorme, Jacquard, Jussieu, Massenet y Puvis de Chavannes.

Provenza, 14: Adamson, Capus, Dumas, Flechier, Fragonard, Gassendi, Massillon, Mistral, Portalis, Rostand, Thiers, Tournefort, Vanlío y Vaugennagues.

Niza: 0.

Córcega: 0.

Languedoc, 15: Chaptal, Comte, Cujas, Daudet, Dumas (J.-B.), Falguiere, Fabre d'Englantine, Ingres, Florian, Guizot, Pinel, Quatrefagues, Oliver de Serres, Riquet y Rivarol.

Auvernia, 1: Pascal.

Lemosín, 2: Gay-Lussac y Dupuytren.

Guyena, 12: Dubois, Fabre, Fenelon, Joubert, Lacepède, Lalande, Montaigne, Montesquieu, Palissy, Marot, Reclus y Rosa Bonheur.

Gascuña, 3: Delayrac, Gauthier y Laurens.

Bearn, 0.

Foix, 1: Fauré.

Rosellón, 1: Aragón.

Si los 249 personajes se repartiesen entre los 40 millones de súbditos franceses de la metrópoli, tocarían a 6,2 por millón de habitantes. En este sentido, todas las regiones citadas son deficitarias, excepto el Franco Condado y la Provenza. Respecto a este último país se ha de observar que Adamson, Capus, Tournefort, Vanlío y Vauvernagues son hijos de Aix, esto es «la ciudad más francesa de Provenza, o la menos provenzal de Provenza», según expresión de André Chamson.¹⁷⁷

La desproporción de notables entre la raza hegemónica y las otras es demasiado grande para no buscar una explicación. Pero ¿cuál, si no es el hecho puro y simple de la pérdida de la mentalidad natural? No se puede pretender que por el solo hecho de su victoria, una raza sea superior. Con seguridad, nadie intentará defender que las razas que han producido a Pascal, a Montaigne, a Comte, a Condillac, a Renan y a Taine, sean inferiores a la raza de Descartes. Y no obstante, el hecho subsiste. La producción cuantitativamente inferior es innegable.

¿Y cómo explicar, si no es por la acción de una fuerza inhibitoria, la aportación negativa del Poitu, Angoumois, Bearn, Niza y Córcega. ¿Y porqué Auvernia, a la que corresponderían 4,6 personalidades, no ha dado más que Pascal? ¿Y a Lorena, que le corresponderían 11, no produce más que 4, y Bretaña que de 20 ha de conformarse con la tercera parte?

Ninguna de las razas incorporadas a Francia ha producido un solo personaje hasta pasadas por lo menos cuatro generaciones. A Lorena, incorporada en 1766, le nace Verlaine en 1844; el Franco

177 André Chamson: *L'Homme contre l'Histoire*, pág. 25. París 1927.

Condado, que se considera incorporado en 1678, no aporta a Fourier hasta 1772. Pero estos son los casos más favorables. En Bretaña, que deviene francesa en 1491, no surge el primer notable hasta doscientos años después, con La Sage, en 1688. En el Languedoc, la cosa todavía es más asombrosa, puesto que Cujas aparece tres siglos después de su anexión. En Gascuña ocurre algo por el estilo: Dalayrac nace en 1773, también tras tres siglos de la anexión. Y peor en el Delfinado: Vaucanson no aparece hasta cuatro siglos después. El Lionés, que forma parte de Francia desde 1310, tarda dos siglos en dar a Delhorme, en 1515.

La producción de hombres notables en una raza en estado activo y disfrutando de libertad, es continua, y no en las razas sometidas. Provenza hasta el siglo XVIII no produce más que tres notables; Gascuña uno en el siglo XVIII y dos en el siguiente; Lemosín, sólo dos en el XVIII; Languedoc dos en el XVI, uno en el XVII, cinco en el XVIII y cuatro en el XIX; el Delfinado tres en el XVIII y uno en el XIX; Bretaña uno en el XVI, uno en el XVII, tres en el XVIII y 3 en el XIX. El número de grandes hombres ha aumentado considerablemente en el último siglo. Este progreso no afecta al Poitou, país que no ha podido recuperarse todavía del exterminio sistemático que la raza hegemónica le infligió durante la revolución francesa.

De los 58 millones de población de las colonias de Francia no se puede citar una sola personalidad indígena.

Quizás se piense que la preponderancia de la mentalidad de la raza hegemónica se debe a la capitalidad de París. Es cierto que el centralismo radical, como es el francés, favorece enormemente a la capital del Estado. Pero dejando aparte que este hecho es inherente al triunfo de la raza hegemónica, y contrario al desarrollo de las razas vencidas, es preciso subrayar que los personajes nacidos en París que no son de la raza hegemónica son una ínfima minoría, y que la inmensa mayoría tiene un nombre francés.

Si para producir numerosos hombres ilustres es necesaria una ciudad populosa, Marsella y Lyon, con medio millón de habitantes cada una, tendrían que haber proporcionado los correspondientes personajes, y no ha sido así. La ciudad populosa no es la condición esencial para la producción de grandes hombres, como pretende Jacoby¹⁷⁸; si lo fuese, el Ática no habría llevado a cabo su formidable aportación a la cultura, admirada por todos. Tampoco las repúblicas del norte de Italia, los estados germánicos, Suiza, Holanda y Suecia, podrían jactarse de sus hombres superiores. Por otro lado, la ciudad no es siempre productora de personajes. Roma, la de la república y la imperial, Pekín, y modernamente Constantinopla y Buenos Aires, se han comportado a menudo como vientres estériles.

La conclusión que se impone es que los reyes de París, que «en mil años hicieron a Francia», han determinado la pérdida evidente de 130 notables. La gente culta conoce todo el valor que tiene un notable. ¿Se puede suponer cómo estaría la medicina sin Bernard y Pasteur? Pero además, ¿dónde habría llegado la medicina y las demás disciplinas con el gran número de sabios que el imperialismo francés ha impedido que se produzcan?

Hay una sola causa para esta pérdida: la sumisión o la esclavitud. No es nueva esta constatación. Júpiter, decía Homero, priva a los esclavos de la mitad de su inteligencia¹⁷⁹.

4.

La mentalidad de los mestizos

En el cruzamiento y mestizaje, la mentalidad no sigue un proceso paralelo a las modificaciones que experimenta el soma. En la especie humana y en las de animales domésticos, los mestizos de primera generación se caracterizan por la fusión y la armonía de las propiedades que han recibido de sus padres. El mulato, por el color de la piel, es un intermedio de blanco y negro, de los que procede. Los mestizos hijos de una raza de lana de fibra gruesa, y de una raza de lana de fibra fina son de lana entrefina, como sucede los Dishley-Merinos. Estos caracteres parciales

178 Paul Jacoby: *Etudes sur la sélection chez l'homme*. Segunda parte, cap. II. París 1904.

179 *Odisea*, XVII.

concuerdan con la armonía morfológica general, tanto en los mestizos de la especie humana como en los mestizos animales, de modo que estos productos resultan de una fusión de las razas que han intervenido en el cruzamiento.

En cuanto a la mentalidad, los efectos se producen de otro modo. Los mestizos de primera generación no presentan nunca una fusión de caracteres mentales a la manera del soma, sino que su mentalidad corresponde, aunque no de forma absoluta, a la raza de uno de los padres les han engendrado. Una de las razas que han intervenido en la mezcla será dominante en la mentalidad del mestizo. Las otras razas que tenido parte en el mestizaje también están presentes en la mentalidad, pero como unidades aisladas y no siempre activas. Este aislamiento, esta resistencia a la fusión, confirma aún mas el carácter básico de la mentalidad, puesto que es lo más constante y lo menos corruptible.

En los animales domésticos de aptitudes especializadas, como las vacas lecheras o el ganado precoz, el cruzamiento confiere a los mestizos una exaltación de la aptitud predominante. Así, la mestiza lechera da más leche que ninguna de las razas origen de la mestiza, e igualmente se obtiene más carne en el mestizo hijo de un cruce de razas precoces. Este fenómeno no creemos que se produzca en la mentalidad de la especie humana. En ella observamos el predominio de una de las mentalidades, pero no el aumento de sus funciones, puesto que el intelecto se ve obligado a operar de una sola forma de pensar. Esta manera particular con la que se resuelve la función intelectual en los mestizos, se debe a la naturaleza de la mentalidad. La función ocular, por ejemplo, es convergente en el mestizo; es decir, que las diversas estructuras concurrentes a la formación del globo ocular no tienen más objeto que la visión. Pero en la función cognoscitiva las cosas no suceden de forma similar al soma. No se puede pensar al mismo tiempo que una cosa es a la vez blanca o negra, porque es evidente que dos mentalidades pueden opinar de manera distinta respecto a un caso particular. Sólo se puede pensar, en el acto mismo de pensar, de una única manera, no de dos. Por eso las mentalidades no se pueden fusionar y forzosamente ha de existir una mentalidad que domine a las demás.

En el mestizo no se combinan las distintas características mentales. El carácter A de la raza C no se combina con el carácter A de la raza D, por más afines que sean. Con una mera observación superficial a veces se podría creer que ciertas combinaciones proceden del mestizaje. Este efecto puede provocar una obra artística, filosófica, etc., de una raza determinada, emparentada con otra obra de otra raza. Pero si esta obra se estudia a fondo, se comprobará que la combinación de características no la causa un mestizaje, sino la asimilación de una característica exótica. Las características mentales de los mestizos están claros: esta característica pertenece a la raza C, esa otra a la raza D. La característica AC+AD, formando una unidad armónica al modo de la morfología, no se da en la mentalidad. La mentalidad no se puede fundir.

El intelecto del mestizo de primera generación, durante la infancia, puede parecer superior al de un niño de raza pura. Así ocurre, realmente, en ocasiones. Pero esta propiedad no perdura en el mestizo, ni siquiera hasta alcanzar la edad adulta, momento en el que el vigor racial se inicia. El mestizo de primera generación es un sujeto marcado, que ha de comenzar el retorno a una de las razas de las que proviene, y a la cual en el mejor de los casos no podrá reincorporarse hasta la cuarta generación, contando la suya. Este retroceso explica el hecho de que el mestizo tiene por regla general una inteligencia más potente que la del individuo de raza pura, puesto que la inteligencia muestra el pasado intelectual, mientras que la mentalidad es esa misma inteligencia diversificada y evolucionada hasta el memento actual. En la infancia y la adolescencia, edades correspondientes a estados evolutivos pretéritos, se desarrolla la inteligencia, y como atrasados que son dichos estados, resultan favorecidos los mestizos. La producción original comienza con la edad adulta y con la madurez, y es entonces cuando la mentalidad, forma última de la evolución de la inteligencia, se despliega.

Las mentalidades coexistentes en el mestizo, por más que estén rigurosamente separadas, no se reparten por igual la actividad del intelecto. Por lo general predomina una mentalidad

determinada, y es la que guía la conducta del mestizo. Es muy difícil que la mentalidad dominada lo sea de forma absoluta; casi siempre se manifiesta de uno u otro modo. La mentalidad predominante en el mestizo suele ser la de la raza del país en el que vive, con la condición, naturalmente, de que esta forme parte del cruzamiento o mestizaje. Este hecho se da con más frecuencia cuando el mestizo procede de tres o más razas; entonces el predominio de la raza autóctona es inevitable.

La causa del predominio en el mestizo de una de las mentalidades que posee, se debe a que las mentalidades exóticas están cohibidas por la mentalidad autóctona. Ésta, no sólo vive en su medio natural, sino que permanece rodeada de impulsos favorables, mientras que para las mentalidades exóticas todo le es desfavorable. Mistral, de tan buena raza, escribía a Barrés: «Como sea que el germanismo siempre termina por fundirse en la latinidad, lo que prueba la rápida fusión de los innumerables invasores del imperio romano, resulta que sólo por causas naturales, los emigrantes alemanes producirán hijos y nietos loreneses, y por tanto la Lorena recuperará su autonomía. Observo que en la Provenza los hijos de los *metecos*¹⁸⁰ son por lo general provenzales más entusiastas que los indígenas de antigua prosapia.»

El proceso descrito por Mistral es, en efecto, el proceso general de todos los países que se encuentran en condiciones similares a las de la Provenza. Pero entre los mestizos y los de raza pura, por más que parezca que los primeros superan a los segundos en ciertos aspectos, especialmente en el patriotismo, existen diferencias considerables. El mestizo no posee la finura racial innata del indígena. En este sentido a menudo le falla el olfato. Otra cualidad de la que suele carecer el mestizo es el pudor. Por ejemplo, cometerá un acto racialmente censurable y al día siguiente, con plena inconsciencia, hará saber que ha disfrutado mucho. Un sujeto de raza pura, con el mismo pecado, en lugar de proclamarlo, lo ocultará o lo confesará como una flaqueza. Si biológicamente el mestizo no ha cometido falta, por cometer el pecado a solicitud de una mentalidad dominada, los intereses raciales se resienten, puesto que al no reconocerse la falta, se repetirá.

Si el mestizo vive fuera del área geográfica de una de las razas de las que procede, su biología llevará a cabo una disminución en las fuerzas mentales antagónicas, que sin embargo crecerán cuando una de ellas se encuentre en su medio natural. Escuchemos a un escritor, tan grave como jocundo, al que le gusta analizarse: «En París, mi ciudad natal, a la que conozco del derecho y del revés, siempre me siento disperso y mentalmente vagabundo; y por el contrario, me siento centrado en Sant-Remi y en Aviñón, en La Haya y en Amsterdam... Todas las raíces del occitano y del idioma de las tierras soleadas están como por herencia en mi espíritu, de tal modo que a menudo, sin darme cuenta, compondría y mezclaría las dos lenguas (*oc* y *oil*). No tengo en cambio ninguna noción del holandés. Estos hechos sobrepasan la lógica.»¹⁸¹ Pues no: son hechos naturales, tan naturales que sólo le ocurren a un mestizo. Las ciudades holandesas, como las ciudades de las llamadas tierras soleadas, conmueven sólo a sus hijos. Y este hecho es tan lógico que nos sirve para averiguar, cosa que ignoramos, la naturaleza mestiza de León Daudet, mestizo seguramente de occitano y de una raza nórdica.

La mentalidad del mestizo que se arraiga a la patria de una de las razas de las que está compuesto, marchará acorde con la mentalidad del país en el que vive. Pero, como ocurre que la otra o las otras mentalidades de las razas de que se compone no quedan anuladas aunque sea una la que predomine, no están siempre ocultas e incluso manifiestan cierta actividad, esto conlleva que la producción mental del mestizo muestre características que denotan su falta de pureza racial. Por ejemplo, cierto escultor o pintor de padre español y madre catalana, producirá unas obras como las expuestas en los establecimientos Maragall en 1928, que poseen la apariencia general de las mujeres catalanas, pero sus proporciones (cuerpo alargado y piernas cortas) mostraban los caracteres propios de la mujer española. Del mismo autor había una acuarela, cuya composición

180 Entre los catalanes nacionalistas se generalizó el uso de la palabra *meteco* para aludir a los inmigrantes, procedentes sobre todo del Levante y valle del Ebro, atraídos por el crecimiento industrial de Barcelona y su entorno. Tenía un propósito claramente despectivo, ya que los metecos eran en la Antigüedad los forasteros que se establecían en una ciudad griega determinada, y no gozaban de derechos políticos.—Nota del traductor.

181 Léon Daudet: *L'Action Française*, 10 de noviembre de 1927.

parecía tomada del natural en cualquier rincón del Rosellón, en la que figuraba un caballo cuyo vientre no se correspondía en absoluto a la silueta abdominal de los caballos que hay actualmente en aquella región, pero que recordaba en cambio a la silueta ventruda de los caballos de los cuadros de Velázquez y de los actuales caballos españoles. Los retratos y la acuarela aludidos eran obra de Manolo Hugué.

Los fenómenos de mestizaje se advierten tanto más cuanto más poderosa es la intelectualidad del mestizo. Guimerà constituye una prueba elocuente. En su vasta producción dramática la mayoría de sus obras se caracterizan porque uno de los protagonistas suele ser extranjero o de origen desconocido. Esto sucede en *Mar y Cielo*, *Tierra baja*, *El hijo del rey*, *La pecadora*, *Indíbil* y *Mandonio*, *En el corazón de la noche*, *La loca*, *El señor Pólvora*, *Gala Placidia* y *Titaina*. Otro hecho, quizás más importante, prueba el mestizaje del autor. Los protagonistas, en lugar de rechazarse por pertenecer a razas distintas y a menudo enemigas, o por la repugnancia que suele causar un origen desconocido, tienen éxito en sus amores, y si viven, viven felices.

Cuando Shakespeare, príncipe de los dramaturgos y de pura raza, se ocupa de la misma cuestión, propone para los mestizos enamorados una solución radicalmente opuesta. Recuérdense las tragedias *Otelo*, *Cleopatra* y *Tito Andrónico*, y la comedia *El mercader de Venecia*. Entre las obras de Guimerà y de Shakespera se advierte la diferencia existente entre un autor mestizo y otro de raza pura.

Una persona de raza pura percibe inmediatamente la disonancia del mestizo. Anatole France expresaba este hecho al manifestar que prefería las canciones de Beranger a las odas de Víctor Hugo¹⁸². Víctor Hugo era mestizo de bretón y lorenés.

Cuando el mestizaje abunda en una raza, se resiente mucho la producción intelectual. Ya no son entonces muestras esporádicas sin efecto perjudicial alguno para la producción total, sino que las esencias de otras culturas pueden incorporarse a la producción ordinaria de la raza, y vivir al modo de una colonia en la que se aprovecha lo útil de la raza, y que los frutos que da no son los del huerto de la raza, sino los de otra raza distinta.

Este peligro ha sido denunciado por Maurras. «Un joven escritor nacionalista que les admira tanto como yo (se refiere a las poetisas Vivien, Noailles y Mardrus), les califica con sequedad de *metecas indisciplinadas*, y les reprocha el aprovecharse de las ventajas del francés, sin aceptar la disciplina nacional. La acusación, justa y rigurosa, nos recuerda que la *Nueva Eloísa* fue escrita por un suizo; el libro *Sobre Alemania*, por una suiza de origen prusiano; y que *Lelia* tiene por ascendentes directos a los eslavos y los germánicos de la sangre de Mauricio de Sajonia. La indisciplinada de estas jóvenes *metecas* prosigue por tanto una tradición, que pese a haberse introducido en nuestra casa sigue siendo diferente de las verdaderas letras francesas. Hay que advertir la heterogeneidad de Sand, de Stäel y de Rousseau, o abstenerse de censurar a sus herederas; éstas no son sino una ola, la última de esa invasión goda que se arrojó sobre nosotros a través de la grieta de Ginebra y de Coppet.»¹⁸³

Al escribir los párrafos anteriores, Maurras no se ha dado cuenta de que la verdadera causa de la indisciplinada a la que se refiere es de índole racial. El romanticismo, por su naturaleza, es lo más contrario al espíritu francés, esto es, al clasicismo. El romanticismo en Francia es un producto exótico. La mayoría de los románticos franceses, si no todos, son simplemente mestizos; mestizos de razas del interior del Estado francés, o de una de éstas con una de otro Estado.

Ha de aceptarse que la alteración de las razas es general, y que la expresión *pureza de raza* no tiene un valor absoluto. Basta con que un solo extranjero se haya introducido en la raza para alterarla. La expresión *raza pura* expresa sencillamente el hecho de que los elementos exóticos presentes o potenciales dentro de la raza representan cantidades despreciables. La absorción de los elementos extraños, la dislocación y regreso de los mestizos a una de las razas de las que proceden, son fenómenos constantes. Pero también lo son los atavismos, y la herencia atávica puede producir

182 Jean Jacques Brousseau: *Anatole France en pantoufles*, pág. 176.

183 Charles Maurras: *L'Avenir de l'Intelligence*, pág. 234

un mestizo cuya obra sea en todo o en parte de otra raza distinta. Es éste un hecho extraordinario, pero ocurre en ocasiones. Es el caso del pintor Fortuny.

La vocación artística del atávico-mestizo Fortuny surge muy pronto. Mientras vive en Cataluña, su espíritu fluctúa entre la raza catalana y la raza andaluza, pero no tarda mucho en determinarse el predominio de esta última. El artista, pensionado en Roma, libre de la influencia de su patria, despliega libremente su capital biológico, y ya no repetirá dibujos de asuntos catalanes como los que hizo en Llotja. En cambio, «los dibujos de tipos populares muy morenos, que parecen de raza marroquí, y con trajes llamativos, son el principio de una constante que ya no abandonará durante toda su vida.»¹⁸⁴ Al llegar a Roma, el primer trabajo que hace es la copia de un cuadro de un hombre matando a una mujer.»¹⁸⁵ Moros, rifeños, gitanos, trajes llamativos y figuras de miserables, son los temas de su pintura. Llega, sin embargo un momento en el que reconoce que ha de cambiar de temas, que es preciso pintar algo moderno. Y Fortuny no encuentra otro tema que el cuadro del *carnicero*. Sanpere i Miquel se extraña de que Fortuny salga con el cuadro del *carnicero*, como fruto de un largo estudio y con el propósito de renovarse. Si el citado crítico hubiese analizado en Fortuny, más allá de su técnica pictórica, las esencias que lo determinaban, habría descubierto seguramente que el cuadro del *carnicero* se relaciona con los motivos truculentos de los pintores andaluces. Todos los temas de Fortuny son esencialmente andaluces; lo es también su factura, porque, como dice Sanpere i Miquel, la filiación de Fortuny ha de buscarse en la manera de Velázquez y en las de Goya. Además, la tierra que le atrae no es su país sino Granada, donde pasa los días más felices de su vida (Ixart), y pese a tener en Cataluña toda su familia, sus visitas fueron escasas y breves (Sanpere i Miquel).

¿Cómo explicar, si no es por el atavismo, el caso de Fortuny? De joven se había sentido poco ligado a la raza catalana, y desde que perdió de vista el *campanar*, no la añorará más. Si un individuo es medio ambiente estructurado, consolidado por la herencia, activo por la mentalidad, y si Fortuny como artista no pudo equilibrarse por la estructuración del ambiente natal, y encontró el equilibrio en otro medio ambiente, se ha de concluir que allí donde la emoción es plena y la obra fructífera, allí está la patria racial.

¿De cuándo data el atavismo de Fortuny? Sus padres y sus abuelos, por los datos que se han recogido, eran catalanes. Por tanto el atavismo se remontaría muy lejos, si procediese de la línea paterna, puesto que el nombre es catalán, y por tanto dataría de la edad media o de más atrás. Podría ser, por el contrario, más próximo si el elemento cruzado viniese del lado materno, puesto que el nombre de la madre desaparece tras la primera generación.

Sanpere i Miquel califica a Fortuny de gloria de Cataluña. No sabemos qué gloria puede proporcionar a una raza la producción de sujetos cuyas obras, extrañas a la mentalidad autóctona, sean al contrario en espíritu, plasmación y técnica, propias de otra raza. La raza catalana en este caso ha hecho simplemente el papel de nodriza, y toda su gloria sería la que corresponde a la nodriza de un gran hombre. El caso de Fortuny enseña que un mínimo de sangre extranjera que se infiltre en una raza, puede ser una perturbación o una servidumbre que a la larga se paga.

Los mestizos, por tanto, constituyen una alteración racial; se adhieren a la raza del modo que pueden, y su espíritu se manifiesta disimulado o aparente. En las razas en las que los mestizos son escasos, las alteraciones mentales de conjunto no tienen importancia, y quedan ahogadas por la gran producción autóctona. Pero en las razas con mucho contenido extraño, la producción mestiza puede ser abundante, y por tanto la pureza mental se resentirá. Lo mismo puede ocurrir en las razas que renacen, en las que cada producción mestiza puede constituir un ejemplo de desviación que se imita, impidiendo que la mentalidad adquiera los contornos limpios y el vigor necesario.

184 J. Ixart: *Fortuny*. Barcelona. Pág. 29.

185 P. Sanpere i Miquel: *Fortuny*. Barcelona. Pág. 59.

5.

La adulteración en las razas vencedoras y vencidas

La adulteración no es una desgracia exclusiva de las razas derrotadas. Las razas vencedoras también se adulteran, aunque nunca tanto como las otras.

El hecho no es raro, puesto que se desconoce el valor racial, y a los filósofos, moralistas y políticos no les ha preocupado. Todo acto en el sentido de la conservación o de la alteración, se ha realizado de forma inconsciente.

Ninguna de las pocas razas vencedoras que existen dentro de la civilización predominante se ha librado de cruzamientos y mestizajes. En la aristocracia y en la plutocracia, clases que podían mantenerse racialmente puras, los matrimonios con extranjeros no son escasos, motivados por razones de clase, sea aristocrática o financiera. El aristócrata alemán se siente más próximo al aristócrata francés o inglés que de cualquier simple conciudadano de cualquier raza. Algo parecido ocurre en el mundo de las finanzas. No obstante, si los matrimonios de estas clases se realizan en su mayoría con coincidencia de raza, no es por sentimiento racial sino por comodidad. Es evidente que entre las aristocracias y los financieros hay categorías. Parece muy complicado que el aristócrata inglés consienta en casarse con una aristocrática balcánica, o que un financiero belga, que sin dificultad aceptaría a una francesa, quiera casarse con una persa igual o más rica que él. Por lo general las razas vencedoras ricas conservan su aristocracia y su plutocracia en buen estado de pureza racial, y lo mismo ocurre con la burguesía y la clase obrera. Los mestizajes que suelen realizar los individuos de las razas vencedoras, en su tierra o en el extranjero, se llevan a cabo con elementos superiores en clase o posición.

Distinta es la suerte de las razas vencidas. Dejemos a un lado aquellas razas cuyas mujeres son tratadas como prostitutas por el vencedor, y centrémonos únicamente en la forma más benévola de trato que conceda la raza vencedora a la vencida, esto es, en las razas vencidas que forman colonias respetables, o aquellas incluidas en el mismo Estado del vencedor. La raza vencida, al cabo de dos o tres generaciones de su desgracia, no se conforma con representar el papel secundario que se le impone, y con el propósito de despuntar, pone en acción todos los medios de que dispone. Si económicamente es hábil y la raza vencedora está falta de aptitudes económicas, sus pretensiones en el orden particular podrán verse cumplidas. Si, por el contrario, la raza vencida es pobre, tratará de incorporarse subrepticamente a la raza vencedora. En el caso de que la raza vencida sea rica y la vencedora pobre, muchas de las doncellas ricas se casan con aristócratas pobres, y los de clase media con militares y funcionarios de la raza vencedora.

Por otra parte, la alteración de la raza se produce también por el deseo de la raza vencida de marchar al ritmo de la raza vencedora, cosa que siendo imposible, da como resultados una esterilidad mental. Ese solo deseo mantenido ardientemente produce en la raza vencida el sentimiento de una próxima igualdad con la raza vencedora, o al menos disminuye la sensación de inferioridad antes experimentada.

La mezcla, en estas razas vencidas y ricas, es todavía más admirable cuando por el desarrollo del trabajo se establece una corriente inmigratoria exclusivamente de la raza vencedora y pobre. Estos inmigrantes, por el hecho de encontrarse en el mismo Estado, y fundamentalmente porque las autoridades son de la misma raza, disfrutan de condiciones óptimas, y en lugar de regresar, se establecen definitivamente en el nuevo país, y lo que es peor, hacen de reclamo para que la corriente inmigratoria sea continua. No es preciso señalar que los cruzamientos y el mestizaje está a la orden del día en este caso. Esto inmigrantes llegan en familias; las muchachas que las integran se casarán muchas de ellas con obreros indígenas, y los hombres, entre los que se cuentan todo tipo de funcionarios, policías, burócratas, etc, buscarán esposa con dote en la raza autóctona.

La alteración en las razas vencedoras y en las razas vencidas, además de diferenciarse como se ha dicho, presenta otra característica que es importante destacar. Las razas vencedoras se hacen con lo más selecto de las razas vencidas, mientras que las razas vencidas incorporarán a los

elementos inferiores, y en ocasiones peores, de la raza vencedora. Se advierte, pues, otro de los efectos del imperialismo.

V. La regeneración

1. *El medio ambiente*

En toda raza afectada por el mestizaje el medio ambiente trabaja a favor de los elementos autóctonos. Si el medio ambiente es incapaz de destruir o minar la estructura aportada por una raza exótica, la asedia en cambio, e imposibilita que lleve una vida normal y que prospere. En el organismo del mestizo hay dos o más estructuras raciales, una de ellas identificada con el medio y la otra u otras extrañas a él; la estructura autóctona se ve favorecida para desarrollarse a causa del quietismo de las estructuras exóticas, al que están obligadas por la hostilidad del medio ambiente.

Teóricamente, un mestizo procedente de dos razas tiene el cincuenta por ciento de cada una de ellas, suponiendo que ambos progenitores estuviesen dotados en el mismo grado para la transmisión de caracteres. Si esto es así en el nacimiento, en las primeras fases de la vida el organismo tendrán tendencia a desarrollarse de acuerdo con el medio ambiente, llevándose a cabo esta función en perjuicio del legado de la raza exótica, y todo lo que pierde ésta lo gana la raza indígena. Incluso en los casos favorables para la raza extraña, cuando el progenitor de ésta posee más potencia hereditaria, a la larga la acción del medio ambiente altera la preponderancia. En Filipinas la mayoría de los mestizos de europeo y tagalo nacen con caracteres dominantes de europeos, pero a medida que el mestizo se desarrolla, estos caracteres se difuminan y el predominio de la raza tagala se acentúa. Es natural que esto ocurra. El aire, la radiación solar, la temperatura, la topografía, el agua, los alimentos, el ambiente social, todo lo que rodea al mestizo, está a favor de la raza indígena y en contra de la extranjera.

El medio ambiente, por tanto, en el que una raza se ha formado o ha vivido secularmente, actúa de persistente enemigo de los elementos exóticos. Esta acción constante del medio, independientemente de la voluntad humana, es la causa de que los mestizos en su gran mayoría se identifiquen mentalmente con la raza autóctona, y que hasta por su mentalidad compensada sean más sensibles a la reacción conservadora del espíritu racial autóctono, hecho que se observa en todas las poblaciones mestizas y que en el capítulo anterior indicábamos citando el caso observado por Mistral, respecto a los hijos de los *metecos* de Provenza.

El medio social se diferencia del medio ambiente natural. Aquel se forma en gran medida por la voluntad humana, mientras que el medio ambiente natural es independiente de la voluntad. El medio social de las razas vencedoras casi siempre se corresponde con su propia mentalidad; la influencia exótica no penetra profundamente, y la acción de los escasos mestizos que poseen modifican muy poco las ideas generales.

La situación es muy diferente para las razas vencidas. En éstas el mestizaje es importante en mayor o menor medida, y el medio social aparece en ocasiones como una simple prolongación del medio social de la raza vencedora. La lengua del vencedor sustituye al idioma vernáculo en muchas razas vencidas, y en otras la lengua propia se utiliza exclusivamente en las relaciones domésticas, y sólo en las familias populares, porque la alta sociedad y la burguesía se sirven exclusivamente de la lengua del vencedor. Y lo que ocurre con la lengua, sucede asimismo con los restantes valores sociales. La condición de vencido impone la aceptación de toda la mentalidad del vencedor. Religión, ideas generales, arte, literatura, música, arquitectura, derecho, vestimentas... La mentalidad vencedora intenta reemplazar a la mentalidad de la raza vencida.

Las condiciones del medio social, como acabamos de observar, no pueden ser más desfavorables para las razas vencidas. Y así, muchas de éstas olvidan su condición política anterior, y si casualmente algunos de sus individuos reflexionan sobre su situación, al contemplar todas las plazas ocupadas y todas las fortalezas rendidas (lengua, derecho, costumbres, etc.), renuncian con pena a la lucha, y como mucho se lamentan para dejar constancia de esta reflexión.

Si la existencia de las razas dependiera de la voluntad humana, se podrían contar con los dedos de las manos las que hoy perdurarían. Y no sólo por la acción imperialista de las razas vencedoras, sino también por la abyección de las vencidas. La abyección no es patrimonio sólo de algunas razas, sino que todas las que están o han estado sometidas más de cuatro generaciones, al considerar imposible el éxito en un enfrentamiento con el vencedor, procuran acomodarse a las formas de vida que éste impone. Y este acomodamiento en la vida corriente acaba resultando tan natural, que las generaciones sometidas se distancian de las generaciones pasadas, que eran libres.

Existe una fuerza conservadora de las razas, independiente de la voluntad humana, que como los juncos se dobllega ante cada riada imperialista, sin por ello desarraigarse. Es la mentalidad. Todos los individuos de la misma raza tienen una única mentalidad. Entonces, ¿cómo se explica la escasa resistencia e incluso la docilidad que el vencedor encuentra en el vencido, y así impone su modo de ser?

La mentalidad es libertad, pero no absoluta sino positiva. La mentalidad, historia viviente de la raza, ha evolucionado con ella, a la que está adherida como los ojos a la cara. No importa el que la inteligencia sobrepase críticamente las mismas creaciones de la mentalidad, del mismo modo que Humboldt comprobaba los errores de la visión de los ojos, pero es con estos ojos con los que ve, y no con los que la inteligencia podría diseñar más perfectos. Si se le priva de los ojos a un individuo, ningún aparato construido por el hombre podrá sustituirlos. La inteligencia, en cierto sentido, no es más que un aparato creado por el hombre.

De este modo, la mentalidad de cada raza ve todo con sus propios ojos. Cualquier pretensión de sustituir las mentalidades no es más que poner delante de los ojos vidrios de diferentes colores. Cualquiera que sea el color sustituido, la forma de las cosas permanece inalterable. Los hombres destacados de razas sometidas, que se expresan con un color diferente al propio, no han cambiado en absoluto la interpretación de las cosas del modo como las percibía al natural su raza.

La falta de libertad cohíbe a la mentalidad. Una mentalidad obligada a vivir en un medio ambiente formado por otra mentalidad, no puede prosperar, al igual que la estructura mental del mestizo en la parte exótica que posee, se atrofia en el medio ambiente de la raza autóctona. Por tanto, las razas hace tiempo vencidas, se han transformado en lo exterior. La mentalidad autóctona está prisionera de la mentalidad impuesta.

Un régimen de violencia sostenido e el tiempo, a medida que consolida sus efectos relaja también la vigilancia. Los hombres de la raza vencida, de fuerte mentalidad, sienten la libertad sin entenderla. Igual sucede en los otros hombres de categoría inmediatamente inferior. Este sentimiento, por ser tal, no puede canalizarse por las vías del conocimiento actual o futuro, y adopta formas de expresión antiguas: historia, folclore, etc., que sin embargo constituirán el punto de partida del movimiento de liberación racial. La masa de la población, como todas las masas, vive en el presente, y no comprende el espíritu, imágenes y actitud de las minorías que se reflejan en el pasado, y de ahí la divergencia que existe entre los intelectuales y las masas al principio de cualquier movimiento libertador. La masa no se incorporará al movimiento de liberación hasta que sus iniciadores, por una evolución inevitable, traigan sus ideas no sólo al presente, sino más allá aun, de manera que atrapen y superen la ideología liberal de la masa; esto es, hasta que el movimiento de liberación tome claramente la forma política de liberación, que es la única política comprensible por todos.

La incapacidad de las masas para alcanzar directamente el objetivo es notoria, y se entiende por qué. Se puede recortar todo lo accesorio de una mentalidad, pero la esencia es invulnerable, y esta esencial es profundamente liberal. Durante la sumisión y sustitución mental del medio

ambiente, la masa ha renunciado o difuminado a las partes accesorias de su mentalidad., y sólo el alma de la misma se ha mantenido incólume. Apelar a los elementos secundarios de la mentalidad es trabajo perdido. El pueblo sólo entiende la llamada a la libertad. Y una vez que se invoca, las diferencias de orden social que puedan existir entre los diversos segmentos de la raza desaparecen progresivamente, porque el despliegue de un sentimiento racial es a la vez acción y futuro.

Un movimiento libertador puede darse sin tomar la forma de organización política, y puede permanecer tranquilo y silencioso hasta que llega el momento decisivo. Las oportunidades de liberación a veces tardan un siglo en darse, en ocasiones. Saber esperar es un signo de confianza. Mantenerse esperanzados equivale a regenerarse.

El renacimiento cultural de una raza sometida durante mucho tiempo puede iniciarse sin ningún peligro. La raza vencedora, consagrada a la política, no advierte que cierta actividad desligada de la política es el arranque de una recia política. Además, los iniciadores del renacimiento cultural son una minoría insignificante, aparentemente inofensiva al referirse a un hecho incierto y lejano, muy heterogénea en cuanto a su procedencia social e ideales en comparación con las diferentes actividades políticas. Esta minoría selecta, que surge inconscientemente con independencia de los valores sociales dominantes, está formada hombres procedentes de los diversos y hasta opuestos campos sociales y políticos, y es la precursora de la libertad colectiva.

Quizás ninguno de los primeros frutos que brotan de la amortecida mentalidad sea viable, ni sigan desarrollándose durante la vida del individuo. El medio ambiente mental que lo rodea es demasiado adverso para crecer con normalidad. Hay individuos aparentemente *racializados* desde que se sienten renacidos, pero están lejos de serlo, puesto que la calidad mental en estas circunstancias se manifiesta parcial y no íntegra. Hacen falta varias generaciones para que disminuyan paulatinamente los abortos de los primeros tiempos del renacimiento, lo que ocurre a medida que se crea un medio ambiente propio en el que los brotes de la mentalidad puedan desarrollarse.

Favorece a este proceso el que las mentalidades destaquen por su categoría. Una mentalidad recia proyecta un medio ambiente propio más extenso y fuerte que el de una mentalidad de escasa valía. Entonces el proceso se abrevia, si existe además una masa activa. Si no es así, la obra de la personalidad racializada será incomprendida en el medio social, como ha ocurrido con Mistral en la Provenza durante mucho tiempo. Sin embargo, la obra de Mistral no es trabajo perdido, sino que constituye un reclamo para los provenzales más o menos conscientes.

Cuando una raza está en vías de regenerarse y algunos de sus hombres notables desfallecen, la raza no tiene en cuenta el fallo, sino la afirmación. Algunos de estos personajes, al no existir un ambiente racial autóctono, pueden acabar su vida volviéndose contra su propia mentalidad o contra las corrientes que comienzan a representarla. En estos casos la raza, en lugar de seguirlos, se apropia de la doctrina que habían elaborado los tráfugas y olvida la deserción. Los catalanes recuerdan a Víctor Balaguer y Valentí Almirall, pero no los últimos años de su vida.

En cualquier medio ambiente dominado por la raza vencedora, el medio ambiente autóctono creado por las mentalidades que se *racIALIZAN* no forma colonias, sino que se dispersa y yuxtapone de forma general. Cualquier individuo de la raza sometida en el que brote su mentalidad, al dar con un medio ambiente propio se encontrará a gusto y permanecerá fiel. De este modo, al alcanzar cierto nivel el renacimiento, todos los intelectuales que surjan necesariamente se incorporarán al renacimiento racial.

Por tanto, la regeneración estará virtualmente acabada cuando todos los intelectuales se esfuercen en trabajar acordes con su propia mentalidad, abandonando la influencia de la raza vencedora. Pero llegado a este punto todavía falta la libertad. La libertad sólo puede obtenerse mentalizando la política, esto es, creando una política libertadora. La raza sometida que sepa establecer una política propia de libertad, es también virtualmente libre. Para serlo de hecho, sólo se precisa de la paciencia de saber esperar y de la decisión de aprovechar el momento oportuno.

2.

La herencia

Las razas que no han sido exterminadas por completo, aunque vivan arrinconadas o directamente intervenidas, y a pesar de que su constitución biológica esté más o menos alterada, se podrán regenerar gracias a los fenómenos hereditarios.

En las razas vencedoras, el proceso de regeneración es sencillo, puesto que disponen de todos los recursos del gobierno. El caso es muy diferente para las razas vencidas, las cuales han de confiar en una acción hereditaria no dirigida y, en el mejor de los casos, de la acción privada. Las razas vencedoras, como la de tipo nórdico de los Estados Unidos, han podido impedir el cruzamiento entre blancos y negros, y restringir la inmigración a los límites deseados. Una raza vencida y no regenerada se encuentra intelectualmente por debajo del nivel de la raza vencedora, y por lo mismo, generalmente es incapaz de comprender el valor de la pureza racial, y no puede utilizar la coacción propia de los gobiernos, como la raza vencedora. Por otra parte, ya hemos visto que la alteración racial en las razas vencedoras es insignificante en comparación con la de las razas vencidas. Por ello sólo nos ocuparemos de la regeneración de estas últimas.

Los fenómenos hereditarios pueden estar dirigidos o no. Incluso sin ninguna dirección, a la larga conducen a la regeneración de la raza. Sin embargo, el proceso es más rápido cuando se le guía.

La herencia trabaja a favor de lo indígena, y tanto más deprisa cuanto más hostil es al extranjero el medio ambiente. Cualquier raza alterada por cruzamientos y mestizajes acaba por regenerarse, siempre que éstos no sobrepasen los dos tercios de la población y deje de recibir nuevas aportaciones de sangre extraña. Incluso aunque la proporción de sangre exótica sea más elevada, la raza se regenerará si el medio ambiente es radicalmente adverso al inmigrante.

En el caso concreto de la pureza racial es tan fácil como eficaz. Se puede asegurar que en la cuarta generación el elemento extranjero ha desaparecido totalmente, excepto los fenómenos atávicos que representan un peligro muy pequeño en la reproducción, cuando se practica un método continuo de *racialización*.

Las razas vencedoras, a causa de las circunstancias favorables en que viven, practican por lo general dicho método de reproducción, pero no así las razas vencidas, que al vivir en condiciones adversas a la pureza racial, presentan un número de cruzamientos y mestizajes más o menos abundante.

Si una raza vencida advierte su condición, a pesar de no poder establecer una coacción legal contra los cruzamientos y mestizajes, la acción privada le proporcionará los mismos resultados. La observancia de una práctica de este tipo suponer la posesión de conciencia racial, conciencia que equivale a estar regenerado o ser puro. Pero las razas sometidas que actualmente están en vías de regeneración, no lo deben a fenómenos de conciencia racial, sino a la acción del medio ambiente y de la herencia. Evidentemente estos procesos son largos, pero la constancia los condece irremisiblemente al equilibrio entre la raza y el medio.

La acción mixtificadora o absorbente del imperialismo, si no ha sido radical y ha dejado un cierto número de representantes de la raza vencida, en una docena de generaciones la raza autóctona vuelve a tomar incremento.

América es el continente en el que los mestizajes son más numerosos y variados. A pesar de ello, se comienza a advertir en muchos países su destino racial. En los países en los que se han conservado núcleos importantes de población indígena racialmente pura, como México, han ido avanzando de tal modo que el censo mexicano de 1922 recogía 4.430.000 indígenas, esto es, más del doble de la población de origen europeo. Esta cifra asegura, sin duda, que la raza autóctona alcanzará un predominio absoluto y que a la larga absorberá a la población exótica, o por lo menos anulará su predominio en la vida social y política. En 1885, L. Biart escribía: «Los aztecas, oprimidos durante tantos años, parece que despiertan de su larga apatía y que han reencontrado el espíritu de iniciativa que en otros tiempos construyó una gran nación. Poco a poco van ocupando

todos los cargos importantes del país. Son presidentes, generales, ministros, magistrados, ingenieros, pintores y escultores, y comienzan a dominar moralmente la sociedad española que los rechazaba y que sólo sabía oprimirlos.»¹⁸⁶ En estos últimos cincuenta años, el progreso de los mexicanos propiamente dichos ha sido notorio en el sentido regenerador de su raza, regeneración ha supuesto una mejora cultural, social y política. Es una desgracia para todas las razas indígenas americanas el hecho de que México tenga por vecino una potencia imperialista de primer orden. Si la raza mexicana ocupase un país en el que pudiese desarrollarse más libremente, esto es, sin la amenaza de una intervención armada, esta raza podría ser el fermento que despierte a todos los indígenas americanos, a todas las razas americanas, las únicas que tienen derecho a decir que América es para los americanos.

La política imperialista contra una o más razas puede actuar durante algunos siglos, pero no es eterna. En cambio la acción del medio ambiente y de la herencia a favor de las razas indígenas es perenne. Por tanto, a la larga, la acción de la naturaleza será la que quede victoriosa.

Los hechos demuestran que por toda América, determinadas razas esclavas ayer, han tomado una importancia que hace que se las respete. Estos hechos no han pasado desapercibidos. Madison Grant confiesa que la mayor parte de la población de América del Sur no es europea, y aun menos latina, sino de sangre india¹⁸⁷. Los indios tienen, evidentemente, dos ventajas permanentes. Conservan núcleos puros, no sólo en una parte de América, sino por toda su extensión. Por otro lado, el medio ambiente desequilibra al inmigrante, traiciona al mestizo, y a la vez fortalece al indígena. Algunos de estos núcleos son tan celosos de su pureza de raza, que «cuando nacen, se mata inexorablemente a los mestizos, como sucede entre las tribus Mojave y Yute del S. O. de los Estados Unidos.»¹⁸⁸

Tienen tanta fuerza la raza pura y el medio ambiente, que la desaparición de los mestizos es inevitable. El destino racial de México, dice Madison Grant, así como de las islas y costas del golfo de México, está claro. El blanco es rápidamente eliminado de las islas por los negros, y del continente por los indios; es evidente que habrá de abandonarse a los negros las Indias occidentales, la región litoral de nuestros Estados del golfo, y quizás también el área negra de los valles bajos del Mississipi. Esta transformación, prosigue el autor, avanza con rapidez en Cuba y Jamaica. Será preciso, añade, abandonar México y la parte septentrional de América del Sur a los nativos, indios con un barniz cada vez más débil de cultura blanca *latina*. En Venezuela los blancos forman el uno por ciento de la población total; la masa se compone de indios y diferentes cruzamientos de indios, negros y blancos. En Jamaica los blancos sólo son el dos por ciento; el resto, negros o mulatos. En México los blancos son menos del veinte por ciento de la población total; los demás son indios y mestizos¹⁸⁹. En Guatemala hay 900.000 indios puros, esto es, la tercera parte de la población del país, y en Costa Rica, 200.000.¹⁹⁰

Algunos historiadores modernos, afirman Genet y Chelbatz¹⁹¹, han supuesto que tras la conquista española una gran parte de las familias principescas se extinguieron u olvidaron sus orígenes. Al contrario: la mayor parte han subsistido, y es de ellas de donde surgieron los caudillos de las rebeliones de la época moderna y contemporánea contra los españoles. Los Kovok, continúan estos autores, familia principesca que reinaba en Champoton, subsisten todavía en la región de Usumatcintla; los Kanek, que reinaron sucesivamente en Chiche-Itza y en Tayasal, forman una importante tribu cerca del lago Yaxhá; en las costas del mismo lago se encuentran los Chi, familia importante de la provincia de Mani. Citan también a los Chan, príncipes de Bakhalal; los Cumex, señores de Cuzumel; los Katzim, familia notable de Cochuah, que actualmente viven en las

186 *L'Anthrop.*, 1923, pág. 288.

187 Madison Grant: *Le Déclin de la Grande Race*, pág. 85.

188 H. ten Kate: *L'Anthrop.*, 1916, pág. 391. [Sin embargo, este autor, el neerlandés Herman Frederik Carel ten Kate (1858-1931) se casó con una japonesa.—Nota del traductor.]

189 Madison Grant: *Le Déclin de la Grande Race*, pág. 98.

190 P. Serre del Sagués: *Les Indiens et les tombes indiennes en Costa-Rica*. En *L'Anthrop.*, 1921, pág. 487.

191 Genet y Chelbatz: *Histoire des Peuples Mayas-Quiches (México, Guatemala, Honduras)*, París 1927, pág. 158.

fronteras de Honduras británica o en la región del Peten-Iza. Las dos familias, insisten los autores, que han reinado sucesivamente en el Yucatán, todavía existen; los Xin se distinguieron en la revuelta de 1669, mientras que los Cocome dirigieron la de 1848 y las que siguieron; en ellas se han señalado las familias Kamul, Chan y Pech.

En algunas de las repúblicas de Sudamérica, como Brasil, la población indígena es muy considerable. En conjunto el América del Sur, dice Alex J. Chamberlain, hay diez millones de habitantes de raza blanca pura, frente a cuarenta millones de indígenas puros y mestizos¹⁹². En Chile, según Thayer y Ojeda, la composición es del 64 % de blancos, 34 de rojos, 0'92 de negros y 0,18 de amarillos. En el norte de Chile se encuentran en estado de pureza los indígenas Changos y los Malpuches, que se han integrado con los blancos en la alta sociedad. La mezcla, sin embargo no es total, ya que subsisten separadamente una gran masa de trabajadores agrícolas¹⁹³.

Estos procesos de absorción son a veces milenarios. Estrabón, al ocuparse de la Galia, reconoce dos grupos, uno de los cuales son los galos, que habitaban en el norte y centro de Auvernia. Los tratados de antropología de hace cincuenta años, todavía mencionaban la presencia allí dominante de gentes de cabello rubio. Pues bien, el doctor Bucheron, que estudia particularmente la población auvernesa en 1900, reconoce que «en su mayoría es la misma del Languedoc, dolicocefala y morena»¹⁹⁴, es decir, la misma que existía en Auvernia antes de la invasión de los galos.

Los procesos de absorción de los mestizos son siempre prolongados cuando una raza pura predominante no interviene constantemente, y cuando la inmigración es continua. Pero si la población mestiza conserva núcleos raciales puros y además la inmigración se estanca o es insignificante, la absorción de los elementos exóticos es rápida. En los casos muy favorables, los mestizos no desaparecen hasta la cuarta generación. La desaparición de los mestizos no es absoluta: de fuera han pasado adentro, y en cualquier momento el atavismo puede volver a sacar algunos de aquellos que se creían definitivamente absorbidos.

Independientemente de las modalidades y complicaciones del mestizaje, sus resultados son siempre los mismos: En primer lugar, la perduración del desequilibrio orgánico, si la población mestiza continúa recibiendo sangre nueva originaria de una o más razas concurrentes al cruzamiento o al mestizaje. En segundo lugar, el retorno a una de las razas de las que procede el mestizaje, tan pronto cesa la inmigración y comienzan los cruzamientos de absorción.

En resumen, la regeneración de una raza es un proceso natural que se realizará necesariamente tan pronto dejen actuar los factores que han causado la alteración.

Si la raza vencida tiene conciencia de su condición, este hecho por sí mismo constituye un principio regenerador. Conocida su verdadera situación, la razón cuidará de poner en práctica todos aquellos métodos que puedan devolver a la raza a su estado de pureza.

VI. La mejora

1. *La finalidad*

La raza es la única fuente de donde puede manar una producción original y parecida a sí misma a lo largo del tiempo.

192 *Proced. of the Amer. Soc.*, octubre 1903.

193 Z. Zaborowski: *Le Chili*. En *Rev. anthop.*, 1922, pág. 135.

194 *L'Anthrop.*, 1900, pág. 705.

La población mestiza, *desracializada* o sin una raza preponderante es un yermo cultural. La colectividad mestiza en vías de regeneración, representa un estado transitorio de alteración, aunque con predominio de la mentalidad de la raza mayoritaria del mestizaje.

Para que una colectividad pueda dar todo el rendimiento de que es capaz, debe encontrarse en estado de pureza racial y en función productiva.

Entre cualquier raza pura de Oceanía y la raza pura de Suecia hay una inabarcable diferencia; la diferencia que va de la paralización milenaria a la actividad productora contemporánea.

Si en el fondo de todas las cosas está la raza, es a la raza a la que hay que pedir le lo que buenamente pueda dar. Cuando una raza no progresa, habrá que estudiar por qué causas no fructifica como sería de desear. Lo ideal es que todas las razas produzcan de conformidad con su naturaleza, y no que obligadas o influidas, se conviertan en servicio de las razas dominantes.

La finalidad de un imperialista es opuesta a la de un experto en razas. Aquel pretende que existan muchas razas dominadas al servicio de unas pocas dominantes; el *raciólogo*, al contrario, deseará que no haya dominados ni dominadores, y que cada raza se desarrolle según sus facultades.

Una raza sólo puede ser racial. Sometida, la herencia y el medio ambiente trabajarán a su favor; libre, el exceso de actividad *racializada* se proyectará al exterior en forma de cultura. Para que la cultura no sea un mero fenómeno de imitación o influencia, es necesario que las razas saquen de ellas mismas los materiales con los que construirla.

2.

La exaltación

La función productiva de las razas no es perenne. La arqueología y la historia muestran que culturas creadas por determinadas razas se estancaron en su producción, ya sea por el imperialismo o por causas desconocidas, más o menos bien interpretadas. Por otra parte, de algunas de las razas actualmente más activas, ni la historia ni la prehistoria nos dicen nada de sus realizaciones hasta hace doce siglos.

Estos hechos permiten suponer que cualquier raza improductiva, puede transformarse en productiva, y que las ahora activas puede volverse estériles. Actualmente hay algunas razas que, porque se encuentran en plena función productiva, creen tener asegurado para siempre el privilegio o el monopolio de la cultura. Aceptar estas pretensiones insólitas equivaldría a despreciar lo que sabemos por experiencia y comprometer el progreso humano.

Las causas que pueden mejorar una raza son numerosas y complejas, pero pueden reducirse a las que dependen del medio ambiente y de la herencia. En este apartado examinaremos las causas que corresponden al medio ambiente.

La actividad productiva se relaciona con una exaltación. A la exaltación mental de una raza le precede un cierto bienestar o riqueza colectiva, ya que el ejercicio mental es un lujo. Por tanto, la primera condición necesaria para que una raza pura pueda *racializar*, es el hecho de que disfrute de una cierta independencia económica. Sólo la riqueza permite la fundación y mantenimiento de centros de enseñanza, y sólo ella puede determinar el ocio (en el sentido de trabajar exclusivamente en la cosa que más agrade), imprescindible para transformar el activismo de fuera adentro.

La *racialización* ha de comenzar y de hecho comienza adentrándose hasta la esencia de la mentalidad. Es un ejercicio psicológico algo penoso para las personas influidas por culturas extrañas, pero completamente natural para las mentalidades puras. Al alcanzar esta naturalidad, de manera inconsciente se rechaza todo lo extraño y se reconoce de un vistazo lo que es propio.

Una raza *racializada* crea un medio ambiente psíquico favorable únicamente a la propia mentalidad, y entonces, cuando la *racialización* se ha llevado a cabo y el medio ambiente está *racializado*, la función productiva deviene natural y abundante.

La voluntad de *racializar* a la juventud, por ejemplo, e incluso cuando se logra, no asegura la *racialización* durante toda la vida, sino que es preciso ejercitarse de modo más o menos continuo para conservar y exaltar la mentalidad. Cada generación nueva, como los niños en la escuela, tienen

que aprender a interiorizarse, a reencontrarse mentalmente, ya que en caso contrario será suficiente la ruptura de una generación para detener la función productiva.

La educación que da el vencedor a las razas vencidas, basada en su propia mentalidad y por tanto extraña, es perniciosa o inútil, puesto que la practica en un medio ambiente desfavorable a su desarrollo, del sólo algunos hombres muy capaces podrán salvarse.

En las razas libres la educación proporciona grandes ventajas, especialmente si el pedagogo la imparte con materiales *racializados*. La mentalidad es la historia del conocimiento de la raza. Entonces, el individuo que aprende se reconoce a sí mismo, por que todo lo que le han enseñado ya lo sabe, puesto que se contiene en su mentalidad. De hecho, el alumno sólo aprende la manera de expresar aquellas cosas que ya sabía, y si nadie se las hubiera dicho, las habría descubierto con el único esfuerzo de esforzarse en explicarlas. Una educación racial es, por tanto, la historia resumida del conocimiento de la raza.

Este tipo de educación, hay que decirlo, sólo se da en las razas llamadas primitivas, salvajes o bárbaras, esto es, las que se sitúan fuera de las áreas de civilización actual. En cambio, en los pueblos desarrollados, la educación que reciben los niños se compone casi por completo de un mosaico de culturas, esto es, justo al contrario de lo que racialmente se preconiza. Una raza vencedora y culta, en su método pedagógico presenta un porcentaje muy alto de la mentalidad propia, y el resto pertenece a mentalidades extrañas. Cuando el profesor relaciona al alumno el conjunto de disciplinas, le da igual si las piezas de mentalidad extraña se confunden con las de mentalidad propia, o si por casualidad están separadas. Será el inconsciente del profesor e incluso el del alumno, lo que separará unas de otras, y lo que reconocerá las obras de la propia raza. El resto será un pesado fardo que el alumno y el profesor han acarreado inútilmente durante toda su educación, e incluso durante toda la vida, privándoles más o menos de la agilidad necesaria para disfrutar de su mentalidad. Una de las causas del bajo aprovechamiento en la educación es la dificultad que encuentra el alumno en *racializarse*, puesto que los pedagogos han sembrado su camino con obstáculos exóticos que le detienen, le hacen dar rodeos, ascensos y descensos inútiles que acaban por desorientarlo. El tiempo que se pierde con esta marcha incierta es muy superior al que se habría necesitado para alcanzar las profundidades del alma racial.

La educación completa de un joven salvaje sólo dura un par de semanas. Al comparar esta educación con la de un pueblo que se dice civilizado, se observa el mayor rendimiento del primer caso. Aún se puede hacer otra comparación. El muchacho campesino, vástago de innumerables generaciones de campesinos, con diez años y siendo analfabeto sabe una cantidad de cosas verdaderamente portentosa. Compárese este muchacho con otro de la misma raza y edad que viva en la ciudad, y que siempre ha asistido a la escuela. Aquel conoce realmente lo que sabe; éste tiene el cerebro henchido de datos aprendidos de memoria. Al chico de ciudad se le ha instruido con uno de tantos modelos de la civilización dominante, mientras que el chico campesino ha recibido instrucción y educación *racializada*. El sistema educativo de uno y del otro producen efectos diferentes: el primero parece un producto artificial; el del campesino está verdaderamente adaptado al medio ambiente que le rodea, y el medio ambiente y el individuo componen un todo armónico.

Una educación *racializada*, si perdura muchas generaciones, tiene como efecto en cierto modo la impermeabilización de la mentalidad propia respecto a las mentalidades exóticas, y la mantendrá en un estado de perfecta pureza, estado ideal para adentrarse en las profundidades del alma, y extraer la sustancia cultural susceptible de exteriorizarse. La mejora o exaltación de la raza puede durar tanto como duren los trabajos de investigación positiva. Estos tiempos de concentración, de ensimismamiento, de perfeccionamiento y de santidad, producirán con seguridad frutos maravillosos, y entre ellos esa cualidad tan valiosa, individual y colectiva, que es el carácter.

3. *Apoiesis y estímulos*

Una *racialización* prolongada y profunda concluiría en una cierta apoiesis (sería improductiva culturalmente), debido al cansancio, al agotamiento de los medios de extracción del material disponible, o a cualquier otra causa. La santidad no puede vivir de la misma santificación, puesto que aquella es un fin y no un medio, al igual que la fruta es la finalidad del árbol.

Algunas razas de la India han logrado la santidad seguida del aislamiento y la esterilidad; su mentalidad permanece impermeable a cualquier excitación exterior, y por consiguiente no progresan.

Por lo general las razas no se desarrollan de forma regular, sino que su evolución se ve truncada por el imperialismo, y queda desviada su actividad mental a causa de la guerra y sus consecuencias. La persistencia de la desviación de las actividades naturales o mentales supondría dejar de ejercitarse la *racialización* con la consecuente atrofia de la mentalidad. El caso, entre muchos otros, de las «razas samoyeda y volgul que doscientos años atrás todavía se encontraban en la edad de piedra»¹⁹⁵ ejemplifican esta atrofia mental.

En ocasiones no es atrofia, sino amodorramiento lo que caracteriza a algunas razas, especialmente las vencidas. Las razas vencedoras, sin embargo, no se libran de ese amodorramiento, a veces acompañado de la atrofia. Las razas que acaban así son aquellas que suelen vivir de la rapiña. Cuando por cualquier razón la rapiña disminuye o se estanca, la raza vencedora privada de su principal recurso, necesario para llevar a cabo cualquier trabajo mental, no tarda mucho en caer en un estado de apoiesis.

Las razas que no han podido o no han sabido crear riqueza, serán completamente refractarias a los estímulos de orden mental, y permanecerán improductivas hasta que no hayan resuelto el modo de mantener el lujo que supone la mentalidad en función productiva.

En las razas vencedoras o vencidas que tienen cubiertas sus necesidades económicas, los estímulos extranjeros o raciales pondrán en marcha sus respectivas mentalidades. Es preciso advertir que sólo se ha de recurrir a los estímulos procedente del exterior o de una cultura ajena cuando exista una verdadera dificultad, cercana a la imposibilidad, que impida el arranque con los propios medios. En este caso será conveniente recurrir a diferentes estímulo, aunque el contraste produzca daños, con tal de salir del marasmo. Japón, al incorporarse en el siglo pasado a la civilización europea, constituye un ejemplo de raza que despega por el latigazo de una mentalidad muy diferente.

Las razas europeas en estado de apoiesis, que evolucionen regularmente, a diferencia de Japón encontrarán el estímulo en las razas afines —y no precisamente próximas, porque los vecinos no son siempre afines—, y podrán evitar el dolor que produce el choque cultural con razas muy distintas.

La elección de estímulos es complicada. El estímulo puede ser tan avasallador que transmita la propia mentalidad y por tanto la producción devenga simiesca; o puede resistirse a la asimilación y permanecer inalterable en la producción, como en ciertos casos de mestizaje; y aun puede ser tan hábil que le dé a su producción el aspecto o color del estímulo, sin afectar a su estructura. El estímulo ideal no es el espermatozoide que determina una alteración en el capital biológico del producto, sino sencillamente una albúmina fecundante.

Es peligroso recurrir a estímulos extranjeros. La raza así estimulada queda en dependencia de la otra cultura, durante varias generaciones.

195 J. Deniker: *Les Races et les Peuples de la Terre*, París 1926, pág. 380. [Pero el autor citado no hace ningún juicio de atrofia. Se refiere únicamente a la falta de sincronía entre los estados culturales de diferentes pueblos europeos durante el paleolítico, que es de lo que se ocupa en ese punto de su obra. Es más Deniker ha señalado en la introducción que «il nous semble qu'on ne peut parler, quand il s'agit du genre *Homo*, ni d'*espèce*, ni de *variété*, ni de *race*, dans le sens qu'on attribue à ces mots, en zoologie et en zootechnie.»—Nota del traductor.]

En cada raza hay un número determinado de variantes mentales dentro de la unidad, representadas por las tribus o las comarcas, en las que se puede buscar siempre el estímulo que conviene, excepto en los casos de una larga postergación, que contribuya a separar la raza de la civilización dominante.

Es preciso no olvidar que una raza tiene múltiples aptitudes. A veces, por falta de estímulos, su producción deviene parcial, mientras que las otras aptitudes yacen amodorradas. El caso de Olot, por lo que se refiere a un segmento de la raza catalana, muestra toda la importancia de los estímulos. En la capital de la Garrocha no había ninguna tradición artística, y hasta mediados del siglo XIX no había nacido ningún artista en toda la comarca. Además, en Olot no hay una sola casa de sillería, ni que muestre algún propósito o gusto artístico, y las industrias tradicionales de la comarca (fábricas de papel, ladrillos, tejidos y géneros de punto, no requerían ningún conocimiento estético. En este yermo artístico, se creó a mediados del pasado siglo una escuela elemental de Bellas Artes. El resultado fue la aparición de los Vayreda, Blai, Clará y otros paisajistas y escultores. La escuela había sido el estímulo contra el amodorramiento de este sector de la raza, puesto que por lo general está bien dotada para las artes plásticas. Ahora bien, cada comarca o parte de una raza posee virtualmente todas las aptitudes de la raza, aunque una de ellas predomina y le caracteriza. La Garrocha es muy industrial, y esta aptitud preponderante absorbe la nueva aptitud que surge, de modo que en pocos años la escultura y la pintura se industrializaron, y llevaron a la creación de talleres de imaginería religiosa que actualmente ocupan a seiscientos obreros.

La eficacia de la *racialización* se obtiene tratando a cada segmento de la raza como si fuesen toda la raza, como si cada comarca fuese una síntesis de la raza a la que pertenece. Esta manera de actuar no borraría la aptitud predominante de la comarca, sino que activaría aptitudes dormidas que convergerían con la aptitud principal, manteniendo y destacando aun mas lo que le diferencia de otras comarcas. Evidentemente, el método de Olot puede extenderse a todas o casi todas las comarcas de raza catalana, pero su evolución no será la misma si la aptitud principal de la comarca es mercantil en lugar de industrial. En lugar de industrializar el arte, encontraría otra expresión de conformidad con la aptitud comercial dominante. Sólo cuando todos los estímulos raciales no pudieran realzar la mentalidad, únicamente entonces sería lícito que la raza buscase el estímulo en la producción de otra raza.

En toda raza *racializada* hay temor a dejarse penetrar por una mentalidad ajena. Pero cuando la raza no *racializa*, es preciso permitir el sacrificio de la violación. Una idea extraña que entre en la mente, causa inmediatamente una perturbación y exige el dolor de aprender aquello nacido y evolucionado en una mente extraña, y además es preciso asimilarla. Apropiarse de una idea no es simplemente llevarla; no significa sacar un billete de tren y subir a él, sino que hay que hacerse cargo de que aceptas unas vías, una locomotora y toda una línea ferroviaria. Por otra parte, la idea es externa a la mentalidad y no podrá influir en su funcionamiento. Pero si la idea se asimila, si se convierte en sustancia propia, puede ser capaz de activar la mentalidad dormida o fatigada. La eliminación de la cultura exótica asimilada se producirá por sí misma, y tanto más rápidamente cuanto más activo sea el trabajo mental.

En las razas y en las ciencias sucede algo parecido. Cuando sólo sus expertos se ocupan de una ciencia, al cabo de un tiempo más o menos largo languidece, como si la homogeneidad alcanzada fuese un obstáculo para el progreso. Pero recobra su fuerza cuando se ocupa de ella un profesor de otra disciplina distinta. Pasteur era químico y su intervención en la medicina supuso un progreso enorme. Y la medicina, a pesar de ser fecundada por la idea de Pasteur, no perdió su naturaleza propia y la incorporó a ella.

El estímulo extranjero verdaderamente pernicioso sería aquel que por su gran potencia tomase la mentalidad como soporte, o ejerciese una tal influencia que la mentalidad acabase dirigida y siguiese el ritmo del estímulo. En el terreno intelectual, se observan casos de esta naturaleza cuando aparece una nueva filosofía. Una gran parte de la producción intelectual vive y se acomoda a las ideas cardinales de la nueva filosofía. Por más que una mentalidad no es superior ni inferior a otra

mentalidad, puesto que son dos naturalezas distintas, puede ocurrir que una mentalidad vibre con tanta energía que absorba a otra mentalidad más débil, cuyas obras entonces seguirán a la mentalidad que le ha absorbido.

Este hecho es muy común entre los jóvenes de razas con una cultura pobre. El afán de la juventud por aprender es tan grandes, que todo le parece bueno, y todavía mejor si posee un aspecto exótico. El carácter generoso de los jóvenes, su ímpetu y valentía unidas a la imprevisión, les lanzan en medio de la mezcla, con gran alegría y nada de repugnancia. Y no es únicamente la euforia lo que determina las ganas de volar lejos, y el considerar que la cultura propia, la tradición, huele a rancio. Una razón profunda, independiente de la voluntad, ligada a la evolución humana, provoca estos estallidos de protesta contra la producción intelectual de la propia raza, y de atracción por las cosas extranjeras. La inteligencia, anterior a la mentalidad, corresponde a la adolescencia y juventud, y es común en toda la humanidad. Sólo más tarde surge la mentalidad inserta en las razas, como resultado de un proceso de especialización. Cada segmento de la línea de la vida representa una fase abreviada de la historia humana y racial. Por eso la mentalidad no se manifiesta hasta la edad madura. El perenne conflicto entre jóvenes y viejos es la expresión renacida de las dos grandes potencias cognoscitivas: la inteligencia y la mentalidad. El joven madura necesariamente mientras que el viejo no vuelve a la juventud, por lo que a pesar de que el joven se resiste a abandonar la inteligencia, insensiblemente se mentaliza, y ningún hombre maduro o viejo se divorcia de la mentalidad para volver a la inteligencia, ya que esta evolución es irreversible.

El joven importa modas, esto es, cosas efímeras. Ya sean de filosofía, de literatura o de arte, a veces los jóvenes las admiran y respetan como algo de valor trascendental. Pero estas cosas pasan. Las perdurables son las que no postulan transformaciones esenciales, esto es las de orden mental.

Una raza *racializada* puede verse afectada por la pérdida de energías de una juventud que se despista por el mundo de la inteligencia o por las mentalidades foráneas. La educación no debe aplicarse sólo a niños y adolescentes; también a la etapa más importante de la vida. Son los hombres maduros, y no los niños y los jóvenes, los que conducen la vida social y política. Debe racializarse la educación, lo que no supone aislamiento intelectual. En todas las ciencias, los estudios comparados comienzan cuando se adquirido la seguridad de un punto de referencia. Los jóvenes que se dejan llevar por su instinto biológico comienzan a comparar cuando todavía ignoran qué son y adónde van.

Este inconveniente al que aludimos se convierte en una ventaja para las razas vencidas y adormecidas. En éstas, como el estímulo es difícil que surja de ellas mismas al carecer de conciencia racial, la juventud es el único elemento social activo que forzosamente importará el estímulo externo, puesto que los hombres maduros no mentalizados llevan una vida aletargada. El joven no busca el estímulo que desvela la raza, sino que llega a la raza como a otra moda cualquiera. La naturaleza de la moda importada junto con el inconsciente, y no la intención de los importadores, es la que despierta a la raza adormecida. El romanticismo fue una de las modas importadas hace cien años, y a él le deben muchas razas su renacer. Por paradójico que parezca, la moda actual que estimula directamente o de rebote el sentimiento racial, es el comunismo.

4.

Herencia y mendelismo

La desigualdad de las razas es evidente, y lo es también la diversidad de los individuos de una misma raza. Pero mientras que las diferencias entre las razas son irreductibles, las que separan a los sujetos de una misma raza son únicamente cuantitativas.

Una raza puede poseer muchos o pocos hombres muy capacitados. El interés de las razas es, naturalmente, poseer un buen conjunto de individuos destacados. Los autores que han estudiado la mejora de los pueblos o razas, además de proponer medios externos (educación, higiene, alimentación, etc.), han indicado también algunas reglas derivadas de la herencia, o del

mendelismo, para así aumentar las propiedades de la raza, sin necesidad de recurrir a elementos extraños, conservando así toda su pureza.

Los ingleses han sido modernamente los primeros que se han ocupado de la mejora racial humana. Y esto se produjo (o al menos estuvo influido) por efecto de las investigaciones ganaderas, que tanto provecho les produjo. A principios del siglo XIX, cuando todavía la ganadería era la principal riqueza de Inglaterra, algunas de sus razas bovinas y lanares habían sido tan mejoradas, que causaron una gran admiración entre los ganaderos más capaces de todo el mundo. Una gran parte de estos magníficos resultados se debían a la herencia, al haber logrado que ciertos caracteres excelente se transmitiesen de forma regular a la descendencia.

La mejora racial del ganado es sencilla. En cuatro generaciones las mejoras se comprueban de tal modo que toda duda se disipa. Sólo es preciso escoger al mejor macho y a las hembras mejor dotadas. Los hijos se reproducen por consanguinidad de primero o segundo grado, y así sucesivamente. Este método de reproducción va acompañado de la alimentación y el ejercicio más adecuado. Esa es la historia resumida de la mejora de la ganadería inglesa.

Los autores que se han ocupado de la mejora de ciertas razas humanas desearían aplicar, en la producción humana, métodos más o menos semejantes a los utilizados con las razas animales. Querrían realizar una selección: que el zapatero se casase con la zapatera, el normalista con la normalista, el pintor con la pintora, esto es, un régimen de castas más abundante que los hace unos siglos, pero más restringido dentro de la propia casta. Las observaciones que hizo Vetham prueban que este propósito es realizable, puesto que muchos linajes escogidos transmiten durante muchas generaciones de forma duradera, sus caracteres superiores¹⁹⁶. La Oficina eugenésica de Nueva York estudió algunas familias de músicos y literatos, y puso de manifiesto la importancia de la herencia. De 643 muchachos, hijos de padres con buena capacidad literaria, el 93 % heredó esa aptitud. En lo referente al talento musical, de 202 hijos de 48 matrimonios, 81 mostraban un talento excepcional, 120 eran buenos músicos, y sólo uno era malo. Al revés, en cuatro familias en las que los padres no poseían aptitudes musicales, de sus 29 hijos ni uno solo manifestó aquella aptitud¹⁹⁷. Se podrían citar muchos otros ejemplos. Los eugenistas no aportan ninguna novedad a lo constatado desde siempre. Todos saben que, por regla general, la unión de dos temperamentos nerviosos da un hijo igualmente nervioso, y que el matrimonio con la misma tara o idénticas cualidades, transmite la predisposición o el hecho a casi todos sus hijos.

Una raza que siguiese las recomendaciones eugenistas aumentaría seguramente el número de individuos destacados. Pero ¿muchos músicos hacen un buen músico? El hombre notable, o más concretamente el superhombre, no es el resultado de la tares progresiva y expresa de unas cuantas generaciones. Los estadistas o políticos distinguidos no ha surgido únicamente de la nobleza, la cual durante muchos usufructuó la política de forma exclusiva. Los grandes filósofos, músicos, sabios, literatos, no provienen de generaciones seleccionadas. La valía de las razas va unida a los grandes hombres que han producido. Las medianías no cuentan. Los eugenistas acumularían en la sociedad músicos mediocres. El valor de una raza no cambia gran cosa multiplicando el número de medianías, que es todo lo que puede producir la eugenesia.

Por otra parte, si la selección se hace más estricta, su repetición la reduce numéricamente, y acaba por interrumpirse. El profesor Cartell compuso una estadística que incluía a 917 sabios americanos hijos de familias formadas por 4'66 hijos de media, mientras que las familias por ellos formadas eran sólo de 2'22 hijos de media. En una sola generación la fecundidad de estos linajes se reducía a menos de la mitad. Fahlenbeck ha estudiado 433 familias nobles de Suecia. El 45 % se han extinguido descendencia masculina, quedando soltero el último barón; el 39 % antes de 21 años; el 1 % por matrimonios infecundos; y sólo el 5 % se reprodujeron, pero por descendencia femenina¹⁹⁸.

196 *Heredity and Society*, 1912.

197 G. Poyer: *Les Problèmes généraux de l'Hérédité psychologique*. París 1921.

198 Edwin Grant Conklin: *L'Hérédité et le Milieu*. Pág. 257, traducción francesa.

La eugenesia se atribuye una doble función: la de mejorar directamente por medio de la selección, y la de eliminar los sujetos susceptibles de producir anormales o tarados. La idea no es nueva. Platón no deseaba otra cosa al exponer que «según nuestros principios, sería preciso que predominaran las uniones entre hombres y mujeres escogidos, y que que fuesen muy escasas las de sujetos menos estimables de ambos sexos. Es más, habrían de criarse sólo los hijos de los primeros, y no los de los otros, si se quiere obtener una descendencia escogida.»¹⁹⁹ Estas propuestas de Platón fueron practicados radicalmente por Esparta.

La obsesión eliminatoria ha influido en algunas legislaciones. El primer lugar en el que se autorizó legalmente el impedir la reproducción de los sujetos anormales. En Estado de Indiana, en 1887, recomendaba la esterilización de criminales incorregibles, imbéciles y alienados. Al cabo de ocho años se habían realizado más de trescientas esterilizaciones. Otros Estados de Norteamérica siguieron el ejemplo. Hasta 1928, diecinueve Estados yanquis han llevado a cabo diez mil esterilizaciones, más de la mitad en California. Algunos Estados europeos, sin esterilizar a los sujetos de los que se supone una descendencia nefasta, se les han puesto impedimentos para contraer matrimonio. No ha sido inútil, por lo que se observa, la actividad desarrollada por los eugenistas.

La eficacia de los métodos eugenistas es difícil de demostrar. Si por un lado las selecciones positivas no dan lugar más que a medianías, o si se prefiere, son incapaces de producir superhombres, e incluso aquellas acaban por desaparecer, es evidente que el método de la eugenesia falla. Por lo que respecta a la eliminación de sujetos tarados o anormales, sería preciso demostrar que en los Estados en que se practica se ha conseguido la disminución de sujetos indeseables, y que la moral ha mejorado en comparación con otros Estados sin acciones coactiva respecto a la reproducción.

Algunos biólogos confían mucho en el mendelismo, que descompone el individuo en caracteres o unidades, y que para que éstas se transmitan es preciso que sean de la misma naturaleza y estén igualmente representadas en los dos progenitores. Cuando no es así, ciertas unidades son dominantes o recesivas: las primeras aparecerán en la primera generación, y las otras solamente en parte de la segunda generación.

Con el mendelismo el problema hereditario quedaba solucionado muy sencillamente. Solamente hay que analizar las unidades constituyentes del individuo, y producir voluntariamente sujetos portadores de unas u otras características.

En botánica el mendelismo ha dado resultados satisfactorios. Las especies vegetales están compuestas de un número menor de caracteres que los animales superiores, pueden reproducirse de más formas, y los híbridos suelen ser fecundos. Por todo ello, el mendelismo ha sido llevado a sus últimas consecuencias en lo referente a los vegetales. En zoología y en animales inferiores los resultados han sido muy parecidos a lo obtenidos con las plantas. Pero a medida que el mendelismo asciende por la escala zoológica, las leyes mendelianas se debilitan. En los animales domésticos, particularmente en los uníparos, los resultados obtenidos responden o no al mendelismo. En primer lugar, disminuyen la separación entre las diferentes razas bovinas y equinas desde el punto de vista taxonómico y reproductivo. En botánica la reproducción se practica correctamente entre especies; en zootecnia, las especies han de ser del mismo género, y su descendencia es por lo general estéril. En el ganado, los caracteres o unidades no son tan claros como en las plantas, y es difícil o imposible mantenerlos en la descendencia. Cuando el mendelismo se aplica a razas diferentes de la misma especie, los resultados no coinciden en los distintos investigadores.

Solamente para poner en marcha la herencia mendeliana, esto es, para descubrir por ejemplo el homocigoto puro (carácter doble y transmisible a la descendencia) de la especie bovina, se necesitan al menos tres generaciones, una paterna y dos filiales. Además, en la especie bovina se calcula que los homocigotos obtenidos en la primera generación tendrán una proporción de 1:16. Ahora bien, al ser necesarios un macho y una hembra, se precisarán dos homocigotos, para lo que se

199 Platón: [*La República*](#), libro V.

habrán requerido un mínimo de 32 madres y un padre de la filial primera, que engendran 32 terneros, o sea 2:32. En la segunda generación, 64 madres, y en la tercera 90. Y éste es el procedimiento más rápido. Pero la cosa se complica con el descubrimiento de los neomendelistas: hay caracteres que se mezclan en presencia de otras unidades. También se ha observado que unos caracteres excluyen a otros, o que se inhiben por completo. Para obtener homocigotos puros el mejor método es el cruzamiento. Las diferencias entre determinadas razas bovinas permiten apreciar sus propios caracteres.

El mendelismo no se puede utilizar como método para mejorar la raza humana. Supondría, por muy rápido que se quisiera aplicar (más o menos un siglo), el sometimiento de una raza o parte de ella a un régimen polígamo, el cruce con otra raza de caracteres antagónicos, y la prohibición de reproducirse a aquellos individuos que no porten el carácter deseado. Para obtener un hombre *completo*, esto es, dotado de la suma de caracteres de que consta una raza, las dificultades serían enormes, por no decir imposibles. La única solución sería simplificar. Entonces el carácter pintor ocultaría el resto de caracteres, y se producirían por tanto hombres de carácter único: pintor, músico, filósofo, peón... Si se pudiera realizar, el método no funcionaría mal, a condición de destruir totalmente el carácter *protestón*, puesto que si no, el limpiabotas reclamaría porque no le habían hecho banquero.

5.

El progreso en masa

Si los métodos de selección conservadora y progresiva han resultado positivos en la ganadería, se debe a la enorme reducción del número de ascendientes. Por regla general, ahora y siempre, la proporción entre machos y hembras reproductores ha sido un promedio de 1:30. El número de reproductores afecta a la descendencia, aunque se acorta notablemente cuando se acude a la consanguinidad.

En las razas humanas monógamas, el número de ascendientes alcanza en pocos siglos una cifra fantástica. En quinientos años, dice Conklin, contando veinte años por generación un individuo tendría dieciséis millones de antepasados.

Si se tiene presente nuestra teoría del atavismo, esto es, que el atavismo es la regla y no la excepción, se comprenderá mejor cómo la formación de linajes especializados ha sido imposible. Un linaje especializado no consiste en unos pergaminos que registren los nacimientos de una determinada familia fisiológica, sino el mantenimiento sin discontinuidades de unas mismas aptitudes o facultades. Muchas de las familias reales pueden exhibir documentos de ese tipo, pero ni una sola constituye un linaje que conserve los mismos méritos que las pasadas generaciones atribuían a sus fundadores a o a algunos de sus descendientes.

El carácter general del hombre se compone de las diversas aptitudes de la propia raza. Una de estas aptitudes puede sobresalir sobre las demás, lo que da lugar al músico notable o al comerciante con empuje. Una pareja de la misma raza, que posean las mismas aptitudes relevantes, puede engendrar hijos con las mismas o mejores aptitudes que los padres, siempre que éstas no sean demasiado destacadas, puesto que la probabilidad de su transmisión se supedita en razón inversa a su altura. Y es que el carácter general de los hombres se opone a que se perpetúe cualquier especialización, la eliminará entre el padre y el hijo cuando esté demasiado acentuada, y volverá al carácter general de mezcla de aptitudes, del mismo modo que los hijos de padre y madre muy altos suelen ser de estatura mediana. Es imposible constituir linajes especializados; los linajes no existen más allá de los pergaminos; es falsa la conservación de ciertas propiedades en estos linajes; y no se han podido establecer selecciones dirigidas como en el ganado. En la raza la constancia o herencia es la ley; en el individuo la variación es la norma.

El valor más perdurable de una raza es el genio o superhombre. Se desconoce en qué condiciones particulares se produce, e incluso cuál es su naturaleza. Según lo expuesto en este libro, se puede deducir que el genio no es de naturaleza diferente a la de la raza a la que pertenece, sino

que es con toda seguridad un patriarca de la misma. El genio, por su esencia, está *super-racializado*; su obra se compone de los materiales de su propia raza. Sencillamente, el genio no es de naturaleza cualitativa, sino cuantitativa. El genio es una suma, el conjunto aumentado de los factores que concurren a una de las aptitudes de su propia raza. Esta suma, sin embargo, no puede realizarse en muchas generaciones escogidas porque cada nueva generación tiende a la media general de la raza. El genio, entonces, surge por una acumulación de sumandos ontogénicos con independencia de cualquier previsión, que reúnen y disponen armónicamente porciones dispersas por cualquier parte, en pequeñas síntesis de las diferentes aptitudes raciales, en una misma construcción, de tal modo que el genio al actuar hace presentes todos los caracteres raciales al hacerlos converger en la forma particular de manifestarse.

A poco antigua que sea la cultura de una raza, la formación de genios no es excepcional, a pesar de las condiciones especiales requeridas. Lo excepcional sería, más bien, que cada generación no produzca superhombres, puesto que toda raza contiene durante toda su existencia los factores de que se ha de servir para encumbrarse, aunque también los factores que causan su abatimiento. Por tanto, el problema de la aparición de genios no es únicamente ontogénico, sino que depende también de la vida social. Los genios no se manifiestan en la decadencia de una raza, sino cuando la raza muestra su empuje, y no son los genios los que dan impulso a la raza, sino la raza a ellos. Por si el genio es en esencia y en potencia un hombre bien *racializado*. De la raza, de la acumulación de grupos estructurados, recibe su particular constitución; del estado social de la raza, la fuerza que le obligará a manifestarse.

Acabamos de ver que no son posibles los linajes que conserven una aptitud; que no es factible aplicar a las razas humanas los métodos de la escuela genética; que es dudosa la mejora de la raza por medio de la eliminación de los peores; y que es imposible determinar la aparición de genios por el aumento de cualidades en cada generación.

Todas las cualidades, todos los defectos de una raza están siempre presentes; estas cualidades y defectos pueden mostrarse o no, aumentar o disminuir, pero permanecen eternamente en la misma naturaleza. Una mejora radical de las razas es imposible, como también lo es una degradación absoluta.

Sin duda resultaría provechoso al escoger esposa, el dejarse llevar por las *afinidades electivas*, a pesar de que no existen pruebas de que los hijos de una pareja enamorada sean superiores a los nacidos de matrimonios de conveniencia. Será conveniente que el músico busque mujer entre sus compañeros, y que el joven con salud o sin ella quiera una esposa sana. En consecuencia, la raza obtendrá un mayor número de personas enamoradas, músicos y gente saludable. Pero a pesar de estas prácticas se continúen durante muchas generaciones, la raza no quedaría falta de escépticos del amor, de gente con mal oído, de enfermos. Sencillamente se produciría una cierta reducción de los valores negativos en relación con cada aptitud determinada.

El valor positivo de una raza no depende de las terceras y segundas categorías de una aptitud, sino de las primeras y de las excepciones, que son los genios. Genios y primeras categorías no vienen determinados por la genética o por la unión de progenitores de iguales aptitudes. Por tanto no merece la pena aconsejar o condicionar los matrimonios, y menos aun que los determinen las leyes.

Es cierto que hay un porcentaje elevado de probabilidades de que los padres que sufran la misma o parecida tara la transmitan al hijo, y en este caso si que es conveniente desaconsejar el matrimonio, pero no prohibirlo. Si hubiera existido una legislación sanitaria que impidiese el matrimonio de tarados, Beethoven, hijo de padre alcohólico y madre tuberculosa, no habría nacido. Tampoco tendríamos a Voltaire, que él mismo reconoció que toda su vida fue un bote de boticario, a causa de que sus padres no estaban sanos y además eran demasiado jóvenes²⁰⁰. La lista de valores de primera categoría, hijos de padres a los que los eugenistas habrían impedido casarse, sería muy extensa.

200 Ferdinand Brunetière: *Etudes sur le XVIII^e siècle*, pág. 42.

El soma es del individuo y de la sociedad; la reproducción es de la raza. Nadie sabe con seguridad qué pueden producir los órganos de un cuerpo enfermo. Se deben reprobar las leyes que condenan a la esterilización. Al contrario, sería deseable que todos los sujetos se reprodujesen al menos tres veces. La raza no sufriría por la carencia de una legislación sanitaria matrimonial, porque al igual que la tendencia a la medianía impide acumular aptitudes idénticas en cada generación, en lo patológico se produce algo semejante. Todos los individuos excesivamente tarados desaparecen prematuramente, y si sus hijos son portadores del mismo mal con análoga intensidad, su vida aun será más corta que las de sus padres. La raza, de este modo o por la infecundidad, practica una verdadera autoeliminación.

La mejora de una raza es limitada, porque genéticamente el progreso no llega muy lejos, como ya hemos visto. En cambio, la acción del medio es muy importante. Un individuo predispuesto a la tuberculosis por herencia o por constitución, si se encuentra en condiciones higiénicas favorables no se ve afectado; en caso contrario, le mata. Otro individuo con talento, si se ve obligado a trabajar manualmente durante toda la jornada, sólo podrá manifestar una pequeña parte de su intelecto. Aquel sabio de primera categoría, que ya lo era al acabar la carrera de médico o ingeniero, no habría podido manifestarse sin las condiciones apropiadas. Los genios de cada raza, ya se habrían manifestado en generaciones anteriores si hubiesen gozado de las condiciones que lo permiten. Las condiciones apropiadas del medio ambiente representan la fuerza que mueve a los valores raciales.

¿Una raza mejorada puede mantenerse a ese nivel durante mucho tiempo? Para responder a esta pregunta sería necesario poder experimentarlo. Los historiadores citan numerosos pueblos o razas que degeneraron tras haber alcanzado una posición elevada. Pero hay que tener en cuenta a los historiadores. Son los vencedores los que siempre escriben la historia, y el orgullo, la conveniencia y la venganza les hace mentir al referirse a las características de la raza vencida. Lo realmente cierto es que las razas mejoradas que han dejado de serlo no lo han hecho voluntariamente, sino a causa del imperialismo. Y puesto que no existe ninguna experiencia sobre la duración de una raza mejorada, resulta problemático todo lo que se pueda decir.

En resumen, la mejora de una raza depende en primer lugar de su estado de pureza, y después de los estímulos adecuados para llevar una vida dinámica. Las cualidades de una raza, siendo propias de todos sus individuos, no justifican la prohibición de la reproducción a ninguno de los que la componen. La mejora ha de producirse masificada, y ha de prestarse atención al medio ambiente de cada individuo.

VII.

La reconstitución

1.

El método

Son escasas las razas que constituyen por sí mismas una nación. La mayoría de las naciones se componen de más de dos razas, y la mayoría de las razas forman parte de una o más naciones. Históricamente, la mayoría de las razas nunca se han organizado como nación.

Y no obstante, si la raza influye, si la raza acaba siendo, como ocurrirá necesariamente, la base única por la que se forman las naciones, será preciso reconstituir las razas para que, liberadas, puedan dar su máximo rendimiento.

Si en lugar de observar y analizar los hechos nos fiásemos de lo que sostienen los sociólogos y los políticos, no hallaríamos a la raza en ningún sitio, porque según ellos es una noción tan imprecisa que ha de desestimarse. Buena parte de la culpa la tienen los antropólogos que encerrados en sus métodos morfológicos no han sido capaces de descubrir lo que muestra un sencillo examen.

Sin embargo, las razas existen, y son y representan lo más irreductible e invariable que posee la humanidad. Son las razas las causas de la diferenciación cultural y del estímulo viviente que al competir origina el progreso.

El descubrimiento de una raza, su núcleo y su extensión, no tiene nada de difícil. Donde hay una cultura hay una raza. Una cultura propia es independiente de los accidentes geográficos, de la lengua, de la edad y de la política. Una cultura especial no se detiene ante sierras o riberas, ni teme pasar el mar. Sólo otra raza constituye una barrera para una cultura.

La lengua de un pueblo, que habitualmente se debe a muchas influencias, es el signo de la imposición de una raza vencedora. La lengua y la cultura no van unidas necesariamente: si lengua y cultura se confunden en las razas vencedoras, en las razas vencidas suelen ser dos cosas diferentes. La lengua en relación con la cultura racial es un accidente, cuando aquella no es creación de la raza. En la determinación de la extensión de una raza, no hay que detenerse con los límites lingüísticos, sino con los que marquen la presencia de otra cultura.

Las culturas, que son la flor y el fruto de las razas, expuestas a todas las adversidades del régimen imperialista, no son permanentes. Para surgir las culturas necesitan que las razas que las originan vivan en libertad, o que a pesar de estar dominadas, sean tan orgullosas que su vigor, además de pagar las imposiciones del vencedor, puedan todavía atender a sus necesidades mentales. La raza no deja de existir por el hecho de que su cultura sea algo del pasado, y lleve tiempo sin dar frutos.

También sería un error el señalar los límites de la raza por medio de las divisiones políticas. El mapas de los estados o naciones es el resultado del juego del imperialismo. Las culturas son esencialmente indiferentes a la política, y si bien una política racial las desarrolla, es sin embargo incapaz de crearlas. El límite de una cultura es el choque contra cultura.

La cultura puede ser natural y racial, o superpuesta. La distinción entre estos dos tipos de culturas es sencilla. La cultural natural es propia; la superpuesta tiene un origen extraño a la raza. Aquella vive por sí misma; la potencia vital respecto a la de origen exótico está en razón inversa del vigor de la raza autóctona. La cultura exótica arranca con una imposición, que puede subsistir después por una aceptación pasiva, y constituir un ejemplo de servidumbre colectiva de la inteligencia, al contrario de la cultura indígena, que es efecto de la libertad.

En las razas disgregadas por el imperialismo se observa un fenómeno curioso. La mentalidad, a veces, no se despliega con toda su envergadura, y todavía peor, se desvía. Y de ahí resulta que no habiéndose realizado con plena libertad los procesos mentales, muestras sus obras inacabadas, como si les faltase un empuje, o bien, lo que es más doloroso, dan la impresión de que han alcanzado la cima, y entonces, casi siempre, el resultado contradice la naturaleza de la mentalidad, y se muestra como una añadidura exótica.

Este inconveniente no impide discernir la raza. En la mentalidad, uno de los elementos más constantes es el modo de expresarse. De dos hombres de la misma raza, uno preferirá el color azul, el otro el rojo. Por opuestos que sean sus gustos o las ideas que representen esos colores, los dos se reúnen como iguales en la manera de interpretar sus preferencias. El mecanismo es superior al resultado, porque aquel es puramente racial, mientras que la obra y su finalidad pertenecen al dominio de la variación individual.

Todas las razas poseen un núcleo irreductible desde el que parten los movimientos de expansión cultural, y en el que las influencias exóticas encuentran el máximo de resistencia. A partir de este núcleo y en todas direcciones, ha de extenderse hasta topar con la muralla de otra cultura, pues allí comienza otra raza. Del núcleo a la muralla puede darse cierta diversificación, más o menos pronunciada, de modo que se llegue a dudar en algunos casos si uno o más grupos pertenecen a la raza en cuestión o a otra distinta, y también si constituyen por sí solos una raza propia. El análisis particular de la cultura de este grupo será el que lo dictamine. Si el grupo se encuentra en estado silencioso, habrá que localizar su último momento de actividad y compararlo con las culturas de las razas que lo rodean; si la actividad es actual y pura, esto es, que se enlaza con

otras culturas pretéritas, teniendo en cuenta los posibles mestizajes, la resolución del problema no ha de suponer grandes dificultades. En un mismo árbol puede haber ramas muy distintas, pero por diferentes que sean, no pueden ocultar su naturaleza. Los injertos son demasiado visibles para pasar desapercibidos.

2.

El ejemplo

Entre los muchos ejemplos posibles de reconstitución de una raza, escogeremos uno que no es de los más sencillos, sino de aquellos que podrían calificarse de complejos.

El ejemplo escogido es el de una raza negada o ignorada por antropólogos, sociólogos y políticos; no ha formado nunca un solo Estado o nación, sino que los diversos segmentos que la componen han constituido múltiples Estados independientes y a veces autónomos; una raza que en la actualidad, aparte de una minúscula república medio independiente, se encuentra repartida entre dos Estados asimilistas. Esta raza habla indudablemente una sola lengua, que se ha dialectizado en algunas comarcas y en otras se usan las de las razas vencedoras. El territorio que ocupa la raza del ejemplo cuenta con grandes cordilleras y ríos caudalosos, que vierten sus aguas en distintos mares, y ocupa además un archipiélago. Además esta raza, por su constante disgregación es considerada como parte de otras razas. Para acabar, sus ideales inmediatos, la economía, todo lo que hay en la superficie de la vida social es diferente e incluso opuesto en muchas porciones de la raza.

Los hombres de esta raza tienen unas características morfológicas que los antropólogos no han reconocido, una vida particular que los sociólogos no han advertido, unas aspiraciones que los políticos no han recogido o que sencillamente han denegado. Aquellos que han establecido como fronteras las altas cordilleras, los caudalosos ríos o el mar, han descubierto que para mantener dividida la raza aquellas son altas o bajas, los ríos poco o muy caudalosos, y el mar no cuenta para nada. Los historiadores constatan que la convivencia secular de los diversos sectores de la raza en los Estados a los que se encuentran adscritos, constituye un argumento de peso para ahorrarse reprocharles nada.

Pues bien; a pesar de todas las apariencias negativas, a pesar de todas las razones que puedan dar los antropólogos, sociólogos, historiadores, políticos, economistas, geógrafos, la raza existe. Esta raza es la raza catalana. El área geográfica de la raza catalana ocupa el Limousin, parte de Guyena y Gascuña, el condado de Foix, el Languedoc, Auvernia, Provenza, Condado Venaissin, Condado de Niza, Rosellón, el Principado o Cataluña estricta, Andorra, zona pirenaica y parte del Bajo Aragón, Valencia, una parte de Murcia y las Baleares.

Llamar al conjunto de todos estos pueblos con el nombre genérico de raza catalana se debe al hecho de que entre todos sus componentes una parte de la región del Principado es la que se ha diferenciado más persistentemente, la que presenta más homogeneidad entre todos, la más irreductible a las influencias exóticas, y por último, la que ha creado una cultura propia en los últimos períodos ya muy evolucionados de la prehistoria, lo que se repite en la edad media; además, modernamente ha sido la primera en renacer.

Los límites precisos no pueden establecerse actualmente por falta de materiales, porque las investigaciones son todavía muy incompletas. No obstante, el área geográfica señalada encaja con el método expuesto, por lo que confiamos en que, cuando las ciencias hayan progresado suficientemente, poco habrá de cambiarse de la extensión atribuida a esta raza.

3.

El sincronismo

Los diversos segmentos de que se compone una raza son activos o pasivos, pero con diferente intensidad. La duración de la pasividad varía según la acción del imperialismo en los diversos sectores de la raza. Cuanto más fuerte ha sido la acción imperialista, más tarda en manifestarse el

desánimo. En el caso de la raza catalana, el imperialismo ha sido más duro y persistente en las regiones al norte de los Pirineos que en las situadas al sur. Por esta razón el despertar racial en la edad media, precisamente cuando se percibe su arranque en aquellas regiones, está más adelantado en Valencia y Mallorca, y en la Cataluña estricta el sentimiento racial toma tal empuje que determina una cultura y una política.

Los despertares raciales comienzan siempre con la manifestación cultural más próxima a la naturaleza, el arte. La literatura y la música, principalmente, unen el lamento y el grito de forma vivaz. La insistencia en una idea o un sentimiento, a la larga provoca la acción. La política es la acción correspondiente a la fase que sigue al arte, cuando éste se manifiesta intensamente. Con la política aparecen otras necesidades: forman parte de una vasta e integral cultura que satisface plenamente la función mental.

En la raza catalana se dan actualmente todas esas manifestaciones. Mientras que en la parte citada de Aragón todavía no ha aparecido ninguna señal de aliento, en la Cataluña estricta impera la plenitud, la política y el avance hacia una cultura integral. En las regiones ultrapirenaicas, algunas están como Aragón; otras muestran avances en lo artístico. Valencia y Mallorca no tardarán mucho en pasar a la etapa política.

Cuando el núcleo racial ha iniciado su despertar, su vibración repercute en toda la raza. En unas regiones afecta solamente a pequeños grupos; en otros conmueve únicamente a un individuo, pero con tal intensidad que sobrepasa la fuerza de la totalidad de los grupos. Son superhombres estos individuos aislados, de los que son ejemplo Mistral en Provenza y Costa en Aragón.

Los superhombres de una región que inconscientemente, por el alejamiento del núcleo racial, perciben la vibración de la raza, no se limitan al lamento, sino que con una sacudida abrazan las dos fases, la del arte y la de la política. Mistral, literato, es reclamado por la política; Costa, gran polígrafo y orador, consagra su actividad a la política. Mistral, gracias a la lengua, se considera diferente y habla de la raza; Costa, al no poseer este instrumento de diferenciación, apenas particulariza sus proyectos.

El despertar de una raza es sincrónico, se manifiesta por todas partes, y tiene por lo general una tendencia a la acción, de tal manera que el desarrollo de la primera fase será tanto más breve cuanto más vibre el núcleo iniciador del renacimiento, y cuanto más potente sea éste, más relevantes serán los superhombres que surgen, incluso en las regiones en las que la vibración racial sea nula. En estos últimos años, mientras el Principado colmaba la política española, Mallorca suministra a Maura, uno de los políticos más notables de España; Pams, del Rosellón obtuvo la mayoría en las dos primeras votaciones para la presidencia de la República francesa; Jaurés, languedociense, se convierte en una figura universal. La guerra europea descubre al general Joffre, del Rosellón; a Gallieni y Foch, de Gascuña; Doumergue, actual presidente de la República, del Languedoc. Hace setenta y cinco años, cuando la Cataluña estricta comenzaba a despegar, con los Pirineos y Mallorca, no contaban para nada ni en el propio país ni fuera.

Durante los últimos veinte años, en cambio, la raza catalana ha producido más cultura y han surgido más hombres notables que en los cuatro siglos decadentes que les precedieron.

4.

La cultura

Como ya hemos señalado, la mentalidad es la característica primaria de las razas, y su manifestación principal es la cultura. La cultura, valor racial, ha de ser propia y diferente de las demás culturas.

En la raza catalana se puede observar que a través del tiempo, sin tener en cuenta las invasiones y sus consecuencias, existe una persistente cultura diferenciada.

La prehistoria del Principado, como la de todas partes, muestra una continuidad muy importante. Los datos arqueológicos, por más incompletos que estén, corroboran nuestra tesis. Veamos un breve resumen.

El paleolítico inferior está representado en el Principado por los sílex encontrados en el abrigo Romaní de Capellades²⁰¹.

Respecto al paleolítico superior se han hallado restos solutrenses en Cau de les Goges, de San Julián de Ramis, con herramientas de gran calidad, y restos magdalenenses en la Bora gran d'En Carreres, de Serrià, con sílex, arpones, agujas y dibujos decorativos. El arte rupestre está representado en Cogul, Tivisa y Vandellós²⁰².

Del epipaleolítico o etapa de transición al neolítico, llamado por algunos autores mesolítico, no se conoce ningún material.

De un periodo indeterminado del neolítico son, según el profesor Bosch-Gimpera, las pinturas de figuras humanas esquemáticas del mas Llord en Tarragona, y de Espolla y Capmany en el Alto Ampurdán. Pueden considerarse como las últimas muestras del arte rupestre.

El neolítico final aparece en el Principado en dos culturas distintas: en la región pirenaica se caracteriza por la llamada cerámica de las cuevas, y en el resto por la civilización argárica o de Almería. En el mismo período surge un hecho importante: la aparición de la cultura megalítica.

El eneolítico se puede considerar como el perfeccionamiento del período anterior.²⁰³

La edad del bronce no ofrece nada característico.

En la primera edad de hierro se constatan dos civilizaciones: una, la de la costa, hallstática, y otra, en el interior, arcaica. En la segunda edad de hierro aparece al sur y al oeste de Cataluña la cultura ibérica.

Adelantemos, por ahora, que la cultura prehistórica típica del núcleo racial catalán está constituida por el material solutrense, del paleolítico superior; por un período de la cultura de las cuevas y el megalitismo al final del neolítico y principios del eneolítico.

Aparte de estas manifestaciones, el núcleo racial permaneció encogido y sin producir gran cosa, o bien sometido totalmente a las influencias exóticas. Será preciso estudiar estos hechos, al igual que las relaciones del núcleo con los demás componentes de la raza. Pero antes es preciso que nos centremos en la antropología.

5.

La raza

Los fósiles más primitivos que se conocen son la mandíbula de Mauer (Heidelberg) y la mandíbula y una pequeña parte del cráneo de Pildtdown²⁰⁴, restos que corresponden al paleolítico o pleistoceno inferior.

A continuación vienen los fósiles que se agrupan como neandertales (*Homo primigenius*), correspondientes al musteriense, en el pleistoceno medio. Por los numerosos restos óseos que se han encontrado, y lo distantes unos de otros (Gibraltar, Malaynaud, Chapelle-aux-Saints, La Quina, Denisa, Spy, Krapina, etc.) se piensa que los neandertales ocupaban toda Europa. El núcleo racial catalán cuenta con la mandíbula descubierta en Bañolas en 1887 por Alsius. Este fósil ha sido estudiado por varios sabios: Obermaier afirma que pertenece al musteriense; pero Boule manifiesta algunas reservas respecto al carácter neandertal de la mandíbula²⁰⁵, mientras que Sergi es concluyente: La mandíbula de Bañolas puede considerarse como un testimonio morfológico de la presencia de Neanderthal en Cataluña.²⁰⁶

Los caracteres antropológicos del tipo Neandertal son resumidos los siguientes: estatura, 1:55 metros, cuerpo ancho, piernas cortas, postura vertical incompleta, cabeza grande, mandíbulas potentes con un mentón apenas iniciado, dientes grandes, arco supraorbital muy voluminoso y

201 Los restos más antiguos se clasifican actualmente en el paleolítico medio.—Nota del traductor.

202 Son posteriores, del epipaleolítico las más antiguas.—Nota del traductor.

203 P. Bosch-Gimpera: *Prehistòria catalana*, pág. 59.

204 El famoso fraude, por entonces clasificado como *eoanthropus dawsoniensis*.—Nota del traductor.

205 *L'Anthrop.*, 1916, pág. 149.

206 *Rivista di Anthropologia*, 1918.

destacado, cráneo aplastado, conformación cerebral muy primitiva o simiesca. El tamaño del cerebro es considerable, puesto que su capacidad craneal alcanza los 1.400 cm³, pero como señala Boule²⁰⁷ al estudiar el encéfalo neandertaloide de la Chapelle-aux-Saints, carece de la organización que caracteriza a los hombres posteriores.²⁰⁸

A finales del musteriense o principios del auriñaciense (paleolítico superior), otro tipo convivía con el anterior y lo sustituyó. Es el tipo de Grimaldi. Los fósiles de este tipo se encontraron en Grimaldi, cerca de Menton, en la Cueva de los Niños. Sus características anatómicas son, según Boule²⁰⁹: cráneo muy alargado, de gran capacidad (1.580 cm³), cara ancha, nariz platirrina con orificios a cada lado del tabique nasal, como los negros, mandíbula robusta, prognatismo alveolar. Muchos de sus caracteres son negroides, del mismo modo que la verticalidad del íleon, la curvatura de la cresta ilíaca, y las dimensiones reducidas de la escotadura ciática.

L. Peringney²¹⁰ considera al tipo de Grimaldi muy afín a la raza bosquimana, y Boule piensa lo mismo²¹¹. Pero Verneau niega cualquier relación entre el tipo de Grimaldi y los bosquimanos²¹². Hay unanimidad en que los fósiles de Grimaldi no son exactamente negros, sino negroides. Es completamente humano, esto es, no presenta ningún carácter primate. Este tipo, junto con todos los posteriores, forma el *Homo sapiens*.

El tipo de Cromagnon (cerca de Ezyes, Dordoña) es muy abundante en Europa occidental: además de en varios lugares de Francia, se han encontrado cráneos en Bélgica, Moravia, Alemania e Inglaterra. Se caracteriza por su gran capacidad craneal (1.590 cm³) bóveda del cráneo elevada, arcada superciliar poco marcada, cara alargada, pómulos prominentes, mentón triangular, estatura elevada, 1,82 m.

El último tipo conocido del pleistoceno superior es el de Chancelade, del que se posee un número menor de fósiles. La frente es abombada, alta y ancha, la cara alargada, la nariz larga y estrecha, barbilla saliente. Su capacidad craneal es de 1.710 cm³. La estatura, 1'55 m.

Los tipos de Grimaldi, Cro-Magnon y Chancelade no se han encontrado en el núcleo racial catalán, pero sí en los límites que se han señalado para la raza catalana: Grimaldi en Liguria, y Cro-Magnon y Chancelade en Dordoña.

La fase de transición del paleolítico al neolítico o época aziliana se caracteriza antropológicamente porque a Europa occidental llegan gentes braquicéfalas, de características radicalmente opuestas a los tipos del paleolítico, puesto que todos ellos eran dolicocefalos. Estos braquicéfalos se corresponden con los fósiles de la cueva de Ofnet (Baviera).

En el neolítico inicial son muy comunes los dos tipos, dolicocefalos y braquicéfalos, más allá del Pirineo.

A fines del neolítico y durante el eneolítico aparecen braquicéfalos puros en el Principado, donde la población era dolicocefala. Se han hallado entre el Segre y el Llobregat²¹³. Asimismo, en diversas localidades de la Cataluña estricta se han encontrado varios cráneos dolicocefalos del neolítico final, entre ellos los estudiados por J. Batista i Roca.²¹⁴

Los hallazgos han sido mucho más numerosos al otro lado de los Pirineos, lo que resulta natural por el gran número de prehistoriadores franceses. En todo el Languedoc, Provenza, Vaucluse, Condado de Foix, Guyena y Gascuña son abundantes los fósiles humanos del neolítico y eneolítico.

La falta de hallazgos de fósiles humanos no supone la falta de habitantes en una época determinada. En un país poblado, se ha de considerar que la población no desaparece, sino que se

207 *L'homme fossile de la Chapelle-aux-Saints*, en *L'Anthrop.*, 1908, pág. 517.

208 Los restos de la Chapelle-aux-Saints corresponden a un individuo anciano.—Nota del traductor.

209 M. Boule: *Les Hommes fossiles*, 1921, pág. 276.

210 *Transactions of the Royal Society of South Africa*, diciembre 1915.

211 *L'Anthrop.*, 1922, pág. 520.

212 *L'Anthrop.*, 1925, pág. 235.

213 J. Serra i Vilaró: *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrales eneolítiques*, 1923, pág. 86.

214 Josep Colomines Roca: *Prehistoria de Montserrat*. Se incluye un trabajo antropométrico de J. Batista i Roca.

mantiene con la misma raza anterior, con otra, o con mezclas diversas. La arqueología parece probar suficientemente que durante el epipaleolítico hubo un flujo invasor que desde el norte de África llegó hasta Inglaterra, pasando por el territorio de raza catalana.

También se sabe, a pesar de la carencia de hallazgos de cráneos, que en la primera edad de hierro se produjo una invasión de galos que llegó hasta la frontera de los layetanos, y que los indígenas catalanes entraron en contacto con fenicios, griegos, romanos, pueblos del norte y árabes.

Pues bien, con todo el material proporcionado por la antropología prehistórica, y la información de la arqueología y la historia, no es posible determinar el proceso formativo de la raza catalana. Pero los procesos son lo último en averiguarse; los resultados, en cambio, se manifiestan a la primera.

Por lo general, los antropólogos incluyen la raza catalana en el tipo mediterráneo o ibérico. Anteriormente ya se ha señalado la gran diversidad de razas que engloba cada uno de los tres tipos europeos que citan la mayoría de los antropólogos, pero ya hemos hecho notar que, por idénticos que sean todos los perales, las peras son muy diferentes.

La clasificación de [Deniker](#) atribuye a Europa seis razas principales y cuatro secundarias²¹⁵, y entre las primeras figura la atlanto-mediterránea. En esta raza principal se incluye el núcleo racial catalán y gran parte de la raza catalana.

Pittard, al ocuparse de la antropología de la Península Ibérica, dice que «la zona litoral de Cataluña y Valencia muestra los hombres más altos de España: una estatura que alcanza los 1,67 metros. Los antiguos antropólogos, ¿no habrían considerado esta talla como una influencia atribuible a la proximidad del Mediterráneo? Esta estatura mayor se extiende por diversos puntos hacia las comarcas interiores. ¿Estamos en presencia de una raza diferente de la que habita el resto de España? Deniker lo creía firmemente. Constatando que el índice cefálico de estas poblaciones, especialmente las de la costa, era más dolicocefalo que en el resto de España, crea, asociando estos dos caracteres (estatura y forma del cráneo), la raza atlanto-mediterránea, y para el resto del reino la raza ibero-insular. Los representantes de esta raza atlanto-mediterránea no se han infiltrado profundamente en España, puesto que en Aragón y Castilla la Nueva encontramos hombres de baja estatura, al igual que en las provincias del oeste.»²¹⁶

6.

La formación de la raza

La escasez de los materiales de que se dispone no permite establecer una filiación de la raza catalana, al igual que ocurre con las demás razas europeas. Carecemos de una sucesión de fósiles de formas similares que sugieran una continuidad, desde el hombre del musteriense o del paleolítico superior hasta las razas actuales. Si queremos tener una idea de conjunto sobre lo que es y cómo se ha formado una raza, esta falsa de fósiles nos obliga necesariamente a construir una hipótesis.

Una raza no es el producto, la convergencia de cierto número de características formadas en el presente o en la historia, sino que todas las razas existentes no suponen más que la última semana para un anciano. Las razas tienen un origen prehistórico, o más concretamente paleolítico. El arte cuaternario, sin embargo, no produjo ni una escultura, pintura o grabado que representase el rostro de un hombre de aquella época. En cambio, la representación artística de animales fue, en muchos

215 Deniker: *Les Races et les Peuples de la Terre*, 1926, segunda edición. [Deniker la localiza actualmente, además de en zonas de Cataluña y Valencia, en el valle del Guadalquivir, en algunas zonas del golfo de Vizcaya, en el valle del Loira, en la costa mediterránea de Francia e Italia. De esta raza surgió otra secundaria, que llama noroccidental, presente en zonas de Irlanda, País de Gales y Bélgica. (Pág. 411s.; mapa en pág. 408, reproducido en [Las razas europeas en la Antropología racista](#)).—Nota del traductor.]

216 Eugène Pittard: *Les races et l'Histoire*, 1924, pág. 134. Pittard afirma que la dolicocefalia de los habitantes de la costa está más acentuada. El autor posiblemente quería decir mesocefalia, característica comprendida en el grupo atlanto-mediterráneo de Deniker. Por otra parte, los trabajos craneométricos del Dr. Lluís Trias (*Bul de l'Associació catalana d'Antrop., Etnol. I Prehist.*, 1924, II vol.), realizados en muchachos de quince a dieciséis años, muestran la mesocefalia, característica patente de la raza catalana.

lugares, de acentuado realismo. Este realismo nos permite denunciar la persistencia hasta los tiempos actuales de razas de animales ahora domésticos que vivían en el cuaternario antiguo.²¹⁷

Si algunas razas de animales domésticos ocupan el mismo territorio que en el paleolítico, no es aventurado suponer que las razas humanas pueden encontrarse en el mismo caso. Sin embargo, la diferencia entre el caso de las razas de animales domésticos y las razas humanas es que los primeros se conservaron casi puros, mientras que las razas humanas a causa del imperialismo han sufrido numerosas y variadas mezclas.

El carácter primario en las razas animales es la morfología, y ésta, como hemos señalado, se ha conservado a lo largo del tiempo. En las razas humanas el carácter fundamental es la mentalidad. ¿Y se ha mantenido de igual modo que el carácter morfológico en las razas animales?

Si el carácter primario de las razas humanas no hubiese persistido, la humanidad carecería de diferencias y matices culturales, puesto que es evidente que a mentalidades iguales corresponde una cultura común. En un momento determinado existe la raza: desde entonces será constante, presencial o en potencia, ese carácter primario. La raza podrá variar sus caracteres secundarios: forma, color, volumen, silueta, etc., pero el carácter primario, la mentalidad, permanecerá inmutable. En la mayoría de las razas de animales domésticos, principalmente en bovinos y equinos, encontramos variaciones de carácter secundario: multiplicidad de pelajes, volumen y aptitudes; pero en todos ellos el carácter primordial, esto es el perfil de la cabeza, se ha mantenido invariable desde el paleolítico. Algo parecido ocurre en las razas humanas, en las que los efectos del mestizaje son patentes, y sin embargo hombres con caracteres secundarios diferentes y opuestos, muestran con sus obras que su mentalidad es una, esto es, que el carácter primario permanece inmovible, aunque algunos caracteres secundarios de origen exótico se han incorporado al soma.

La mayoría de los antropólogos opinan que los fósiles del paleolítico son independientes unos de otros, esto es, que los restos óseos de Mauer, Piltdown, Neanderthal, Grimaldi, Cro-Magnon y Chancelade, representan ramas completamente distintas de un matorral. No lo consideramos así nosotros. Señalamos anteriormente que no habrá discontinuidad alguna en una población, mientras el país sea capaz de alimentar a sus habitantes. Desde el final del musteriense hasta el presente, para los hombres de las mandíbulas de Bañolas y de Mallarnaud, las condiciones climatológicas no han sido adversas al mantenimiento de una población humana. Añadiremos que nos parece inconcebible que una raza invasora pueda sustituir totalmente y para siempre a la raza indígena, si ésta no ha sido previamente destruida.

Los tipos de Cro-Magnon y de Grimaldi auténticos hombres. No así el tipo de Neanderthal, que presenta muchas características simiescas. Stolykwo²¹⁸ señala que «los tipos neandertaloides no muestran la homogeneidad de los que le siguen cronológicamente, según los hallazgos». Unos neandertales son dolicocefalos, otros braquicefalos, y también se han encontrado mesocefalos. Las características que hacen que estos índices cefálicos diversos se reúnan en un solo grupo, es su apariencia simiesca. Pero hay un carácter que contrasta con éstos y es que el tipo de Neanderthal es básicamente un hombre, ya que fabrica herramientas y domina el fuego.

Sobre los tipos posteriores al de Neanderthal y de este mismo, los antropólogos ignoran si son autóctonos o importados. Entre neandertal y cromañón se interpone cronológicamente grimaldi. Ahora bien, éste ¿desciende de neandertal o llega a Grimaldi procedente de otros países? Entre la aparición de estos tipos negroides y el blanco cromañón, pasa menos tiempo que entre neandertal y grimaldi. Según W. Soergel²¹⁹, el musteriense (neandertal) comenzó hace 183.000 años, y acabó hace 110.000; el auriñaciense (grimaldi), del 110.000 al 72.000. Cromañón apareció entre el auriñaciense y el solutrense, del 72.000 al 62.000. Boule, al estudiar el neandertal de la Chapelle-aux-Saints, afirma que la antigüedad del musteriense data de 300.000 años aproximadamente²²⁰.

217 M. Rossell i Vilà: *La gléptica en etnología animal*, en *Treballs de la Societat de Biologia*. Barcelona 1916.

218 *L'Anthrop.*, 1928, pág. 364.

219 *L'Anthrop.*, 1928, pág. 364.

220 Id., 1911, pág. 670.

Estas cifras son más apropiadas para advertir la gran antigüedad del hombre que para expresar una fecha exacta. Los paleontólogos huyen de precisar los años; Obermaier subraya que no se pueden indicar cifras, ni siquiera aproximadas, sobre la duración del solutrense y el auriñaciense. Boule²²¹ dice que la noción cronológica que produce la era cuaternaria es de una duración inmensa, que produce vértigo. Sólo añadiremos que Pilgrim considera que la era cuaternaria duró 1.290.000 años, Penk de 500.000 a 1.000.000, y Lyell, de 800.000.

Hemos hecho estas precisiones cronológicas para subrayar que el factor tiempo ha de tenerse presente en la evolución, y que algunas docenas de millares de años pueden determinar la desaparición de algunas características simiescas y de modificar la forma de algunos órganos. Entre los antropólogos no sorprendería el descubrimiento de la serie craneana que gradualmente pasa del tipo neandertal al cromañón.

Sin negar las posibles invasiones en algunos momentos del pleistoceno, es probable que estas no alterasen radicalmente las poblaciones invadidas, y que la larga convivencia originase cruzamientos y mestizajes. Sería el proceso normal. Al producirse la mezcla de razas, algunas características secundarias perdurarían y otras no. La ontogenia de algunos individuos puede permitir la yuxtaposición del carácter A, rechazado en su hermano, el cual en cambio muestra un predominio del carácter B, ausente por completo en el primero. Las atracciones, repulsiones y combinaciones ontogénicas de los caracteres secundarios de distintas razas serían una de las causas que conducen a la variabilidad individual dentro de la misma raza, en tanto que los caracteres generales fijados en la mayoría de los individuos, darían lugar a las distinciones de que se sirven los antropólogos para clasificar las razas.

Los abundantes cráneos proporcionados por las sepulturas neolíticas y eneolíticas permite constatar verosímilmente la hipótesis de que las invasiones no sustituyeron completa y definitivamente a una raza autóctona. El número de invasores braquicéfalos no superaría, por lo general, al número de indígenas del país invadido, puesto que en las sepulturas neolíticas casi nunca los braquicéfalos son más del 33 % de los dolícocéfalos²²², que son el tipo céfalo de la raza catalana de aquella época.

Existen, sin embargo, algunas excepciones. En el eneolítico los braquicéfalos son tan numerosos, que en algunas regiones, como Auvernia, constituyen la mayoría. Los braquicéfalos comenzaron las invasiones en el neolítico, y éstas serían más o menos continuas, puesto que en el eneolítico llegan por lo menos hasta Solsona²²³, donde dominarán a la población autóctona. En el condado de Foix²²⁴ casi la sustituyeron, lo que ocurrirá asimismo en el Franco Condado²²⁵ y en otros países.

Aparte de estas excepciones, la población indígena sería siempre superior a la población inmigrante. En las invasiones históricas sucedió algo parecido: el elemento extranjero no sólo era inferior en número a la población autóctona, sino que con frecuencia se mezclaron sin excesivos problemas. Cada una de las razas que interfieren, esto es, que se reproducen con otra raza determinada, dejan poco o mucho de sus propiedades. Los caracteres de los primeros mestizos están muy acentuados, tanto los de una como los de la otra raza, pero las características de la raza invasora se van debilitando al cabo del tiempo, y acaban por desaparecer.

Si bien las razas se modifican en sus caracteres secundarios, permanecen inalterables en cuanto al carácter primordial. Todas las razas han tenido largos períodos de reposo y de fijación, en los que la mentalidad se ha fortalecido. Una vez determinada, la mentalidad es invariable; si es pura, estará en condiciones de producir; si está alterada, permanecerá sin dar fruto, pero no permitirá que se fijen alteraciones de orden estático o dinámico, como ocurre con los caracteres secundarios, puesto que las modificaciones no afectan al carácter fundamental.

221 M. Boule: *Les Hommes fossiles*, 1921, pág. 61.

222 E. Pittard: *Les Races et l'Histoire*, pág. 155.

223 J. Serra i Vilaró: *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrales eneolítiques*, 1923, pág. 85.

224 Maurice Piroutet: *Les races du néolithique en Franche-Comté*, en *L'Anthrop.*, 1928, pág. 59.

225 Henri Vallois: *Les ossaments néolithiques de l'Ombrie*, en *L'Anthrop.*, 1928, pág. 488.

El núcleo racial catalán, y con él la mayoría de las otras fracciones de la raza, se pueden considerar establecidos en el solutrense. La mentalidad surgiría y se fijaría entre el final del musteriense y las últimas etapas del solutrense, período que habría durado aproximadamente 50.000 años.

7.

La alteración racial y la discontinuidad de la cultura

Las razas en estado de pureza dan fruto o no, pero cuando producen son puras, o están muy próximas a la pureza. Y al contrario, una raza plenamente sometida o mezclada no da frutos.

Antes del solutrense no se conoce en extremo alguno de la raza ninguna manifestación cultural diferenciada. En el solutrense la raza estaría definitivamente constituida, pues el núcleo racial produce unas herramientas líticas propias, algunos de cuyos tipos son enteramente nuestros, según Bosch-Gimpera.²²⁶ El material solutrense de San Julián de Ramis, en el Gironés, correspondería a los primeros momentos de este período. Lo cierto es que tras esta manifestación hay un silencio general en toda la raza, durante miles de años. Y se anuncian grandes invasiones.

Parece que al final del auriñaciense o principios del solutrense, las razas de la cultura capsiese invadieron la península Ibérica, y que fueron ellos los autores de las pinturas cuaternarias que se pueden dividir en dos zonas de estilos diferentes. Una es la propia de la zona mediterránea de la península Ibérica, excepto Andalucía occidental y la costa catalana al norte del Ebro. La otra, responsable de las pinturas franco-cantábricas (Guyena, Gascuña, Condado de Foix y Noroeste de España).

La atribución de estas pinturas al pueblo capsiese se basa en el sincronismo de la invasión y la aparición de este arte, y en que en África del sur existen pinturas muy semejantes.

Nosotros no participamos de esta opinión. Creemos que la raza autora de las pinturas de la costa sudoriental de la península Ibérica tendría su núcleo en el triángulo Granada-Máaga-Almería, y que las pinturas cantábricas serían igualmente producto de la raza autóctona de la costa cantábrica. La cronología de los tipos de pinturas no coincide. La fauna de la pintura cantábrica es la de los bisontes, osos de las cavernas y otros animales cuaternarios, mientras que la fauna de la zona levantina es prácticamente la actual, como han señalado Cabré y Aguiló. Además, los grabados, abundantes en la zona cantábrica, faltan por completo en la levantina.

Las pinturas rupestres del norte de África son muy diferentes de las europeas, y ningún autor discrepa de esta observación. Por tanto, se atribuya o no un origen sudafricano a los capsieses, es evidente que deberían existir muestras de esta cultura rupestre y de la misma naturaleza en el África del norte, cultura que sin embargo es diferente. No es concebible que si provenían del sur del continente negro, guardaran sus habilidades para cuando se hubiesen instalado en la Península, y además sólo en determinadas regiones, privando de sus pinturas a la Andalucía occidental, el centro, el oeste y el nordeste. Esta opinión naturalmente supone, en oposición a los autores que se han ocupado de la cuestión, un considerable retraso en la entrada de los capsieses en la Península, que sólo se habría producido después de realizadas las pinturas.

Si, por el contrario, se insiste en la opinión de que las pinturas rupestres son obra de los capsieses, pensamos que se admitirá que los autores de las pinturas levantinas eran de una raza distinta de la de los pintores cantábricos. Estas dos razas, sin embargo, habrían tenido un origen

226 P. Bosch-Gimpera: *Prehistoria catalana*, pág. 37. [En su *Ensayo de una reconstrucción de la Etnología prehistórica de la Península Ibérica* (Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 1922), Bosch únicamente menciona unas «pequeñas particularidades tipológicas del solutrense de S. Julián de Ramis», pero concluye que «el paleolítico superior del N. de Cataluña es una extensión, paralela de la cantábrica, de la cultura que tiene su hogar más allá del Pirineo.» Ya anteriormente, en oposición a Rossell, advierte: «Para evitar malas inteligencias, conviene insistir en que, al identificar culturas con grupos étnicos, nos referimos a pueblos en el sentido histórico de la palabra y nos guardaríamos de pretender que se trata de pueblos puros en sentido antropológico.» —Nota del traductor.]

común, puesto que a pesar de las diferencias entre el arte levantino y el arte franco-cantábrico, hay según Obermaier muchas afinidades que las relacionan.

La raza catalana tuvo que esforzarse mucho para detener la invasión capsiese, o la expansión de las culturas de Almería y cantábrica, que ocupaban toda la región valenciana, y una parte del oeste de Cataluña y de las tierras occitanas, según los hallazgos realizados hasta ahora. El Principado, el Aragón montañoso, el Languedoc y la Provenza quedaron ocupados por las razas autóctonas autoras de las pinturas rupestres, y no se han encontrado en estas regiones manifestaciones culturales de las otras razas citadas anteriormente.

Es probable que las emigraciones africanas, englobadas en el término capsiese, fuesen más o menos continuas, como ocurrió en épocas posteriores con las invasiones braquicéfalas, y más tarde con los pueblos de tipo nórdico. Estas razas de origen africano habrían establecido un auténtico dominio de todo el territorio de la raza catalana, que quizás habría disminuido durante el magdaleniense. De este período se encuentra en Serriá (Gironés) pruebas de una cultura propia, incipiente o decadente. Fue una dominación, y no sustitución de razas, porque mientras que el arte rupestre se mantenía en el magdaleniense y estaba presente en las regiones cantábrica y levantina, en el territorio de la raza catalana no invadido, el arte cuaternario continúa faltando.

En el epipaleolítico la corriente emigratoria de África se mantiene. Pero no es ya la misma raza que se considera autora de las magníficas pinturas, sino otra caracterizada por sus útiles de piedra geométricos y por sus manifestaciones artísticas esquemáticas. Esta invasión debió tener mucha fuerza, puesto que no sólo ocupó toda la península Ibérica, sino que alcanzó el norte de Francia y otros países europeos. Esta raza trae la llamada cultura capsio-tardenoisense o azilo-tardenoisense. Puesto que estos africanos llegaron a Inglaterra, Bélgica y Alemania, es de suponer que en Francia y en la península Ibérica se estableció una masa de población igual o más abundante que la que componía las avanzadas. Es posible que estos recién llegados se mezclaran con la raza catalana y diesen lugar a determinadas alteraciones. El silencio del núcleo racial durante el epipaleolítico y la pruebas materiales de ocupación (hallazgos de Cau del Duc en Torroella de Montgrí realizados por el profesor L. Pericot, y en Ullá por M. Pallarés), no cambian hasta finales del neolítico. Por otra parte, los habitantes de Valencia, Aragón y Occitania tampoco dan señales de vida cultural.

A principios del neolítico se sabe que la raza mostraba una gran homogeneidad, que era dolicocefala, y de 1,61 metros de estatura, gracias a los hallazgos del Alto Languedoc, principalmente en Baumes-Chaudes (Lozère) donde se encontró un osario con restos de más de trescientos individuos. Abundan los hallazgos de este tipo en todo el Languedoc. Por tanto, es indudable que la raza estaba en condiciones de producir. Pero otro hecho trastornará completamente la raza: la llegada de los primeros braquicéfalos. Éstos procedían de Asia, y probablemente penetraron en Europa occidental por el Danubio. El efecto inmediato de esta nueva invasión consistió en una huida hacia el oeste y el sur de los habitantes del Alto Languedoc²²⁷. En Francia esta penetración de los braquicéfalos se produjo a principios del neolítico.

Durante todo el período de la piedra pulida, las invasiones de braquicéfalos son más o menos constantes y numerosas. Estos braquicéfalos no parece que atravesaran el Pirineo catalán, por lo menos hasta el eneolítico final o la Edad del bronce. El núcleo racial catalán, con la aportación numérica de los desplazados del Languedoc, habría impedido la entrada de los braquicéfalos.

Otro hecho más trastorna la raza. Es la invasión a mediados o finales del neolítico de poblaciones de la cultura de Almería. Por sus características culturales, la invasión almeriense o argárica alcanza según Bosch-Gimpera la línea Vilassar-Vic-Puigreig-Solsona, y por el oeste hasta la Segarra y Urgel.

A pesar de estas invasiones del norte y del sur, el núcleo racial, que a principios del neolítico era de una homogeneidad casi perfecta y por tanto en disposición de ser productiva, lleva a cabo, además de su defensa, dos manifestaciones propias. La primera, la modificación de la cerámica

227 E. Pittard: *Les Races et l'Histoire*, pág. 152.

aportada e impuesta por los capsenses-tardenoisenses en el epipaleolítico, modificación que será conocida como cultura de las cuevas. Se conoce a la segunda como la civilización megalítica. Estas manifestaciones comienzan al final del neolítico y perduran en el eneolítico.

En el eneolítico inicial la cerámica del núcleo racial catalán se diferencia de la originaria, antes semejante a la del centro de España al haber sido impuesta por la misma raza invasora, la capsense-tardenoisense. Esta diferencia consiste «en un desarrollo destacable de la técnica decorativa en relieve: cordones, a menudo con impresiones digitales; incisiones que forman motivos a veces muy complicados; ondulaciones, zigzags, series paralelas, etc.»²²⁸ La cerámica progresa durante el eneolítico, puesto que «tras la decorada, aparece una especie lisa y pulimentada, en la que las formas de los vasos anuncian ya las formas de la futura edad de bronce. De este tipo son los vasos con asa y un apéndice en forma de botón en la parte superior, que parece dispuesto para poner el pulgar al coger el recipiente. Este tipo de asa sólo se ha hallado en Cataluña; otras formas paralelas encontradas en el extranjero son posteriores, sobre todo de la edad del bronce.»²²⁹

La cultura megalítica parece que pasó de Portugal a la zona cantábrica, y de allí a Cataluña. Esta cultura aparece como una creación propia en el núcleo racial catalán. El gran número de hallazgos que justifican la civilización megalítica catalana se puede clasificar, según los profesores Bosch-Gimpera y Serra Rafols²³⁰, en tres grupos, cada uno de los cuales corresponde a un período distinto cada uno con ajuares funerarios diferentes. Según dichos autores, la primera etapa es del eneolítico pleno, y es característica la copa en forma de cáliz. La tercera es de la edad del bronce, y la segunda es una etapa de transición. Esta cultura tuvo su cuna en el núcleo racial catalán, y siguiendo la costa se extendió por el departamento del Aude, litoral mediterráneo, Cevennes (Hérault, Lozère, Aveyron) hasta el Ródano (Gard, Bouches du Rhône) y las vertientes occidentales de los Alpes (principalmente los Alpes marítimos). Desde la Cerdeña, continúan Bosch-Gimpera y Serra Rafols, la cultura catalana se habría extendido por el Ariège.

En el núcleo racial catalán, como consecuencia de la pureza de raza antes señalada, se puede observar como desde el neolítico hasta finales del eneolítico persistió una cultura diferenciada con diversas manifestaciones, la cual se iba extendiendo a las comarcas de la raza desocupadas, y hasta a las que se encontraban bajo el dominio de otras razas vecinas. Las diversas manifestaciones de esta cultura o civilizaciones van sucediéndose, como efecto del progreso, pero manteniéndose siempre diferenciadas de las civilizaciones de las razas vecinas. Bosch-Gimpera, a propósito de este hecho, subraya que «en la zona pirenaica catalana se asiste a una persistencia de civilizaciones anteriores que, por así decirlo, se sedimentan.»²³¹

Bosch-Gimpera, en el trabajo de la revista que se acaba de mencionar, se declara partidario de que las civilizaciones pueden desarrollarse *in situ*, sin necesidad de invocar continuos desplazamientos. Nosotros también creemos que la civilización megalítica llegó por transmisión al núcleo racial catalán, puesto que no se conoce ningún movimiento de pueblos durante esta época. Hay además otro hecho que confirma esta suposición: durante el final del neolítico y el inicio del eneolítico, el núcleo racial catalán es muy fuerte, puesto que no sólo mantiene el Languedoc libre de braquicéfalos, sino que impulsa hacia el sur la cultura argárica. Por otro lado, la cultura megalítica del núcleo racial catalán se diferencia inmediatamente de las culturas megalíticas vecinas, la de los

228 P. Bosch-Gimpera y L. Pericot: *Civilisations de la Péninsule ibérique*, en *L'Anthrop.*, 1925, pág. 424.

229 P. Bosch-Gimpera: *Prehistòria catalana*, pág. 71.

230 Bosch-Gimpera y Serra Rafols: *Etudes sur le Néolithique et l'Énéolithique en France*, en *Rev. Anthropologique*, oct.-dic. 1925.

231 Bosch-Gimpera y Serra Rafols: *Rev. Anthropologique*, oct.-dic. 1925. [La cita no corrobora en absoluto la afirmación anterior de Rossell ni las que le siguen. El destacado prehistoriador Pedro Bosch-Gimpera, catalanista convencido (véase [España, Para la comprensión de España, y otros textos](#)) utiliza en este artículo los términos España, Francia, Cataluña, etc. sin ucrónicas connotaciones nacionalistas, y mucho menos racistas: son meras localizaciones geográficas.—Nota del traductor.]

vascos y la de los gascones occidentales, y forma, como observan Bosch-Gimpera y J. de C. Serra Rafols²³², tres núcleos independientes: el del país vasco, el de Cataluña, y el del sudoeste de Francia.

La expansión de la cultura megalítica catalana apenas llega por el sur a los límites raciales, por la resistencia que opone la cultura, y quizás la raza, de Almería. De todos modos, se constata un desplazamiento de la frontera, puesto que la cultura del núcleo racial baja hasta Barcelona²³³. En cambio, hacia el oeste limita con la raza vasca y con el núcleo megalítico del sudoeste de Francia. En cuanto al norte, la expansión ocupa todo el restante territorio de la raza: Condado de Foix, parte de Gascuña, Languedoc, Provenza y Niza.

El núcleo racial, en este momento muy purificado, disfruta de una cultura propia, la cual no sólo perdurará durante la edad del bronce, sino que aun se encontrarán vestigios suyos en la segunda edad del hierro.

La expansión del núcleo racial catalán seguramente habría continuado empujando hacia el sur a las gentes de Almería, pero entonces (eneolítico) los datos antropológicos muestran que la población braquicéfala descendía por los Pirineos y comenzaba a mezclarse con la raza catalana. «Hallazgos semejantes a los de Baumes-Chaudes, señala Pittard²³⁴, aunque con un número menos de cráneos, se han producido en muchos puntos de Francia: en Lozère, Aveyron, los departamentos de Gard, Vanclusa, Bocas del Ródano y Ariège. En las cuevas y dólmenes en que se encontraron los restos, la raza es prácticamente pura. Se ven pocas alteraciones morfológicas, casi siempre en los dólmenes. Estos monumentos, algo más tardíos, contienen algunos tipos nuevos, mesocéfalos por lo general, y a veces braquicéfalos. Es la prueba de que las poblaciones de estas características étnicas comenzaban a penetrar en suelo francés. Pero se puede afirmar que una parte de este país, la de las regiones meridionales más o menos al sur de los 46° de latitud, excepto en la zona alpina, poseían una fisonomía antropológica casi uniforme hasta el fin del neolítico, y especialmente hasta mediados de ese periodo. Esta pureza relativa del tipo humano parece indicar por su precisa localización geográfica, que los que la poseían eran los descendientes de los hombres del paleolítico superior, que también habitaban este territorio del sur.»

La raza catalana está a la defensiva durante la edad del bronce. Por el norte los braquicéfalos empujan y se infiltran en grandes cantidades por todos los territorios hasta el pie de los Pirineos. La avalancha de braquicéfalos es tan fuerte que acaba por anegar una o más comarcas del núcleo racial. Lo cierto es que los hallazgos de la comarca de Solsona certifican la presencia de braquicéfalos en esta zona del núcleo, braquicéfalos que, como observa Serra i Vilaró, se mezclarían con los dolicocefalos neolíticos, como lo prueba la presencia de mesocéfalos; y no sólo se mezclaron, sino que impusieron su cultura a la población autóctona²³⁵. Más al sur, el núcleo racial continúa deteniendo a la vigorosa raza de Almería. Sólo una raza muy pura podía resistir la presión del norte y la del sur. La arqueología prueba la resistencia del núcleo racial. Si los braquicéfalos hubiesen invadido todas las comarcas que componen el núcleo racial, la edad de bronce se habría manifestado con plenitud, puesto que se supone que fueron braquicéfalos los introductores de los metales. La miseria en Catalunya en esta etapa es evidente. Los braquicéfalos habían sido suficientemente fuertes como para invadir una gran parte de Francia; por su parte los almerienses impusieron su cultura, a la que denominamos argárica, por toda la Península excepto el núcleo racial catalán.

Estando a la defensiva, naturalmente el núcleo racial catalán no podía producir cultura; sólo mantener la última cultura que había creado, hecho que se mantendrá hasta la siguiente edad. Pero Bosch-Gimpera y Serra Rafols²³⁶ observan que esta pobreza cultural también está presente en otros países europeos, más o menos alejados de las regiones propagadoras del bronce antiguo.

232 Bosch-Gimpera y Serra Rafols: *Etudes sur le Néolithique et l'Énéolithique en France*, en *Rev. Anthropologique*, oct.-dic. 1925.

233 P. Bosch-Gimpera y L. Pericot: *Civilisations de la Péninsule ibérique*, en *Rev. Anthropologique*, 1925, pág. 439.

234 B. Pittard: *Les Races et l'Histoire*, pág. 147

235 J. Serra i Vilaró: *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrales eneolítiques*, pág. 86.

236 *Rev. d'Anthropologie*, oct.-dic. 1925, pág. 347.

La primera edad del hierro se anuncia en el núcleo racial catalán con una invasión de dolícocéfalos. Son los portadores de la cultura de Hallstat. Los dolícocéfalos de Hallstat, como señala Houzé²³⁷, son casi puros, a diferencia de los otros invasores germánicos que continuaron el movimiento migratorio. Pero si atendemos a las denominaciones históricas, estos invasores serían no dolícocéfalos, sino braquicéfalos, puesto que a esta invasión de la primera edad del hierro se la considera celta, y los celtas son braquicéfalos, según la mayoría de los expertos. Pero si estos invasores traían la cultura de Hallstat, y en estos yacimientos no se encuentran más que dolícocéfalos puros de gran estatura, esto es, el conocido tipo nórdico, se habrá de convenir que los invasores llamados celtas eran dolícocéfalos.

Bosch-Gimpera subraya que en esta primera edad de hierro se desarrolla la cultura de Hallstat en la costa, mientras que continúa la cultura anterior tierra adentro. El reducido territorio que ocupa prueba que el núcleo racial no se dejó invadir en buena medida. Si por el norte se sufría la invasión del tipo germánico, los invasores del sur no se quedaban atrás. La gente de Almería, los llamados íberos llegan por el litoral hasta Provenza, y muchos de ellos, a juzgar por la craneología actual, se quedaron en el Ampurdán. El progreso de los íberos se manifiesta también en la Cataluña occidental, puesto que son abundantes los yacimientos ibéricos que se han hallado. Pero ni los dolícocéfalos de la costa ni los íberos pudieron penetrar ni influir en las comarcas del interior del núcleo racial: Gironés, Garrotxa, Ripollés, Plana de Vic, Pla de Bages, Solsonés, Bergadá, Cerdaña, Vallespir, Confluent, Andorra, Urgell, Pallars, Cuenca del Tremp y Segarra. La segunda edad del hierro, con la gran expansión de los galos o celtas (dolícocéfalos, braquicéfalos, y sus mezclas) traerá la cultura de La Tène, que sólo afectará al Alto Ampurdán. Los indigetas, debilitados por los invasores dolícocéfalos de gran estatura llamados celtas, galos o ligures, y por los invasores dolícocéfalos de estatura baja conocidos como íberos, más adelante no pudieron impedir el establecimiento de las colonias griegas.

En el periodo histórico se producen cuatro grandes invasiones: la cartaginesa, la romana, la visigótica y la sarracena. Las tres primeras no alteraron apenas la población indígena; la sarracena supuso la mezcla con la raza catalana en el territorio conocido como la Cataluña nueva. Las colonias romanas y todos los ciudadanos romanos estaban tan orgullosos de su metrópoli que consideraban humillante unirse con extranjeros. Además, también la ley se lo prohibía. «Respecto a los visigodos, el matrimonio con los indígenas era castigado con azotes o muerte.»²³⁸ Las comunidades judías tampoco se enlazaban con los autóctonos. De tal modo que antes de la llegada de los romanos toda la raza volvía a recuperarse, sobre todo en el núcleo, apenas afectado por las dos expansiones celtas, como lo demuestra el hecho de que Aníbal puso la frontera en el Ebro y que acordó con los indígenas el libre paso de los Pirineos. En otras zonas de la raza, las revueltas que se producían a menudo durante la dominación romana demuestran que la raza tenía parte de su pujanza.

La invasión sarracena fue muy dolorosa. Los musulmanes se mezclaron más o menos con la raza, reforzando la sangre aportada por la invasión cartaginesa, en la mayor parte de Valencia, islas Baleares y buena parte del sur del Principado. De la mezcla y de la servidumbre sólo quedaba libre el núcleo racial, e incluso algunos lugares de éste se vieron afectados. Este puñado de catalanes de raza pura manifestaron su gran coraje iniciando la reconquista.

Desde entonces, el núcleo racial goza de plena independencia política, condición necesaria para crear y desarrollar una cultura propia. En esta etapa de pureza racial y de independencia política correspondiente al gobierno de los condes-reyes catalanes, la raza catalana produjo una arquitectura, una pintura, una literatura, una filosofía y una jurisprudencia.

El esfuerzo cultural de los catalanes fue desmedido: la obra cultural y política fue demasiado grande para el pequeño número de los puros de raza, y por lo tanto la cultura se agotó. Entonces la

237 E. Houzé: *Les francs des cimetières, etc.*, en *Bull. De la Société d'Anthropologie*. Bruselas 1891, tomo IX, cita de Pittard.

238 De Vic y Vaissete: *Histoire général de Languedoc*, vol. I, pág. 48.

política perdió con rapidez su mentalidad propia, y pasó del núcleo racial a manos de la gran masa de mestizos, que componían la casi totalidad de la raza. Estos trataron de ajustar la política a su constitución biológica, buscando proporcionarse un rey, o lo que es igual, una política que fuese expresión de dicho estado biológico. El núcleo, único segmento puro, era demasiado pequeño para oponerse al resto de la raza. No fue en el Compromiso de Caspe donde se decretó la muerte de la nación catalana, sino que fueron los catalanes los que firmaron la sentencia con su sangre mestiza, mucho antes de que la dinastía se suicidase al negarse a su propia continuidad. No se debe creer que fue el juego de la política, o el azar, o el destino, o cualquiera de las otras causas que suelen aducir, lo que produjo la pérdida de la independencia de la raza catalana; fue sencillamente su alteración racial. Al otro lado de los Pirineos, los braquicéfalos neolíticos y eneolíticos, y los dolicocefalos de la edad del hierro, puros o mezclados con la raza autóctona, constituían una población debilitada, con lo que Francia (que hasta el último tercio de la edad media tenía su frontera sur en el Loira)²³⁹ pudo vencer con facilidad a los países de la Occitania. De igual modo, y debido al mestizaje de la Cataluña nueva, y aun más del Bajo Aragón, Mallorca y Valencia, Castilla pudo incorporarse el reino catalán casi sin lucha.

En una raza inalterada, los elementos que la componen realizan inconscientemente una tarea que la dirige en su evolución, y y por lo general, antes de que el elemento hegemónico se agote, hay otro que reclama la sustitución. Pero el núcleo racial catalán no tenía heredero. La inmensa tarea realizada durante cuatro siglos, en la que colaboraron sus hijos directos de Mallorca y Valencia, no encontraron colaboradores entre las poblaciones mestizas o foráneas de un lado y el otro de los Pirineos, ya que estaba alterada su mentalidad.

Pero las cosas cambiaron. Tras la edad media se practicó una depuración racial, por lo menos en toda Europa occidental, principalmente por la finalización de los grandes desplazamientos de razas, así como por una reacción interna. El núcleo racial catalán ya era muy puro, porque los *Usatges* no prohibían los matrimonios entre las distintas clases de la sociedad, a diferencia de lo que sucedía en casi todos los demás países.

Y no sólo se regenera la raza en conjunto, sino que las variantes comarcales (efecto de la *racialización*) han adquirido fisonomía propia. Cuando en el Rosellón el Señor de Torrelles libera a los siervos, impone la condición de que sólo puedan casarse en la comarca²⁴⁰. Las corporaciones gremiales de Barcelona no admiten individuos que no sean de pura raza²⁴¹. Los judíos estaban recluidos en sus juderías. Las relaciones comerciales, reducidas a la mínima expresión, dificultaban los matrimonios con las razas vecinas.

Gracias a este largo período de purificación, la raza comenzó a dar señales de vida. Mallorca, Valencia, todas las tierras de la Occitania, participaron del mismo despertar que conmovió a la Cataluña estricta. Y es que desde lo más hondo, la raza primera y definitiva común en Valencia, Mallorca²⁴², Cataluña, Aragón pirenaico y parte de Gascuña y Guyena hasta el Mediterráneo, neutraliza y absorbe las capas raciales que el imperialismo ha impuesto a través del tiempo, sobre la raza solutrense.

239 De Vic y Vaissete: *Histoire général de Languedoc*, vol. I, pág. 1.122.

240 G. d'Avenal: *Histoire économique de la propriété*, etc., pág. 179.

241 Capmany: *Colección diplomática*, libro I, pág. 4.

242 Las islas Baleares estuvieron pobladas de igual modo por la raza solutrense o sus descendientes. Baleares estuvo siempre en contacto con los catalanes costeros*. Ibiza, a juzgar por su actual población, fue posteriormente colonizada por gentes de la costa valenciana, que pertenecerían predominantemente a la raza de la cultura argárica o de Almería. Es bien sabido que los fenicios, como más tarde los griegos, no colonizaban; se limitaban al establecimiento de factorías.

* Dechelette (*Archéologie préhistorique*) insiste repetidamente en la hipótesis de que la navegación habría sido un hecho muy antiguo.

8.

Las limitaciones extensivas de la raza

La defensa de una raza obliga a establecer sus límites. En toda delimitación hay que considerar que la población que se supone de una misma raza produce una sola cultura, y más concretamente, tiene una mentalidad única, y que las poblaciones que la rodean tienen una mentalidad diferente.

Reconocemos las grandes dificultades que existen para edificar una teoría que no se base en pruebas irrecusables como serían unos hallazgos arqueológicos de una misma naturaleza y abundancia por todo el territorio en el que vive la raza. Pero nosotros insistimos en la teoría que formulamos, partiendo de hechos aislados, de las diferencias con otras poblaciones vecinas o más alejadas, y de la persistencia de un elemento irreductible.

En realidad para demostrar plenamente que la raza del período solutrense es la raza catalana, haría falta componer una genealogía cultural, y que los útiles líticos de San Julián de Ramis equivaliese a la primera serie de géneros sucesivos en zoología, como lo es el *hyracotherium* respecto a las actuales especies equinas. Sólo entonces tendríamos de la prueba indudable de que la raza ha sido siempre la misma, y que sus producciones sucesivas los han sido en función de la ley del progreso. Pero aun necesitaríamos una segunda prueba sobre los efectos de desviación que se producen en una raza cuando la alteran otras. E incluso, dentro de la misma raza, deberían tenerse en cuenta las pequeñas variaciones de las ramas o segmentos que la componen. Nada de lo anterior es posible actualmente.

Nos vemos reducidos a utilizar los únicos medios disponibles. Considerar si la producción cultural del pasado guarda relación con la del presente, cuando la raza es independiente o cuando existen elementos raciales libres. Cuando las ciencias estén más adelantadas no costará mucho establecer lazos de parentesco entre el material típico del megalitismo y el Consulado del Mar. Pese a que la tarea sea pesada, se podría comenzar a estudiar la correspondencia esencial existente entre Lull, Sabiude, Cujás, Arnaldo de Vilanova, Vives, Pascal, Comte, Balmes, Llorens, Guardia, Costa y Turró, y mostrar que lo que une a estos autores y otros de varias disciplinas, es muy superior a lo que les separa. Y hay más semejanza entre ellos que proximidad con hombres de otras razas. Cuando se hagan estudios de este tipo, fácilmente se establecerá la identidad de naturaleza entre Montesquieu y Costa; entre Carles Cros, del Alto Languedoc (inventor del fonógrafo) y Bartrina, del Campo de Tarragona; entre Mistral y la Escuela Mallorquina; entre la música, arquitectura y pintura de ambos lados del Pirineo. Probablemente se comprobará que a los diversos sectores de la raza les ha sido imposible incorporarse a otras culturas, y que por eso Comte y Pascal están más próximos a Montaigne, Vives, Bernat Metge, Arnaldo de Vilanova y Lull, y más lejanos de Descartes, el más francés de los filósofos, y de Suárez, el filósofo andaluz. Se constatará también que las vibraciones iniciales producidas por un segmento de la raza repercuten en los restantes segmentos, con más intensidad si están libres de exotismos.

Por consiguiente, la frontera de una raza con otra raza está marcada por la extensión de la cultura propia, presente o pasada, y por la cultura de las razas vecinas.

Las razas vecinas de la catalana son la cantábrica, la francesa, la ligúrica, la almeriense o andaluza y la española. Las diferencias culturales entre estas razas a lo largo de la prehistoria y de la historia son grandes y persistentes. Si las razas hubiesen sido las mismas en el paleolítico, la uniformidad cultural lo manifestaría, puesto que una raza al invadir a otra, lleva siempre su propia cultura, que se manifestará idéntica en todos los países invadidos, independientemente de las razas que los habiten. Desde el neolítico y hasta los sarracenos, los mismos elementos que afectaron a la raza catalana lo hicieron a la vez a las razas cantábrica, andaluza, española, ligúrica y francesa. A pesar de estas mezclas parejas y desde antes, la cultura de la raza catalana es diferente de las de las razas vecinas. Y así la mentalidad específica de la raza catalana se explica únicamente por haber existido en el paleolítico superior una raza cuya mentalidad ya estaba definitivamente formada, y suficientemente fuerte para así neutralizar y absorber a los que les invadían.

El área geográfica de esta raza solutrense la determinó ella misma, pero también las limitaciones impuestas por las razas cantábrica, española, almeriense o andaluza y francesa. La frontera con el Piamonte resultó ser la más difícil de realizar.

Los límites de una raza son fijos. En las zonas extremas podrá confundirse con otra raza vecina, pero la negación cultural propia, la resistencia a la contribución de otra cultura, indicará con gran precisión sus límites verdaderos. La estabilidad de los límites de las razas, con independencia de los factores geográficos e históricos, y de las decisiones humanas más o menos improvisadas, contrasta con la eterna movilidad de las fronteras bajo el régimen imperialista.

No sería aceptable que una raza libre, organizada políticamente, disfrutando de una plena soberanía, rindiese tributo a la nomenclatura imperialista. A concepto nuevo, palabra nueva. Toda raza constituida políticamente debería abandonar el nombre de *Nación* y tomar el de *Unidad*.

TERCERA PARTE

INTERPRETACIÓN DE LA POLÍTICA

I.

Las colectividades desracializadas

1.

Aplicaciones del principio racial

Ahora que comprendemos lo que es la raza, ya instintivamente apreciada, y que la consideramos como la base constituyente de las naciones, es necesario demostrar que este nuevo valor universal se puede aplicar a todo tipo de procesos políticos.

La base que preconizamos para la constitución de las naciones parecerá más firme si demostramos que todo lo que mueve y orienta la política es debido a la raza, independientemente si son procesos largos o cortos, actuales o pasados, en el antiguo o en el nuevo continente.

Los pueblos pueden ser de raza pura o mestizos, y siendo de naturaleza distinta, su conducta también será diferente. Es lo que intentaremos probar en este capítulo, en el que estudiaremos un pueblo que actuó durante un milenio, y vivió absolutamente inculto, a causa exclusivamente de no ser de raza pura; por ello sólo pudo desarrollar la función imperialista, que nosotros consideramos por debajo de la función propiamente humanizada, que es la cultura.

En el capítulo siguiente proseguiremos con la cuestión, pero centrados en señalar que el desarrollarse de las razas consiste en operaciones depurativas, con el objeto de ser más ellas mismas, con lo que darán un mayor rendimiento cultural.

Finalmente, en el último capítulo se sostendrá que la raza es la última y superior elaboración evolutiva de los vivientes respecto al conocimiento, y que la mentalidad es el resultado de este proceso biológico-cognoscitivo.

La raza, por tanto, no es solamente una categoría taxonómica entre otras, sino que es un valor nuevo y universal. El principio racial es igualmente aplicable a otras cuestiones políticas que aquí no vamos a tratar, así como a todas y cada una de las diversas manifestaciones humanas.

2.

La señal

La cultura, producto exclusivo de la raza, sólo puede darse en colectividades *racializadas*. Cualquier colectividad que haya vivido mucho tiempo sin producción cultural, muestra que no constituye una raza, esto es, que esa colectividad al no ser una raza no produce cultura. La cultura constituye la señal de existencia de la raza, como el aliento el signo de la vida.

Una colectividad *desracializada* puede vivir de forma organizada, esto es, civilizada. Pero la civilización tanto puede equivaler al hecho de ser usufructuaria de la cultura propia, como serlo de una extraña o mezclada. Por tanto el hecho de poseer una civilización no supone necesariamente la creación de cultura.

La civilización inherente a una colectividad, cuando es extraña a su cultura, no es más que barniz superficial, mientras que cuando la civilización está unida con la propia cultura está anclada en la raíz. No siempre concuerdan civilización y cultura. Aquella es un producto multiracial, heterogéneo, confuso; la cultura es particular, racial. Una colectividad *desracializada* puede llegar a ocupar un puesto preeminente en la civilización, a pesar de ser extraña a la cultura. A la colectividad

sin cultura, y por tanto *desracializada*, sólo le quedan las esencias específicas. En este caso, la política será fatalmente imperialista.

Todas las razas, posiblemente sin excepción alguna, han sido más o menos imperialistas, pero todas ellas, hasta las más desenfrenadas, han contribuido poco o mucho a la cultura. Pero cuando una colectividad no está *racializada*, los auténticos intereses humanos, los culturales, no influyen en nada en su conducta.

La política zoológica o imperialista es la única al alcance de la colectividad *desracializada*. Al constituirse separada de la raza, la colectividad vuelve a la especie, aunque no al estado social más atrasado, sino al nivel de civilización de las razas vecinas. La colectividad *desracializada*, no dando frutos culturales, tenderá al ejercicio de una política imperialista.

3.

Roma

Roma fue una colectividad *desracializada*. Su prolongada historia es la menos humana de todas, la más imperialista. Una historia de más de mil años sin nada de cultura.

La falta de documentos impide saber quienes fueron sus primeros pobladores. Las leyendas, no la historia, hablan de gentes griegas que se establecieron cerca del Tíber, donde ya encontraron pobladores indígenas. No sería raro que fuesen mercenarios o piratas que dominaron a los aborígenes y crearon o reformaron un Estado, de modo similar a lo que ocurrió en Mesina en el siglo III a. de C., y seguía siendo frecuente en el siglo I de nuestra era.

Históricamente Roma estuvo dirigida por una aristocracia formada por los dominadores a los que nos hemos referido. Su posición geográfica y las aptitudes de sus habitantes hizo de Roma una capital mercantil. El comercio lo realizarían los indígenas u otros individuos llegados desde otras comarcas mediterráneas, y esta plebe sería más o menos rica y de ella obtendría buenas rentas la monarquía. El origen de la monarquía es tan oscuro como el de la aristocracia. Lo más interesante es que el gobierno está en manos de la aristocracia; y cuando los reyes se lo quieren arrebatar, éstos serán suprimidos por aquella. De los reyes conocidos, el primero fue asesinado, al igual que el segundo, el quinto y el sexto. El tercero y el cuarto fallecieron de muerte natural, pero porque dejaron gobernar a la aristocracia. Tarquino el Soberbio, último rey, fue destronado. Observamos un hecho que se repite invariablemente en todos los países regidos por la monarquía. Éste tiende al absolutismo, y persigue mantenerse en el poder en oposición a la aristocracia que gobierna o pretende gobernar.

Desterrada la monarquía, la aristocracia no tendrá en adelante quien se le oponga, y constituida en república y mediante las leyes adecuadas buscará que ningún noble ambicioso pueda restablecer la monarquía.

Uno de los pueblos vecinos de Roma era Etruria, que por los datos que se conocen poseyó una cultura. No se puede decir lo mismo de Roma, ya que la población de Roma no era una raza. La misma aristocracia era una amalgama de individuos de diferentes procedencias. Y aunque fueran de la misma raza, no podían actuar plenamente para producir cultura, ya que el pueblo debería ser parte de ella. El carácter mercantil de Roma sugiere que sus habitantes se repartían entre tres categorías. La población autóctona era la más numerosa, y en ésta y los aristócratas estarían los mercaderes, dejando a un lado los esclavos. La población aborígen, predominantemente agrícola, tendría que soportar a los comerciantes poseedores de la riqueza, y a los aristócratas dominantes. Esto es, la raza autóctona carecía de los elementos que permiten la producción cultural, la riqueza y la libertad política. Y los elementos venidos de fuera tampoco podían desarrollar la función cultural, ya que estaban faltos de número y de homogeneidad, y desacordes con el medio ambiente. Estas causas que impidieron la productividad cultural, en lugar de corregirse por sí mismas o voluntariamente, en el transcurso del tiempo se fueron agravando.

El desarrollo comercial de Roma dio lugar a una población más abundante y más rica que la de sus vecinos, y quizás fue esa la causa de que la masa indígena no intentase expulsar a los

foráneos, a pesar de odiar su dominio, ya que considerarían que el crecimiento de Roma les proporcionaba mejor precio y mayor consumo para sus productos agrícolas.

La aristocracia, ávida de dominio, querrá la guerra y la hará. Los comerciantes, puesta la mirada en la riqueza, querrán ampliar sus negocios. Coinciden pues los intereses de ambas clases, aunque no se pondrán de acuerdo a la hora de repartir los beneficios.

La numerosa población de Roma permitió a la aristocracia hacer la guerra y vencer a sus vecinos. La conquista depara una ampliación de los negocios. Roma crecía, acudían inmigrantes, se traían esclavos. Poco a poco surge una nueva capa en la población romana: una masa pobre de origen exterior.

La conquista de las razas y los pueblos de la península se realizó paulatinamente. Cada raza vencida era al mismo tiempo desorganizada, con lo que cada una de sus diversas localidades pasó a tener más relación con Roma que con las demás de su propia raza. El régimen individual era semejante o peor que el de la colectividad. Estaban muy limitadas las facultades jurídicas de los individuos de los pueblos vencidos, hasta en su propia casa, mientras que el ciudadano romano gozaba de la libertad de actuar como le placiese, en la metrópoli y en los dominios.

En cada conquista quedaba claro el beneficio superior de los aristócratas respecto al de los comerciantes. El privilegio de ser ciudadano romano no equivalía a las ventajas que obtenían los aristócratas. Esta situación anímica de la plebe se tradujo lógicamente en la pretensión de participar del poder, lo que consiguieron. Uno de los dos cónsules debía ser necesariamente plebeyo, y cualquier ciudadano que hubiera ocupado una de las primeras magistraturas pasaba ser noble.

Como hemos indicado, cada conquista hacía crecer la población de Roma por la incorporación de muchos vencidos, y porque la actividad comercial aumentaba. La inmigración continua a la metrópoli acabó por mezclarse con la raza autóctona, primero la de la ciudad, después la rural. No tardará mucho Roma en convertirse, tanto la urbe como los campos, en una colectividad totalmente *desracializada*.

La falta de raíces vivas y falta de una producción cultural, hace que la colectividad dedique todas sus actividades al imperialismo. En las colectividades *desracializadas* y con una exclusiva clase social predominante, la actividad se debilita por sí misma, pero esto no podía ocurrir en Roma, debido a la existencia de las dos clases de nobles y équites, que recíprocamente actuaron como estímulo. Por estas razones el imperialismo romano estuvo siempre activo en busca de provecho.

Italia, antes de la conquista romana era un país caracterizado por la pequeña propiedad. Y ésta significa un régimen de libertad interna, y de autonomía o independencia exterior. Al acabar la segunda guerra púnica la pequeña propiedad desapareció de la península, tanto entre los pueblos vencidos como en el vencedor. En los primeros por la pérdida de tierras, consecuencia de la conquista; en el Estado romano porque la prolongada ausencia de la población masculina cedió el cultivo de los campos a las mujeres. El empobrecimiento consecuente hizo que los ciudadanos al volver de la guerra encontraran sus tierras en manos de los usureros. Se produjo por tanto un éxodo rural en masa. Pero la causa más importante de la despoblación del campo fue la agudización del régimen imperialista. Los capitalistas adquirían las pequeñas propiedades y las agregaban a las que habían obtenido con las conquistas. Éstas además aportaron un gran número de esclavos que, adquiridos por los capitalistas, acabaron por ser la mayoría de la población rural. La esclavitud y los latifundios determinaron un abaratamiento de la producción, lo que acabó con el resto de pequeños propietarios.

La población libre del Estado romano fluyó casi en su totalidad a la capital. Desde entonces la política imperialista se desarrolló sin el menor obstáculo. Todos eran partidarios de esta política, desde el plebeyo que vivía casi por completo a costa del Estado, hasta los primeros magistrados de la república. Una política imperialista persistente y eficaz se lleva a cabo con gentes partidarias del imperialismo. En la colectividad *desracializada* de Roma no había más que imperialistas.

Cada una de las dos clases detentadoras del poder y de la riqueza era demasiado poderosa como para consentir a la otra. En lo referente al imperialismo externo Roma estaba unánime. Pero

en cuanto al imperialismo interno, todo era mucho más confuso. El imperialismo puro es el poder personal y absoluto. Y el poder, hasta aquel momento, se encontraba repartido entre la aristocracia. Por otra parte los plutócratas, considerándose tanto o más fuertes que los nobles, y ayudados por la plebe, no querían renunciar a participar del poder, porque presentían que de hacerlo, su fortuna peligraba. Así, mientras que la aristocracia, a su pesar, evolucionaba hacia la monarquía, los capitalistas preparaban la revolución para implantar el absolutismo.

La génesis de la monarquía coincide con el dominio de los capitalistas. «A partir del triunfo de Paulo Emilio en 167 a. de C., cesa de percibirse el impuesto global sobre el capital. Esta fecha es decisiva en la historia del Estado romano; es la consagración de un sistema financiero nacido de las conquistas, por el que la ciudad pagará en adelante lo menos posible, y el equilibrio presupuestario descansará en la explotación metódica de los pueblos vencidos, casi en su totalidad.»²⁴³ Si los capitalistas han traspasado los impuestos a los pueblos dominados, la aristocracia renuncia por su parte a la austeridad. Las dos clases, aristócrata y capitalista, rehuyen actuar como tales. El egoísmo individual predomina, y en lugar de coordinarse para engrandecer Roma mediante la consolidación de las conquistas, sus enfrentamientos tienden a destruirla, lo que contribuye a engendrar el imperialismo puro y único, la monarquía absoluta.

Sin embargo Roma mantiene la unidad respecto al imperialismo externo, y prosiguieron las conquistas, a pesar de haberse iniciado y desarrollado el egoísmo personal. Pero los lazos de las clases se aflojan; la aristocracia, como los capitalistas, están demasiado corrompidos, la primera «habría preferido estar sola en el saqueo de las provincias, aunque no rehusaba compartirlo con los equites, y en lugar de enfrentarse a los capitalistas, consideraba más justo y más cómodo adquirir la impunidad mediante buenas palabras, y si no con dinero contante y sonante.»²⁴⁴ «Los magistrados de las provincias hacían causa común con la clase mercantil, obligándola a pagar a cambio del derecho ilimitado de robar.»²⁴⁵ Para los amos de Roma, «todo era venal, tanto los tratados de paz como el derecho de intervención.»²⁴⁶ El proletariado había adquirido gran importancia en las elecciones, puesto que la desaparición de la clase media rural aumentó la preponderancia electoral de la plebe urbana. Ésta, sin embargo, se consideraba con derecho a una parte mayor del botín, y con su fuerza la impuso.

Los historiadores de Roma opinan que este estado social constituía una verdadera corrupción. No existía en realidad esa corrupción. El imperialismo externo conlleva un imperialismo interno, al igual que éste exige la acción exterior. No era corrupción, sino evolución del imperialismo hacia una de las formas más puras, la monarquía absoluta.

La revolución romana tuvo un carácter exclusivamente local. Casi todos los historiadores consideran las revoluciones como fenómenos sociales que, si bien ocurrían en un área geográfica determinada, su valor era progresivo y general. No; las revoluciones son fenómenos dependientes de la raza o de su negación, y no son tan importantes como para cambiar la mentalidad de las razas o de las colectividades mezcladas. La revolución romana fue la protesta del proletariado contra la aristocracia y contra la clase capitalista por el hecho de que éstos se reservasen casi todos los beneficios de las conquistas. Pero esta revolución se circunscribía en beneficio exclusivo del proletariado que la llevaba a cabo, con un desprecio absoluto por la población proletaria y libre de las provincias, de la misma Italia y de los esclavos.

Las razas y los pueblos de la península italiana sometidos a Roma aprovecharon el caos de la metrópoli para intentar libertarse del yugo romano. El proletario de los países sometidos pensó que el proletariado de la metrópoli simpatizaría con el movimiento separatista, lo cual fue un grave error, puesto que la revolución romana era extremadamente egoísta, como lo son todas las revoluciones de los pueblos imperialistas. No se rebajan nunca a levantar a un inferior, como en este

243 León Homo: *Les institutions politiques Romaines*, pág. 176.

244 Mommsen: *Historia de Roma*, trad. francesa, vol. IV, pág. 364.

245 Id. id., vol IV, pág. 259.

246 Id. id., vol IV, pág. 289.

caso lo eran los pueblos sometidos. Si la revolución romana hubiese triunfado, la situación del proletariado de los países sometidos no se habría modificado en nada. El proletariado romano era tan imperialista como las clases superiores de la metrópoli. Fue justamente Graco, el líder de los revolucionarios, el que proclamó que todo el territorio y propiedades de las comunidades dominadas, esto es, de las razas vencidas, debían ser consideradas propiedad particular del Estado.

En cambio, la aristocracia de los países dominados fue siempre adicta a Roma. En cada país conquistado se crea una nueva aristocracia, y lo que queda de la antigua se somete fielmente por lo general a los vencedores. Ya en tiempos de Aníbal, la aristocracia de los países vencidos permaneció leal a Roma, mientras que la plebe simpatizaba con el invasor. La fidelidad aristocrática se repite muchas veces en el curso de la historia. En 313 a. de C., el partido aristocrático entregó a los romanos las villas de Ausona, Sora, Minturna y Vescia. En la guerra iniciada por los marsos y secundada por toda la Italia central y meridional, no participaron Etruria ni Umbría ya que en estos países había desaparecido la clase media. El vencedor, a medida que afloja las cadenas de la sujeción, delega en una clase de los vencidos un poco de su poder. Un régimen imperialista de base aristocrática, si ha de conceder una participación o delegación del poder, lo otorga necesariamente a la clase social que más se le parece.

A medida que el imperialismo se afirma, cuando tiende al poder absoluto, la aristocracia de la metrópoli y la de los países vencidos han de desaparecer. Un poder absoluto no lo sería si subsistiesen otros organismos copartícipes del gobierno. Por tanto, las clases sociales como organismos y las mismas colectividades naturales, están condenadas a muerte. Sila hizo todo lo que pudo para arrasar los vestigios de la organización particular de los pueblos vencidos, y algunos lo fueron con gran salvajismo, como los samnitas. Y César concluyó la liquidación de la aristocracia.

Pompeyo y César ensancharon grandemente el dominio romano. «Toda esta obra de conquista y colonización —dice W. Warde Fowler— no fue obra del Estado, ni consecuencia de un sentido cívico del deber y de la disciplina; fue la tarea de los ejércitos, gracias a su buena disciplina y a la lealtad a sus jefes. Y siendo así, era lógico que los ejércitos y sus jefes exigiesen controlar las actividades y la política de un Estado debilitado, como ya había reivindicado Sila.»²⁴⁷ La existencia de varios generales, cada uno con su propio ejército, supuso una rivalidad entre los generales y los ejércitos; no en vano cada general constituye su ejército y actúa en las tierras conquistadas, sin otro control que su propia voluntad. A esta rivalidad hay que añadir los choques con el Senado. Ya Escipión amenazó al Senado si le rehusaban el gobierno de África, y más tarde conflictos parecidos «se repiten con Mario, Gabinio, Manilio, Vetimio y Trebonio.»²⁴⁸ El enfrentamiento entre el Senado y los generales eran acontecimientos nimios: la importancia de la cuestión radicaba en el establecimiento de la monarquía, en averiguar cuál de los generales disfrutaría en la metrópoli del mismo poder absoluto que ejercía en las provincias. La guerra civil era inevitable, y no sólo entre los generales que pretenden la tiranía, sino que una vez implantada, la guerra civil continúa, de manera que de Tiberio a Séptimo Severo, el Senado promovió una conspiración tras otra.

César comenzó su reinado en una época de desmoralización general, necesaria para llegar al imperialismo puro, que no puede establecerse si el egoísmo individual no domina del todo. Por el hecho de convertirse en el amo de Roma, César no está libre de los vicios comunes. Cuando tomó posesión del gobierno de España estaba muy endeudado, y cuando la abandonó tenía repleta la caja. La gente que tenía posibilidad de rehacerse en las provincias contraía grandes deudas. César debía 25 millones de sextercios en el año 62 a. de C.; Marco Antonio debía 6 millones en 50 a. de C, y catorce años después 40; Curión 60 y Mila 70²⁴⁹. El endeudamiento de los grandes dirigentes de un país siempre está acompañado de la venalidad general. «El hombre de Estado —dice Mommsen— vendía su país, y el ciudadano su libertad.»²⁵⁰ Los cargos se concedían a quien pagaba más. El cargo

247 W. Warde Fowler: *Roma*, trad. catalana, pág. 122.

248 León Homo: *Les institutions politiques Romaines*, pág. 199.

249 Mommsen: *Historia de Roma*, trad. francesa, vol. VII, pág. 243.

250 Id. id., vol. VII, pág. 245.

de cónsul, en el año 54 a. de C., se adquirió a un precio enorme: se pagaron 10 millones de sextercios. El relajamiento era común a todos los órdenes, en la familia, en la religión, en el amor, en la economía, en la mesa, en el lujo, en el trabajo, en los instintos, en todo. El establecimiento del imperialismo puro exige esta situación.

Una de las primeras cosas que hizo César al comienzo de su reinado fue rodearse de consejeros libertos. Este hecho, así como la extensión de la ciudadanía romana más allá de las tierras itálicas, indica claramente que, como en toda monarquía, César quería fundamentar su poder en los individuos y no en colectividades sociales o territoriales. Si respetó el Senado fue porque esta corporación se avino servilmente a acceder a sus pretensiones, e incluso a sobrepasarlas.

La concesión de la ciudadanía romana que César otorgó a un gran número de personas de dentro y fuera de Italia, no significa de ningún modo un beneficio para los pueblos dominados. La condición de los vencidos continuaba como cuando se pronunció la fórmula *deditio*, es decir «la entrega a Roma de sus personas, murallas, casas, tierras, aguas, templos y dioses.»²⁵¹ César, como los demás emperadores que le sucedieron, siguió explotando metódicamente a las razas vencidas, que no tenían ni derecho a quejarse ya que lo habían perdido todo. El imperialismo era total: unidad de poder dentro del Estado, y conformidad absoluta con la política de expoliación en el exterior.

La política imperialista total inaugurada por César duró cuatrocientos años. Sólo acabó cuando los mismos emperadores dividieron el Imperio. Al morir el Imperio, la antigua ciudad de Roma hacía años que no poseía ninguna importancia política.

La historia de Roma no es nada edificante. Cuando los ciudadanos presumen de su moral, ésta no representa otra cosa que una gimnasia preguerrera para no ser vencidos, y al contrario poder reducir a la esclavitud a más pueblos. La virtud de la que tanto se han alabado los romanos no tenía otra finalidad que la bajeza imperialista. Cuando la virtud se mostraba desinteresada, cuando Roma era la dueña del mundo y rebosaba de la riqueza fruto del pillaje y de los impuestos, es cuando la virtud falla, cuando la vida social muestra una conducta disoluta, una corrupción nunca igualada por ningún otro pueblo, y generalizada en todos sus estamentos.

La riqueza sólo puede emplearse de dos modos: Por el primero, las razas la utilizan para desarrollar y exaltar la mentalidad; por el segundo, las colectividades *desracializadas* la usan para sus apetitos inferiores, instintivos o zoológicos. La riqueza sirve en una raza para fomentar la cultura, considerada como una necesidad de primer orden. En las colectividades mestizas, que carecen de una finalidad humanizada, la riqueza rompe las reglas que impone una vida social modesta, y ahoga a la sociedad con voluptuosas y estúpidas satisfacciones.

La vida de los pueblos sólo tiene sentido si se religa al progreso humano. ¿Para qué sirve a la posteridad el que una nación juegue a los aristócratas, generales, dictadores y monarquías? La humanidad sólo agradece a las colectividades que le han sido útiles, y Roma no lo fue ni podía serlo, porque se lo vetaba su condición mestiza. Toda población mestiza es un peligro permanente para la paz y para la cultura.

La fatalidad biológica no se puede vencer. Roma, colectividad *desracializada*, no podía actuar de otra manera a como lo hizo. Cualquier invención del imperativo categórico como guía de la vida de los pueblos es una ilusión. Los imperativos categóricos son producto de la evolución biológica. La cultura no es un invento, sino la producción natural de la mentalidad, como el glucógeno es un producto de la glándula hepática.

Como Roma fue una colectividad *desracializada*, y por tanto biológicamente degradada como todas las poblaciones mestizas, no pudo producir cultura, al faltarle el órgano exclusivo que la elabora, la raza. Roma poseía en abundancia todas las condiciones menos una, la que permite a cualquier pueblo crear una cultura. Esta condición que le falta a Roma es el hecho de no constituir una raza. Cualquiera que no sea hijo de la raza está por debajo de la humanización, y se encuentra más próximo al animal que al hombre humanizado o culto.

251 Fustel de Coulanges: *La Cité Antique*, pág. 422.

¿Qué le debe el mundo a Roma? Hasta aquí sólo hemos hallado una frenética política de dominio. ¿Para qué ha servido esta política? No sabríamos da ninguna respuesta humana. Sólo sabemos, por dolorosa experiencia, que la política romana ha sobrevivido desgraciadamente a la misma Roma; que Europa, con algunas excepciones, ha dado a su política un ideal predominantemente imperialista. Pero así como en las naciones europeas, hasta en las más imperialistas, junto a la política zoológica se observa una actuación humana, orgullo de su autor y de provecho universal al contribuir a la civilización, Roma sólo puede mostrar la locura de la loba y las garras del águila. Los romanos llamaban bárbaros a los extranjeros. La palabra *bárbaro* puede aplicarse justamente a las colectividades carentes de cultura.

Roma, en sus más de mil años de existencia vivió siempre extraña a la cultura. Camille Jullian sostuvo que la ciencia y el arte no deben nada a los romanos²⁵². La colectividad romana, huérfana de la más alta jerarquía natural, la raza, era incapaz de comprender que en la misma naturaleza está el secreto de la razón de todas las cosas. En poca palabras Cicerón nos da muestra de esta incomprensión, al decir que «el estudio de la naturaleza se ocupa de investigar cosas que nadie puede saber, o de cosas que nadie tiene necesidad de saber.»²⁵³ Gobineau constata cómo una cierta esterilidad planeaba como una maldición sobre la ciudad guerrera. Ennio, Livio, Andrónico, Pacuvio, Plauto y Terencio no eran romanos, como tampoco lo eran Virgilio, Horacio, Tito Livio, Ovidio, Vitruvio, Cornelio Nepote, Catulo, Valerio Flaco y Plinio. Y todavía menos la pléyade de hispanos que llegaron a Roma antes o después: Porcio Latro, los cuatro Sénecas, Sextilio Hena, Estatorio Víctor, Senecio, Higino, Columela, Mela, Silio Itálico, Quintiliano, Marcial, Floro, Lucano y otros²⁵⁴. Añadiremos que Estacio Cecilio era de Insubria, Varrón de Narbona, Ausonio de Burdeos, Propercio y Tácito de Umbría. Excepcionalmente Lucrecio era romano.

En Roma ocurre algo muy distinto a lo propio de las colectividades *racializadas*. En éstas, la producción cultural, especialmente de la literatura, coincide con los períodos de exaltación patriótica o de bienestar. En Roma, «el punto culminante de su civilización se produce en el momento en que carecía de literatura.»²⁵⁵ Roma no ha dado ni un solo escultor, ni un solo pintor. Le Bon observa que «los romanos no carecieron de educadores ni de modelos, puesto que tras ellos estaban los egipcios y los griegos, y no obstante no lograron crear un arte personal. Quizás ningún otro pueblo haya manifestado menos originalidad en sus producciones artísticas. Los romanos no se preocupaban mucho por las artes, y las consideraban tan sólo desde un punto de vista utilitario, considerándolas como una especie de artículo de importación análogo a otros productos, como los metales, los perfumes y las especias, que se compraban en países extranjeros. Cuando los romanos ya era los amos del mundo, no por eso tuvieron un arte nacional, e incluso en la época en que reinaba una paz universal, en la que la riqueza y las exigencias del lujo desarrollaron un poco sus débiles sentimientos artísticos, continuaron tomando de Grecia modelos y artistas. La historia de la arquitectura y de la escultura romana no es mucho más que un apartado de la historia de la arquitectura y escultura griega.»

La falta de producción cultural no se manifiesta solamente en la literatura y en las artes plásticas, sino también en las ciencias. «Entre los griegos que fundan las ciencias y la Edad media que las recupera, los romanos no descubrieron ni inventaron nada.»²⁵⁶ Weber subraya que la nulidad de los romanos sólo se puede comparar a la de los chinos, «que no han tenido propiamente ni un físico, ni un astrónomo, ni un geómetra, ni un aritmético.»²⁵⁷

Con frecuencia se recalca en alabanza de los romanos que crearon un derecho, el más extenso y completo de los existentes hasta entonces. Es cierto. La época clásica de la jurisprudencia romana, afirma un jurisconsulto, se sitúa al principio de la era cristiana y concluye a mediados del siglo III.

252 Rev. Bleue, núm. 2, 1929.

253 Mommsen: *Historia de Roma*, trad. francesa, vol. IV, pág. 8.

254 Gobineau: *L'inegalité des races humaines*, vol. II, pág. 271, 5ª ed.

255 Mommsen: *Historia de Roma*, trad. francesa, vol. IV, pág. 8.

256 Pierre Duhem: *Le Système du Monde*, vol. II, pág. 393.

257 Louis Weber: *Le Rytme du Progrès*, pág. 222.

Esto es, el principio y el fin del derecho romano, elevado a la categoría de ciencia, se produce en el período en el que Roma ha creado el imperio mayor conocido, y este período comprende asimismo la *paz romana*, en la que el comercio se desarrolla enormemente; como se sabe, el comercio es uno de los factores más activos del progreso en materia jurídica. Por esta razón el derecho mercantil estaba considerablemente avanzado en comparación con las demás ramas jurídicas.

El derecho es común a todos los pueblos, y por rudimentaria que sea una sociedad, nunca falta el derecho, al nivel de su civilización y cultura. Es evidente que no existen colectividades mudas, por lo que el hecho de hablar no es señal de cultura. Para que la cultura sea tal es preciso que el trabajo elabore una ciencia y un arte, una gramática y una literatura. Algo parecido ocurre con el derecho. Si bien todas las colectividades tienen su propio derecho, sólo unas pocas consiguen enlazarlo con la jerarquía cultural. Y eso es precisamente lo que le falta al derecho romano, ser un hecho cultural. Una cultura es la suma de las realizaciones que sintetizan los procesos psíquicos particulares, encaminados a eliminar el dolor o a humanizarlo. El derecho romano, por su origen, por su naturaleza, por su finalidad, no puede incluirse en la cuultura.

El derecho de una colectividad creado por ella y para su uso contiene una parte de naturaleza zoológica y otra específica o racial. La proporción entre ambas partes está en consonancia con el grado de desarrollo social de la colectividad. El derecho interno de las colectividades no se parece a una invención, sino a un resumen de la vida social, es decir, el derecho interno no es creación de cultura, ya que está bajo la dependencia de la vida social de la colectividad.

La naturaleza imperialista y comercial de los pueblos ha obligado a crear junto al derecho interno un derecho exterior para aplicarlo a los pueblos sometidos o para compartirlo con otros pueblos libres. Es este derecho externo el único susceptible de convertirse en algo cultural. Por el contrario, cuando el derecho externo se crea para complementar la función imperialista, entonces ya no es cultura, puesto que al aplicarlo produce o aumenta un dolor al pueblo sometido. El derecho que tiene la pretensión de servir a más de una colectividad necesariamente superará el derecho de cada una de las colectividades que lo han de adoptar, Por naturaleza será un derecho superior a los otros derechos. La genealogía de estos tipos de derechos conduciría seguramente a razas en las que su derecho interno en el momento de elaborarse, y aun antes, excluía toda idea o sentimiento zoológico. No es este el caso de Roma. El derecho externo romano es la voluntad del dominador hecha ley, nacido para la sujeción más eficaz y más económica de las razas vencidas. Este derecho orientado al castigo no se puede equiparar al derecho externo que al superar a otros derechos, es aceptado como propio por una o más comunidades extrañas al mismo. Solamente el derecho que humaniza, en lugar de causar dolor, puede ser considerado como una creación cultural. Estos derechos humanizados no tienen su origen en colectividades *desracializadas*, sino en las razas.

El derecho externo humanizado se diferencia claramente del derecho imperial. Aquel es una creación que deja subsistir los derechos internos particulares de cada colectividad. El derecho romano externo, que le ha dado tanta fama, fue el verdugo de las jurisprudencias autóctonas allá donde se estableció. Ignoramos cómo era el derecho de los pueblos dominados durante tanto tiempo por Roma, y sólo con muchas dificultades se podrá reconstruir algún día. El derecho autóctono existiría más o menos desarrollado y sería diferente en cada raza, de manera que así como la imposición de la lengua oficial de Roma a los pueblos dominados no logró la unificación de lenguajes al resistirse la mentalidad de cada raza, como lo prueba la diversidad de lenguas neolatinas, de igual modo el derecho indígena hubo de subsistir en parte inmerso en el derecho externo e interno impuesto por el vencedor, y así subsistía parcialmente cuando hacía tiempo que habían desaparecido las legiones. Las razas a las que se les ha quitado todo, mientras no recobren su personalidad se han de servir de los útiles que tienen a mano, aunque sean las herramientas que echaron abajo sus murallas, sus casas y sus templos.

La humanidad ha de lamentar que Roma impusiera su incultura en sus dominios, impidiendo producir a las mentalidades. «Roma —dice Víctor Chapot— mató para siempre almas colectivas, ahogó en sus gérmenes civilizaciones originales que estaban elaborándose. El mundo no ha

necesitado nunca un molde uniforme, un tipo humano cosmopolita, constituido a expensas de la inteligencia, y que no puede conducir más que a la banalidad. El ejemplo romano es patente.»²⁵⁸

Durante muchos siglos, la ciudad de Roma disfrutó de las condiciones óptimas externas para crear cultura: libertad política y riqueza, pero Roma no pudo producirla porque era una colectividad *desracializada*. Algunos siglos después de la desaparición del Imperio, no muy lejos de Roma, se constituyen unas pequeñas repúblicas de base racial. Cada una de estas repúblicas dio más hombres a la cultura en sólo cuatro generaciones, que los que dieron la funesta Roma y las innumerables razas por ella sometidas, en una docena de siglos.

4.

América

La apoyética o falta de producción cultural que caracteriza a las colectividades desracializadas es un fenómeno permanente; se constata a lo largo del espacio y el tiempo. Así como una cultura revela la existencia de una raza, excepto en los casos de reposo o silencio obligado, su carencia revela la existencia de una colectividad mestiza.

Para confirmar nuestra teoría no necesitamos volver al pasado; veremos la naturaleza de las colectividades *desracializadas* con la exposición de otro ejemplo, si no tan profundo como el de Roma, más extenso y diverso.

América ofrece casi en su totalidad, una prueba de la falta de cultura, a pesar de estar repartida en naciones grandes y pequeñas, de climas diversos, de vida cómoda en muchas de ellas, con largos períodos de paz, grandes ciudades y numerosas zonas aisladas, condiciones todas ellas que por su multiplicidad de formas favorecen la producción cultural.

El continente americano se puede dividir en dos grandes partes: la de lengua inglesa y la de lenguas española y portuguesa. Mientras en la primera parte existe una población importante de raza pura, rodeada no obstante por muchas porciones *racializadas* y por una inmensa población mestiza, en América del centro y del sur domina el mestizaje, sin la presencia de agrupamientos importantes de razas de origen exótico. Esta parte de América tiene sin embargo en su favor algunos núcleos más o menos numerosos de razas indígenas, particularmente en México.

En la América de lengua inglesa predomina el grupo de razas de tipo nórdico, y esta dominación del grupo que es más numeroso, se reafirma al ser la fuente de cultura. Aparte del tipo nórdico, las otras razas, por ser inferiores en número y por otras causas ya estudiadas, entre ellas su falta de independencia, no proporcionan nada a la cultura. La población negra de los Estados Unidos, tan grande en número, parecería contradecir lo anterior. Pero debe tenerse en cuenta que esta población es mestiza, puesto que los negros, al igual que los demás colores de piel, se componen de razas diversas. Si los negros actuales de los Estados Unidos fuesen de la misma raza, gracias a su gran número, ya habrían creado una cultura, su cultura.

El estado social de los indígenas mexicanos durante la dominación española no fue superior a la esclavitud del negro; pero el hecho de conservar su pureza racial (porque los indígenas mexicanos *racializados* componen una población muy numerosa, aunque no alcanzan la mitad de la de los negros norteamericanos) les permite crear una cultura propia, cultura que a medida que la población mexicana se vaya purificando, continuará desarrollándose. El renacimiento mexicano no estará solo; otros núcleos raciales de América del centro y del sur antes o después les seguirán.

Aparte de estas excepciones, en toda la América de lenguas española y portuguesa no hay nada relevante en el orden de la cultura. Las grandes masas de población de Sudamérica no han podido crear la mínima muestra de una cultura incipiente, y los indígenas mexicanos que aun conservan los moratones de los latigazos, les son muy superiores. Es indudable que en las repúblicas en las que se habla español las razas exóticas principales son la española y la andaluza, mezcladas con otras razas blancas o de color, y a pesar de que la población de dichas repúblicas se

258 Víctor Chapot: *L'Empire Romain*, pág. 481.

cuenta por millones, todavía no ha podido dar un solo pintor digno de figurar al lado de los grandes maestros andaluces y españoles. En el Brasil ha sucedido algo parecido: no hay ni un literato que pueda honrar a las letras portuguesas.

Las colectividades *desracializadas* no pueden producir cultura, están por debajo de la cultura, y por ello concentran forzosamente sus actividades en la civilización y en el imperialismo. Por eso en ciertos aspectos sociales algunas repúblicas americanas superan a las razas creadoras de cultura. Y por la misma razón son endémicos los pronunciamientos y la política personalista, expresión del imperialismo interno. Si no ha surgido el imperialismo externo es porque ninguna de ellas tiene ni la décima parte de la población que necesitaría. Cuando una de estas repúblicas alcance una gran población surgirá el imperialismo externo.

El imperialismo de los Estados Unidos es un caso especial. Su imperialismo externo se ha extendido hacia pequeñas repúblicas, que parecían fáciles de dominar por su pequeñez, pero el proceso no se ha culminado a pesar de su potencia económica y de su gran población. Ocurre que la política imperialista de los Estados Unidos es un efecto de su abundante población mestiza, pero la raza dominante teme perder su cohesión y reducirse numéricamente, y que la dirección pase a otras manos; esto es lo que frena dicha política imperialista. Si la raza dominante norteamericana quiere conservar su hegemonía, no podrá llevar a cabo ninguna acción imperialista acorde con su potencia, puesto que al imperialismo externo le sigue la descomposición interna, y acaba con el imperialismo interno. La república norteamericana, para conservarse tal como es, habrá de circunscribirse a la acción imperialista que realiza en América central y en Filipinas, a ampliar la autonomía de los pueblos sometidos, o a una sencilla función de control. Cambiar esta política por métodos imperialistas como los que emplearon Roma y España, significaría el inicio de la decadencia de la raza de tipo nórdico que gobierna los Estados Unidos.

Ninguna de las repúblicas americanas de lenguas española y portuguesa se estremeció de alegría al obtener la independencia política, como sí hicieron muchas razas oprimidas libertadas por la guerra europea. Éstas, al renacer a la vida política, se afanaron en trabajar su mentalidad y procuraron dar salida a sus valores morales. En estas naciones de nueva formación era todo el cuerpo orgánico el que renacía, y no se sabía que admirar más, si la alegría de disfrutar finalmente de la independencia, o el afán de organizar todas las fuerzas del país, o la fiebre creadora de cultura, o el poderoso optimismo que les invadía. Las repúblicas americanas no dieron esta impresión. En sus cien años de independencia, las más avanzadas, excepto México, se han limitado a ser buenos clientes de la civilización, a adquirir la maquinaria más moderna, a trasplantar la organización social más perfecta. Pero estas colectividades *desracializadas*, ¿con qué han contribuido a la cultura? La independencia no les ha servido para otra cosa que para hacer política imperialista, el único modo en que pueden realizarla las colectividades *desracializadas*. Todas estas repúblicas, a no ser que sus razas autóctonas despierten como en México, están condenadas fatalmente al imperialismo, y sus producciones serán imperialistas. Bolívar merece figurar en el mausoleo de los grandes capitanes. No será, sin embargo, el último general de gran envergadura que producirá la América de lenguas española y portuguesa.

II. La depuración racial

1. *Inconsciencia racial*

Las depuraciones raciales son procesos que operan por regla general ante una discordancia entre la raza y los hombres que la componen.

A través de la historia la raza aparece como una entidad viva, con todas las características de un ser no limitado por el tiempo, y que posee una tenacidad finalista que sólo se puede comparar a la de las categorías específicas superiores. Las razas luchan, son apresadas, sufren humillaciones, se dejan mutilar, llevan una vida miserable, incluso se les somete a una total degradación, pero cuando por diversas circunstancias disminuyen las condiciones adversas, y la raza vencida es o se cree tanto o más fuerte que la raza vencedora, trata entonces de eliminar todo o parte de lo exótico que se le ha incorporado, tanto en la sangre como en la mente. Este proceso, evidente para quien observe la historia de cualquier país o raza, no debería ignorarse si no fuera porque casi siempre hay un desacuerdo absoluto entre la marcha de la raza y la actuación de los hombres que la componen.

La inteligencia, separada de la mentalidad, hace al hombre inconsciente respecto a la actuación racial. Por su inteligencia, los hombres se oponen muchas veces, si no siempre, a las conveniencias de la raza. En el proceso álgido de las depuraciones raciales, como son las revoluciones, ocurre a menudo que sus dirigentes e incluso los intelectuales revolucionarios, actúan movidos por ideales extraños o contrarios a la raza. En las revoluciones, ha sido la norma la oposición de la inteligencia a la mentalidad.

Las depuraciones raciales no se realizan necesariamente con violencia, sino que con frecuencia transcurren con una paz exterior, y la revolución permanece circunscrita al terreno espiritual. Es más; toda revolución violenta va precedida de una introducción inconsciente de naturaleza mental. La inconsciencia racial hace que la raza pase desapercibida. La raza, guiada por su instinto, cuando siente la posibilidad de liberarse, lo realiza utilizando los medios más diversos, pero siempre aquellos que puedan ser comprensibles para la inteligencia, como si no se tratara de otra tarea que las enunciadas por la inteligencia, como si tras ella no existiera ninguna otra forma de conocimiento.

Iniciado el proceso de depuración, no son nunca la inteligencia y la voluntad quienes obtienen la victoria. La raza es quien vence en la batalla. La depuración ha sido hasta ahora un proceso inconsciente. Y no lo es sólo el proceso, sino también los resultados, puesto que la inteligencia no los advierte. Y sin embargo, los hechos permanecen. Sólo es necesario interpretarlos sustancialmente. Esta interpretación mostrará que la razón profunda de los hechos políticos y sociales está vinculada a la mentalidad, y de ninguna manera a la inteligencia.

Los procesos de depuración racial se pueden clasificar en tres tipos: de primer grado, de segundo, y complejas. Los procesos de primer grado se dan cuando una raza procura obtener su libertad política. Los de segundo grado son los que se realizan en los límites de una raza. Los complejos se dan en Estados compuestos en los que unas razas se esfuerzan en purificarse, y otras por lograr su independencia.

2.

Depuraciones de primer grado

Con un sentido práctico admirable, las razas propicias a depurarse aprovechan todas las oportunidades para recobrar su libertad política, puesto que ésta es indispensable para realizar eficazmente y de modo completo las restantes depuraciones. No se sabe de ninguna depuración integral y sincrónica.

Para realizar la depuración de primer grado, es preciso que la raza quiera realizarla. Esta condición parece contradecir el hecho enunciado de la inconsciencia, pero no es así. Si no existe en las colectividades la noción de raza en la forma antes definida, la libertad política de las colectividades no va ligada necesariamente al inconsciente racial, de modo que excepcionalmente las agrupaciones políticas o Estados comportan una Unidad racial, y por otra parte, hasta las colectividades *desracializadas* sienten la necesidad de ser independientes. Las ventajas que proporciona la libertad política para el desarrollo de una raza son evidentes.

El hecho de que una colectividad sea una raza no significa que sienta la necesidad de libertarse políticamente. Hoy sería inútil ofrecer la libertad a cualquiera de las razas de la península

Italiana, al igual que durante la revolución francesa, según Miguel de los Santos Oliver, Cataluña rechazó la propuesta de independencia que le hizo Robespierre, del mismo modo que la de Couthon, más adelante. En la Convención, el 7 de pradiar, Milhaud y Soubrany propusieron anexionar Cataluña a Francia, y Couthon les respondió que era preferible hacer de Cataluña una república independiente, puesto que serviría de barrera allá donde acaban los Pirineos²⁵⁹. La propuesta de independencia fue renovada después, inútilmente, por Napoleón.

Para que una raza vencida o dominada realice la primera depuración, es preciso que advierta su condición de esclavitud, y entonces cualquier oportunidad le parece buena para alcanzar la libertad política. En esta situación, llevadas por el optimismo, las razas desafían la situación y sin cálculo ni miedo intentan la depuración. Flandes no contaba con la posibilidad de que los aliados podían ganar la guerra europea. Irlanda no tuvo miedo de batirse contra un coloso. Alsacia, a pesar de las coacciones, continúa manifestándose por la autonomía.

La guerra, especialmente cuando se pierde, suele causar la liberación de algunas razas sometidas. Por ejemplo, las que se han producido en el Imperio ruso durante la guerra europea. Son una consecuencia de la misma guerra. El Tratado de Versalles confirmó la independencia de algunas razas. Otras razas deben su independencia al cambio de religión. Las guerras religiosas del siglo XVI en Europa determinaron la liberación de muchas razas.

Le resulta más fácil llegar a ser libre a una raza pura, como Noruega al separarse de Suecia. En cambio, en las razas mestizas del centro y el sur de América, la independencia y la depuración se realizaron tortuosamente. Casi todas estas repúblicas comenzaron a sublevarse, no por la libertad colectiva, sino por un régimen democrático que se pedía a su metrópoli. La sublevación removió el sentimiento colectivo de liberación, que les condujo a la independencia. La vida libre de estas repúblicas les ha conferido el ansia de pureza racial, esto es, la reducción progresiva de los mestizos. En las repúblicas en las que la población autóctona ha desaparecido, si contienen un núcleo racial capaz de absorber los elementos de las otras razas, a la larga podrán crear cultura; en caso contrario, no irán más allá de estar civilizadas. En cambio, en las repúblicas, como México, en las que la raza autóctona es actualmente muy numerosa y constituye la base de la población, ya se han producido manifestaciones culturales.

Se han dado algunos casos en los que las razas deben su libertad política a su enemigo natural, el imperialismo. Si estas razas no estaban entonces despiertas, una vez libres se han acomodado a la situación. Bélgica debe su nacimiento a Gran Bretaña. Entre los estados surgidos por la guerra europea, algunos reconocen su existencia al interés del imperialismo. Con frecuencia el imperialismo excita y ayuda a algunas razas con el propósito de debilitar la fuerza próxima o lejana de sus vecinos. Francia, en la posguerra, fomentó el separatismo de los países renanos, y si no fuese por la oposición inglesa, Europa contaría con un estado más²⁶⁰. No fue esta la primera vez que Francia, por su interés, ha sobornado a sus vecinos. El cardenal Richelieu favoreció a los separatistas catalanes, que instauraron una república que duró una docena de años, esto es, mientras le interesó al cardenal imperialista.

La libertad política es inherente a cualquier colectividad diferenciada y viva, pero mientras que en la población *desracializada* la libertad política y el imperialismo representa el objetivo natural de sus actuaciones, en las razas por el contrario, constituye la condición primera para llegar a ser útiles a ellos mismos y a la humanidad.

3.

Las depuraciones de segundo grado

Los procesos depurativos de segundo grado se producen en las razas libres, que forman cada una de ellas un Estado, o bien un Estado común a varias razas.

259 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. III, pág. 191.

260 Gustave Bahu: *Le général Mangin et la République Rhénane*, en *Le Correspondant*, 10 de junio de 1929.

Los Estados Unidos componen un gran mosaico de razas y de mestizos. La tendencia de los norteamericanos repudia evidentemente los mestizajes. Cada raza se aísla de las demás. El gobierno central, con la *Johnson Act* de 1924, al restringir el número de emigrantes y fijando ciertas condiciones, favorece esta tendencia natural interna del país.

México hace años que comenzó la tarea de depurarse. Actualmente se ha reducido la población blanca a un 15 %; más de la mitad de los mexicanos son de pura raza; el resto, indios mestizos. Cuarenta años atrás la raza autóctona activa; sus intelectuales procuraban ocupar todos los cargos, y ponerse al nivel de la civilización dominante. La constante eliminación de sangre exótica aumentó el vigor de la raza y su deseo de purificarse. La revolución de 1910 puso la tierra en manos de los indígenas, sus legítimos propietarios. La revolución de 1929 representa, además de la continuación depurativa de la sangre, la de la mentalidad. La raza mexicana, gracias a este proceso depurativo, muestra que ha comenzado a crear cultura, su cultura, principalmente en lo artístico. Si mantiene su esfuerzo llegará a producir una cultura integral, acorde con su genio o sus posibilidades.

La raza mexicana, por el hecho de ser la vanguardia de las razas autóctonas de América, tiene un gran honor y una gran responsabilidad. Si triunfa por completo, el despertar racial que se observa en gran parte de América proseguirá su camino; pero si México fracasa, las depuraciones raciales americanas se retasarán mucho. El despertar racial americano no exige otra cosa que el sacrificio de adoptar la civilización material que domina el mundo, para que las razas se fortalezcan y puedan comenzar su regeneración mental. Y una vez logrado, ésta no tardará en manifestarse: ninguna de las ideas y doctrinas que con tenaz insistencia se les ha querido imponer, ninguna ha destruido su mecánica pensante o sus representaciones. En lo religioso, en México, Venezuela, Perú y las demás repúblicas de la América española, los indios no son católicos²⁶¹, no obstante tener un barniz de esa religión que permite a la parte interesada hacerles cumplir e incluirlos en el censo católico. Estos indios cualquier día nos sorprenderán con una declaración semejante a la de los «iroqueses, mohawkus, oneides, onendages, cayugas y seucas, que en una reunión cerca de Montreal han anunciado oficialmente que desde entonces volverían a adorar a su antiguo dios Gitchee Manitú, puesto que los dioses de los blancos les han quitado las tierras, la libertad y sus derechos.»²⁶² México se despierta. Ahora su pintura es como una cata a la cultura exclusivamente mexicana, indígena, que sus hijos de raza pura se esfuerzan en recuperar.

Otro ejemplo de depuración racial lo ofrece Rusia. Pero así como México sabe que tiene un problema racial material, Rusia con su revolución no se propone ni enuncia nunca cuestiones raciales. Y no obstante, la revolución rusa constituyó una gran depuración racial.

A partir de 1917, en Rusia no se ha producido una revolución sino dos, la de Kerensky y la de Lenin. La revolución de Kerensky consiguió, aunque muy brevemente, sólo uno de sus propósitos: que Rusia tuviese libertad para darse el régimen político que desease. Los hombres del gobierno provisional, imbuidos de cultura occidental, esto es, de mentalidad *desracializada*, no supieron aunarse con el pueblo, y el pueblo se les escapó de las manos. Pero los países del Imperio, no rusos, aprovecharon la ocasión de momentánea libertad, y Polonia recuperó la independencia; Finlandia, Estonia y Lituania, la autonomía. De haberse mantenido el gobierno de Kerensky, Rusia habría establecido un régimen democrático, de cultura europea y por tanto extranjero en su propia casa.

Afortunadamente para Rusia, un hombre de pura raza aparece en el escenario. Lenin es el autor de la segunda y verdadera revolución rusa. Desde el golpe de estado de los soviets la revolución actúa en provecho exclusivo de Rusia. ¿Qué pretendía la revolución rusa? Establecer el comunismo. ¿Y qué han logrado los soviets?

Con una total inconsciencia, la revolución rusa ha llevado a cabo una doble depuración racial. Por un lado ha restablecido una economía fundamentalmente racial, y por otro lado ha recuperado la cultura autóctona.

²⁶¹ Julio César Salas: *Civilización y barbarie*.

²⁶² *Le Matin*, 2 de noviembre de 1927.

El comunismo de Rusia es parcial. El Estado es comunista, pero no el individuo.

Cuando Miguel Romanov fue proclamado como zar, esto es, soberano absoluto, por paradójico que parezca, no debió el cargo a una acción de guerra, ni fue el resultado de una victoria, sino que fue elegido democráticamente. Pero los mismos que lo habían proclamado, inmediatamente después, como si estuviesen derrotados, prometieron al zar someterse sin discusión a la voluntad soberana, y poseer sus propiedades por el don gracioso del monarca. El país se entrega a la dinastía en cuerpo y bienes.²⁶³ Si la historia de Rusia sólo contuviese este hecho, bastaría para asegurar que la mentalidad rusa es en general muy diferente de la occidental, puesto que dicho acto supone un concepto de la persona y de la propiedad muy particular. El individuo está sujeto al zar, a la nobleza: es el siervo eterno. Él y todo lo que posee pertenece al Estado, o al zar que lo representa. «El zar poseía las tierras de su territorio, era el propietario directo de las granjas, soberano absoluto de las tierras de sus súbditos. Las periódicas expropiaciones y nacionalizaciones, locales o generales, son fenómenos clásicos de la historia rusa. Gracias al menosprecio de los derechos privados, una especie de costumbre en la historia rusa, se produce en los siglos XVI y XVII una gran tarea de distribución de las tierras libres o nacionalizadas.»²⁶⁴ Respecto a las tierras, lo que en Rusia aparenta ser propiedad privada, no es otra cosa que un don o una tolerancia del soberano a los nobles. La tierra que no pertenece a la corona o a los señores, dice Paul Léroy Beaulieu —y a la tierra, añadiríamos nosotros—, constituye la propiedad indivisa, colectiva, del municipio²⁶⁵. Esta tierra es el *mir*, conjunto de habitantes de una aldea, que poseen en común las tierras de su municipio. Cada vecino no posee la misma superficie de tierra, sino que periódicamente se sortea un nuevo reparto. La tierra que trabaja un vecino se sabe que con seguridad hace años era labrada por otro vecino, cuyo padre y abuelo tampoco la había cultivado. La propiedad en Rusia es, pues, una cosa flotante, bien alejada de la firmeza de la propiedad europea, y si el *mir* persistía por el deseo del Estado de mantener su comunismo, el campesino se lamentaba de que el lote de tierra no fuese suyo, puesto que el cambio periódico de propietario imposibilitaba la plantación de árboles frutales y otras mejoras de efectos duraderos.

La civilización de Europa occidental disfrutó en Rusia de una gran influencia entre las clases dirigentes y acomodadas desde el siglo XVIII. A causa de esta influencia la propiedad pasó de las manos del zar a la nobleza y el clero, ya sea por reparto o por apropiación. Pero el zar, de un solo golpe recuperó toda la propiedad privatizada, sin tener en cuenta ni la categoría de los sujetos ni la importancia de la corporación. Se ordenó la nacionalización de la propiedad eclesiástica por el *ucase* del 26 de febrero de 1764²⁶⁶. De los miles de desposeídos, sólo el metropolitano Arseni Mazievich tuvo el coraje de protestar. Catalina la Grande lo envió a prisión, y el Santo Sínodo lo destituyó. Cien años después, en 1861, Alejandro II desposeyó a cien mil nobles de las tierras que disfrutaban, y las repartió entre los campesinos, que hasta entonces habían permanecido en servidumbre. No se produjo ninguna protesta. Estos y otros ejemplos que podríamos alegar, muestran que el Estado o el zar llegan a tolerar la existencia de la propiedad privada de la tierra, pero que periódicamente la recuperan, estableciendo de hecho un verdadero comunismo estatal. Pero si este régimen de propiedad no estuviese encarnado en los rusos, si no constituyese una parte de su economía racial, un monarca absoluto podría imponerlo pero sus sucesores no podrían mantenerlo, y se produciría una protesta general. En Rusia no ha ocurrido esto.

Lenin, antes de llegar al poder, hablaba y escribía desde un comunismo perfecto. A menudo ocurre que la inteligencia domina a la mentalidad, pero ésta reclama sus derechos en los momentos críticos, y en lugar de manifestarse en palabras, lo hace en hechos. El primer decreto que firmó Lenin, al día siguiente del golpe de Estado, fue para reclamar una paz democrática y para expropiar sin indemnización a los poseedores de la tierra. Inmediatamente, «los campesinos realizaron su

263 Boris Nolde: *L'ancien régime et la révolution russe*, pág. 4.

264 Id. id., pág. 11.

265 Paul Léroy Beaulieu: *Le collectivisme*, pág. 97.

266 Boris Nolde: *L'ancien régime et la révolution russe*, pág. 35.

propio programa, aplicando sus propios métodos.»²⁶⁷ El decreto de Lenin se aplica en el Código agrario del gobierno soviético de 1922: el soviet local reparte la tierra entre los campesinos, más o menos controlado por los funcionarios del poder central. Los hechos no coincidían con la doctrina. «El Comisario del Pueblo para la Agricultura, Sereda, dijo en 1919 que la solución de la cuestión agraria no era nada comunista, puesto que el reparto de las tierras en ningún caso es una solución comunista.»²⁶⁸ Lenin no aplicó el comunismo al campesinado, sino que, actuando dentro de la más pura tradición rusa, en nombre del Estado se apropia de las tierras, y después las reparte a los que van a trabajarlas. En la cuestión agrícola, la revolución rusa no ha superado el comunismo estatal. Y los campesinos propietarios nunca habían sido tan numerosos. Téngase en cuenta que antes de la revolución la población rusa, según Trotsky, se componía de un 60,8 % de campesinos, y el restante 39,2 % de las restantes clases sociales: industria, comercio, transporte, servicio doméstico, etc.²⁶⁹

Lenin vulnera indudablemente la doctrina comunista, pero se ha de convenir que ha establecido la economía agraria que la raza promovía. El éxito que obtuvo con la Nueva Política Económica es el resultado de esta fusión constante y clara entre las masas campesinas y el hombre que las gobernaba²⁷⁰. Ahí radica la gloria de Lenin.

Una liberación atrae otra. Así como con Kerensky y el cambio de régimen, las nacionalidades oprimidas por los zares reclaman y obtienen la libertad, en la revolución soviética estas libertades colectivas se confirman y dan lugar a otras nuevas. Los soviets reconocen la independencia de Finlandia; en Brest-Litovsk la de Lituania, y posteriormente la de Estonia. Durante la revolución Ucrania se erige en principado, se proclama otro estado en el Don, nacen diversas repúblicas en el Cáucaso, y Siberia se declara autónoma. Este reconocimiento de las libertades colectivas contrasta con la política de rusificación de los zares. El gobierno de los soviets, contrariamente a la política confusionista centralista propia de los imperios, opta por la federación, y esta forma política oficial actualmente, consta de seis grandes Estados: República socialista federativa de los soviets de Rusia, República soviética Ucraniana, República socialista federativa de los soviets de Transcaucasia, República socialista soviética de la Rusia Blanca, República socialista soviética de Uzbekistán, y la República socialista soviética de Turkmenistán.

Una política predominantemente racial tenía que tener en cuenta a las minorías nacionales, «que los soviets se han encargado de resolver dentro de la constitución comunista. En cuanto al régimen interno de cada minoría, los diversos pueblos del territorio de la Unión, no sólo forman Estados separados, repúblicas autónomas o territorios autónomos, sino que también disfrutan de completas facultades para desarrollar la cultura y la vida económica propias. Evidentemente, en los Estados burgueses las minorías nacionales no poseen estos derechos tan amplios.»²⁷¹

Cuando una raza posee una economía adaptada a su manera de ser, y además disfruta de libertad colectiva, necesariamente se iniciará la función superior por excelencia, la cultura propia.

Las heridas de la revolución todavía no han cicatrizado lo suficiente para que la cultura, flor delicada de las razas, pueda producir, especialmente en sus más altas manifestaciones. Pero dice un refrán que la espina nada más nacer ya pincha. Ya llegará el arranque de la cultura superior. De momento podemos señalar que el afán de aprender se ha generalizado. Entre 1925 y 1926 se han realizado cien mil cursillos de instrucción agropecuaria, lo que se ha traducido en un aumento considerable de la producción agrícola y ganadera²⁷². Wells y otros autores extranjeros que han visitado Rusia elogian el esfuerzo del gobierno soviético en pro de la instrucción. F. Blasi y Vallespinosa dice que en el transcurso de un año el gobierno soviético ha abierto ochenta mil

267 Id. id. pág. 180.

268 Id. id. pág. 201.

269 Trotsky. París 1905, pág. 30.

270 Guido Miglioli: *Le village sovietique*, pág. 45.

271 J. Estelrich: *La cuestión de las minorías nacionales*, pág. 78-79. [Joan Estelrich fue diputado por la Lliga, y fue uno de los nacionalistas catalanes bien relacionados con el fascismo italiano. En la guerra civil apoyará a los militares sublevados y ocupará distintos cargos durante el franquismo.—Nota del traductor.]

272 Guido Miglioli: *Le village sovietique*, pág. 78.

centros de estudios para analfabetos, con lo que se ha logrado que tres millones de rusos aprendan a leer y escribir, y eliminar el analfabetismo en el ejército rojo²⁷³. El 70 % de analfabetismo que existía en la población rural ha descendido al 10 %²⁷⁴. En fin, el 73 % del presupuesto de instrucción pública se destina a la educación de los campesinos²⁷⁵.

La revolución rusa, en resumen, no se ha desarrollado como imaginaban sus autores, los cuales, inducidos por doctrinas que ignoran a su raza, pretendían imponerlas a la realidad política. El alma del campesino ruso, espejo de toda la población rusa, no es comunista. Desde hace muchos siglos, dice Gorki, el campesino ruso sueña con un Estado que no influya en la voluntad del individuo, ni en su libertad de acción, en un Estado que no tenga ningún poder sobre el individuo²⁷⁶. Este campesino, que ha encontrado en Lenin su intérprete, será el que enriquezca a Rusia, y con esta riqueza será posible la producción cultural. El comunismo tampoco ha triunfado en la industria y el comercio, como demuestra la realidad. Pero si las teorías exóticas han fracasado, el alma rusa ha alcanzado la victoria, una victoria exclusivamente racial. El exilio de Trotsky reviste así un importante significado: el destierro de lo exótico, contrario al modo de ser de la raza.

4.

Las depuraciones complejas

La revolución francesa es un ejemplo de depuración compleja. La raza hegemónica, la francesa propiamente dicha, realiza durante el breve espacio revolucionario una doble depuración: elimina a la aristocracia, gente de otra raza, y lleva a la política su ideario racionalista.

Pero la raza hegemónica no constituye todo el Estado. Hay en él diversas razas que desde hace mucho tiempo están sometidas. La raza francesa reclama y obtiene de las otras la ayuda necesaria para llevar a cabo la primera depuración, y una vez practicada, para eliminar cualquier intento de reivindicación racial por parte de las razas sometidas. Impone el régimen centralista, que es al mismo tiempo un producto legítimo de su ideología.

Aplica la misma política en el extranjero: anima a los pueblos para que expulsen a sus tiranos, prometiéndoles y facilitándoles ayuda, para concluir después con las invasiones y las anexiones. Incluso realizando las depuraciones, llevan a cabo al mismo tiempo el más desenfrenado imperialismo.

Sin embargo, las razas sometidas del Estado francés no fueron absorbidas del todo por la raza hegemónica, y y por consiguiente su enfrentamiento tuvo que concluir con un pacto.

La revolución francesa no comienza con la pérdida del poder real absoluto: tiene sus orígenes en el establecimiento del absolutismo, que sólo pudo implantarse privando a la aristocracia de su soberanía. En Francia, como en todas partes, la lucha entre la dinastía y la aristocracia ha sido secular. Richelieu volvió cortesana a la aristocracia, y le hizo renunciar a sus beneficios feudales. Robespierre es quien acabará el ciclo que había iniciado el primer ministro de Luis XIV, esto es, supresión de la nobleza, centralización estricta e imperialismo.

Pero el absolutismo no se puede implantar por la voluntad de un solo hombre; es necesario que el pueblo, que las ideas dominantes, lo acepten con agrado. Si el absolutismo fue una característica indiscutible de los últimos reyes franceses, fue por la convergencia de dos fuerzas: la del monarca, que en su naturaleza está tender al poder absoluto: la de las ideas racionalistas que imponen necesariamente la desaparición de diferencias o particularismos a fin de establecer la igualdad.

Los primeros ataques de los revolucionarios fueron contra la aristocracia, a la que consideraban como el enemigo más potente y peligroso. ¿Qué concepto tenían los revolucionarios de la aristocracia? Sieyès, poco antes de la que la revolución pasase a los hechos, escribía: «¿Por

273 F. Blasi y Vallespinosa: *Viatge a Rússia passant per Escandinàvia*, pág. 129.

274 Guido Miglioli: *Le village soviétique*, pág. 141.

275 Id. id, pág. 144.

276 Máximo Gorki: *Lenin. El pagès ruso*, trad. catalana, pág. 78.

qué no restituir a los bosques de Franconia a todas esas familias que conservan la desquiciada pretensión de ser descendientes de la raza de los conquistadores y haber heredado sus derechos de conquista?... La casta de los nobles constituye ciertamente un pueblo aparte, pero un falso pueblo, carente de los órganos necesarios para existir por sí mismo, y que al modo de los tumores vegetales sólo sobrevive por la savia de las plantas que deseca... Todas las ramas del poder ejecutivo han caído en manos de la casta que provee a la Iglesia, a la Toga y a la Espada.»²⁷⁷ Esto es, para los revolucionarios la aristocracia era gente de otra raza, descendientes de los conquistadores, que a cambio de la pérdida de sus feudos decretada por el absolutismo dinástico, recibían de la monarquía los empleos y las dignidades eclesiásticas, jurisdiccionales, gubernativas y militares.

La aristocracia, definida por ella misma, ¿qué era y qué pretendía? Que nosotros sepamos el que mejor lo ha expuesto es el conde de Boulainvilliers. La aristocracia francesa era de origen franco, «nombre que no era propio de un pueblo en particular, sino que comprendía todos los pueblos que vivían desde el Rhin y el Weser hasta el Elba.»²⁷⁸ Las pretensiones de la aristocracia en el siglo XVIII, a pesar de las mermas que le impuso la dinastía, eran las inherentes a su naturaleza de conquistador, y las había disfrutado hasta el reinado de Luis XIV.

«No es difícil advertir —dice el conde de Boulainvilliers— que tras conquistar a los galos, los franceses o francos fueron los únicos nobles reconocidos, esto es, amos y señores. Se puede demostrar de varias maneras, y yo utilizaré las palabras *salio* y noble, que son sinónimas, las cuales se refieren propiamente a los conquistadores de la Galia y a su descendencia, en relación directa con los galos... El nombre *salio* se aplica de hecho al soldado franco, como los que se apoderaron de la Galia bajo el mando de Clodoveo, y que después de la conquista no quedó nadie en el país que no fuese conquistador o conquistado, *salio* o romano. Los primeros tenían sus leyes, llamadas sálicas, a diferencia de las de los vencidos, que conservaban el nombre de romanas. Las tierras de los primeros recibieron el nombre de sálicas, ya consideradas como posesión o herencia sálica (*Terra Salica*), ya como parte del botín distribuido entre cada uno de los vencedores (*Sors Salica*). Las personas eran salias de acuerdo con sus orígenes; de modo que se puede asegurar que las leyes, las tierras y las personas sálicas, eran las que les eran particulares. Es un error el pensar que los galos sometidos eran los verdaderos nobles, porque los francos eran extranjeros, ignorantes y bárbaros, y su violencia no podía conferirles una verdadera nobleza: bastaba con el hecho de que habían vencido. La antigüedad de origen cede con razón ante la fuerza mayor de una conquista. En resumen, los galos vinieron a ser súbditos, mientras que los francos quedaron amos e independientes. Añádase a esta razón el prolongado servilismo en que han vivido los galos bajo la dominación de los francos, su exclusión del servicio militar, del ejercicio de cargos civiles, y al contrario, obligados a pagar positivamente todo tipo de impuestos; también varias estipulaciones de las leyes sálicas según las cuales los galos pueden ser condenados a muerte por delitos por los que a los francos sólo se les impone una multa; también que su sangre apenas tiene valor, mientras que la del franco es inapreciable... Con todo esto se tendrá la certeza de que tras la conquista los franceses originales han sido los verdaderos nobles, los únicos que podían serlo, mientras que la fortuna de los galos estaba limitada a la voluntad del vencedor.»²⁷⁹

Entre el concepto de nobleza del revolucionario Sieyès y el concepto del aristócrata Boulainvilliers, la concordancia es perfecta. Los francos, o sea la aristocracia, componían una raza exótica, conquistadora, que había ejercido y pretendía ejercer todavía su dominio en el conjunto de razas que habitaban el país conocido como la Galia.

Todas las razas del Estado realizaron un esfuerzo común para liberarse de la nobleza, enfrentada a todas ellas. Durante la revolución, la caza del aristócrata se practicó sin interrupción. Si en Bretaña y en la Vendée la aristocracia se resiste junto al pueblo, a la larga sufrirá la misma suerte que en las demás regiones. La revolución, de hecho, arrebató el poder a la nobleza, y por los

277 Sieyès: [*¿Qué es el Tercer Estado?*](#)

278 Boulainvilliers, *Histoire de l'ancien Gouvernement de la France*. La Haya 1727, vol. I, pág. 2.

279 Id. id., págs. 37, 38 y 39.

muchos que murieron, los descendientes de los conquistadores que sobrevivieron mediante la emigración y regresaron lo hicieron en tan escaso número que ya no pudieron influir en las demás razas, ni en el gobierno ni en la constitución racial.

La eliminación de la nobleza supuso un acto de suma justicia. La nobleza, raza conquistadora, se apoderó de las mejores tierras. Era natural que al vencer la revolución volviesen las tierras a sus antiguos propietarios, las razas indígenas. Esta restitución no fue gratuita, sino que los indígenas tuvieron que comprarla al Estado. La primera depuración fue, pues, completa: anulación de la nobleza, y devolución de la tierra a las razas que habían sido desposeídas.

La segunda depuración se realizó simultáneamente a la primera, y hay que diferenciar dos hechos. La revolución francesa propiamente dicha y la conducta de la raza hegemónica o francesa respecto a las demás razas que componen el Estado de Francia. El primer hecho es la lucha de la ideología racionalista, propia de la raza francesa²⁸⁰, con el objetivo de implantar sus principios en la política. El segundo hecho es la lucha de la raza hegemónica contra el resto de las razas del Estado francés, para así continuar disfrutando de su dominio. Esto es, la raza francesa al querer establecer en la política los principios racionalistas, se mentaliza o *racializa*. Pero asimismo, al luchar con las otras razas del Estado, realiza una repetida función imperialista. La revolución francesa, considerada globalmente, no es un movimiento de liberación, como generalmente se cree, sino la manifestación de la profunda egolatría de la raza hegemónica. Ésta, una vez que las razas sometidas le han ayudado colaborando en la primera depuración, usa contra éstas todos los medios necesario para destruir de raíz cualquier esperanza de libertad colectiva.

Al comenzar la revolución, todas las razas componentes del Estado se estremecieron de alegría, de liberación. La raza hegemónica quería implantar su ideología en la política; las razas sometidas presentían una liberación colectiva, aunque dentro del Estado francés. Sin embargo, la raza hegemónica actuó desde el principio en contra de la política autonomista, siguiendo el ejemplo de la monarquía anterior. Los *Cuadernos de quejas* de 1789 lamentaban la pérdida de derechos locales. En el Delfinado y en Bretaña hubo reuniones centradas en la libertad colectiva. «El 26 de octubre de 1789 se denunció en la Asamblea Nacional la reunión celebrada en Tolosa el 10 del mismo mes, a la que asistieron ochenta y dos nobles y ochenta y cinco parlamentarios, que se comprometieron entre otras cosas a oponerse a la abolición de los derechos y libertades de la provincia.»²⁸¹

Pero la idea de la libertad colectiva no estaba presente de forma consciente en las razas sometidas. La tarea de la primera depuración, de la que se contaba con resultados inmediatos, ocultaba el fondo de la cuestión. La situación política de las razas sometidas estaba en evidente inferioridad respecto a la raza hegemónica. Ésta condujo a aquellas a la revolución, y si por un lado echaba abajo lo anterior, por otro establecía triunfante su ideología. Las razas sometidas, acostumbradas a la obediencia, ayudaron del mejor modo posible en la demolición, pero carecían de un ideal propio que imponer.

En cambio, la primera depuración les afectaba más que a la raza hegemónica, puesto que ellos habían sufrido a los aristócratas franceses, además de los invasores comunes de la Galia, y sintieron la necesidad violenta e inmediata de eliminar a los elementos extraños y los signos que los representaban, especialmente al rey de París. Contra los ultrajes que los parisinos infligieron a Luis XVI al volver de su huida, «la mayoría de los departamentos protestaron, pero no los del sur y el este.»²⁸² Cuando la raza hegemónica no se atrevía a pronunciar la palabra república, y «los parisinos, influidos por Robespierre, parecían renunciar a ella, son los departamentos del este y del sudeste los que originan la corriente de opinión republicana que finalmente llega a París; en fin, Marsella fue la primera ciudad en la que se proclama la República.»²⁸³

280 Véase el capítulo II de la primera parte.

281 De Vic y Vaissete: *Histoire général de Languedoc*, vol. XIII, pág. 1.396.

282 A. Aulard: *Histoire politique de la Révolution Française*, pág. 194, 195 y 197.

283 Id., id., id.

Durante toda la revolución, la inferioridad de las razas sometidas queda patente. Éstas, contra la doctrina que ideológicamente informa la revolución, elaborada por la raza hegemónica, no pueden oponer más que una idea vaga de liberación colectiva, que se traduce en ataques a la raza hegemónica, y no en la defensa y la aportación intelectual de los que la presentan y mantienen. Toda idea disconforme con el ideario racionalista era considerada absurda por la raza hegemónica. «Deseando el club jacobino de París instaurar la mejor forma de gobierno, se preguntaba si convenía a Francia una república federal que siguiese el ejemplo americano. Chabot combatió con ardor esta idea, y ya no se trató más. La Convención proclamó la república francesa una e indivisible.»²⁸⁴ La idea de la diferenciación parecía tan amorfa, que pese a la abundancia de intelectuales entre los diputados de las razas sometidas, que se encuadraban con los girondinos, «ni uno solo llegó a manifestar tendencias federalistas en la Asamblea.»²⁸⁵

Los hombres representativos de la raza vencedora, faltos de argumentos verdaderamente liberales contra la posibilidad de un movimiento emancipador de las razas vencidas, necesitaban una palabra que sintetizase el miedo al despertar de esas razas situadas al sur del Loira, y la encontraron: federalista. La plenitud mental de los hombres de la raza hegemónica proporcionó el espíritu ofensivo que a, pesar de su minoría en la Asamblea Nacional, les hizo imponerse en toda circunstancia. La carencia ideológica racial de las razas vencidas no pudo reaccionar a la ofensiva de la hegemónica, ni con una contraofensiva, ni siquiera con una tímida defensa.

Acostumbradas a la servidumbre, las razas sometidas preferían obedecer antes que buscar un nuevo camino; pero como una liberación conduce a otra, se acabó por intuir la libertad colectiva. Pero incapaces para formularla ideológicamente, su acción quedó reducida a los diputados federalistas de la Asamblea Nacional, que se limitaron a protestar por las imposiciones de la Comuna y a reclamar protección para sus personas. Por otro lado, la acción de los diputados llamados federalistas, vinculada a los girondinos, no pasó de proyectos incoherentes y amenazas, mientras que la acción de la raza hegemónica, encuadrada en la Montaña, avanzaba continuamente.

A pesar de la mayoría que los girondinos tenían en la Asamblea, no pudieron establecer una guardia para el mantenimiento de la autoridad de la Asamblea y la protección de sus miembros ante los ataques de la Comuna. Lasource²⁸⁶ clamaba en la Legislativa el 10 de agosto contra la coacción que se le hacía a la Asamblea. «No quiero, decía, que París, dirigido por intrigantes, sea en el Imperio francés lo que Roma fue en el Imperio romano.» Madame Roland describía a Bancal que los girondinos estaban en peligro, y que si los departamentos no enviaban una guardia a la Asamblea y al Consejo, una y otro caerían en poder de la Montaña. La presión de la raza hegemónica era tan fuerte que Cambron (languedociense) el 4 de septiembre desde la Asamblea pidió socorros a los meridionales²⁸⁷. El diputado Barbaroux (provenzal) al cabo de tres semanas anuncia que ochocientos marseleses estaban en marcha hacia París, cada uno armado con un fusil, dos pistolas y un sable²⁸⁸. Isnard (provenzal) amenaza con arrasar París si se violaba la Convención²⁸⁹. Todas estas amenazas no tenían valor alguno, puesto que las razas sometidas sólo obedecen a excitaciones momentáneas, y carecían de sentimientos raciales.

Las comarcas de las razas sometidas se hacían eco de las acciones de sus representantes en la Asamblea. Antes de que algunas comarcas se manifestasen contra París, y haciéndose portavoz de la idea de Roland (provenzal), Cambon decía a la Asamblea que establecerían una república en el Mediodía para no continuar con la dictadura centralista. Este proyecto era aprobado por Barbaroux y por Kersaint (bretón)²⁹⁰. Garrau (de Agen) escribía que frecuente oír públicamente que, ya que

284 L. de Cardenal: *La Province pendant la Révolution*, París 1929, pág. 158.

285 A. Aulard: *Histoire politique de la Révolution Française*, pág. 401.

286 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. II, pág. 101.

287 Id., id., vol. II, pág. 47.

288 Id., id., vol. II, pág. 96.

289 Id., id., vol. II, pág. 214.

290 Id., id., vol. II, pág. 47.

París quería dominar, habría que separarse y formar Estados particulares²⁹¹. El descontento era general en el Mediodía; la gente de esta región no comprendía cómo un movimiento general de liberación tendía a ser gobernado exclusivamente por París, y cómo la capital hacía caso omiso de las voces de casi todas las comarcas del Estado francés. El club jacobino de Vienne declaró que «nunca soportarían que una ciudad usurpe la soberanía que pertenece a ochenta y cuatro departamentos.»²⁹² Igualmente se expresan otras localidades, entre ellas las de Brive, Aurillac, Rodez, Toulon, Meilhan y muchas más; comunica a los jacobinos de París que si ahogan la libertad, establecerán una república meridional²⁹³. A la caída de la Gironda, sesenta departamentos estaban en plena revuelta. Pero ya antes la sublevación dominaba en Marsella, Lyon y Burdeos. Normandía y Bretaña celebraban una asamblea para resistir a la opresión. En Toulouse, Nîmes, todo el Mediodía y Córcega, el país estaba en armas. Pero como estos representantes no estaban mentalizados, no mostraron constancia en sus propósitos. Como afirma Mathiez, los jefes del federalismo, a pesar de las frases rimbombantes de sus discursos, no tenían fe en la causa, y no tardaron en surgir las divisiones.²⁹⁴

El movimiento federal era más extenso en superficie que en profundidad²⁹⁵. Como ya hemos observado, fue un acto reflejo, excitado por la primera depuración racial. Precisamente porque este movimiento no tenía raíces profundas, los federalistas se habrían conformado con una autonomía, y hasta incluso con una amplia descentralización administrativa, puesto que parecía que su único programa consistía en «hacer la guerra a París para impedir su papel de capital dirigente.»²⁹⁶ Pero la raza hegemónica, al realizar la segunda depuración, esto es, al convertir en política su ideario, no supo desprenderse del imperialismo que la caracterizaba desde hacía siglos, y por eso no aceptó aflojar su opresión a las razas sometidas ni un solo instante.

Las razas sometidas, con esta especie de oposición acéfala que hacían a la raza hegemónica, parecía que en su inconsciencia habían olvidado «que a finales del siglo décimo los países de lengua de Oc estaban separados del reino de Francia por una aversión nacional tan pronunciada como la que pudieran sentir los franceses por los alemanes, o, como se decía en la frontera de las dos lenguas, entre valones (de lengua de *oil*) y *thiois* (de lenguas germánicas).»²⁹⁷ Pero entonces, como al cabo de mil años, «por una contradicción de la que la historia ofrece muchos ejemplos, mientras Francia trabajaba con energía para asegurar su independencia contra los germánicos, tendía a ahogar la de los Estados que se habían formado al sur, entre el Loira y el Mediterráneo. Si los habitantes de Alemania se creían propietarios desposeídos de la Galia y de Italia, los franceses invocaban las tradiciones de la conquista franca y pretendían gobernar al resto de los galos, hasta las faldas de los Alpes y los Pirineos.»²⁹⁸

La unidad de la Galia no ha sido nunca un hecho natural, y cuando se ha unido políticamente, a la primera convulsión se rompen los lazos de la pretendida unidad. «Ni la primera conquista de los francos, ni la de los fundadores de la primera dinastía, pudieron llevar a cabo una verdadera unión entre las diferentes partes de la Galia, principalmente entre el norte y el mediodía. Estas conquistas no tuvieron otro efecto que aproximar poblaciones extranjeras entre sí, a pesar de ellas mismas, por lo que se separaban muy pronto. Antes del siglo XII los reyes establecidos al norte del Loira no lograron ser reconocidos al sur de dicho río.»²⁹⁹ Posteriormente, la cruzada de Luis IX contra los albigenses estableció a la nobleza francesa en el país (Languedoc), después de saquearlo. «Más allá de 1270 se encuentran muy pocos descendientes de los antiguos vasallos de los vizcondados de

291 Id., id., vol. II, pág. 7.

292 L. de Cardenal: *La Province pendant la Révolution*, París 1929, pág. 161.

293 Id., id., pág. 162.

294 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. III, pág. 8.

295 Id., id., vol. V, pág. 7.

296 A. Aulard: *Histoire politique de la Révolution Française*, pág. 402.

297 Augustin Thierry: *Lettres sur l'histoire de France*. París 1927, pág. 402.

298 Id., id., pág. 205.

299 Id., id., pág. 204.

Carcasona y de Beziers; han sido empobrecidos y desacreditados, y los que subsisten ya no ejercerán ninguna influencia política. En su lugar se ha instalado la nobleza francesa, ricamente dotada por los condes de Montfort y por Luis IX.»³⁰⁰

Respecto a Provenza, «los provenzales no se consideraron franceses por el matrimonio de la condesa con uno de los hermanos de San Luis. Sólo después de la repetida derrota de los provenzales, después de que éstos protagonizaran inútiles revueltas, protestas y murmuraciones, fue cuando las poblaciones enmudecieron, y todo quedó bajo la unidad impuesta que forma desde el siglo XVI, el carácter de la monarquía francesa.»³⁰¹

Recordemos, finalmente, que en 1627 muchas comarcas del Mediodía volvieron a sufrir la furia de los ejércitos franceses, esta vez con motivo de cuestiones religiosas.

Para que se observe hasta donde llegaba la inconsciencia racial de los federalistas representantes de las razas vencidas, nunca en la Asamblea ni en cualquier otro lugar, se hicieron citas o alusiones históricas a los acontecimientos de sus países por los que deseaban vivir una política diferenciada, autónoma o independiente de la que regía en la Francia propiamente dicha.

Las razas tienen más hechos que palabras, y cuando sus hijos viven en plena inconsciencia racial, es a los hechos mismos y a su interpretación a lo que tenemos que referirnos si es que queremos comprender la historia. Si los meridionales van a ser más exaltados y locos que los verdaderos franceses promotores de la revolución, se debe a que el deseo de liberación estaba más vivo en aquellos que en los de raza hegemónica. Mientras que las poblaciones del norte de Loira no había soportado más que una aristocracia, la de los francos, las poblaciones del sur del Loira sufrieron aquella y además la de los franceses que trajo Simón de Montfort. De aquí el odio y el justificado deseo de exterminio de la aristocracia. Si el meridional persiguió con más furia a los clérigos, mas que por la propaganda antirreligiosa, se debió a que «la conquista de 1226 la realizó el clero.»³⁰² Si las razas vencidas, principalmente las del sur, se declararon decididamente como republicanas, mientras que la raza hegemónica todavía no pensaba en la república³⁰³, fue porque los reyes de París, en su totalidad, fueron los enemigos naturales de las razas no francesas que componían el Estado francés. Al ir contra la aristocracia, el clero y la monarquía, la raza vencedora halló unos fervientes cooperadores en los países de Oc. En cambio, cuando estas razas expresaron sus designios, eso mismo era lo que les distanciaba de la raza hegemónica, de la que por la historia y la mentalidad eran tan diferentes, puesto que habían vivido extrañas dentro su intimidad y del conocimiento de sus propias razas. Y al no haber cuidado de sus mentalidades, los hombres que las representaban sólo pudieron aducir fútiles motivos administrativos contra las pretensiones de la raza hegemónica.

La conducta de la raza hegemónica frente a las razas sometidas fue rectilínea. Ni una sola vacilación, ni la menor promesa. Cuando la Montaña estaba en minoría, la astucia y la audacia serán las armas; cuando se notaban suficientemente fuertes, los federales fueron tratados criminalmente, tanto ellos como sus países. Las pretensiones, más que declaradas atribuidas a los representantes de las razas sometidas, fueron consideradas con hostilidad y rechazadas por todos los sectores de la raza hegemónica por más que algunos de ellos se odien a muerte, y permanecerán indisolublemente unidos en la ofensiva, en cualquier circunstancia y tiempo, y las demás cuestiones debatidas en la Asamblea y en los clubs perdieron importancia.

Los diputados de la Montaña, cuando constituían la minoría de la Asamblea, trataron de convencer especialmente a los diputados de la Gironda, de que el federalismo era imposible o inconveniente. La visita de Danton a Brissot, de acuerdo con Robespierre, no tuvo otro motivo. La raza hegemónica aprovechó cualquier ocasión para exaltar la república unitaria contra la federal. Así, el discurso de Neufchateau en la primera sesión de la Convención hablando en nombre de la

300 De Vic y Vaissete: *Histoire général de Languedoc*, vol. VII, pág. 467.

301 Augustin Thierry: *Lettres sur l'histoire de France*. París 1927, pág. 209.

302 De Vic y Vaissete: *Histoire général de Languedoc*, vol. VII, pág. 474.

303 Los jacobinos y con ellos las comarcas de la raza hegemónica, fueron los últimos en decidirse por la república. Ver L. de Cardenal: *La Province pendant la Révolution*, libro II, cap. II.

Legislatura anterior³⁰⁴. A medida que se manifestaba el descontento de las razas sometidas por la tendencia asimiladora de la raza hegemónica, ésta acentuó su conducta. Danton propuso a la Convención imponer la pena de muerte a los que quisieran trocear Francia; Robespierre apoyó a Danton, y acusó a los girondinos de querer transformar la República en un conjunto de repúblicas federales³⁰⁵. «Barère decía que el federalismo era el enemigo natural; Saint-Just, que la inmoralidad es un federalismo dentro del estado civil, que el federalismo civil, aislando las partes del Estado, producirá la miseria.»³⁰⁶ En fin, por la proposición de Couthon, la Convención aceptó el decreto de la unidad de la República, repudiando el federalismo.

Los girondinos, secundados con entusiasmo por las instituciones de los territorios situados al sur del Loira, enviaron federales armados a París, que a mediados de noviembre sumaban 17.000. Los federales entraron en la capital pidiendo las cabezas de Robespierre, Marat y Danton, pero al cabo de dos meses toda esta tropa se había pasado a la Montaña. La llegada de estas fuerzas y la mayoría de que disfrutaban los girondinos en la Asamblea daba todo el poder a las razas sometidas, y éstas lo habrían ocupado si hubiese sido posible que unas razas secularmente derrotadas, privadas hasta de la memoria de su libertad, fuesen capaces de competir con una raza que tradicionalmente venía gobernando y a la que habían obedecido hasta el presente. La Gironda no supo qué hacer con sus tropas, ni siquiera imponer la táctica elemental de impedir que se relacionasen con el enemigo.

Robespierre, desde la llegada de los federales, impuso a su partido la conducta a seguir, y sabía cómo destruir más adelante las fuerzas de sus adversarios. «En un discurso dirigido a los jacobinos, Robespierre recomendó sangre fría y paciencia, y Marat repitió los mismos consejos.»³⁰⁷ Se quería evitar que los parisinos se manifestasen contra los federales, y así no dar motivo a la violencia, que habría sido fatal para la raza hegemónica en esas circunstancias. Robespierre buscó el trato amistoso con las tropas federales, y los jacobinos le imitaron. Los hombres que componían este ejército comprobaron que París no llevaba a cabo contra ellos ningún acto hostil, y que Robespierre se preocupaba de su bienestar. Faltos de doctrina, sin orientación, pronto se hermanaron con los montañeses, hasta creer que los peligros advertidos por los girondinos eran inexistentes. La derrota de éstos fue total, y las tropas federales constituyeron un club siguiendo el modelo de los jacobinos. «Así fue como este movimiento departamental iniciado por los girondinos, se volvió contra ellos, al *parisinizarse* rápidamente los federales.»³⁰⁸

La raza hegemónica consideraba vergonzoso el que las razas sometidas, desde la Gironda, pasasen a la categoría de señores, siendo que hasta entonces habían permanecido en servidumbre. Cuando una raza es pura sabe lo que quiere, y encuentra fácilmente el modo de conseguirlo. Contra la fuerza, la audacia; contra una mayoría pasiva, una minoría activa. La Comuna, el Comité de Salud Pública y el golpe de estado del 2 de junio muestran los métodos que emplea una raza que se siente superior y tiene la voluntad de mandar. Una vez en el poder, la raza hegemónica tratará a lñas razas sometidas con la misma dureza a la que les habían acostumbrado los reyes de Francia apenas se agitasen un poco, e incluso, a veces, en total quietud.

«El 2 de junio —dice Gaxotte— fue un verdadero golpe de Estado de las autoridades parisinas contra la representación de los Parlamentos, y la primera consecuencia fue una insurrección de las provincias contra la capital.»³⁰⁹ «Cuando los departamento se enteraron del arresto de los veintinueve diputados y del ataque a la Asamblea —dice Aulard—, se produjo una explosión de cólera; los rebeldes de Lyon ayudaron a los descontentos; el Franco Condado, el Delfinado, Provenza, Languedoc, Guyena y Normandía mostraron un aspecto amenazador. Parecía que las antiguas provincias se iban a alzar contra París y la Revolución.»³¹⁰ Por entonces Córcega

304 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. II, pág. 87.

305 Id., id., id., págs. 102, 103 y 107.

306 Taine: *La conquête jacobine*, vol. II, pág. 221.

307 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. II, pág. 118.

308 A. Aulard: *Histoire politique de la Révolution Française*, pág. 430.

309 Pierre Gaxotte: *La Révolution Française*, pág. 291.

310 A. Aulard: *Histoire politique de la Révolution Française*, pág. 441.

permaneció durante tres años separada de Francia. Algunos de los veintinueve diputados amenazados de arresto consiguieron huir, y otros libres de momento les acompañaron. La caída de la Gironda fue la señal de una revuelta por toda Francia, especialmente en las comarcas en las que no se hablaba francés. Los diputados de la Montaña consideraban sinónimas las palabras girondino y federal. La raza hegemónica incluyó en el nombre de federal todo el odio y toda la voluntad ancestral de mantener sometidas a las razas conquistadas por sus antepasados, y con este nombre «de federales, condenado por los realistas del 89, condenado por los jacobinos del 93, hará guillotinar a Brissot, y con él toda la Gironda.»³¹¹

La habilidad política de la raza hegemónica hizo desaparecer, como por arte de encantamiento, buena parte de la revuelta. En quince días, para responder a los girondinos que acusaban a la Montaña de pretender la dictadura, se vota rápidamente una Constitución liberal, que hasta daba derecho a sublevarse. Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo —se decía en la nueva Constitución—, la insurrección es el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes, para el pueblo y para cada porción del pueblo. En realidad, la Constitución de la Montaña no fue otra cosa que una trampa preparada contra los federalistas. Para las razas sometidas desde hacía tanto tiempo, una sencilla promesa, e incluso una esperanza infundada, tenía el valor de un acto formal. Apenas había transcurrido un mes desde el golpe de Estado, y ya comenzaron las defecciones entre los rebeldes. Las administraciones se retractan y se excusan. Puy-de-Dôme, que había levantado un batallón contra la Montaña, lo envió a combatir contra la Vendée. Tallieu no logró entrar en Burdeos inicialmente, pero al cabo de un mes sus fuerzas compuestas por 1.800 hombres fueron recibidas fraternalmente por los 12.000 rebeldes. Otros resistieron un poco más: los languedocienses y los provenzales no dejaron las armas hasta el 9 de octubre, y en la Vendée la revuelta se convirtió en una guerra.

Una vez conseguidos el efecto deslumbrante que se esperaban de la Constitución (que nunca llegó a estar en vigor), vino la represión, pero primero la burla y las vejaciones. A pesar de que Robespierre y Couthon se opusieron a la amnistía general propuesta por Lanthenas hasta que los federales no fueran aplastados por completo, la eterna buena fe de las razas vencidas permitió que se congregasen cinco mil federales de las provincias en las fiestas del 10 de agosto de París, convocados por las asambleas primarias para ratificar la Constitución. Muchos de estos federales fueron encarcelados, todos registrados, acuartelados, aislados y vigilados continuamente por la policía. Durante la estancia de los delegados provinciales en París, «el Tribunal revolucionario actúa permanentemente, y en la plaza de la Revolución funciona la guillotina. El 7 de agosto muchos delegados van a la Convención, y en su jacobinismo proponen declarar la guerra a los federalistas; Robespierre les responde que acaban de salvar la patria.»³¹²

La Montaña no cesa en su persecución de los federalistas. Couthon, del Comité de Salud Pública manda detener a todos los diputados del Ródano³¹³. El Comité pone a disposición de Henriot trescientas mil libras para organizar la vigilancia de los federales. Merlin de Douai, incluye a los federalistas en la ley de sospechosos. Como sea que las regiones que han opuesto más resistencia a la revolución son las que ignoran el francés, Barère ordena que los clubs designen instructores de lengua francesa para los países alófonos, que a la vez educarán en valores cívicos. Gregoire quiere desarraigar las lenguas vernáculas (a las que denomina *patois*) puesto que la unidad del idioma es un elemento integrante de la revolución, y en nombre de la Convención, el 16 de pradiel aconseja a los pueblos de las razas sometidas que detesten el federalismo político y que abjuren de la lengua propia.³¹⁴

El Terror supuso para las razas sometidas una repetición de las crueldades de Simón de Montfort y de las dragonadas. La represión por la revuelta federal fue horrible. En Burdeos son

311 Michelet: *Histoire de la Révolution Française*, libro X, pág. 302.

312 Taine: *Les origines de la France contemp. Le gouvernement révolutionnaire*, pág. 21.

313 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. III, pág. 16.

314 Id., id., id., pág. 176.

guillotinado el alcalde y 881 ciudadanos; a los ricos se les imponen grandes multas, y a los pobres se les condena al hambre. Respecto a Lyon, la Convención decreta que la ciudad sea destruida: las casas de los ricos reducidas a escombros, de modo que sólo quedarán las de los pobres; se borrará del mapa hasta el propio nombre de la ciudad. A pesar de haberse cortado la cabeza a 1.667 ciudadanos de Lyon, se considera poco eficiente la guillotina: las muertes con metralla comienzan el 4 de diciembre y no concluyen hasta febrero. Las continuas ejecuciones han provocado entre la población una indiferencia por la muerte que indigna a Collot, que propone a Robespierre dispersar 60.000 obreros lyoneses por toda Francia.

En Marsella y en Tolón la represión es similar, o incluso mayor. Se dispara sin mirar adónde, y se mata sin mirar a quién. Se requisan doce mil peones para aterrorizar Tolén, y en sus viviendas se instala una colonia reclutada en los puertos del Atlántico, compuesta de delincuentes y vagabundos. Los 29.000 habitantes de Tolón se reducen a la cuarta parte.

Las localidades menores no lo pasan mejor que las grandes. El 21 de floreal, la Comisión de Orange, en Vancluse, juzga sin jurados y condena a muerte a 332 acusados. Por haberse cortado el árbol de la libertad y no denunciado al culpable, se arrasa la aldea de Bodoín.

Al oeste la represión fue también rigurosa. Angers, Rennes, Laval, Tours vieron fusilar a los vendeanos. En Nantes, Carrier se comportó horriblemente. Ordena ahogamientos al por mayor, que resultan más eficaces que la guillotina; así murieron dos mil personas. El número de fusilados en la Vendée no baja de cuatro mil. «Los representantes del poder central en el occidente prolongaron la guerra de los *chuanes* con sus columnas infernales, y quemaron indistintamente las propiedades de los rebeldes y las de la gente pacífica.»³¹⁵

Respecto a las razas vencidas, las razas vencedoras no hilan delgado, y no pierden el tiempo averiguando diferencias. La cuestión es que el castigo sea ejemplar. Los procónsules del Terror, según ellos, mataban sobre todo aristócratas, pero éstos hacía mucho que habían sido ejecutados o habían huido al extranjero. En Lyon, dice Taine, «los tildados de aristócratas no sólo eran republicanos, sino demócratas y radicales fieles al régimen establecido, sometidos a las peores leyes revolucionarias; Burdeos, Marsella y hasta Tolón estaban en las mismas circunstancias.»³¹⁶ La revolución reconquistó las tierras situadas al sur del Loira como en la llamada cruzada de los albigenses, o con palabras de Taine, «los representantes de la república jacobina rigieron estas tierras por derecho de conquista.»³¹⁷

Finalizado el Terror, aun continuó la represión de las razas sometidas. En Termidor, uno de los objetivos del Comité de Salud Pública era «perseguir a los federales.»³¹⁸ Continuaron tan maltratados que «de 132 que estaban en la prisión de Nantes, al verse el proceso el 23 de termidor sólo quedaban 94; los demás murieron en prisión.»³¹⁹ «La amnistía del 22 de germinal, muy amplia, sólo establecía una excepción, y era respecto de los federales.»³²⁰

El trato de la raza hegemónica a los individuos pertenecientes a la misma fue muy diferente. La represión por la revuelta de Normandía supuso tan sólo algunas destituciones y detenciones. Durante el Terror, dice Mathiez, «no hubo una sola condena a muerte en todo Calvados.»³²¹ La Convención se contenta con un gesto simbólico. A propuesta de Delacroix y de Thuriot, la Convención decreta que la casa que Buzot poseía en Evreux sea arrasada y que sobre las ruinas se levantara un cartel con esta inscripción: «Aquí estuvo el refugio del facineroso Buzot, que siendo representante del pueblo conspiró contra la República.»

En el centro de Francia se observan los mismos miramientos que en Normandía. A finales de 1793, dice Mathiez, el Terror sanguinario quedó circunscrito a las regiones devastadas por la guerra

315 Id., id., id., pág. 170.

316 Taine: *Les origines de la France contemp*, vol. III, pág. 41.

317 Taine: *La conquête jacobine*, vol. III.

318 A. Mathiez: *La Réaction Thermidorienne*, París 1929, pág. 17.

319 Id. id., pág. 213.

320 Id. id., pág. 69.

321 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. III, pág. 86.

civil y a las proximidades de los frentes de la guerra exterior. En el centro de Francia la mayoría de los departamentos sólo conocieron el Terror mediante destituciones, encarcelamientos, tributos ocasionales, y medidas de descristianización. Raramente funcionó la guillotina en estas comarcas. Si accidentalmente se pronuncian algunas condenas a muerte, son impuestas a nobles y clérigos que han regresado de la emigración, y por tribunales ordinarios que juzgan acaparadores y falsificadores de moneda.³²²

El Terror, fase culminante de la Revolución, hizo con sus métodos que el movimiento revolucionario fuese esencialmente francés, por sus doctrinas y por sus actores. En el Comité revolucionario, los llamados hombres de Estado son Robespierre, Saint-Just, Collot d'Herbois, Couthon y Brillard-Varennes. Los dos últimos, aunque hijos de Loira han nacido en la frontera. Cuando se repasan los nombres de los protagonistas del Terror y aquellos que ocupaban cargos importantes, se aprecia que pertenecían al territorio de la lengua propiamente francesa, esto es, que eran de la raza hegemónica.

La vida social es muy compleja. Excepcionalmente se encuentran espíritus bastante clarividentes que en medio de la confusión pueden explicar hacia donde se dirige el movimiento que a ellos, como a todos, parece arrastrar. Sin embargo, los movimientos sociales observados a distancia se pueden analizar mejor, y discernir la distinta importancia de los factores que han intervenido, y descubrir su denominador común. Acabamos de mostrar que el principal factor de la revolución francesa fue una lucha racial. Ahora podríamos mostrar cómo los demás factores tuvieron una importancia secundaria, pero no extraña a la *raciología*, sino sometidos a su inmediata dependencia. Y trataremos de demostrar, además, que el fin de la revolución fue un acto racial.

Los actos humanos y raciales, como la civilización y la cultura exigen para su conservación y funcionamiento un camino llano, sin baches. Cuando se rompe el orden o la paz, y como si esta anomalía produjera actos reflejos, despiertan en muchos organismos individuales una serie de atavismos que rápidamente se transforman en una acción colectiva. No es difícil explicar la aparición de atavismos, si tenemos en cuenta que los sujetos atávicos constituyen la mayoría de la población, y no la excepción. Se justificó en la segunda parte, capítulo III.

Dejemos a un lado la explicación de si los atavismos están conectados entre sí, o si actúan separadamente. Diremos solamente que probablemente sólo después de una serie de excitaciones, los atavismos llegan a formar una conciencia yuxtapuesta que domina todas las formas de conocer, sentir y actuar, y que mientras persista la causa inmediata, sobrepasará o se impondrá a la inteligencia y a la mentalidad.

Así, la depuración concretada en la eliminación de la aristocracia, una vez desplegado el atavismo, no sólo llega a que las masas consideren aristócratas a los burgueses, intelectuales, apolíticos, faltos de entusiasmo por los gobernantes, y carentes de civismo. Se llega así hasta la ley de sospechosos de Merlin de Douai, en la que casi no hay excepciones y cualquiera puede ser calificado como aristócrata. Asimismo el atavismo suprime radicalmente la urbanidad y la elegancia en el vestir, y origina la falta de respeto a la autoridad y el odio a la cultura. El espectáculo de la guillotina exalta la avidez de sangre en muchos de los gobernantes y sus seguidores. Si los atavismos no se hubieran despertado, la revolución no habría sido tan sanguinaria y cruel.

La devolución de la propiedad de las tierras a las razas indígenas, junto con el nombramiento de gente no capacitada para el gobierno, originó grandes latrocinios y extralimitaciones de todo tipo. Robespierre fustigó muchas veces la inmoralidad económica de los burócratas y políticos del momento. Cuadrillas de bandoleros aterrorizaban los campos, y las fuerzas gubernamentales eran incapaces de eliminarlos.

No sólo se muestran los atavismos en los hechos, sino también en las teorías. Babeuf, con su planteamiento comunista, constituye un caso de atavismo. «El comunismo de las masas —ha escrito Gaxotte— es un comunismo elemental, una insurrección casi instintiva de los pobres contra los

322 Id. id., pág. 89.

ricos.»³²³ Los comunistas, podríamos añadir con Mathiez, no formaban un partido; eran individuos aislados, sin relación entre ellos³²⁴. Los políticos revolucionarios y las disposiciones gubernamentales, una vez lograda la devolución de la tierra a los indígenas, estaban totalmente desorientados. A veces establecen el comunismo; otras se jactan de su gran respeto por la propiedad y el comercio.

La segunda depuración, que es de la exaltación de la mentalidad, y por consiguiente afán exclusivo de la raza, pronto se desbordó. Pretendió imponer su ideología a todo el mundo, y le declaró la guerra a los que no la aceptaron; extiende cartas de ciudadanía francesa a los extranjeros que simpatizan con la revolución, principalmente literatos y filósofos. En el Comité de insurrección, dice Taine, figuran siete extranjeros: Deffieux, Proly, Pereyra, Dabuisson, Guzmán y los dos hermanos Frey³²⁵. La exaltación ideológica es tan extensa que llega a tomar forma religiosa, y por eso trata de sustituir el cristianismo por una religión derivada de los principios revolucionarios. Una buena parte del pueblo revive las más variopintas supersticiones. El retroceso espiritual es tan poderoso, que los intelectuales son tratados como enemigos.

Los atavismos, como cualquier cosa viva, tienden a organizarse. Y se encauzaron en la política imperialista, esto es, con el retorno a la política zoológica. El despertar de los instintos atávicos es tan repentino, imponente y general que los revolucionarios se sienten con tanto coraje como para declarar la guerra a todo el mundo. Cualquiera que sea las condiciones biológicas del individuo, presentes o atávicas, siguen siempre un camino trillado. Y es así que la ofensiva imperialista, en lugar de atacar a todas las naciones como pretendía la revolución, se reconcentra y vuelve a las rutas garantizadas por las victorias pretéritas, y deja caer todo su peso sobre las razas sometidas que forman parte del Estado francés.

Para comprobar la impetuosidad imperialista de la raza hegemónica, y que la revolución habría seguido otro camino de no estar mezclada con las otras razas del Estado, es suficiente aislar mentalmente la revolución, e imaginar cómo habría evolucionado si hubiera permanecido en el marco de la raza que la produjo.

Hemos visto que hasta el periodo álgido de la revolución, el Terror, los departamentos de la raza hegemónica apenas habían sufrido violencias. Una vez eliminada la aristocracia, la implantación de la doctrina (objeto de la segunda depuración racial) se habría realizado con facilidad. La oposición no habría sido muy diferente de la que se observa en un Parlamento entre los partidos liberal y conservador. La revolución intentaba establecer en la política los principios ideológicos elaborados por la propia raza, a la que pertenecían por igual los hombres de la izquierda y de la derecha. Pero la raza propiamente francesa no estaba sola, ya que otras razas formaban parte del mismo Estado, a las que hasta cierto punto manipulaba.

Las razas sometidas, habituadas a la obediencia, emprendieron por orden de la raza vencedora la primera depuración, que les afectaba directamente. La ilusión de actuar por cuenta propia, después de tan larga servidumbre, junto con la euforia causada por la libertad alcanzada, les condujo a una segunda liberación. Y así comenzó la tragedia de estas razas y una de las causas del imperialismo revolucionario. Por su falta de cultura, las razas sometidas eran incapaces de realizar una depuración de su mentalidad como la que llevaba a cabo la raza hegemónica. Su actuación había de concretarse en dejar bien acabada la primera depuración, puesto que las razas sometidas además del elemento exótico franco, incluían a los descendientes de los súbditos de los reyes de París que les habían conquistado. Y así, brevemente, la primera depuración debería haber llevado al separatismo. Si así hubiera ocurrido, habría sido positivo. Las poblaciones de las razas sometidas habrían comprendido rápidamente la situación, y se habrían estusiasmado. Y si la raza hegemónica hubiese intentado oponerse a este movimiento general, habría carecido de los medios materiales y de la fuerza moral necesarios. Además, cualquier depuración racial es necesariamente generosa. En

323 Pierre Gaxotte: *La Révolution Française*, pág. 259.

324 A. Mathiez: *La Révolution Française*, vol. II, pág. 65.

325 H. Taine: *La conquête jacobine*, vol. II, pág. 450.

sus comienzos, la revolución proclama la libertad de los pueblos. El movimiento secesionista de las razas sometidas habría enlazado con esta efusión.

La raza francesa, al realizar la segunda depuración, que por su naturaleza mental es íntima, se encontró con que las razas sometidas, que habían colaborado en la primera depuración, eran en la segunda un estorbo, ya que impedían que la depuración mental se realizase plenamente. Cada vez que su depuración mental era frenada o combatida, la raza hegemónica se mostraba más celosa, y la quería completa y aplicada. París es absorbente, quiere mandarlo y dirigirlo todo, decían los diputados de las razas sometidas. No consideraban que París tenía toda la razón al pretender ser el único representante de la raza hegemónica y al dar forma a la ideología de su propia creación.

Una vez desviadas de su camino, las razas sometidas no hicieron más que causar irritación a la raza hegemónica. La oposición a la ideología de la raza hegemónica se resumía en la palabra federalismo. Ahora bien, el federalismo ni era una doctrina sentida por los así llamados, ni el pueblo de las razas sometidas lo comprendía. Dicho de otra manera, el federalismo era una vaga protesta de unas razas por su estado de sumisión, protesta que la raza hegemónica entendió mejor que los que la formulaban, pero que cautelosamente supo desviar y presentar como contraria a la ideología racionalista causa de la revolución. Los hombres representativos de las razas sometidas, sin tener conciencia clara de lo que pretendían, y por tanto desorientados en doctrina y procedimiento, significaron un estorbo a la libre marcha de la ideología hegemónica. En justicia, ninguna raza puede inmiscuirse en los trabajos mentales de otra raza, y eso es lo que hacían las razas sometidas. Al no renunciar sus representantes, la raza hegemónica los va a expulsar y perseguir. Entonces los sentimientos atávicos estaban demasiado vivos como para que la raza hegemónica pudiera contenerse. Y comenzó la reconquista de las razas sometidas, con una talante como el de los francos, y con una furia como la de los cruzados de Simón de Montfort.

La reacción termidoriana, desde el punto de vista racial, supone el mantenimiento absoluto de la doctrina de la raza hegemónica, y la decisión de mantener sometidas a las otras razas. Pero los acontecimientos se imponen a las teorías. La nota dominante desde termidor es la gran miseria. Los campesinos, a consecuencia de las requisiciones del Terror, sólo siembran lo que necesitan para su consumo. El [*Manifiesto de los plebeyos*](#) de Babeuf excita los atavismos de los proletarios. Las mujeres se lamentan por los caminos a causa del frío y el hambre. El Estado está en la ruina. La guillotina ha sido sustituida por fusilamientos y deportaciones a la Guayana. Pero en el territorio ocupado por la raza hegemónica es desconocido el Terror blanco, como lo había sido el rojo. «La represión del Terror blanco actúa solamente en los diez departamentos que habían tomado partido por la Gironda, esto es, los de Provenza, Languedoc y valles del Ródano y del Saona, pero no en el resto de Francia, donde el federalismo no había degenerado en revuelta.»³²⁶ El Terror blanco se explica por dos aspectos: el de la propia conservación del poder y el de la venganza de las razas sometidas contra sus enemigos.

Esta venganza de los llamados federalistas demuestra que, a pesar de la sangría producida en las razas del sur del Loira desde el inicio de la revolución, todavía no se había agotado su energía, y que por tanto la revolución podía durar más tiempo. No obstante, una parte de la opinión de las razas vencidas deseaba concluir la revolución, y toda la opinión de la raza hegemonía lo quería también. Pero, ¿cómo concluir la revolución, si los derrotados no querían reconocerse como tales?

La revolución francesa había triunfado. Los dos objetivos principales estaban cumplidos: la eliminación de la aristocracia, residuo de la raza conquistadora de la Galia, y aplicado a la política, el racionalismo, florón de la mentalidad francesa. Pero permanecía el hecho de que se había producido un combate de razas dentro del Estado, y la voluntad de la raza hegemónica de conservar íntegras las fronteras del territorio nacional. El final de la revolución llegó mediante un pacto tácito. La doctrina estatal sería la emanada de los principios de la revolución, y los hombres que dirigirían la política habrían de pertenecer a las razas sometidas. Estos hombres fueron Bonaparte, de Córcega; Sieyès, de Provenza, y Roger-Ducós, de Gascuña, los cuales al tomar el poder juraron

326 A. Mathiez: *La Réaction Thermidorienne*, pág. 215.

fidelidad a la república una e indivisible. En el Consulado se repitió el caso: con Bonaparte está Combacères, del Languedoc, y Le Brun, bretón.

Era esta la primera vez, desde que existía el Estado francés, que el gobierno pasaba a manos de hombres de las razas vencidas. Sin embargo, el hecho no era novedoso. Roma había tenido algunos emperadores que no eran romanos, y el Imperio otomano contaba con docenas de visires de razas esclavas.

El pacto realizado por la raza hegemónica y las razas vencidas, con el que concluyó la revolución, fue el comienzo de una etapa que todavía dura. La doctrina de la raza propiamente francesa reina, pero la mayoría de los hombres que gobiernan son de las razas sometidas. No han alterado nada la doctrina; tan sólo se han permitido adornarla con fraseología opulenta y religiosa, y es de estas razas, decía Barrés, «de donde procede todo este vocabulario piadoso que se emplea en las ceremonias oficiales del culto republicano.»³²⁷

La preponderancia de los hombres de las razas sometidas en el gobierno del Estado no ha fundido las almas. Cada mentalidad permanece impenetrable. La raza, como dice Le Bon, tiene una fronteras que no se pueden pasar. Las razas del Estado francés son como lo eran antes de la revolución, y el hecho es evidente para todo aquel que quiera verlo; cualquier observador puede constatar experiencias similares a las de Barrés, hijo de Lorena, que escribía desde Provenza: «Veo aquí cómo ideas que me resultan ofensivas, que para mí no son ni verdaderas ni viables, se presentan sin embargo desenvueltas y vivas, encarnadas en estas poblaciones.»³²⁸

Sin embargo esta etapa no es más que una transición. Todas las razas buscan la libertad, y ese es su destino. Cuando estas razas se hayan rehecho somáticamente y cuando su mentalidad renazca, volverán a plantear el problema de su libertad, ahora en situación más propicia.

En resumen, si la revolución francesa se hubiese limitado a la propia raza que la originó, sin intervención de otras razas, habría quedado reducida a un episodio sin trascendencia universal.

La revolución estaba virtualmente terminada antes del Terror, puesto que ya se habían conseguido sus principales objetivos: la aristocracia destruida o huida; el rey decapitado; las tierras devueltas a las razas indígenas; la doctrina, sin otra doctrina que se le opusiese. El federalismo, con todo el odio mortal que provocó no existía como teoría, no tenía un programa, no era un ideal, ni tan solo un motivo de oposición.

La primitiva combatividad revolucionaria procedía de las razas del sur, porque eran las más castigadas por la aristocracia, por el clero y por la monarquía. El apasionamiento con que tomaron las doctrinas revolucionarias obligó a los hombres de la raza hegemónica a hacerse cada vez más radicales, a no dejarse superar. Y cuando estos hombres se mostraban aun tibios o indecisos en cuestiones concretas dimanadas de los principios revolucionarios, las razas sometidas se adentraban ya en la vía de los hechos.

Si la revolución francesa hubiera ocurrido dentro de los límites de la raza hegemónica, con exclusión de las razas meridionales, no se habría dado la caza a muerte de la aristocracia, ni se habría decapitado a Luis XVI, ni se habría transformado la economía. La revolución se habría limitado a establecer una constitución política, de acuerdo con la doctrina racial francesa, pero sin extremismos, una vez eliminados los aristócratas de la función gubernamental.

Cuando la revolución se radicalizó con el Terror, se hizo trágica y universal. Y entonces los objetivos revolucionarios ya se habían alcanzado, y precisamente cuando ya no se discutían, la revolución prosigue con más violencia que nunca, no acabándose hasta que las razas del Loira al Pirineo fueron otra vez derrotadas y volvieron a su secular sumisión. Si se quita de la revolución a los federalistas y a las razas sometidas, la revolución queda reducida a las exactas proporciones de una depuración racial de mentalidad.

327 J. Tharaud: *Mes années chez Barrés*.

328 Id., id., pág. 252.

La clave del proceso de la revolución francesa la da la teoría racial, esto es, que en el fondo de cualquier movimiento político hay una cuestión racial. Fue la lucha de razas, desplegada a toda vela y con plena inconsciencia, la que convirtió la revolución en una grandiosa y nefasta tragedia.

III. La conciencia rracológica

1.

Genealogía de la política

La noción de conciencia ha sido considerada como un fenómeno parcial del conocimiento. Una conciencia que comprenda la totalidad de los elementos somáticos e intelectuales, que constituirían la última etapa de la evolución del hombre, todavía no ha surgido.

Para nosotros, la conciencia es el conocimiento de la finalidad. El hombre sólo tiene noción de la conciencia creada por la propia inteligencia, o de lo que piensa que procede de un arquetipo platónico. Más allá de esta conciencia, conocida por todos, existe otra universal, síntesis biológica-cognoscitiva, propia de todas las especies; y por último todavía hay otra conciencia, que se va creando, consecuencia de la anterior y circunscrita a la raza.

El conocimiento parece ser un reflejo del funcionamiento orgánico. Función repetida y función nueva coexisten en el individuo, y así el conocimiento es por sí mismo historia y creador de historia. El instinto es la prehistoria del conocimiento, y la intuición su nebulosa.

La inteligencia es evolución. Desde la prehistoria se muestra en su progresiva marcha. El momento presente es la conciencia específica. Lo que sobrepasa la inteligencia es la mentalidad. El hombre, especie o humanidad, o si se quiere hijo de la inteligencia, tiene conciencia de su naturaleza.

La mentalidad, fruto del intelecto, no es consciente. El hombre ha pasado miles de años siendo racial, y ha ignorado que existía la raza. Alcanzar la conciencia de su naturaleza equivale a ponerlo en condiciones óptimas de producción. Sin embargo, la empresa no es sencilla. La conciencia racial supone fundir en un solo estado la biología particular y la mentalidad derivada, elevadas a un plano superior, mediante la labor más evolucionada que existe en el mundo orgánico y humano, es decir, el hombre en tanto que hombre de raza pura y la historia en tanto que cultura.

La evolución del conocimiento podría explicar la política. Mostraría que no sólo la política actual se va haciendo racial, sino que la política racial necesariamente viene a ser la única política progresista, que ya no se realizará como hasta ahora de forma inconsciente, sino apreciando su finalidad. El estudio del conocimiento explicará también cómo el imperialismo desaparece de las razas puras y se estanca en las colectividades mestizas, a las que les es imposible llevar a cabo la evolución normal del conocimiento.

2.

El conocimiento

Si no existiera algo superior al conocimiento, éste lo gobernaría todo y nada le gobernaría. Sin embargo, hay hechos de naturaleza distinta del conocimiento, que se realizan sin pensarlos, independientes de la esfera cognoscitiva. La inconsciencia que dirige a las especies en sí, y a las razas en cuanto razas, nunca será atrapada por el conocimiento.

Podrá el conocimiento averiguar la naturaleza biológica, y combinar los factores que la constituyen actualmente o en el pasado, pero es incapaz de señalar las vías por las que transcurren las especies y las razas, esto es, los caminos que siguen más allá de los mecanismos presentes y necesarios. El conocimiento, en su última fase de evolución que es la mentalidad, puede

comprender situaciones y mecanismos finitos y someterlos a condición de servidumbre, ya sean tomadas de la naturaleza, disgregadas, combinadas... Las conquistas de la física, de la química y de la domesticación de los animales lo prueba.

El conocimiento ha podido realizar todo lo anterior en virtud de una operación inversiva, reflejo de la portentosa arquitectura mental en las nebulosas cognoscitivas. Así el mundo etéreo es utilizado en la naturaleza; el mundo inorgánico puede desintegrarse y reintegrarse y formar nuevos cuerpos. Pero cuando el conocimiento ha de actuar en procesos similares a la evolución que lo originó, sus facultades se reducen. El reino vegetal puede ser desviado, pero no desmenuzado y reintegrado como el mineral; un peldaño más, y los vivientes no podrán ser ser privados de su especificidad, y si se los quiere utilizar será con la condición de conservarlos según su idiosincrasia. Y cuando, por fin, se quiera dominar sujetos de la propia o de otras especies igualmente evolucionadas, habrá una neutralización de fuerzas, principalmente en la especie humana, en la que la potencia cognoscitiva de los dominados mermará la acción imperialista.

Pero el conocimiento no sabría proyectarse al porvenir de los astros, respecto al destino mediato de las razas. La previsión no es un fenómeno desligado de la experiencia, sino una seguridad basada en el empirismo, y la misma intuición no es otra cosa que una solución de continuidad aparente entre la fenomenología positiva y la repetición fatal. El conocimiento es un resultado biológico, no un principio. Por eso se caracteriza por contar, por hacer viva la historia en la hora presente, o todo lo más proyectarla dentro de los mecanismos inmediatos que teleológicamente han de producirse. Si el pasado promete enseñanzas, como el conocimiento le supera, y todo su contenido se nos puede revelar, no se precisa más que una potencia de arranque y una cuidadosa valoración, condiciones que se cumplen en las mentalidades experimentadas, en cambio el futuro se mantendrá desconocido, aparte de la finalidad prevista, porque no se ha vivido y no se puede fenomenizarlo. Sólo se puede formular una intuición partiendo de los mecanismos existentes. El conocimiento *futuro* permanecerá circunscrito al registro de las inconsciencias raciales, primeros peldaños de unas nuevas formas de conocer. El conocimiento, por tanto, no es una avanzadilla, sino que sigue a la evolución de las especies y de las razas.

Es esta evolución, cuyo sentido ignoramos, la que ha creado las múltiples formas específicas de las diversidades raciales, los mecanismos morfológicos han plasmado el conocimiento, y las necesidades de adaptación sus características. La inteligencia primaria es hija de la especie. La mentalidad es producto de la raza. Inteligencia y mentalidad han sido engendradas por igual por el inconsciente biológico.

3.

La inteligencia

La inteligencia es la forma de conocimiento universal, y en las especies alcanza la máxima potencia. La inteligencia, consecuencia de la biología, tiene como ella un capítulo paleontológico, su perfeccionamiento, y un progreso a realizar. El desarrollo de la inteligencia se muestra, por su fragmentación, como operando en dirección opuesta a la marcha biológica; pero no es así. Si los fenómenos biológicos particulares se estudian a fondo, la discordancia entre la marcha evolutiva y la intelectual no existe. La homogeneidad, al diversificarse como es propio de la evolución biológica, se observa asimismo en la inteligencia. La seguridad plena de una función es el automatismo. Es lo que impone la inteligencia en aquellas funciones capitales en la vida del individuo, y una vez realizado este automatismo, la inteligencia permanece con más libertad para cumplir su finalidad: seguir avanzando hasta la última etapa biológica.

La cualidad de la inteligencia es paralela al desarrollo biológico, y comprende desde el instinto, que es la paleontología de la inteligencia, hasta el fin del primer nivel intelectual, representado por las especies perfectas. El individuo pertenece a cualquiera de estas especies, y del mismo modo que ofrece vestigios anatómicos de su filogenia, lleva en la inteligencia muestras fosilizadas, pasivas o activas, del conocimiento que utilizaron sus antepasados. Un ejemplo de estas

señales es la atracción sexual genérica. En las especies milenarias que aparentemente han concluido su ciclo evolutivo, y cuya inteligencia se ha nivelado con su última etapa, ésta se ha sintetizado con la biología, a lo que denominamos conciencia específica. En estas especies perfectas o finalizadas, la identificación de las necesidades biológicas y de la inteligencia es absoluta, y uno de sus rasgos particulares es el carácter, el saber en cada momento lo que han de hacer, y realizar únicamente lo que les es ventajoso. La mayoría de las especies no han ido más lejos, y en este grupo están todos los animales superiores que viven en libertad.

Opuesto a la perfección es el progreso. La perfección específica ha sido alterada por la raza. Pero la raza no ha destruido ni la especie ni la conciencia específica. La alteración ha consistido en añadir al equilibrio biológico cognoscitivo una modificación a favor de la biología, acompañada de otra modificación intelectual; y del mismo modo que no existe ningún sujeto sin funciones instintivas, tampoco habrá en los individuos que forman una raza, por más pura que ésta sea, ninguno falto de los atributos específicos. Una especie, con sus múltiples razas, constituye un ejemplo de las variaciones que ha sufrido la morfología y de las modalidades cognoscitivas que le son inherentes, a pesar de conservar la unidad específica en el doble aspecto biológico y consciente. La especie canina es un excelente ejemplo.

La inteligencia es específica y mientras subsista la especie, por diversificada que esté, la inteligencia que la reúne no puede desaparecer. Pero la evolución cognoscitiva, con sus diversificaciones originadoras de las mentalidades, parece revolverse contra la unidad intelectual de la especie. Eso sucedería en las razas caninas y en todas las razas de animales sometidas a una gran diferenciación, si sus facultades mentales pudiesen mantener un progreso indefinido. Pero en los animales la mentalidad es una diferenciación limitada y con falta de estímulo progresivo. La impotencia progresiva de las razas de animales garantiza su unidad específica.

En la especie humana, por el contrario, es su propia superioridad lo que la religa. Las razas humanas, por diversas que sean, no perderán nunca su unidad de intelecto, porque han podido realizar el fenómeno del que se han visto privadas las razas animales, fenómeno que es la recreación de la inteligencia. Una raza animal carece de medios para apropiarse de los productos mentales de otra raza, mientras que cualquier raza humana posee la facultad de entender la producción de otra raza, ya sea toda o en parte. Las diversas producciones sirven de estímulo creador a las mentalidades, y si la creación es algo propio de las razas, sus productos pasan por ley natural al común de la especie. En el océano al que van a parar los ríos de las mentalidades, el capital de conocimiento es tan abundante y de calidad tan alta, que equivale en conjunto a la creación de una inteligencia mil veces superior a la inteligencia primaria, patrimonio de las especies con el ánimo suspenso por la contemplación de su propia perfección.

La humanidad participa de las dos inteligencias existentes, la universal propia de todas las especies, y la originada por la confluencia de las mentalidades que constituyen la civilización. Las razas estáticas, de mentalidad incipiente, se gobiernan casi exclusivamente por la inteligencia primaria, modalidad de conocimiento que en las razas evolucionadas sólo se observa en algunos individuos con atavismo de retroceso. En estas últimas razas, la civilización o segunda inteligencia constituye el depósito común del conocimiento, y de ella sólo participan las razas dinámicas y las poblaciones mestizas en cuya formación ha formado parte al menos una mentalidad desarrollada.

4.

La mentalidad

Las necesidades cognoscitivas procedentes de la disgregación de la especie al formarse las razas, originan una nueva forma de conocer acorde con la biología de cada raza, a la cual nosotros llamamos mentalidad. Desde la formación de las razas, ya no progresa la inteligencia, obra de la especie, puesto que ninguna de las razas representaba la pura continuidad de la especie, obligadas como estaban a sufrir profundas modificaciones en su idiosincrasia, a causa de agentes exteriores. Pero cuando la especie deja de ser un grupo único, la inteligencia continúa ejerciéndose porque el

conocimiento, consecuencia de la biología, no se podía manifestar como mentalidad. La inteligencia, entonces, permanecía completa en todos los hombres cuando ya la biología había alterado más o menos profundamente las características morfológicas.

La evolución biológica de las razas humanas presenta dos aspectos, el primero actúa como una repetición específica, el segundo de manera imprevista. El primero consiste en la adquisición de conciencia racial o somática, esto es, que el hombre blanco sabe que es distinto del hombre negro, y el sueco del napolitano. Esta conciencia morfológica, verdadera repetición de la conciencia de especie, no es la que nos interesa, sino la conciencia *raciológica*, última etapa evolutiva humana y del conocimiento.

Es evidente que la raza ha sobrepasado las diferencias morfológicas, y que los caracteres somáticos son insuficientes para establecer la variedad de grupos naturales en que se encuentra dividida la humanidad. Y esto constituye el segundo aspecto de la evolución *raciológica* que acabamos de mencionar. Hasta ahora, el conocimiento era consecuencia de las características biológicas, pero al sobrepasarse en muchas razas humanas, ¿cuál será la conducta del conocimiento?

Al estudiar el carácter primordial de las razas señalábamos que la mentalidad no se había estructurado todavía en los tejidos duros, y que se manifestaba como una función, más que morfológicamente. La función es también biología, y la mentalidad por consiguiente ha de seguir el funcionalismo biológico. Creemos que en algunas razas el funcionalismo y la mentalidad están ya identificados, esto es, que se ha logrado la síntesis biológico-cognoscitiva, aunque inconscientemente. Un estado similar de inconsciencia habría sucedido tras realizarse la síntesis específica. Darse cuenta de lo que se es ha sido siempre algo difícil. Cuando se use la mentalidad al modo como usamos los ríos para trazar canales, llegará a manifestarse tan independiente de la biología, que no será su seguidora, sino su pareja. La conciencia, entonces, será simplemente el reconocimiento de la propia mentalidad, pero no de un modo frío e impersonal, sino con una pasión purificada, reuniendo en sí todas las modalidades cognoscitivas, con el impulso y la guía de la que constituye la última etapa.

La conciencia *raciológica* no es esencialmente diferente de la conciencia específica; las dos son productos de mecanismos biológicos, y por tanto, revelar esa conciencia no significa situarla donde no existe. Y es que proclamarla equivale a decir a las razas que a pesar de los miles de años de su existencia, no han advertido que vivían en un engranaje fatal aunque beneficioso.

Si las razas hubiesen tenido conciencia de ellas mismas en tanto que valores mentales, no se habría producido el estancamiento de muchas de ellas, y tampoco las desviaciones conducentes a la opresión. Las que conocen su finalidad no alcanzarán la perfección como las especies animales, estado al que se llega por falta de estímulos diferenciales, sino que su propia conciencia les obligará a progresar continuamente, esto es, a sobrepasar la perfección, que es una cualidad limitada.

Tener conciencia *raciológica* supone religarse a la propia historia, e identificarse con la cultura. La cultura desde el punto de vista *raciológico*, es un presente activo y un futuro glorioso, la única forma en que puede darse la eternidad humana.

5.

El sentimiento

El sentimiento es simpatía histórica, idea íntima, que ante la opuesta se rebela y ante la semejante simpatiza y se exalta. El sentimiento comprende todas las formas de acción. La política es acción, una fuerza de aplicación inmediata y general, un contenido que no responde a los últimos florecimientos del pensamiento, sino a la etapa evolutiva del conocimiento de una colectividad determinada, ya se agrupe por la inteligencia o por la mentalidad. La política, pues, sigue al conocimiento como éste a la biología.

El imperialismo, desde sus primeras manifestaciones zoológicas hasta las últimas del Estado compuesto asimilista, presenta muchas gradaciones, correspondientes al desarrollo de las

mentalidades. La política, cuando está acorde con la primera inteligencia, síntesis biológico-cognoscitiva específica, se traduce en la caza del hombre. La primera modificación trascendente que se observa en política corresponde al dominio de la segunda inteligencia, formada por aportaciones más humanas, procedentes de la mezcla o fusión de mentalidades. En esta fase la política se caracteriza por la explotación económica y metódica de las razas vencidas. La última y actual fase de la política, correspondiente a un predominio de la mentalidad, constituye una atenuación de la anterior en lo que se refiere a la economía, pero el vencedor persiste en intentar que la raza vencida olvide su condición, para lo que se la quiere desmentalizar.

La inteligencia específica o primaria no podía actuar de manera distinta a su naturaleza. El individuo cognoscitivamente se dirige hacia la colectividad, pero no siendo la política nunca individual sino colectiva, emplea siempre el conocimiento que corresponde a la masa. Así, la política antropófaga, cuando era la dominante, seguramente repugnaría a muchos individuos. Algo parecido ocurriría en las otras dos modalidades de política, la dependiente de la segunda inteligencia, y la del predominio de las mentalidades. Roma tuvo hombres adelantados políticamente a su propio tiempo, de igual modo que ahora algunos ciudadanos de naciones imperialistas claman por la liberación de las razas sometidas.

La verdadera política, la duradera, no es la obra de un hombre ni de unas cuantas personalidades. Las personalidades políticas conducen el sentimiento popular, y su prestigio depende del grado en el que saben interpretar la plenitud sentimental. Una fuerte personalidad, abusando de su situación, podrá torcer el camino natural de la política, pero será algo pasajero. La política volverá a equilibrarse con el estado sentimental del pueblo. Cada pueblo actúa políticamente según el estado de conocimiento en el que se encuentra, y las desviaciones positivas o negativas se oponen a su acción natural. Roma, pueblo de mestizos, y como tal de naturaleza cognoscitiva inteligente, sin mentalidad, desarrolla una política plenamente imperialista, y los intentos de superar esta política fueron infructuosos. Pero la política se ha desarrollado de forma distinta en las razas puras, porque cada raza, además de la inteligencia, única forma cognoscitiva en los pueblos mestizos, dispone de la mentalidad. Sin embargo, las razas no han evolucionado suficientemente para sustituir radicalmente, en el terreno de la política, la inteligencia por la mentalidad. La sustitución es gradual y según la fuerza empleada, de manera que el sentimiento de una raza poco desarrollada está en la inteligencia y no en la mentalidad.

Por eso en las razas de pueblos poco evolucionados, en el pasado y en el presente, la política es imperialista. En cambio, las razas muy avanzadas, en las que el sentimiento mental sobrepasa al sentimiento inteligente, se muestran propicias a respetar la idiosincrasia de las razas y pueblos que les están sometidos. Es el caso de la raza inglesa, y aún más el de Suecia con los noruegos. La yuxtaposición de las dos políticas, una accionada por el sentimiento-inteligencia, y la otra por el sentimiento-mentalidad, es frecuente en la edad moderna. La raza propiamente francesa durante la revolución constituye un ejemplo de acción conjunta de las dos políticas: una política mentalizada por y para ella; una política de primera y segunda inteligencia, imperialista, cruel y asimilista contra las razas sometidas del Estado francés y contra el exterior. Diplomáticamente, la política actual no difiere de la de hace cien años. Pero en el ambiente extraoficial de las naciones compuestas por razas, algo comienza a abrirse paso. La inconsciencia radiológica llega a su final, y está concluida su acción negativa. El sentimiento no ha esperado para enriquecerse con su contenido a que la raza exista en la conciencia, sino que la obra misma de la mentalidad aguarda al sentimiento sentimentalizándose.

Las culturas, obra de las razas, nunca fueron tan productivas como en el siglo XIX, y estas culturas, por su propia fuerza, compusieron en elemento más importante de la sentimentalidad. En las razas libres, tanto las que forman una Unidad como las hegemónicas de los Estados compuestos, la sentimentalidad se balancea entre la fuerza material y el peso enorme de sus culturas. Alguna Unidad activa su máquina guerrera, como la danesa, y los Estados compuestos no saben cómo deshacerla, o no la destruyen por miedo, o la mantienen por la influencia operativa de la segunda

inteligencia. Toda situación política de predominio militar es enemiga de la cultura, puesto que imperialismo y cultura tienen naturalezas opuestas. El sentimiento en las razas sometidas activas es más rico o avanzado que en las razas hegemónicas de los Estados compuestos. En aquellas, el hecho de ser una raza y tener probar su existencia mediante la cultura, les aproxima al estado superior de conciencia *raciológica*, mientras que las razas hegemónicas conservan viva la acción imperialista, que es una práctica diaria; y su raza, más que formadora de cultura es conservadora de un patrimonio provechoso, que se ha de mantener *manu militari*, u obligando a la raza vencida a su propia abyección cultural.

Las individualidades, repletas de sentimiento mental de las razas vencidas y vencedoras, son las que trabajan para instaurar la nueva política, la política mentalizada. Estos trabajadores actúan, sin embargo, sumidos en una gran inconsciencia, puesto que en su mayoría no son consciente de la raza, y los escasos que tienen un concepto vago persiguen únicamente el reconocimiento de una minoría nacional, lo que supone un reconocimiento tácito del imperialismo. Estas individualidades muestran una vez más que los hechos preceden a las ideas, que el conocimiento sigue a la biología, y que la inconsciencia determina el progreso. Las individualidades a las que aludimos son de dos grupos: los que forman las asociaciones pacifistas y los componentes de las sociedades jurídicas. Las asociaciones pacifistas, que como toda asociación traducen estados de opinión más o menos extensos, y que en ocasiones los gobiernos se ven obligados a atender para dar satisfacción a la opinión pública, constituyen indirectamente una poderosa ayuda a la obra de la implantación del factor racial en la constitución de las naciones. Una paz universal o continental no es imaginable mientras existan razas sometidas. La paz será el resultado de la libertad total de las razas, o no habrá paz.

Respecto al problema racial, existen diversas asociaciones jurídicas, como la *Unión de los Grupos nacionales*, compuesta de treinta y cinco agrupaciones europeas; la *Unión Interparlamentaria*, la *Unión Internacional de Asociaciones por la Sociedad de las Naciones*, la *Federación Universitaria Internacional*, la *Alianza Universal*, el *Comité Internacional de acción democrática*, la *Federación Internacional de las Ligas para la defensa de los derechos del hombre y del ciudadano*, el *Instituto de Derecho Internacional*, y muchos más³²⁹. Estas asociaciones tienen por objeto (o se han ocupado en ocasiones de ello) las minorías nacionales y todo lo que les afecta, especialmente en lo que se refiere a la cultura o a su instrumento, que es la lengua vernácula. Unas asociaciones de su relevancia e internacionalidad como las que acabamos de citar no existirían con una política imperialista.

Los políticos ordinarios de las naciones no han podido evadirse completamente de la acción de dichas asociaciones, y el movimiento de opinión universal que representan se ha traducido en discusiones, a veces violentas, en la Sociedad de Naciones. Todas las conferencias por la paz y el desarme desde la de Locarno, y todas las sesiones pasadas, presentes y futuras, que pueda celebrar la Sociedad de Naciones, no lograrán ni la paz ni el desarme total o parcial, ni establecerán un régimen político compatible con la dignidad de las razas sometidas, puesto que los políticos que actúan en las citadas reuniones son políticos de convicciones imperialistas. O encargados de hacer políticas imperialistas. Lo único que producirán estas conferencias, las de los políticos reunidos aquí o allá, y las de la Sociedad de Naciones, será un empacho de palabras.

La política es acción, y lo que cuenta son los hechos y no las palabras. El desarrollo de las mentalidades es hoy una necesidad de primer orden, y no como una moda, sino como una necesidad permanente y duradera, por ser de naturaleza biológica. Los frutos de este desarrollo son evidentes. Sólo se ha de comparar el contenido de las culturas de hace un siglo con el presente, y con un buen número de culturas, el renacer de las lenguas que les son inherentes. En el siglo XVIII, dice Maillet³³⁰, muchas de las lenguas europeas eran habladas inadvertidamente, y se recontaban sus hablantes y se reflexionaba sobre su destino, se las consideraba moribundas sin remedio. Un buen

329 J. Estelrich: *La cuestión de las minorías nacionales*, pág. 95.

330 Conferencia de Mr. Antoine Maillet en el *Conferentia Club*, Barcelona, 1 de mayo de 1929.

número de estos idiomas, entre ellos el finés, el estoniano, el letón, el checo, el servio, el eslovaco, el croata, etc., son ahora oficiales.

Siendo más vigorosa cada día la acción mentalizadora, en virtud de la cultura creada y de la que se crea, influirá necesariamente la sentimentalidad, y por consiguiente ésta informará la política. Es ya patente este hecho. En las razas libres, formando Unidades o constituyendo hegemonías en los Estados compuestos, la selección intelectual encamina sus esfuerzos a la revalorización de la propia cultura. En las razas sometidas revividas, la máxima preocupación es la cultura, sobre la que se fundamenta la política. En cambio, las razas sometidas o libres carentes de producción actual de cultura, en los que sus sentimientos no han sobrepasado a la inteligencia, se encuentran en la misma situación que las poblaciones mestizas o colectividades *desracializadas*, y fatalmente han de seguir una política imperialista. La humanización de la política comienza allá donde la raza se vigoriza mentalmente, y su actuación es tanto o más humana cuanto más abundante en valores mentales es el sentimiento.

Todavía está muy lejano el predominio absoluto de la mentalidad en el sentimiento. El conocimiento que actúa en los mestizos y en las razas con escaso desarrollo mental es exclusivamente la inteligencia. En las razas que se *racializan*, tanto si son vencedoras como vencidas, el sentimiento está más mentalizado, pero no lo suficiente como para determinarlas a seguir una política racial, esto es, de respeto mutuo con igualdad de derechos. Entre las razas que se *racializan*, las más próximas a la conciencia *raciológica* son las razas vencidas, pero éstas han de tener en cuenta que no se advierte de ningún modo que se pueda conseguir la libertad con métodos pacíficos, como ocurriría con una política basada en la conciencia *raciológica*. Cuando las razas vencidas y con abundancia de sentimiento mentalizado³³¹ se proponen la independencia política, provocan una reacción de la raza opresora³³², en la que despertará imponente la sentimentalidad imperialista, y las individualidades mentalizadas de esta raza no lograrán nada en estos momentos de reaccionaria efervescencia contra la sentimentalidad popular, en la que está ausente casi por completo el sentimiento *raciológico*.

El cambio de ideales políticos en las razas imperialistas es una necesidad biológica, porque la mentalidad de las mismas únicamente puede detenerse por la dura condición de no ser productores de cultura. Las individualidades de estas razas son, por definición, las más *racializadas*, y su voz puede llegar más directa e íntimamente a la masa popular simpatizante, y cuando estas individualidades se acerquen o alcancen la conciencia *raciológica*, cuando hayan influido en la masa creando la sentimentalidad mental, se derrumbarán los intereses materiales que fundamentan el imperialismo, como cae cualquier política falta de sentimiento.

Si en los individuos de buena raza y próximos a la conciencia *raciológica*, que pertenecen a razas privadas de libertad, su inacción libertadora sería despreciada con razón por la posteridad, aun mayor responsabilidad contraerían las razas libres o *Unidades* que permaneciesen recluidas en su propio bienestar. Una raza constituida en *Unidad* ha cumplido su tarea primordial como raza, pero aun no como humanidad humanizada. Por eso es preciso alentar a las razas que quieren ser libres y constituirse en *Unidad*, a la vez que se busca el modo de garantizar la independencia de las *Unidades* constituidas. Hemos sostenido repetidas veces que la raza es la única fuente de la cultura, y al producir cultura, la raza se *racializa*. Hasta ahora se ignoraba el manantial del que manaba la cultura. Aplicar la cultura a la raza es *racializar* conscientemente. El *Instituto biológico de las razas*, de Upsala³³³, entidad que conocemos sólo de nombre, bien podría mostrar la urgencia en impulsar la conciencia *raciológica*. Resulta apropiado, dados los antecedentes de las razas de tipo

331 Esto es, la raza catalana.—Nota del traductor.

332 Esto es, la raza española.—Nota del traductor.

333 El *Statens institut för rasbiologi* fue fundado en 1922 por una moción del parlamento sueco apoyada por todos los partidos, de los más conservadores hasta los socialdemócratas y sindicalistas. Fue promovido y dirigido hasta 1935 por Herman Lundborg con una orientación plenamente racista. Aunque posteriormente moderó su defensa del mal llamado racismo científico, mantuvo sus programas de eugenesia racial hasta el cierre del Instituto en 1958.—Nota del traductor.

nórdico, y al hecho de constituir Suecia una Unidad. Estudiar las razas ya es intervenir en las razas. Los catalanes tenemos el siguiente dicho: *las cosas se hacen haciéndolas*. Iniciada la tarea intervencionista, lo restante se desarrollará de forma natural.

Las *Unidades* existentes, por su seguridad y para responder en su caso al ataque de las naciones imperialistas, tendrían que concertarse puesto que su actividad será forzosamente ofensiva. Una *Unidad* con conciencia *raciológica* ayudará a cualquier raza que clame por su libertad. Y más adelante, las *Unidades* organizarán misiones para salvar a las razas abyectas y carentes de cultura. Los conflictos con las naciones imperialistas serán inevitables, pero nada podrá impedir que a la larga se lleve a cabo por completo la política definitiva y humanizada, resultado de las necesidades biológicas inevitables. En esta trasmutación de valores políticos las naciones de tradición federal, especialmente Alemania y Suiza, tendrán un papel de primer orden.

6.

Conclusión

Hemos demostrado que la noción de raza no es únicamente un punto de referencia al modo de Taine; que no se puede confundir mentalidad o raza con el Estado, como hace Le Bon; que una raza determinada no es en comparación con otra superior o inferior en términos absolutos y evolutivos, como pretende el conde de [Gobineau](#) y actualmente [Madison Grant](#). Creemos haber demostrado que la raza es un hecho concreto, puesto que agrupa hombres de la misma condición; un hecho general, puesto que engloba a toda la humanidad. La raza es tan rica en contenido que nos permite crear una ciencia nueva que asegura el fundamento de la política, la economía, la moral y la filosofía.

Sólo la raza puede constituir dignamente las naciones, y ningún otro principio puede reemplazarla sin causar dolor e impedir la cultura, su más insigne producto. Entre todos los valores conocidos no hay ninguno que aventaje a la raza. Procediendo todas las razas del tronco común de la especie, cada una de ellas representa en potencia un sector de la humanidad humanizada. Ninguna raza, por importante que haya sido su obra, por grande que sea su rendimiento actual, puede atribuirse la representación de la humanidad. Una raza no tiene ni se le puede adjudicar otra representación que la propia.

Una raza con conciencia *raciológica* no podrá establecer en su régimen interno diferencias fundamentales entre los individuos que la componen. El atavismo que domina en todas las generaciones se opone a la constitución de linajes selectos: las castas son una ficción. Cada individuo es portador de ciertas aptitudes y ningún sujeto posee enteramente todas las aptitudes raciales. Las aptitudes particulares, a diferencia de las generales, no se transmiten por herencia, lo que hace que la raza sea igualitaria respecto a sus hijos, y por lo tanto cualquier disposición contraria al mecanicismo biológico repugnaría a la conciencia *raciológica*. Cada raza en su área geográfica dispone de materiales y trabajo para vivir holgadamente, y los progresos de la técnica permiten reducir más el esfuerzo para mantenerse. Por otra parte, no es de temer el exceso de natalidad que podría desequilibrar la producción y el consumo, ya que automáticamente a medida que el bienestar se generaliza la población tiende a estancarse.

La finalidad de las razas es la creación de cultura. La cultura, una vez creada, pasa al depósito común de la civilización, y ésta recompensa a la raza estimulándola. Una raza consciente de su raza no puede rechazar el contacto con otras razas, cuya obra conjunta compone la segunda inteligencia; si se aislase, vendría a hacerse estéril con rapidez.

En la conciencia individual y colectiva de las razas caben todos los estímulos, pero no la envidia. La conciencia *raciológica* nacida y desarrollada por mecanismos biológicos inevitables, no puede ir contra sí misma ni contra creaciones similares. Respetar y ser respetado; no explotar ni ser explotado. La guerra, causa o consecuencia de la explotación del otro, no tiene cabida en la conciencia *raciológica*.

No podría señalar fuera de la raza ningún otro valor más perenne y eficaz para la constitución definitiva de las naciones o *Unidades*; fuera de la raza no existe ningún valor que respete a las otras

razas; sólo la raza puede establecer una relación amistosa entre los miembros que la integran; sólo la raza puede afirmar que ella misma constituye su finalidad traducida por la cultura y servida por la política creada por la propia modalidad de conocimiento.

El mundo ha sido, y es, tan pobre en ideales políticos que ni siquiera podía escoger. Hasta ahora la política ha sido imperialista a la fuerza. A la política que a pesar de su diversidad de aspectos no desdice de su naturaleza opresora, se le opondrá fatalmente otra política, hija de la naturaleza progresista, esto es, de la raza o de la cultura. La política de la libertad completa, individual y colectiva, se llama *política racial*.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
- 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
- 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
- 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
- 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
- 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
- 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
- 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
- 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
- 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
- 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
- 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
- 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
- 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
- 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
- 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*

- 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
- 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
- 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
- 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
- 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial* (1940-1942)
- 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
- 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
- 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
- 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
- 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
- 444 Publilio Siro, *Sentencias*
- 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
- 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
- 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
- 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
- 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
- 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
- 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
- 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
- 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
- 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
- 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
- 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
- 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
- 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
- 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*

- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flintner, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
- 399 Anti-Miñano. *Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China* (1715-1733)
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china* (1723-1740)
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*

- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*

- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*

- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 ¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario *Ahora* del 16 de febrero de 1934
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 Citas del Presidente Mao Tse-Tung (*El Libro Rojo*)
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*

- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*

- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España (3 tomos)*
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*

- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Piralá, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*

- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)

- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)